

Los Grandes Maestros del Renacimiento

(Leonardo de Vinci, Alberto Durero, Rafael de Urbino, Juan de Juanes, Francisco Ribalta, José Ribera, Pablo Rembrandt y Jacobo Callot)

POR

D. Manuel González Martí

Delegado Regio de Bellas Artes

Un tomo de 320 páginas 19 x 25, con láminas y multitud de grabados 12'00 ptas.

MATE VALENCIANO. - FOLCLORE - SU OBRA

Por Juan Lacomba

Un tomo en tela. 6'00 ptas.

LA CUADRILLA DEL GATICO NEGRO

novela por J. Aznar Pellicer

(De mayor de la biblioteca)

Un tomo en tela. 4'00 ptas.

Biblioteca Stella

1.ª TARDES DE PROVINCIA (Poesías) por J. Lacomba

2.ª AVENTURA DE VIAJE (Novelas) por J. Aznar Pellicer

3.ª EL BUEY MUÑO por

4.ª SENDAS DE LUZ (Poesías) por M. Bertrán Peña

5.ª EL SAFRANER-EMIGRANTES (Novelas) por

J. Aznar Pellicer

6.ª LAS DOS MADRES (Novela) por J. Aznar Pellicer

7.ª LA QUE NO SUPO EMPEZAR lo por Antonio Gascón

Los 7 tomos, en tela. 10'00 ptas.

PICOTAZOS (Poesías)

Por M. Pastor Mata

Un tomo en tela. 3'00 ptas.

Viaje a Marte

Modesto Brocos



Modesto Brocos

Viaje a Marte

Unidad política del mundo marciano. - Unidad de lengua. - Unidad de raza. - Su estado económico y social. - Sus costumbres. - Papel humanitario del ejército. - Idem de sus convenios. - Su religión, etc. etc.

Año 1930

Primera edición

Editorial Arte y Letras, Avenida de Victoria
Eugenia, 39 - Valencia

M. Brocos

Viaje a Marte

Unidad política del mundo marciano. - Unidad de lengua. - Unidad de raza. - Su estado económico y social. - Sus costumbres. - Papel humanitario del ejército. - Idem de sus conventos. - Su religión, etc. etc.

POR

MODESTO BROCOS

artista pintor y grabador.

Año 1930

Editorial Arte y Letras, Avda. de Victoria Eugenia, 89 - Valencia

ÍNDICE

DEDICATORIA	página	7
PRÓLOGO	»	9
NOTAS DEL CAPÍTULO XIV.	»	15

CAPÍTULO I — Llegada a Marte.

Mi encuentro con el padre Benito Jerónimo Feijóo. - Cómo la juventud entiende allí la vida. - Elogio que hace Feijóo de las Hermanas Humanitarias. - El Ejército Agrícola. - Los Clubs de trabajos manuales. - Llegada a la casa de Feijóo.

página 17

CAPÍTULO II — Conversación con Feijóo.

Sentimientos de amor a la verdad y a la justicia. - Unidad política. - Parangón entre la humanidad marciana y la terrestre. - División política del planeta.

40

CAPÍTULO III — Un paseo por la ciudad.

Servicio de higiene. - El mercado. - El cuartel y los condenados. - El hospital. - El cementerio o columbario. - La superficie de nuestro globo aumenta constantemente. - Si antes los continentes eran cruzados por ferrocarriles hoy lo son por canales. - El gran internado; la enseñanza se hace de manera a instruir recreando. - El teatro al aire libre. - Lo que había sido antiguamente aquella ciudad. 58

CAPÍTULO IV — Sentados en la alameda.

El Bien y el Mal. - Todo tiende a la perfección. - Expresión de esta tendencia por las Bellas Artes. - Unidad de creencias. - Ideas sobre la Divinidad. - Dios y el espacio. - Propiedad del alma. - Dios, Providencia y Naturaleza. 78

CAPÍTULO V — Sistema parisién.

Las Hermanas Humanitarias y sus estudios. - La emancipación del pensamiento, del suelo y de la mujer. - Sistema político y administrativo. - El poder ejecutivo confiado a los ancianos por solo una estación. - Rentas públicas. - La justicia; no hay magistrados preparados. - Interrupción de los gobiernos normales. - El año sin gobierno.

102

CAPÍTULO VI — La sociedad.

El pan y el agua suministrados gratuitamente al pueblo mediante unas pocas semanas de servicio al Estado. - Vida sin sobresaltos ni odios. - La instrucción dada en internados por cuenta del Estado. - No hay maestros permanentes de primeras letras. — Cómo están divididas las clases. - Los intelectuales con los labradores dirigen los negocios del Estado. 124

CAPÍTULO VII — Estado anterior e infeliz de los marcianos.

Lo que enseñan los libros de lectura en las escuelas primarias. - Estado patológico de la ciudad. - Desequilibrio entre la población y las subsistencias. En qué consistía antiguamente la ciencia de gobernar. - Solución del capital problema. 140

CAPÍTULO VIII — Las reformas sociales.

No hay emancipación sin un periodo preparatorio. - Nunca la propiedad estuvo tan sólida como en las vísperas de la derrocada. - Las grandes reformas sociales. - Las reformas políticas. - Régimen patriarcal. - Perfeccionamiento de las razas. - Destrucción de las enfermedades hereditarias. - Unificación de las razas. 158

CAPÍTULO IX — Las costumbres.

Sobriedad de los marcianos. - Contratos matrimoniales por siete años. - Igualdad de la mujer y del hombre. - Particularidades que se observan en los nacimientos. - Importancia capital de la Estadística. - Principal objeto de la educación. - Arte del bien vivir. - División del tiempo. 187

CAPÍTULO X — El ejército agrícola.

El ejército es la primera institución del planeta. - Máquinas de guerra transformadas en aperos de labranza. - En el mundo nada se debe dejar a merced del acaso. - Grandiosos trabajos ejecutados para adaptar el mundo al servicio del hombre. - Replanteo de los bosques. - Comunicación fluvial. - Desenvolvimiento de los frutales. - Estética del suelo. 209

CAPÍTULO XI — La Hermandad de las Hermanas Humanitarias.

I. - Distribución de las horas del día. - Sus estudios. - Organización de los servicios.

II. - Una fiesta en el convento. - Visita al interior del edificio. 221

CAPÍTULO XII — La fiesta de los primeros frutos.

I. - La idea religiosa debió desenvolverse de modo idéntico en los otros planetas. - Culto de la Madre Naturaleza.

II. - Partida para la fiesta. - Ramilletes y su destinación. - Necesidad de estos regocijos. - Descripción del altar. - Llegada de las Hermanas Humanitarias.

III. - Principio de las preces. - Terminación de la primera parte. - Comida en el bosque. - Exhibición de la mujer desnuda. - Terminación. 244

CAPÍTULO XIII — Disertación sobre diversas materias.

El Sol no es la única causa del calor experimentado en los planetas. - Afinidad de ideas entre Marte y la Tierra. - El amor y el deseo son los dos grandes factores del progreso. - La evolución se patentiza en la misma Biblia. - Sobre la Filosofía y los filósofos. - Adelanto literario de Marte. - La obra impresa del mundo marciano y las bibliotecas. - Cómo entienden la poesía. 283

CAPÍTULO XIV - Viaje a través del planeta.

El viaje en las primeras horas. - Conversaciones sobre el «Teatro Crítico». - Su libertad de pensar sobre Aristóteles. - Destrucción de la idolatría y de los milagros. - Consejos a los reyes y campaña contra la tortura. - Consejos sobre la Agricultura: Feijóo fué el primer socialista de su tiempo. - Sobre la poesía y los poetas. - Que podría haber habitantes en los otros planetas. - Particularidades geológicas. 311

CAPÍTULO XV — Visita a los museos.

La arquitectura del gran templo. - Religiones que se exhibían en la nave central. - Las diversas trinidadas. - La capilla de las reliquias. - Piedra con la impresión dejada por los piés del Civilizador. - El museo arqueológico y geográfico. - Comparación entre el mapamundi antiguo y el moderno. 348

CAPÍTULO XVI — Paseo por la antigua capital de las artes.

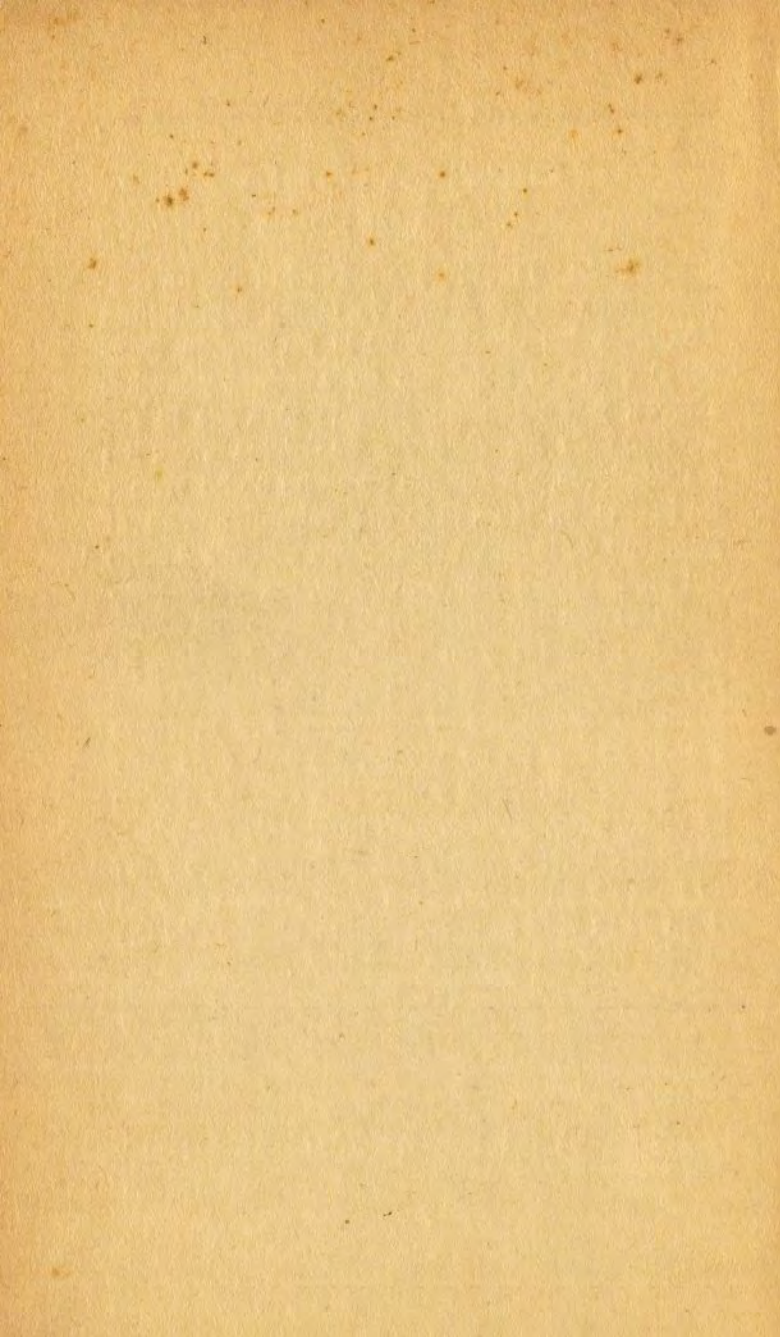
Historia de la ciudad contada de los tiempos presentes para los pasados. - Llegada al antiguo municipio. - Vista de la vieja plaza pública y fin. 372

DEDICATORIA

A MI NIETO PÉRICLES

Cuando yo tenía poca más edad que tú, considerábase en España a la forma republicana (debido a los crímenes de la revolución francesa) como el gobierno de asesinos y malhechores; y si algún desgarrado mentase la comunidad de bienes y de beneficios entre los trabajadores, era mirado como un bicho raro o un insensato. Hoy, la forma republicana es el gobierno de la mitad de Europa y tiende a serlo del mundo todo; por otra parte, los credos socialistas son considerados en muchas naciones partidos legales y en todos son tolerados. El mundo camina a pasos de gigante hacia la consecución de mejorar lo existente, y tú si llegas a vivir lo que yo he vivido, no diré veas más progresos científicos y materiales de los que yo he visto, pero, sí verás más progresos económicos y sociales; y aun cuando lo que digo aquí no pase de un sueño, será muy posible que en el fin de tu vida veas realizadas algunas de las utopías que presento en este libro.

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL AUTOR



PRÓLOGO

Desconocido lector: El trabajo que aquí te presento, es el fruto de largas meditaciones cuando en mi juventud, inclinado sobre la mesa de grabador, trabajaba para vivir y al mismo tiempo estudiar la pintura. Como aquel arte tuviese mucho de material y podía hacerse pensando en otra cosa, mi imaginación volaba por el mundo todo, pensando en los males que lo afligían y en los medios de remediarlos. Mis primeras ideas eran generosas y buenas como todo cuanto emana de la juventud, pero pecaban por falta de experiencia y raciocinio. En aquellos tiempos la exuberancia de la juventud me hacía ser autoritario, y pensaba que cuando llegase el triunfo de las nuevas ideas, debería obligarse, a todos aquellos que se opusieran a ellas, a que las aceptasen por la fuerza. Desconocía la ley que rige los emprendimientos humanos, los cuales para ser definitivamente establecidos, deberán tener por norma a la Libertad.

Muchas veces mil pensamientos disparatados asaltaban a mi espíritu y de vez en cuando una idea más lúcida venía a esclarecer mi entendimiento. Era como una esperanza que acudía a tranquilizar mis dudas y me preguntaba, si no sería preferible a todas las reformas oídas y soñadas, al conservar la organización del mundo tal cual estaba, contentándonos con corregirlo de sus defectos, dando a sus instituciones un destino más humanitario y moral del que actualmente tenían. En estas divagaciones me entretenía, mientras que puesto el ojo sobre la lente, burilaba la madera haciendo horas para atender a mis necesidades. En el taller el trabajo se hacía generalmente en silencio; yo era de un carácter concentrado; hablaba poco pero cuando externaba mis ideas, los compañeros me tachaban de exagerado.

Ya van lejos aquellos tiempos. Han transcurrido cerca de cincuenta años; las ideas en el fondo son las mismas,

pero se han ido perfeccionando a la larga con la reflexión y el raciocinio. Finalmente, lector, hoy te las ofrezco en este libro, en forma de fantástico ensueño, purificadas al través del cedazo de mis años. Es bien posible que tú lo leas como si fuera un romance, tus hijos también la leerán como un pasatiempo, pero tus nietos tengo la certeza que lo leerán con más atención que tú.

Estoy en una edad avanzada cercana del sepulcro y a mis años me será permitido decir algunas verdades en el curso de este trabajo, verdades que ningún joven escritor se atrevería a emitir por temor a la crítica y que están infelizmente en oposición a la manera de ser actual del mundo. Este hasta ahora ha sido gobernado por los intereses materiales y mientras estos intereses dominan, la pobre humanidad no vivirá tranquila. La Paz continuará siendo una utopía y la Justicia un mito.

En la comedia humana todos los individuos representan un papel: Los ambiciosos, toda la juventud, se juzgan seres superiores; los vanidosos, los mayores de edad, viven satisfechos de su saber o su fortuna; los desheredados, la muchedumbre se quejan y cargan su cruz; los soñadores, el menor número, pasan la vida persiguiendo su quimera.

Yo fui de estos últimos; he perseguido incesantemente mi ideal las más de las veces contra viento y marea sin conseguirlo, acabando por vivir resignado. Nunca importándome la opinión que las gentes superficiales pudieran hacer de mí, he seguido mi camino en el mundo sin pertenecer a ningún credo, fija la mirada en los acontecimientos y viendo «en filósofo» a los hombres gastar sus fuerzas en luchas estériles para más tarde caer en los mismos yerros.

Ahora, en los postrimeros años de mi vida, cuando ya las ilusiones y las esperanzas han muerto, doy a la publicación estas ideas por si pueden ser aprovechadas algún día.

No cerraré este prólogo sin decir algunas palabras sobre un caso acaecido en París y que puede tener conexión con este trabajo: Yendo con mi hermano una tarde a visitar la Exposición universal del 78, pasamos delante del público en que el abate Michón, inventor de la grafología, hacía propaganda de su sistema examinando los manuscritos que el público le presentaba. Mi hermano amante de aquella novedad y poseedor de las dos obras que el abate vendía, le mostró una carta mía, y, al primer golpe de vista exclamó: «¡il y a de la science nouvelle!»

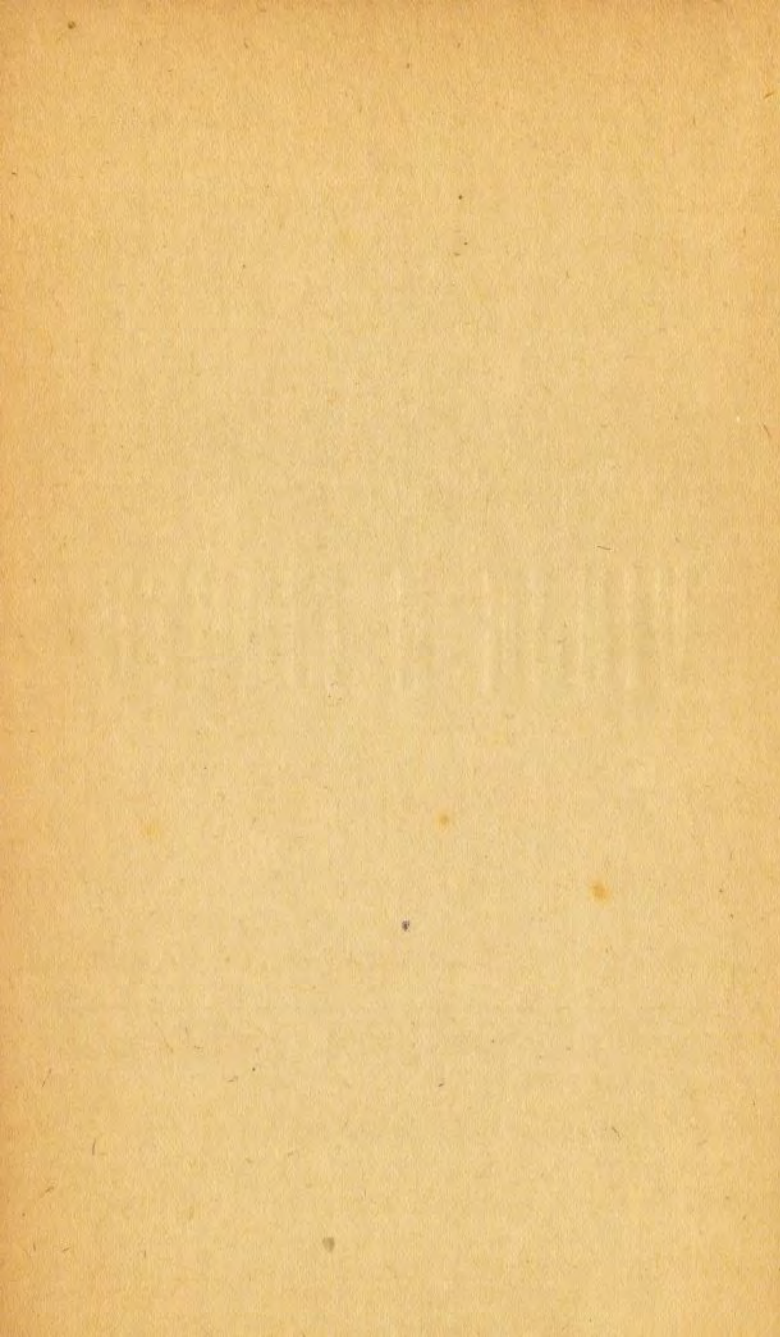
Ya en aquellos tiempos me bullían algunas de las ideas que presento en este libro y lejos estaba de pensar que fueran dignas de fijarlas por escrito. También no seré tan ingénuo que me figure que esto constituya ciencia nueva, y sí, manera de ver las cosas por un prisma diferente al de los escritores que hasta el presente se tienen ocupados de estos asuntos. Juzgo, entre tanto, que alguna de las ideas presentadas en el correr de este trabajo, podrán auxiliar a resolver algunos problemas económicos, problemas que han ocupado la atención de muchos escritores que dedicaron a estas materias muchos volúmenes, como dice un comunista belga: (1) «restées a l'état de bonnes intentions inefficaces», y todos ellos con buenas intenciones no han aportado remedio alguno al malestar actual. Porque entendemos, que dichos problemas no se resolverán con reglamentos, ni catecismos, ni con ley alguna, y sí por su mismo atrito, al compas de esa lucha pausada, pero incesante, entre los que aspiran y los que resisten. Podremos servirnos de un símil que explicará mejor nuestro sentido: dichos problemas podrán comparase a esas piedras angulosas que voltean en el fondo del torrente y que las aguas en su constante carrera arrastran, quiebran, gastan y a fuerza de rodar se redondean.

M. Brocos.

Rio Janeiro Noviembre de 1928.

(1) Ernest Gilou.

VIAJE A MARTE



NOTAS DEL CAPÍTULO XIV

- (1) Tea. Crit., t. VIII, disc. VI, núms. 1 y 2.
- (2) " t. IV, prólogo.
- (3) " t. III, núm. 1.
- (4) Cartas, t. V, car. II, apéndice a la car, etc.
- (5) " t. V, car. II, núm. 22.
- (6) Tea. Crit., t. IV, disc. XVII.
- (7) " t. V, disc. XI y disc. V.
- (8) " t. II, disc. I.
- (9) " t. III, disc. III.
- (10) " t. III, disc. IX.
- (11) Cartas, t. IV, car. VI.
- (12) Tea. Crit., t. V, disc. I.
- (13) Adiciones, disc. XI.
- (14) Tea. Crit., t. III, disc. VI.
- (15) Cartas, t. II, car. XI, núm. 15.
- (16) Tea. Crit., t. IV, disc. III.
- (17) Cartas, t. II, car. XX.
- (18) Tea. Crit. y al final del t. II de Cartas.
- (19) Cartas, t. II, car. XXII.
- (20) Tea. Crit., t. I, disc. VIII.
- (21) " t. I, disc. XI.
- (22) " t. II, disc. X.
- (23) Cartas, t. III, car. XIII.
- (24) Tea. Crit., t. II, disc. IV.
- (25) " t. III, disc. IV y cartas, t. I, car. XLI.
- (26) Cartas, t. I, car. IX.
- (27) Tea. Crit., t. II, disc. VI, núm. 66 y cartas, t. IV, car. XX.
- (28) " t. V, disc. VIII.
- (29) " t. II, disc. XV, núm. 28.
- (30) Cartas, t. II, car. XVIII.
- (31) " t. III, car. VIII.
- (32) Tea. Crit., t. III, disc. X.
- (33) " t. VIII, disc. IX.
- (34) " t. II, disc. VII.
- (35) " t. V, disc. IV.
- (36) " t. I, disc. IV.
- (37) " t. V, disc. X.
- (38) Véase *Adición*.
- (39) Tea. Crit., t. III, disc. XII.
- (40) Cartas, t. III, car. XXII.
- (41) Tea. Crit., t. III, disc. XI.
- (42) " t. VI, disc. I y X.
- (43) " t. VIII, disc. XII.
- (44) Cartas, t. IV, car. XVIII, núms. 60 y siguientes.
- (45) Tea. Crit., t. VI, disc. XI.
- (46) " t. VI, disc. XII.
- (47) Cartas, t. III, car. XXII, núm. 84.

- (48) Tea. Crit., t. II, disc. VIII, núm. 19.
(49) " t. VII.
(50) Cartas, t. I, car. XXXIII.
(51) Tea. Crit., t. I, disc. XV, núm. 24.
(52) " t. I, disc. I, núm. 46.
(53) Cartas, t. II, car. VIII, núm. 50.
(54) " t. IV, car. XII.
(55) Tea. Crit., t. I, disc. XVI.
(56) " t. VIII, disc. VII, núms. 38 al 41, y Cartas t. II, car. 26.

CAPITULO PRIMERO

LLEGADA A MARTE

Mi encuentro con el padre Benito Jerónimo Feijóo. - Cómo la juventud entiende allí la vida. - Elogio que hace Feijóo de las Hermanas Humanitarias. - El Ejército Agrícola. - Los Clubs de trabajos manuales. - Llegada a la casa de Feijóo.

Hallábame dominado por una fuerte pesadilla; oía voces discordantes: —Pára el motor... Máquina atrás... ¡Que nos estrellamos!— Luego un choque en materia blanda, seguido de un absoluto silencio..., bien pronto interrumpido por el rumor cadencioso y monótono del motor.

En este instante un empleado se acercó a mí y me avisó que me preparase para bajar, que estábamos llegando. Pocos momentos después, un choque seco estremeció toda la nave, indicio de haber tocado en sólido. Sin esperar a nuevo aviso, agarré el saco de viaje, y descendí a la puerta de salida. Esta, poco después, fué abierta y al caer servía de pasadizo y escalera. Descendí por ella y luego de haber saltado fuera, la puerta se cerró, la nave remontó el vuelo y, como por encanto, me encontré pisando el suelo marciano.

El lugar de aterrizaje era una montaña aislada, que había sido terraplenada para servir de estación interplanetaria. Dos postes colocados en uno de los extremos, indicaban la salida; dirigime a ellos; allí empezaba el descenso formado por una escalinata tallada en la roca.

Alcé la vista y paseándola en torno, quedé estático por unos momentos; la respiración se paralizó y las facultades perceptivas quedaron suspensas. Pasados los primeros instantes de embaucamiento y repuesto de aquella contemplación pasiva, me senté en el primer escalón para mejor apreciar el panorama que se me ofrecía. No lo hallé nuevo; me parecía haber visto algo semejante en mi juventud; y luego viniéronme a la memoria las risueñas campiñas de la fértil y rica región de Pontevedra en Galicia.

El día estaba hermoso, el cielo era de una limpidez cristalina; sólo un poco embazado allá sobre el horizonte. El Sol bajo de los 45° indicaba ser las nueve de la mañana o las tres de la tarde; sólo la disminución o aumento de la sombra podría darme la certeza. Divisábase a mi izquierda una línea de montañas, cuya silueta baja y ondulada atravesaba el fondo y perdíase a mi frente en lontananza. Por aquella parte, al pie de la montaña en que me encontraba, aparecía una ciudad, que por su extensión debía ser de alguna importancia. A mi derecha, se extendía una inter-

minable planicie de un verde amarillento, cuya línea formaba horizonte interrumpida en más de un lugar por algunos montículos. Atravesaba la planicie un manso río, cuyas sinuosidades se perdían entre la verdura y eran delatadas por los árboles marginales, yendo a perderse por detrás de la montaña en que me encontraba. Un cruzamiento de interminables líneas de árboles, en su mayoría floridos, prenunciaban la primavera.

Unas cuantas manchas blancas diseminadas por los montículos de la derecha y en las laderas de las montañas, indicaban ser aldeas. Por el pie de la montaña en que me encontraba, pasaba un camino que parecía concluir en la ciudad.

En medio de aquella indecible contemplación, impresionado por lo que se presentaba a mi vista curiosa, e impulsado por un súbito movimiento admirativo, exclamé: —¡Llegó, por fin, el día que podré llamar más venturoso de mi vida, en que veré realizado mi ansiado ensueño de visitar el planeta Marte! ¡Oh día ambicionado, oh día esperado, en que voy a comunicarme con los marcianos y donde espero encontrar un mundo mejor y más bien organizado de lo que está aquel valle de lágrimas que dejé en la Tierra! ¡Oh anhelado planeta Marte, entre cuyos habitantes voy a tener la dicha de residir para estudiar sus costumbres y conocer su estado de adelanto moral y material! ¡Oh Providencia divina, mani-

festación espiritual de Dios, que en todo el curso de mi vida te he sentido cerca de mí, socorriéndome en los momentos críticos de mi tormentosa existencia; yo te doy gracias por los beneficios que me has dispensado y los que actualmente me concedes, prolongando mi vida para que, en mi vejez, pueda satisfacer tan suspirado deseo; pero te pido aún, juntas a tantos favores, el de llevar a feliz término la empresa de conocer y estudiar la organización social y política de estos pueblos!

Calmado mi espíritu de aquella sentimental emoción y después que hube examinado todo con minuciosa curiosidad, empecé a bajar la interminable escalera, cuyos peldaños un tanto bajos lo facilitaban. Al descender me sentía tan ágil como si estuviese en mis 20 años; tanto que, animado empecé a saltarlos dos a dos, no parando en este paso hasta llegar al último peldaño. Como hubiera sentido el saco algo ligero, me senté para examinar si me habrían hurtado alguna cosa en el globo y lo abrí; pero hallando todo intacto, reflexioné que aquello era efecto de que siendo el planeta Marte menor que la Tierra, su fuerza de atracción también era menor y como consecuencia los cuerpos pesaban menos.

El camino que había visto desde lo alto de la montaña lo hallé bien macadamizado y arborizado por árboles en aquel momento floridos. Comprendí a su vista el sentido práctico de aquellos pueblos que utilizan los ca-

minos para plantar frutales, obteniendo así un doble resultado: sombra y provecho.

Continué con la imaginación, pensando sobre cuanto veía, no tardando en ir corriendo por el espacio infinito, de un mundo a otro sin poderla contener, anonadado todo mi ser, y suspenso por momentos el pensamiento, para despertar súbitamente y volver al punto en que me encontraba. El hombre, dije en mi íntimo, es un ser flaco e imperfecto, pues ahora que estaba realizando el gran sueño de toda mi vida para el cual había acumulado tantos elementos desde mi juventud y ahora que parecía iba a tocar la meta, heme aquí perplejo, sin saber qué decisión tomar. Los momentos no eran para la reflexión, y si, de acción rápida y decisiva. Ante aquel espectáculo tan nuevo para mi, impresionado ante lo imprevisto que me esperaba, la postración no se hizo esperar e invadió mi alma sensible. Mi imaginación empezó a divagar y por más que procurase tranquilizarme bien pronto llegó el desánimo acompañado de su triste séquito: el temor, la vacilación y el desaliento, éstos invadieron en aquellos momentos mi alma toda; sentime acobardado y antes de tomar el camino que conducía a la ciudad empecé a meditar sobre el modo de poderme entender con los marcianos: ¿Cuánto tiempo tardaría en aprender su lengua, cómo sería por ellos recibido, qué sorpresas me esperaban? Estas y parecidas consideraciones hice conmi-

go mismo, hasta que acometido de una súbita sacudida, me armé de energía, agarré el saco de viaje y tomando resueltamente para la izquierda, empecé a caminar en dirección a la ciudad.

Había ya caminado un buen cuarto de hora sin encontrar alma viva, hasta el punto en que el camino torcía para la derecha; al dar la vuelta, percibí a lo lejos alguna gente que venía en dirección a mí. Ya más animado continué andando, y confieso que mientras caminaba, mi corazón iba saltando entre el temor y la esperanza. Cuando pude notar en sus ademanes que no venían con intención hostil y que por el contrario algunos se paraban para dejarme llegar, adquirí nuevos ánimos. Si sus intenciones, decía para mis adentros, no me fuesen favorables, no moderarían el paso como muchos lo hicieron. Cuando me hallé cerca, posé en el suelo el saco de viaje, saqué el sombrero e hice un respetuoso saludo, pero como no respondieron a mi salutación, comprendí que allí no usaban ceremonias y reparé aquel exceso de urbanidad calándomelo de nuevo. Ya en este entretiem po un muchacho se había llegado a mí, cogió el saco y se puso a examinar el cuero, los broches y la cerradura. Luego la gente se fué acercando y en pocos momentos me ví rodeado por buen número de muchachos, hombres y algunos viejos.

Ví que eran seres de la misma forma que la

nuestra, pero un poco más pequeños, de modo que yo, siendo de estatura baja, resultaba de regular altura; todos robustos, bien proporcionados, de facciones regulares, con un tipo fisonómico parecido que daba un aire de familia a sus semblantes.

Los hombres usaban barba cerrada, pero corta y los viejos parecían tipos venerables con sus barbas más crecidas. Como no entendiese las palabras que ellos me dirigían, saqué el album y dibujé en una página el Sol con los planetas Mercurio, Venus, la Tierra y Marte en círculo, marcando con elipses sus órbitas; en la Tierra dibujé un muñeco que extendía los brazos hacia Marte y abrazaba el planeta; ellos parece que me comprendieron, juzgando por sus muestras de asentimiento. Después dibujé un ojo que dirigía rayos visuales sobre Marte, las señas afirmativas fueron generales, demostrando que habían comprendido mi procedencia y lo que iba a hacer. Volví la hoja y dibujé una casa y al lado un catre con un hombre durmiendo; indicaron la ciudad haciendo señas de que había hospederías. Luego empecé a dibujar un hombre comiendo sentado ante una mesa, más en aquel momento se acercó a mi un anciano venerable que me hizo una salutación en latín; respondíle en italiano diciendo que comprendía ser latín lo que me hablaba, pero que para entendernos precisábamos hacerlo en francés o en español, porque yo había nacido

en España en la ciudad de Compostela. ¡Compostela! repitió y añadió luego: Yo en mi anterior encarnación también nací allí y aun no olvidé el castellano.

—Entonces—le respondí—usted es enviado por la Providencia para sacarme de esta crítica situación, sirviéndome de intérprete y ayudándome con sus consejos a economizar mis gastos, porque soy un pobre artista y no vengo muy abundante de dinero.

—¡Usted artista! ¿Qué clase de arte practica?

—En la actualidad soy pintor, pero en mi juventud ejercí la profesión de grabador.

—Pues yo, caro excompatriota, fui en la Tierra fraile de la orden de San Benito y llevaba el nombre de Benito Jerónimo Feijóo.

—¡Feijóo! ¡El autor del “Teatro Crítico”, el precursor de la “Enciclopedia”, cuanta felicidad es para mi el poder comunicar con un hombre tan erudito!

—Nada de lisonjas —me respondió— que aquí no está usted en la Tierra, donde se sirven de la mentira para encubrir lo que piensan; aquí en nuestro trato corriente no admitimos la adulación; somos de costumbres sencillas y sólo amamos la verdad. Usted se convencerá de lo que digo cuando nos conozca de cerca y acabará por adaptarse a nuestro modo de ser y de pensar. Mientras tanto va a venirse conmigo a morar en mi casa donde tengo hijos y nietos, y así economizará su di-

nero, para hacer más tarde, algunos viajes en los que tendrá ocasión de gastarlo.

Agradecíselo sin exageraciones, pues conocí bien pronto que allí no usaban nuestra mentirosa urbanidad, y atravesando por entre la multitud, ya más numerosa, tomamos el camino de la ciudad, acompañados siempre por el muchacho que cargaba con mi saco de viaje.

A medida que íbamos andando, noté que los campos a derecha e izquierda, estaban con las mieses bastante crecidas y perdíanse de un lado en las faldas de las montañas y del otro allá en el horizonte; los campos eran atravesados por estrechos senderos para dar paso sin pisar los sembrados. El camino empezaba a subir suavemente, percibiéndose a lo lejos las primeras casas de la ciudad.

Mientras íbamos andando, Feijóo daba explicaciones a los amigos que encontraba y éstos me miraban con satisfactoria curiosidad. Yo en tanto iba haciendo mis reflexiones sobre todo cuanto veía. Observé su modo de vestir que con el garbo y desenvoltura en el andar hacía un efecto pintoresco y artístico. La mayor parte de los trajes, consistían en una amplia camisa corta de mangas y encaje bajo, que dejaba el cuello y los brazos al descubierto; calzones largos que les cubrían más abajo de las rodillas; las piernas tapadas con cintas de cuero o tejido, enrolladas desde encima de las pantorrillas hasta los tobillos y terminando en las sandalias o alpargatas de que esta-

ban calzados; usaban faja y en la cabeza gorros de diversas formas, o sombreros de alas más o menos anchas; iban cubiertos por una capa que les llegaba a la mitad del muslo y que unos llevaban sobre los hombros y los más enrolladas al cuerpo o en posiciones estudiadas que los envolvían elegantemente. Las mujeres vestían, muchas de ellas, camisa abierta por delante descubriendo el encaje de la garganta, mangas cortas como los hombres, mostrando los brazos desnudos; saya que mal llegaba a bajo de las pantorrillas, otras vestían calzones largos, especie de bombachas; ceñidas todas ellas por una amplia faja que a partir de debajo de los pechos, les ceñía la cintura y caderas, realzándoles el talle; los pies estaban calzados con sandalias de cáñamo o cuero más o menos lujosas y todas iban cubiertas con un chal o capa en forma análoga a los hombres. Reparé que algunas llevaban una especie de suspensorios, que se bifurcaban en cada pecho, presos atrás en la espalda: supe más tarde, que en esto se distinguían las que eran madres. Los niños que vi jugando eran verdaderamente bellos, mostrando en sus rostros la frescura y lozanía de las rosas; llamó mi atención verlos a todos menores de 7 años y andar descalzos.

La ciudad estaba precedida de frondosas alamedas que quedaban a nuestra izquierda y en las cuales se percibía mucha gente paseándose: en aquel momento pasábamos por

delante de un gran edificio de dos pisos, sin contar el térreo, que Feijóo me dijo ser el convento, y luego de atravesar una arboleda, entramos en la población.

La calle en que penetramos estaba calzada con paralelepípedos de madera. Las casas eran de apariencia modesta, pero agradable, pintadas como las de Venecia, rodeadas de jardín, que las aislaban completamente, (pareciéndome que estas condiciones debían hacerlas más higiénicas) todas de un solo piso y en lugar de tejado estaban cubiertas de azoteas. Siguiendo nuestro camino, vi que las calles se cortaban perpendicularmente y seguían calzadas del mismo modo. Después de atravesar unas pocas calles, llegamos a una plaza arborizada en la que había mucha gente divirtiéndose: unos jugando a las bolas, otros al tejo y otras diversiones para mí desconocidas; mozas jugando al volante con los muchachos, otras columpiándose; en suma, la plaza parecía un lugar único de diversión.

—Me está pareciendo—dije a Feijóo—haber llegado en un día de fiesta.

—¿Por qué dice usted eso?

—Por ver tanta gente paseando en las alamedas y divirtiéndose aquí.

—No es fiesta lo que usted está viendo; el pueblo cuando acaba el trabajo, viene aquí a solazarse hasta la hora de la cena; pues los marcianos trabajan la cuarta parte del día y esto les basta para satisfacer sus necesida-

des. Antiguamente trabajaban la tercera parte del día o sea ocho horas, pero después de los grandes progresos introducidos en la mecánica, que economizaron tiempo y trabajo ayudando a producir más rápidamente las comodidades de la vida, y a fin de conservar el equilibrio económico, pudo reducirse la jornada a seis horas por día. Fuera de estas horas, todos tratan de divertirse; vea usted ese grupo de rapazuelos y muchachas que cogidos del brazo vienen cantando en coro. Es una canción antiquísima que para esparcir su alegría, escoge la juventud entre las muchas del inagotable repertorio de canciones populares, y cuya letra es poco más o menos lo siguiente:

“Gocemos la vida que nuestra Madre Naturaleza nos ofrece tan llena de atractivos y de encantos. Gocemos alegremente de este bello día y alejemos de nosotros la tristeza semejante a la noche oscura y tempestuosa. Gocemos, gocemos la vida presente, sin prejuicios sobre la futura, ya que nadie tiene certeza de lo que allá habrá ni saber precisa.”

Como usted ve, aquí sólo se preocupan de la vida presente; tienen la convicción de que los seres están en el mundo para gozar y no para sufrir. Lo que requiere nuestra moral, es que los goces disfrutados sean sencillos, no perjudiquen a tercero y consecuentemente a nosotros mismos, porque, si sucediese lo contrario, caerían en la inmoralidad.

Allá en la Tierra, ustedes educan los sexos

separados, debido a preconceptos estúpidos e hipócritas, llegando con esta educación, las jóvenes a la edad núbil y los hombres a la viril, sin conocerse, lo que origina uniones infelices; mientras que aquí, desde las primeras letras, crecen y estudian ambos sexos unidos y armónicamente se divierten como usted está viendo.

Iba cayendo la tarde cuando salimos de la plaza que, por el tupido arbolado, parecía más bien un parque, y continuamos por la misma calle, atravesando otras que la cruzaban siempre perpendicularmente, hasta topar con una más ancha, con casas de dos pisos y asfaltada, y cuyos paseos laterales estaban arborizados con dos filas de árboles a cada lado y por tanto eran más anchos que los de las calles que acabábamos de atravesar.

—Esta—me dice Feijóo—, es la gran calle diagonal de la derecha; las ciudades están trazadas generalmente en la misma disposición; la otra que corta a esta perpendicularmente, se llama la calle diagonal de la izquierda y crúzanse ambas en la plaza principal de la ciudad donde se encuentra el palacio del municipio.

Nos encaminamos por ella, y, a poco de haber andado, tropezamos con dos jóvenes de bellos y risueños semblantes, vestidas con trajes iguales que me miraron con insistencia. Feijóo llamó con respecto a ellas mi atención, diciéndome que pertenecían a la “Hermandad de las Hermanas Humanitarias”.

—¿También aquí hay monjas? Interrogué.

—Sí hay—respondió—pero no son como las de la Tierra, que viven relegadas a un estúpido egoísmo; éstas por el contrario, las llaman humanitarias, por los relevantes servicios que prestan a la humanidad, y la moral de ellas es muy superior a la de las monjas terrestres. Aquí estas mujeres desempeñan una noble y alta misión; son un elemento social indispensable y del cual los hombres no pueden prescindir tanto en esta como en otra cualquiera parte del planeta; el pueblo no sólo las respeta, sino que tiene por ellas un verdadero culto, el Estado las protege y gozan de justísimos privilegios en todas partes.

Dejando atrás las Hermanas Humanitarias de las cuales Feijóo me hiciera tan lisonjeros elogios, y continuando nuestro camino por la misma calle, fuimos a la plaza principal.

Era ésta, una plaza grande de forma oval, circundada de arcadas y de árboles, y como presidiéndola, se encontraba el palacio municipal. De los establecimientos que en ella había, algunos ya recogían sus mercancías, otros, como las casas de expender refrescos, tenían las mesas colocadas debajo de las arcadas en donde los consumidores sentados conversaban bebiendo refrescos; allí no era permitido beber nada alcoholizado. Llamóme la atención un grupo de mancebos sentados a una mesa vistiendo uniforme y pareciendo tener todos ellos la misma edad; pregunté a Feijóo lo que

aquellos jóvenes eran. Respondióme que eran soldados.

—¡Soldados!—exclamé admirado.

—Sí, pero éstos no son como los de la Tierra que nada hacen, consumen y no producen, y cuando alguna vez trabajan es para destruir las propiedades y matar gente; los de aquí tienen, por el contrario, la santa misión de conservar la propiedad y cultivar la tierra marciana.

Este ejército—siguió diciendo mientras caminábamos—quedó establecido cuando terminó el período de las guerras, que nosotros colocamos en los tiempos bárbaros; hará de esto un millón de años. En aquella época a pesar de sus salvajismos, fué cuando se hicieron los grandes descubrimientos científicos: la electricidad y sus aplicaciones, sacando de ella la fuerza, la luz y la transmisión del pensamiento a distancia; fué también la de los grandes descubrimientos astronómicos de los maquinismos y sus aplicaciones a la industria. Pero, a pesar de estos inventos, colocamos los tales descubrimientos en el fin de los tiempos en que dominaba la mentira, el egoismo, las malas pasiones y todas las desgracias que afligían a los habitantes del planeta. Fué aquella una época de preparación, en la que a pesar de la tiranía personal, hubo ensayos, tentativas, luchas, estudios para congraciarse los intereses sociales y después de algunas violencias sangrientas, vino el triunfo de la razón.

Volviendo a tomar nuestra conversación primera sobre los soldados, luego que las principales naciones convinieron resolver las cuestiones que pudiesen surgir entre ellas, por medio de acuerdos amistosos sobre el tapete, en lugar de hacerlo como hasta allí en los campos de batalla, este ejército, que había vivido hasta aquel entonces a costa de la Nación, única que trabajaba, debía disolverse y era echar a la calle mucha gente sin medios de vida, que podría producir la guerra interna entre los que trabajaban y estos que querrían trabajar. Resolvieron, pues, los gobernantes de aquel tiempo, conservar el ejército tal cual estaba, y destinarlo al cultivo de los campos, mandando los soldados para los lugares en donde escaseasen los brazos a fin de ayudar a los labradores en las faenas agrícolas. Siendo los soldados muchos, distribuyéronlos por las comarcas en que había tierras incultas que roturar, pantanos que desecar, canales de riego que abrir o reparar y caminos que construir. Los resultados fueron admirables; muchas tierras incultas que antes nada producían fueron aprovechadas; la producción de los campos aumentó, las cosechas se duplicaron, poniendo los productos al alcance de todos y aportando con esto al pueblo la hartura y bienestar. En vista de los excelentes resultados obtenidos, continuó definitivamente el servicio de los soldados agrícolas. Habiendo visto las otras naciones los resultados alcanzados con

esta institución, introdujeron el servicio obligatorio, y hoy el ejército agrícola está establecido en todo el planeta.

Aquí vine a encontrar lo que pedía en mi "Teatro Crítico" allá en la Tierra, de utilizarse los soldados cuando no tuviesen que guerrear, en construir canales de riego, desecar pantanos, abrir carreteras, destruir los animales dañinos, etc; pero que desgraciadamente no fuí atendido.

Acabada de atravesar la plaza, nos dirigimos por la misma calle transversal que continuaba con el mismo aspecto de bulevar. Habíamos ya caminado un rato, cuando me dijo Feijóo:

—Ahora, en la primera calle que encontremos a la izquierda, está la casa en que vivo.

Y dirigiéndose al muchacho que llevaba mi saco de viaje, le dijo unas palabras y aquél echó a correr.

Desde las azoteas, las jóvenes reclinadas en los antepechos, me miraban curiosas al reparar en mis vestidos tan diferentes de los que allí se usaban y que iban delatando mi extranjería.

El interior de las casas venía hacia tiempo atrayendo mi curiosidad; hacíanme el efecto de casas pompeyanas con sus patios interiores, sus habitaciones en rueda y escasas ventanas sobre la calle. Llamé la atención de Feijóo sobre el que los negocios cerrasen sus puertas, no habiendo caído aún la noche

—Ya le he dicho—respondió—que aquí se trabaja la cuarta parte del día; los negocios se abren por la mañana a las ocho y se cierran, sin excepción, al medio día, hora de comer, para después dormir la siesta; los empleados jóvenes pueden divertirse hasta las quince, o ir a los estudios de trece a quince, pues en estas horas hay cursos públicos y particulares. A las quince (algunos negocios a las dieciseis) abren los almacenes hasta las dieciocho, hora de ir a cenar; después de las diecinueve, empieza la vida de sociedad, las tertulias, teatros, reuniones; y funcionan las escuelas nocturnas. En estas, los muchachos que están aprendiendo oficio, van a estudiar el dibujo a mano libre, nociones de Geometría y especialmente dibujo aplicado a la profesión a que cada cual se dedica. Los que no siguen oficio, estudian otras disciplinas para instruirse, hasta las veintiuna, hora de recogerse para ir a dormir a las veintidós.

Aquí no hacemos de la noche día como allá en la Tierra; la generalidad se levanta al nacer el Sol y algunos, como medida higiénica, antes de esa hora están tomando el baño, tienen sus ejercicios gimnásticos hechos o se están preparando para salir de casa. Los campesinos, invariablemente, se levantan antes de nacer el Sol, para estar en sus faenas a las seis y acabar la tarea al medio día, volviendo a esa hora a sus casas con la jornada terminada. No acontece lo mismo con los trabajos

que se hacen por placer como, por ejemplo, aquellos de allí enfrente, (pasábamos por delante de un taller de muebles) ahí funciona una asociación de trabajos en madera y les es permitido trabajar cuantas horas quieran. Esas asociaciones, son parecidas a los clubs que ustedes tienen en la Tierra para recreo. Aquí es para hacer trabajos útiles que después llevan para sus casas; los hacen en común; uno cepilla las tablas, otro hace los ensamblajes, el otro talla los ornatos y así construyen un objeto ayudándose mutuamente.

Hay otras asociaciones para los trabajos en hierro forjado; otras que se ocupan en la construcción de maquinismos e invenciones; también las hay para trabajar los metales preciosos; en fin, para cuanto los hombres puedan desear. A parte de estos trabajos puramente recreativos y con los que muchos inventos se tienen conseguidos, la gran preocupación de nuestros pueblos es la agricultura: mejorar los métodos de producción en las diferentes ramas en que se distribuye este conocimiento, por ser de interés general; ya que tanto hombres como mujeres, tienen que contribuir anualmente al bienestar de todos, con una cantidad de trabajo gratuito.

Nuestro mundo ha progresado muchísimo desde que empezó a ser gobernado por la razón y la inteligencia; mientras que vivió en estado precario, cuando era gobernado por el sentimentalismo inútil. Desde que los intelec-

cuales tomaron la dirección, nuestro progreso empezó realmente. Dejó de conocerse aquí lo que allá en la Tierra da tanta importancia; el prurito de ser superior a los otros por el nacimiento o la fortuna. Dejaron de colgar blasones en el frente de las casas y del pecho, pues sería considerado quien pretendiera hacer tal ostentación, como un desgraciado y pobre mentecato. Porque aquí el que pretenda por cualquier motivo ser superior a los otros, comete una falta gravísima contra la sociedad y una infame grosería, por ser un resabio de los tiempos del dominio personal, causa de los males que han afligido a los humanos. Tampoco se conoce aquí la cuestión de honra a que en la Tierra se da tanta importancia, relativa al comercio sexual, y mucho menos poner el puntillo de honor en parte tan escondida. Los marcianos son muy liberales en las cuestiones de amor; no disputan por cosas de tan poca importancia y no sienten el latigazo de los celos, resto de la animalidad que duerme en los individuos y que nos viene de las primeras épocas del mundo.

Los sentimientos básicos de nuestro pueblo, fueron siempre el bienestar público, el espíritu de fraternidad y el amor a nuestros semejantes, antes de aquellos tiempos nominal. Estos principios básicos han penetrado en nuestras leyes y costumbres, hasta aniquilar los sentimientos egoísticos de la propiedad. También se trató de hacer alguna cosa en pro

de la igualdad, que si no pudo conseguirse, porque la Madre Naturaleza hace a los hombres desiguales, se ha conseguido una igualdad relativa, sea en el aspecto exterior de las gentes, sea en su trato social.

Con objeto de que las fortunas no se perpetuasen en unas cuantas familias, hizose la Ley general de herencias; ley justísima, la cual permite a los hijos y nietos usufructuarse de la fortuna acumulada por el padre y abuelo, pero éxtintos estos últimos, revierten las substancias al Estado, contra el parecer injusto de algunos demagogos que pretendían suprimir las herencias. Estas medidas niveladoras que pasan las fortunas de las manos de los particulares a las del Estado, obliga a renovarse las clases y abre el campo a todos aquellos que tengan iniciativas, ayudados por las leyes que no consienten haya nada permanente.

Desde que el sentimentalismo dejó de gobernar el mundo, nuestro progreso fué incalculable aumentando la fortuna y el bien público. Los mejoramientos materiales que aquí tenemos, han ido viniendo poco a poco por la persuasión y en el deseo de mejorar de suerte. De manera que, cuando las buenas ideas trataron de ponerse en práctica, habían penetrado en la mente de las gentes y su realización pudo hacerse sin violencias. Tratóse de instruir a la masa popular en el ideal de justicia y con respecto al capital, hizose comprender que este era necesario para el progreso hu-

mano. No dejó de existir algún insensato que pretendía destruirlo por juzgarlo innecesario; pero estos, ante el raciocinio contundente de sus defensores, acabaron por comprender que el capital era necesario por cuanto mientras el obrero hace un trabajo, precisa vivir, y aquí viene la necesidad del capital. Este, han tratado de ponerlo en armonía con el trabajo, no permitiendo exorbitarse en el lucro, y haciendo por este proceso un factor benéfico para todos. Por otra parte; nuestra educación es suministrada en internados por cuenta del Estado desde la edad de 7, a la de 13 y 14 años. En ellos los muchachos y muchachas reciben una educación primaria integral, que abraza los principales y más necesarios conocimientos humanos. Al finalizar estos estudios, se hace una selección de los alumnos y alumnas que han mostrado más inteligencia y amor a los estudios y pasan a los cursos de segunda enseñanza, de modo que no se malogra ninguna inteligencia. En estos internados se les enseña, además de los estudios ya referidos, la ciencia del bien vivir; a tratarse los dos sexos en camaradas, a respetarse mutuamente, a tener aspiraciones y no confiar en los otros, esperándolo todo de su propia iniciativa. Y terminaré explicándole una medida eficaz y que ayudó enormemente a perfeccionar nuestro organismo social: En los pasados tiempos, las autoridades que acababan su gestión, al entregar el cargo, eran aprisionadas y respondían

al día siguiente a las acusaciones del pueblo; pero ahora, como los cargos no duran más que una estación del año y dado nuestro perfecto estado social, no se da el caso de que una autoridad abuse del poder.

En lo demás, este es el país de la libertad, del amor y de la estética, persiguiendo con entusiasmo lo bello tanto en las personas y cosas como en las mismas ideas. El pensamiento es libre y la libertad preside a todos los emprendimientos materiales, morales e intelectuales. Todos gozan de iguales derechos y tienen los mismos deberes. El respeto personal está elevado a la altura de un culto; las personas son apreciadas por sus acciones y no por las apariencias y tenemos el instinto de perfeccionarnos continuamente, tanto en nuestras costumbres como en el mismo tipo. Aquí hemos llegado a tener todos el mismo modo de pensar, pensando cada cual como bien lo entiende; pero quien intente imponer sus ideas, saldrá corrido de todas partes, por atentado a la libertad individual. De modo que todos emiten sus ideas sin pretender imponerlas, respetando por su parte, el modo de pensar de cuantos conviven con él.

En estos coloquios departíamos, cuando llegamos a la casa y Feijóo me invitó a entrar, diciéndome en dialecto galiciano:

—“Está vostede na sua casa”.

CAPITULO II

CONVERSACION CON FEIJOO

Sentimiento de amor a la verdad y a la justicia. - Unidad política. - Parangón entre la humanidad marciana y la terrestre. - División política del planeta.

Acabada la cena, me invitó Feijoo a subir a la azotea que en aquella hora iluminaba el tibio lunar de Deimos. Desde allí, se avistaba la ciudad alumbrada por luces que parecían ser eléctricas, sentíase la perpendicularidad de sus calles y la cruz de San Andrés, de las dos diagonales que las cortaban. El panorama que se descubría mostrábase algo confuso, efecto de la poca claridad de Deimos: veíase del lado del Naciente, la extensa planicie salpicada en alguno que otro punto por el alumbrado de las aldeas y surcada por el río que se adivinaba a los reflejos producidos por el apagado lunar; del lado Sur, percibíase el camino recorrido aquella tarde, al fondo se divisaba una masa oscura parecida a los monumentos piramidales (Zigurat) que servían de observatorio a los sacerdotes caldeos; era la montaña en donde la nave aérea me había descendido; al Poniente, aparecía la línea de montañas que viera por la tarde; y al Norte, las azoteas de las otras casas ocultaban la vista. El cielo presentaba el mismo aspecto que visto desde la Tierra; me encontraba en el hemisferio

austral del planeta pues veíase la constelación del Crucero del Sur un poco más al cenit de lo que se encuentra visto desde Rio Janeiro. Persuadime que había descendido en una zona templada. La luna no tardaría en desaparecer, mientras que la mayor, Fobos, debía estar para salir a juzgar por la claridad que se notaba por aquella parte del cielo.

Comuniqué a Feijóo mi sorpresa al presenciar aquel espectáculo, nuevo para mí, de acostarse una luna mientras la otra se levantaba.

—Ciertamente—respondió—aquí las noches son bellísimas, no sólo en esta estación, sino también en el verano en que el buen tiempo es permanente. Usted que es artista, mira el lado pintoresco, lo que a nosotros no nos conmueve por estar ya habituados a él.

—¿Entonces los marcianos carecerán de las facultades emotivas que sienten los terrestres?

—Es indudable que nosotros también nos emocionamos, porque los hombres, tanto aquí como en cualquier otro planeta dependiente de nuestro sistema solar, deben estar dotados de las mismas facultades de pensar, sentir y querer. Unicamente se diferenciarán por el estado de adelanto intelectual, moral y material. Aquí, por ejemplo, hemos acabado con esas desigualdades que antes había en el estado social, de pueblos y razas, habiendo conseguido por una sucesión de esfuerzos acumulados y una sistemática educación, constituir,

en nuestra humanidad toda y con los mismos sentimientos de amor a la verdad y a la justicia, un alma única en la cual no puede entrar la falsedad ni la mentira. Y así creamos un medio, al cual contribuyeron innumerables generaciones, que nos condujo al ideal de la unidad política y social.

—Para llegar a conseguir ese estado de unidad en que se hallan, juzgo que hablarán los marcianos una sola lengua?

—Efectivamente, hace ya algunas centenas de miles de años, que la lengua es universal en todo el planeta. Pero antiguamente hubo una gran variedad de lenguas, pues cada pueblo o nación hablaba la suya. Estas lenguas se subdividían en dialectos, algunos de los cuales fueron lenguas antiquísimas habladas por numerosas naciones pero que, debido a las invasiones, guerras y aniquilamiento de aquellos pueblos quedaron circunscritos a algunos lugares montañosos. Esta profusión disparatada de lenguas producía tal confusión, que dificultaba las transacciones entre los pueblos, viviendo muchos de ellos aislados, por lo difícil de entenderse.

Luego que se descubrió la tracción mecánica aplicada al transporte terrestre y marítimo, que acortó las distancias, y el telégrafo que puso en comunicación instantánea a todas las naciones, desenvolvióse el estudio de las tres o cuatro lenguas más habladas, para facilitar el intercambio comercial. Mas como el estudio

de aquellas lenguas era penoso y absorbía un tiempo que podía ser empleado en adquirir otros conocimientos, se pensó, a fin de abreviarlo, en crear una lengua artificial. La primera tentativa, no dió resultado apreciable y fué a los pocos años abandonada por otra cuya formación se extrajo de las más conocidas entonces, llegándose a un resultado práctico; pero que sólo a los conocedores de tales lenguas era fácil aprender. A pesar de este inconveniente, llegó a ser hablada en todo un continente y parte de otro; pero la porción de mundo más antiguo, más numeroso y que había sido cuna de la civilización, no la entendía. Habían hecho la pretendida lengua universal, sin tomar en cuenta ni poner en la balanza aquel continente que componía él solo la mitad del mundo marciano. Y viéronse obligados a formar una tercera lengua, en la que entraron elementos de las dos más difundidas en aquel continente; siendo esta tentativa al cabo de dos o tres siglos, una realidad.

Para formarse esta lengua, se estableció un abecedario universal, que adoptaron todos los países, haciendo la pronunciación fonética de modo que todas las invenciones y palabras nuevas, se pronunciaran y escribieran por igual en todo el mundo; este fué el principio que sirvió de base a la lengua universal.

Entretanto que la lengua artificial se extendía y perfeccionaba, las lenguas vivas iban adquiriendo un sin número de neologismos que

expresaban más claramente ciertas ideas, dándose un trueque de vocablos entre unas y otras, con lo que se estableció gran número de palabras que llegaron a ser comunes a todas las lenguas habladas y que fueron formando un vocabulario general.

Por otra parte, los descubrimientos que continuamente se hacían, contribuían a aumentar este vocabulario con otras tantas palabras nuevas, que eran los títulos de estos inventos, e iban a enriquecer las lenguas vivas, formándose en el correr de los siglos, una lista enorme de palabras usadas en todas las lenguas. Las voces de este vocabulario que podemos llamar universal, sirvió en los primeros tiempos a los marineros, para comunicarse con los habitantes del litoral, yendo poco a poco propagándose por las poblaciones interiores de los continentes; y, como en todo emprendimiento humano, el pueblo, con su exuberancia vital, acaba fatalmente por vencer; la lengua artificial acabó por quedar circunscrita a la palabra escrita y la lengua hablada era la que estaba en formación. Aparecieron después las publicaciones periódicas, en su principio sin ideas de propaganda, pero sí de lucro, e hicieron ilustraciones con el texto explicativo, en lengua popular, a cuya comprensión ayudaban los dibujos, ejerciendo una influencia capital en el desenvolvimiento de la nueva lengua; y dándole ya una forma más gramatical, la fueron perfeccionando. En el

comercio también se sirvieron de ella para comunicarse verbalmente con los pueblos que visitaban, siendo la artificial relegada a las comunicaciones escritas.

Este lenguaje nacido espontáneamente, expresando las cualidades, tendencias y espíritu de las diversas razas, formado de vocablos cortos, sencillo en las frases, de pronunciación fácil, armoniosa y enérgica, con más relieve que la lengua artificial y saturada del gusto artístico que el pueblo, en su sabiduría, sabe dar a cuanto emana de él, sustituyó con ventaja a la lengua artificial; esta no perduró más de dos mil años, tiempo suficiente para formarse la popular.

El fenómeno más curioso y extraordinario que se ha ido operando al correr de los siglos, se encuentra en los escritos e inscripciones de los tiempos de su formación; pues tanto se fué modificando evolutivamente, que si hoy aparece alguna inscripción o escrito de aquellas remotas edades, no sabemos descifrarlo y tenemos que recurrir a los diccionarios conservados en los archivos.

—En la Tierra están ahora tratando de formar una lengua universal y todos los años se efectúan congresos para propagarla; pero me parece que lucharán con las mismas dificultades conque lucharon los marcianos, por ser las europeas las únicas que entran en aquel ensayo de lengua.

—Me parece algo prematuro ese proyecto,

por cuanto hallo necesario que, antes de poseer la unidad de lengua, tendrán que converger a la unidad planetaria y de creencias, que es el camino para entenderse las naciones. Por otra parte, había ya en mi tiempo naciones prepotentes que pretendían imponer su lengua a las demás; hoy querrían hacer lo mismo y en esa disposición de ánimo, no les será fácil entenderse. Además, la vida es una constante repetición, y tanto los individuos como la misma humanidad, hanse repetido en la sucesión de los tiempos con idénticas cualidades y defectos.

—El amigo nos está juzgando tan atrasados como en los tiempos en que allá vivió; mas desde aquella época hubo un progreso inaudito en todas las ramas del saber y hoy nuestro mundo está adelantadísimo.

—No me hable de los progresos de la Tierra, que deben ser insignificantes; pues siglo y medio que es el tiempo que falto de allí, en la vida de una humanidad no merece ser contado.

—Convengo en que la humanidad terrestre no estará tan adelantada como la marciana y, para mejor plantear la cuestión, convendría me hiciese un parangón entre ambas.

—Como quiera; pero de la comparación no saldrá airosa la humanidad terrestre.

Las humanidades están compuestas de individuos, diferenciándose como éstos, sólo en la edad; ellas van creciendo insensiblemente y

caminan, sin darse cuenta, hacia una perfección indefinida, cuyo límite desconocemos. Esta perfección a la que caminan puede decirse a ciegas, es producida por un conjunto de circunstancias, de hechos pasados y de causas anteriores que las engendraron, y no habría fuerzas humanas suficientes para contenerlas ni evitarlas.

Muchas fueron las ideas, presentidas desde lejos por la ciencia humana, que en su estado primordial parecían utópicas quimeras y que a fuerza de repetirse uno y otro día, llegaron a entrar en la conciencia de los pueblos y acabaron por ser verdades probadas y adoptadas. Y esto obedece a que las humanidades, tanto la marciana como la terrestre, siguen en su marcha constante la ley de la evolución; la misma que rige a todos los cuerpos del Universo. Consiste esta ley en andar describiendo ciclos, cada uno de los cuales encierra un período evolutivo; períodos éstos que marchan en progreso ascendente hasta llegar a un estado culminante de perfección; después se continúa, no diré evolucionando en sentido inverso, pero sí perdiendo gradualmente las fuerzas, hasta acabar poco a poco con las energías y morir, constituyendo estos ciclos, con las fuerzas ascendentes y descendentes, el ciclo grande que va a terminar donde empezó.

A lo que recuerdo de los tiempos en que allí viví, la humanidad terrestre tenía gravísimos defectos: no amaba la verdad, los bienes esta-

ban retenidos en pocas manos y la justicia sólo existía de nombre. Bien puede ser que actualmente se encuentre en el momento de terminar un ciclo evolutivo, porque en este caso, el progreso podría ser apreciado durante la vida de un individuo. Sea como quiera, para poder hablar con algún fundamento sobre las humanidades, precisamos detenernos algunos instantes sobre lo que es el individuo, por ser el conjunto de éstos el que forma las humanidades. Sentadas estas premisas, empezaremos por presentar al individuo perfecto, para luego poder remontarnos a ellas.

Hay individuos que por su naturaleza nacen dotados de gran fuerza física e intelectual. Estos dan origen a troncos de familias cuyas ramas son ilustres por su inteligencia, por sus altos hechos o por su fortuna; brillan unas cuantas generaciones y después decaen y se confunden con las medianías, hasta perderse entre los ignorados y desaparecer. Esto que acontece con las familias, le está reservado en la Tierra a algunas naciones; nacen sin saber cómo, se desenvuelven, brillan, llegan al auge del poder y de la fortuna, dominan a las otras; pero esto no las impedirá decaer a su vez, luchar, extinguirse poco a poco sin saber cómo y morir.

La vida de las humanidades puede ser comparada al desarrollo físico del individuo. El niño, al fin del período de la lactancia, cuando sus miembros adquirieron suficiente ro-

bustez, camina como los cuadrúpedos (a cuatro pies). Este estado que en el niño dura pocos meses, en las humanidades debió llevar muchos miles de años hasta tomar la posición vertical y sostenerse sobre los dos pies. Después de este período, los niños hablan un remedo de lengua incomprensible, para más tarde pronunciar monosílabos, y continuando la evolución, articular palabras y hablar con claridad. Este fué el período más largo por que pasaron las humanidades; fué la época en que estuvieron seleccionándose y perfeccionándose, hasta poseer el lenguaje con el cual pudieron comunicar sus groseros pensamientos. Sucedió a éste el período de las cavernas, en el que las humanidades se atrigaban debajo de las rocas y en cuevas huyendo de la intemperie. En los niños, se caracteriza esta época por el gusto que sienten, entre los 4 y 5 años de edad, de procurarse colchas o cobertores y formar una casa con sillas o una mesa, cubriéndola por todos lados, y quedarse allí dentro en lo oscuro, quietos, en un recogimiento beato. Al período de las cavernas siguió el de las construcciones ciclópeas (piedras colosales sin ninguna argamasa). Signifícase este período en los niños de 5 a 6 años, por su tendencia a construir murallas con piedras sueltas; hacer casas, si el lugar es pétreo, o con barro, y si es junto a la playa, con arena. A este trabajo bruto, le sigue otro muy interesante: el despertar de la inteligencia,

cambio éste que se opera en los niños a sus 6 o 7 años, mostrándose curiosos por saber e indagar todas las cosas, prestando atención a cuanto hablan los mayores y poniéndoles en un aprieto al tener que contestar las insistentes preguntas que les hacen los pequeños filósofos. Este período en las humanidades es el del conocimiento del cielo; los hombres levantaron los ojos y, al percibir aquellos puntos brillantes, empezaron a pensar, a seguir los movimientos y el acostar de las estrellas, con lo que se despertó en ellos la idea de la Divinidad; y la hicieron como ellos; es decir, con brazos, piernas y, sobre todo, corazón para sentir las emociones como ellos las sentían, haciéndola ignorante, injusta, vengativa; de suerte que no le conmoviesen las desgracias de los hombres y no perdonar las ofensas de los que consideraba como sus enemigos. Luego, a este estado de curiosidad, síguele en la segunda infancia, el principio del raciocinio: hace travesuras, piensa y luego se arrepiente. En las humanidades este período es caracterizado por el terror que le producen los truenos: “el gigante está colérico, los hombres algo le hicieron que lo irritó”; y le dirigen súplicas para calmarlo, y por último conceptúan que él está arrepentido de haber hecho al hombre y manda el diluvio para destruirlo. A este estado sigue, en el niño, el de penderciero: se juzga fuerte, quiere las cosas, y cuando no se las dan quiere obtenerlas por la vio-

lencia. En las humanidades marca este período el principio de las guerras, los hombres empezaron a ser ambiciosos, aparecieron los primeros dominadores y comenzó la explotación del hombre por el hombre. Al fin de la segunda infancia viene el período de las grandes ilusiones, de los grandes proyectos y de la poesía. Es representada esta época en las humanidades por el predominio religioso y el desenvolvimiento de las Bellas Artes, que infaliblemente van unidas y son consecuencia de aquel estado de los espíritus. Continuando, pues, la comparación del desenvolvimiento de la humanidad con el del individuo, podrá aventurarse que la humanidad terrestre está principiando la segunda infancia. En esa edad comienza el raciocinio, se pueden adquirir nociones generales sobre los humanos conocimientos; todo, empero, es relativo y lejos de la verdad.

La humanidad terrestre, cuando viví entre ella, no tenía los sentimientos generosos y altruistas que encontré aquí; estos sentimientos sólo bullían en el cerebro de los poetas; allí todo era mentira: hablaban mucho de moral, y sólo corrupción había en las costumbres; hablaban de derecho, y nunca los pueblos eran más engañados; predicaban la caridad, y era cuando había mayor egoísmo; hacían propaganda por la paz, y las guerras surgían más feroces y mortíferas. Las pasiones estaban desbordadas, furiosas, coléricas; háceme tem-

blar el recuerdo de los tiempos que viví entre aquellas gentes. El fanatismo religioso era tremendo; yo entonces fraile, me escandalizaba de lo que hacía el clero y en mis escritos no podía decir lo que sentía, me era forzoso callar, porque si levantase mi voz para protestar contra tales abusos se desencadenaría la Inquisición contra mí y no me dejarían vivir. Trataban de embrutecer al pueblo con tantas prácticas religiosas y tantos rezos, que no daban descanso al espíritu para discurrir y pensar, fuera de tales prácticas. Período idéntico pasó aquí por Marte hará cerca de un millón de años, y es clasificado de bárbaro; que marca la transición del estado imperfecto y desordenado al perfecto en que estamos. Aquel era el tiempo en que las religiones ejercían dominio sobre las personas y sus conciencias; había reyes absolutos, y éstos, mancomunados con aquéllas, tenían sujetado al pueblo a una dócil obediencia. Después de estos tiempos la humanidad marciana fué progresando incesantemente, perfeccionando las instituciones y depurando las costumbres, hasta llegar al perfecto equilibrio en que nos encontramos.

—La humanidad marciana ¿deberá estar en una edad mucho más avanzada de lo que está la terrestre?

—Ciertamente, mas no tanto como le parece; nosotros estaremos próximos a los 25 años, que es la edad en que el individuo llegó a su completo desarrollo, tiene conciencia de lo que

hace y sabe dominarse. En esta edad es cultivador apasionado de lo bello y en sus acciones y pensamientos este culto no lo abandona más; perseverando de idéntico modo en la vejez, lo mismo que en la juventud se desenvolvieron el amor al bien y a la justicia.

Habiendo parado Feijóo de conversar continuamos unos momentos silenciosos, y ocurriéndoseme interrogarle sobre otras cuestiones levanté los ojos al cielo, vi la luna Fobos que ya estaba alta y le pregunté cuál era la opinión que tenían los marcianos sobre el cielo estrellado.

—La opinión que aquí tienen es tan cabal que fué aplicada a la organización política del planeta. Aquí sólo hay una nación compuesta de municipios autónomos representando las estrellas. Cada municipio tiene a su alrededor cinco o seis aldeas, que viven ligadas entre sí y dependen de él. Cada reunión de estrellas está representada por tres o más municipios, que llamamos *Grupo*. Cierta número de grupos forman una *Constelación* o provincia. Una agrupación de constelaciones componen una *Región* (lo que ustedes en la Tierra llaman nación). Y todas las regiones reunidas constituyen la nación marciana o sea todo el planeta, representación del cielo estrellado.

Desde la azotea se avistaba un gran edificio cuya silueta, por su tamaño y magnificencia, destacábase de las otras construcciones; pregunté a Feijóo qué edificio era.

—Aquel es nuestro palacio municipal; en él se reúnen los representantes del pueblo nombrados por el sufragio directo y que en días determinados vienen a tratar de los intereses del municipio. Los municipios vienen a ser, como si dijéramos, estrellas, actuando cada uno independientemente, ligados todos por el amor y la fuerza de los recíprocos intereses. Este, además de tratar de los asuntos peculiares a la municipalidad, es cabeza de grupo, compuesto de otros dos municipios más, los cuales mandan aquí sus representantes para tratar de los intereses comunes. Los negocios que aquí vienen a ventilar son: tomar conocimiento del estado de las plantaciones, de los instrumentos agrícolas, de los graneros donde guardar la recolección próxima, de los cuarteles, de los conventos de las Hermanas Humanitarias y de las vías de comunicación pertenecientes al grupo. Luego de ventiladas estas cuestiones, consideradas de máxima importancia, viene el estudio del funcionamiento del gran internado, donde se educan los niños de ambos sexos, de los 9 a los 13 años de edad, pertenecientes a los municipios que componen este grupo; el estado higiénico y el adelanto intelectual de los mismos; tratan también del estado de los talleres donde se reparan los instrumentos de labranza y del adelanto de los aprendices que allí trabajan. En resumen: las cuestiones que se debaten en los municipios, sean simples o cabeza de grupo

como este, refiérense estrictamente a la cuestión económica y a los mejores medios de obtenerse su perfeccionamiento.

Aquí en Marte no se hace política, se administra, y todas las medidas tómanse con la intención de atender al bienestar social; los municipios, también son solidarios entre sí, tanto, que si en uno escasean las cosechas, los que le son vecinos acuden en su ayuda. El gobierno central del planeta está constituido por los diputados enviados por las regiones y que forman el Congreso, y la autoridad del presidente de éste no pasa de los muros del edificio en que funciona. El Congreso tiene de duración cuatro años, y terminados éstos pasa a instalarse en la capital de otra región, y así sucesivamente, por turno, cada cuatro años, de manera que el gobierno central va cambiando siempre, impidiendo con esto que una región ejerza más influencia que las otras sobre los negocios mundiales y los congresistas se lleguen a encariñar con la capital. La capital es, pues, ni más ni menos que un municipio como este, cabeza de grupo, no diferenciándose de los otros más que en residir en ella los diputados que forman el Congreso del planeta, y como tal capital no tiene más rentas que las contribuciones que aportan los embajadores o diputados para mantener la Secretaría del Congreso.

Los marcianos no gustan de vivir contrariados por autoridades, por leyes, ni por nadie;

gozan de la máxima libertad respetando la de sus vecinos. Las clases existen, pero diferenciándose muy poco; las leyes, como le diré en otro lugar, son hechas para destruirlas: del propio modo acontece con los poderes públicos, no existiendo el poder personal, causa de todos los males que afligen a los terrestres. Este es, como antes dije, el país de la estética, y no hay emprendimiento alguno, sea en los municipios, en el estado social o en las leyes y costumbres, que no se procure ponerlo de acuerdo con ella. Estas costumbres están arraigadas en el alma del pueblo y provienen de un trabajo anterior que costó millares de años de ensayos y fatigas. El estado de perfección a que nuestros hábitos sociales han llegado, y la *eugenia* alcanzada por nuestra raza, no se consiguieron de la noche a la mañana, y fué, sí, el esfuerzo continuado y persistente de generaciones y generaciones que nos han traído a este perfeccionamiento físico y moral. En tiempos ya muy lejanos el Congreso del planeta, después de haber fundido las diversas razas que había, haciendo de ellas una sola, se ocupó con el mayor interés y solicitud en mejorarla a fin de que resultase más bella. Para obtener este ambicionado desideratum hicieron una ley que comprendía a todos los municipios del planeta, decretando que en cada uno se escogiera entre los mancebos que hubiesen terminado el servicio agrícola aquel que reuniese por su figura, constitución y con-

ducta las cualidades del tipo perfecto y que por el lado personal o hereditario contribuyesen al perfeccionamiento de la especie. A estos individuos escogidos—uno por municipio—que reunían los predicados del hombre bello y perfecto se les autorizó por el espacio de tres años a escoger de común acuerdo, entre las mujeres solteras o casadas a cohabitar con ellos por el plazo mínimo de dos semanas, o bien ser solicitado por aquellas que desearan concebir un hijo bello. Hízose esta selección muchas veces en el correr de los siglos, llegándose por este proceso a perfeccionar extraordinariamente nuestra raza. Estos niños tan bellos que usted ha visto hoy jugar en nuestras calles y plazas son el resultado de esa selección hecha anteriormente y que aún hoy en algunas partes se hace, al punto de no haber cuerpos feos entre los marcianos.

Feijóo terminó de hablar y levantándose me invitó a ir a descansar, yo acepté, y al abandonar la azotea la luna Fobos había traspuesto la culminación y declinaba a su ocaso.

CAPITULO III

UN PASEO POR LA CIUDAD

Servicio de higiene. - El mercado. - El cuartel y los condenados. - El hospital. - El cementerio o columbario. - La superficie de nuestro globo aumenta constantemente. - Si antes los continentes eran cruzados por ferrocarriles, hoy lo son por canales. - El gran internado: la enseñanza se hace de manera a instruir recreando. - El teatro al aire libre. - Lo que había sido antiguamente aquella ciudad.

Al día siguiente de mañana me llevó Feijóo a pasear por la ciudad. Cuando salíamos noté a uno y otro lado del corredor de entrada dos cajas suspensas y como incrustadas en el hueco de la pared, girando sobre ejes a manera de básculas; Feijóo me explicó que una servía para depositar en ella papeles y trapos viejos y la otra para los huesos y objetos de metal usados, que independientemente de la basura servían para destinos industriales.

—Veo que ustedes aprovechan todo.

—Todo en absoluto, aquí nada se pierde; las aguas servidas, lo mismo que las pluviales, después de lavar las alcantarillas son conducidas por tuberías, para no rezumar las tierras por donde pasan, y llevadas al campo para aumentar los canales de riego. Las materias fecales son transformadas químicamente en sales, que con las cenizas producidas por la incineración del cisco van a servir de abono a los cultivos.

Eran las primeras horas de la mañana y ya estaban terminando la higiene urbana; el calzamiento de madera acababa de ser lavado por la bomba de riego y aún estaba húmedo; el vecindario remataba la limpieza de las calles barriendo las aceras y cada cual recogía el polvo en un cajón que quedaba herméticamente tapado a la puerta de la casa y que los encargados de la limpieza iban recogiendo y despejando en sus carritos, que después llevaban al depósito central para ser incinerados.

—Esta ciudad—dice Feijóo—reune las condiciones higiénicas que requiere la salubridad pública. Su situación es algo elevada y su planta forma un tablero de ajedrez cortado en dos diagonales por las calles transversales. Una de éstas, la de la derecha, está situada de Oriente a Poniente, permitiendo esta circunstancia que todas las casas reciban sol por la mañana y por la tarde, ayudando con esto a la buena ventilación de la ciudad. Por las dos calles diagonales se hace todo el movimiento de la población, de manera que las otras calles quedan en una beata tranquilidad, lo que permite a los niños jugar sosegadamente en ellas, sin que este sosiego sea interrumpido más que por uno que otro vehículo durante el día. Completa aún más su salubridad el tener dos parques interiores y estar circundada de árboles frondosos que oxigenan el aire y le dan el aspecto de una ciudad compestre.

Poca animación había en las calles a hora

tan temprana; sólo las dueñas de casa que salían a hacer sus compras, algunas acompañadas de sus criadas, muchachas entre los 13 y los 20 años, que era la edad en que los maricianos hacían el servicio doméstico. Tomamos por una calle perpendicular a la nuestra para pasar por el parque interior que no conocía, y en todo parecido al otro en el que viera divertirse a la gente, nos encaminamos por una calle que nos llevó directamente a la plaza del municipio; al fondo se encontraba el palacio municipal.

Aquel edificio presidía a la plaza y realmente así era, con sus arquerías que lo precedían y que en aquella hora matinal servían para el mercado de legumbres, frutas y hortalizas. El Sol le batía de lado dando a la fachada un aspecto festivo y majestuoso. Pocos negocios estaban abiertos, porque excepto los que vendían comestibles, los demás abrían después de las ocho.

—Esta es la hora en que se organiza el mercado—me dice Feijóo—, y todo el mundo se apresura a hacer sus compras a tiempo, porque sólo funciona hasta las nueve; después el mercado se disuelve y las campesinas retornan a sus aldeas.

Continuando nuestra marcha entramos en las arquerías, pórtico espacioso donde se instalaba el mercado. Ya había muchas campesinas sentadas en los asientos de las columnas y pilastras para aquel fin contruídos; otras

cargaban sus cestos llevándolos a los lugares destinados a los géneros que vendían, y otras retardadas, que llegaban en carros tirados por caballos del tamaño de jumentos, después de descargar lo que en ellos traían los llevaban fuera de las arcadas y ataban a los animalitos en las argollas fijadas en las paredes exteriores para aquel menester. Al centro del atrio que formaban las arquerías y dejaban al descubierto la fachada del palacio, había una fuente para servicio del público y del mercado.

—Aquí hay actividad todo el día; en las primeras horas, como usted ve, es el mercado; terminado éste se limpia y sirve para la gente de edad tomar el sol antes de comer; después de la siesta sirve de bolsa para los negociantes, luego acuden los campesinos para tratar de la labranza, de sus negocios o por el placer de encontrarse, y en el domingo el juez administra por la mañana la justicia y por la tarde el pueblo se reúne para tratar de sus asuntos particulares.

El edificio era de grandes proporciones e imponente, la arquitectura mostraba una gran sencillez: la puerta principal, que parecía presidir a los pórticos, era el único lugar del edificio que ostentaba ornamentaciones, y esta particularidad concurría a resaltar las otras partes, que por su simplicidad parecían más grandiosas. Introducía esta puerta a un zaguán espacioso, desprovisto de bustos e inscripciones que denotasen culto personal; una

ancha escalera daba acceso a los pisos superiores. Tanto la planta baja como el segundo piso del edificio y el que había encima de las arquerías estaban ocupados por los depósitos en que se almacenaban granos y legumbres que la administración municipal iba vendiendo a medida de las necesidades del día, teniendo el cuidado de proveer de pan al pueblo gratuitamente y que en los otros artículos el mercado no exuberase de productos ni tampoco escasease, a fin de conservar un precio uniforme a los artículos de primera necesidad durante todo el año: los graneros municipales, además de constituir los recursos de la administración pública, servían para mantener el equilibrio entre el labrador y el consumidor.

Subimos al piso principal, en donde funcionaban las oficinas de la administración municipal, ya abiertas a aquella hora; un empleado nos mostró el salón del Congreso, vasta sala con una gran mesa al centro y las paredes forradas con estantes atestados de libros. Allí funcionaba la administración municipal; las reuniones, cuando las había, se verificaban de mañana, y por la tarde y de noche servía de biblioteca pública. El piso superior estaba ocupado en su totalidad por graneros, que no ofrecía interés el visitarlos.

Cuando hubimos terminado la visita me condujo Feijóo al cuartel de los soldados agrícolas, que quedaba por detrás del edificio, pero sin comunicación directa. Tuvimos que atra-

vesar las arquerías y dar la vuelta al edificio para llegar al cuartel. Este parecía formar parte del palacio municipal, porque los almacenes del segundo piso corrían sobre el cuartel, formando un solo cuerpo. Allí podrían alojarse cómodamente de ochocientos a mil hombres, pero ordinariamente estaban acuartelados unos quinientos, porque los restantes eran distribuidos en pequeños destacamentos en trabajos fuera del cuartel. La mayoría de los que estaban acuartelados habían salido a ayudar en las labores del campo o a reparar algunos caminos o canales, hasta el mediodía, en que volvían para comer y reposar. Los que quedaban de mañana salían a las trece hasta la puesta del Sol. Como hubiese notado, entre los que hacían la limpieza, unos tres individuos que me parecieron extraños al cuartel por su vestuario, pregunté a Feijóo si eran criados de los soldados. El sonrió en el primer momento a mi pregunta, y luego formalizándose dijo que eran presos que estaban cumpliendo condena. Objeté que siendo presos estuviesen al parecer sin vigilancia con la puerta del cuartel abierta, por donde les sería fácil huír. Feijóo atajó pronto mi observación diciendo:

—¡Ah, si ustedes en la Tierra en lugar de encerrar a los criminales en cárceles y presidios los tuviesen como aquí dentro de los cuarteles al servicio de los soldados! ¡Cuán mejores serían los resultados obtenidos! Además

de los servicios que pudiesen prestar a la tropa, el buen ejemplo de vivir entre hombres de buenas costumbres los moralizaría; mientras que de sus cárceles, con el régimen de castigos y la depravación que en ellas vigora, salen más pervertidos de lo que han entrado y odiando a la sociedad.

Terminada esta visita nos encaminamos por la calle que del cuartel conducía directamente al campo; algunas casas tenían un primer piso, rodeadas de jardín todas ellas, de aspecto modesto, pero muy limpias, tanto las fachadas como los interiores. La calle no era muy larga y pronto fuimos a parar a los arrabales. A nuestro frente, y en la dirección de las montañas, hallábase situado el gran parque exterior, bosque de árboles añosos donde temporalmente se realizaban ferias de gallináceos y otros productos, y que además servía para recreo de la población. Este bosque se ligaba a las alamedas por una cuádruple línea de árboles frondosos, que permitía ir de éstas a aquél, en las horas más calurosas del día, al abrigo de su sombra, y de la otra parte al espeso arbolado que circundaba a la ciudad.

Como nuestro interés no estaba en pasear por el bosque tomamos hacia la derecha y nuestros pasos nos condujeron a la calle diagonal de la izquierda, que vista desde aquella extremidad, con sus cuatro filas de árboles, daba una buena perspectiva. De allí descendimos en dirección del Naciente, y luego de an-

dar pocos pasos nos encontramos con un caserón. Era el asilo de ancianos, servido por las Hermanas Humanitarias.

—En esa casa—fué explicando Feijóo—nunca son muy numerosos, porque el que llega a viejo vive con su familia; ahí vienen solamente aquellos cuyas familias han desaparecido. Es una especie de hospital instituido bajo la protección del Estado.

Continuando nuestro paseo encontramos a nuestra izquierda un edificio rodeado de jardines que sobresalía por la limpieza, tanto exterior como interiormente, dividido en dos cuerpos y separados éstos por un pasadizo. Era la casa de salud u hospital, adonde iban los enfermos de dolencias largas que no podían ser fácilmente tratados en sus casas, o de gente soltera que no tenía quien la cuidase.

—Ahí—fué diciendo—el tratamiento es hecho por los mejores médicos y médicas del municipio, pues la Medicina es practicada por mayor número de mujeres que de hombres (éstos ocúpanse más de la Cirugía). La dirección y el cuidado de los enfermos está confiado a las Hermanas Humanitarias, cuya dedicación por los pacientes es proverbial. En ese establecimiento el servicio es gratuito y no hay diferencias ni distinciones; todos los enfermos son tratados con idénticos cuidados. En el pabellón que está unido al edificio por un pasadizo se encuentra la enfermería, y cada cinco

años se quema y es sustituido por uno nuevo que se construye antes del otro lado.

Más adelante y un poco apartado del arbolado que rodeaba la ciudad se encontraba el cementerio o columbario, en medio de una arboleda que casi lo ocultaba por completo. Era un edificio cuadrado cuyas paredes exteriores, lisas, no ofrecían particularidad alguna, e internamente corría una galería formada de columnas y arcos que encerraban un patio. En el centro de éste se encontraba el horno crematorio para la incineración de los cadáveres. Las paredes interiores de la galería estaban cubiertas con anaqueles, a manera de librería, donde se hallaban guardadas las urnas, y en el centro corría una mesa en las cuatro faces de la galería, de poco más de un metro de alto por otro tanto de espesor; allí depositaban las urnas de los muertos recientes. En la parte posterior, que correspondía al lado opuesto de la puerta de entrada, se hallaba la piscina en que se ahogaban los recién nacidos que habían venido al mundo defectuosos: éstos no eran incinerados y sí enterrados entre los árboles del columbario.

Saliendo de allí continuamos nuestro paseo silenciosos hasta que percibí a lo lejos, en la planicie, un edificio en ruinas, medio soterrado. Pregunté a Feijóo lo que era, pues daba idea de haber crecido el terreno por aquella parte.

—Esas ruinas—respondió—fueron en tiem-

pos lejanos la villa de verano de un gran bienhechor y al mismo tiempo un sabio; el pueblo las tiene respetadas y mira para ellas como para una reliquia santa. El de hallarse soterradas no es de extrañar, porque todas las construcciones hechas en la planicie estaban condenadas a ser sepultadas con el correr de los siglos. La superficie de nuestro planeta aumenta constantemente por efecto de la transformación constante de las plantas en tierra vegetal y de los aluviones que arrastran de las montañas arenas y partículas desprendidas de las rocas, debido no sólo a las aguas, sino también al embate de los vientos y a las conmociones atmosféricas que actúan en ellas incesantemente, y de otra parte a los aerolitos que el planeta encuentra en su pasaje a través del espacio, y que al chocar con nuestra atmósfera se incendian y caen reducidos a polvo sobre nuestro globo. La confirmación de este fenómeno fué hecha por los excursionistas que subieron a las altas montañas donde las nieves son perpetuas; en aquellas alturas pudieron comprobar sobre la superficie de la nieve ese polvo de los aerolitos esparcido sobre ella.

En este particular es incalculable lo que ha mudado la costra del planeta en el millón de años que se tiene conocimiento de las variaciones operadas en su suelo. La comarca en que está situado nuestro municipio estaba antiguamente formada por colinas de las cuales

esta en que está situada nuestra ciudad era un contrafuerte de la cordillera. Esta, según nos cuenta la tradición, era muy elevada, mas con los años fué gastándose, los picos que antes tenía desaparecieron y hoy la vemos como una línea ondulada que da idea de haber sido lavada cual si fuera de frágil arcilla, cuando su naturaleza es granítica. Es tan cierto el crecimiento del suelo que existen ciudades antiguamente situadas en lugares elevados que hoy se encuentran en planicie. También es cierto que de las ciudades antiguas sólo restan las que fueron fundadas sobre alturas, pues las edificadas en planicies todas han desaparecido, y puédesse añadir que de las villas o poblaciones edificadas en aquellas circunstancias ninguna perduró más de cinco mil años. El conocimiento que se tiene de este fenómeno obliga desde tiempo inmemorial a los arquitectos, cuando reconstruyen una casa, a levantarla uno y hasta dos palmos del nivel ordinario, corrigiendo insensiblemente por este proceso el aumento constante que se opera en la superficie del globo.

Después de esta disertación, de veras interesante, fuimos caminando a la sombra de los árboles, y cuando menos lo esperábamos nos encontramos en la vía diagonal de la derecha. Había allí parado un auto-ómnibus y dos autos más, aquél para servir la gran calle y éstos para circular por el centro de la ciudad. Al observar tan escaso movimiento en la pobla-

ción y la escasez de conducciones, dije a Feijóo que, aparte de la aviación, teníamos los terrestres más adelantados a ese respecto, pues había caminos de hierro movidos por la fuerza del vapor y que ligaban las naciones y atravesaban los continentes llevando gentes y mercancías, lo que no existía cuando él vivió en la Tierra.

—Eso—respondió—ya lo tuvimos aquí hará un millón de años, cuando terminó el período bárbaro o de las guerras; pero los tiempos del carbón fósil no duraron más de mil quinientos años, por cuanto los yacimientos del carbón se agotaron y hubo que sustituirlo por los óleos naturales mixturados a las grasas, que por un proceso químico les aumentaba el poder calorífico. Mas todo eso acabó ante el descubrimiento del gas hidrógeno extraído del agua, esta fué la última palabra en materia de combustibles y es lo que nos sirve actualmente. Tocante a viajar, lo hacemos por la vía aérea para las grandes distancias, y los viajes cortos los hacemos en autos que arrastran uno o dos coches. El transporte de mercancías se hace por las vías marítimas o fluviales, y si antes los continentes eran cruzados por ferrocarriles, hoy lo son por canales de agua dulce, que ligan a las antiguas naciones (hoy llamadas regiones), las constelaciones y los grupos. El nuestro no tiene canal porque está situado en una zona marítima, pero el más próximo

los grandes internados como ese, les suministran carnes tres veces por semana; el vestido es sencillo, andan descalzos y con la cabeza descubierta, habituándolos a tener pocas necesidades.

Al propio tiempo que Feijóo me daba estas explicaciones, mi vista se recreaba paseándose veloz por la campiña cruzada por el río, de cuyas márgenes habían derivado un canal para alimentar los lagos que servían para el estudio de los mares en el gran internado. Después la visión era menos nítida, y vagando de un lado al otro, por aquel horizonte interminable, iba a perderse allá lejos, muy lejos; en lo infinito.

Continuamos nuestro paseo a la sombra de los árboles y luego percibimos unas construcciones que me parecieron un teatro al aire libre.

—Ese es un teatro como ustedes no tienen en la Tierra actualmente. Bien sé que en la antigüedad los griegos y romanos no conocieron otros, pero en mis tiempos las representaciones eran de noche, como lo serán ahora, acabando por hacer la vida más artificial.

El teatro estaba situado contra la ladera de la antigua colina. Formaba una herradura cerrada por el palco escénico, y todo él era de piedra. La platea exageradamente inclinada, para que los espectadores de las primeras filas no impidiesen la vista de la escena, era más honda que el nivel del terreno adyacente,

confundiéndose sus gradines con los de las galerías. La entrada se hacía por dos arcos, a uno y otro lado del teatro, que se comprendía habían sido abiertos posteriormente a juzgar por las escaleras que descendían para la platea, en tanto que ésta primitivamente se comunicaba con la calle. El palco escénico, también de piedra, estaba sostenido por tres arcos, debajo de los cuales se abrigaban los músicos. El fondo del palco estaba cerrado por construcciones de madera. A uno y otro lado del palco escénico había dos edificios, uno para vestuario, sala de danza y ropería, y el otro para sala de pintura, depósito de telones y material.

En tanto que recorriamos el teatro; Feijóo me explicaba ser aquel teatro antiquísimo, era el único monumento de los remotos tiempos que había quedado en pie. En él las representaciones se hacían a la tarde, conservando en esto la tradición, y se representaban toda especie de piezas, desde las más antiguas hasta las de actualidad; únicamente que, como la sensibilidad de los marcianos se había modificado para el bien, a la mayoría de las obras de la alta antigüedad, había sido necesario hacerles una adaptación. Fué preciso atenuarles las maldades e injusticias que contenían, para amoldarlas al espíritu actual.

Salimos del teatro por el arco opuesto y nos encontramos en plena campiña; de allí tomamos la sombra de la arboleda que cir-

cundaba a la ciudad. Seguimos la misma dirección anterior, hacia el Sur, y a poca distancia, encontramos la calle diagonal de la izquierda, que empezaba a tener algún movimiento. Casi de frente se encontraba el parque del material agrícola perteneciente al grupo; en él funcionaban los talleres donde eran reparados los maquinismos e instrumentos aratorios del ejército, las aldeas y los municipios.

—Ahí-dice Feijóo—vienen, a aprender y practicar en la reparación de la maquinaria, los muchachos que en el internado mostraron disposiciones para esta clase de trabajos, y, al cabo de tres años de aprendizaje, salen perfectos trabajadores industriales. Mientras dura el aprendizaje, viven en la ciudad por cuenta del municipio y asisten a las aulas nocturnas de dibujo y otras disciplinas que los hacen más perfectos.

Tomando luego a nuestra derecha, percibí a lo lejos el gran edificio de aspecto conventual, delante del que había pasado la víspera, y al fondo, las alamedas ya mis conocidas.

—Esta ciudad—dije a Feijóo—no me parece que tenga más de cincuenta mil habitantes, y siendo como es cabeza de grupo, su tamaño no está en relación con su importancia política.

—Pues amigo Brocos, en aquellos tiempos en que dominaba el sórdido egoísmo, esta ciudad fué un puerto comercial de más de dos

millones de habitantes; la villa actual era la ciudad alta y se extendía, entonces, desde aquí hasta la cordillera, en anchura y su largo ocupaba más de dos leguas. Los montículos que vemos al Naciente, eran una sucesión de colinas que contorneaban el litoral y formaban la parte opuesta de la bahía. El litoral de esta parte, empezaba más acá del externado e iba a besar las faldas de la cordillera del lado Norte. El curso del río nos muestra el centro de la antigua bahía, va de Norte a Sur en dirección a la entrada del puerto. La entrada era al Mediodía, aún a nuestra derecha percibimos una protuberancia granítica, único resto que nos indica la entrada del puerto. Pues bien; este puerto que por su tamaño era uno de los mayores y más importantes del continente, se fué entupiendo y, en los últimos tiempos, quedó reducido a una pequeña ensenada que se conservó a fuerza de dragajes. Entretanto, fuera, en lo que era más alto, las islas fuéronse ligando y acabaron por formar el nuevo puerto, no tan grande como este, pero sí importante; y como consecuencia, la parte comercial de la ciudad se fué corriendo para allá. Pero, a su vez el segundo puerto se cegó y hubo que fundar un tercero en un lugar apropiado, de gran fondo y que no estuviera expuesto al entupimiento: ese puerto queda distante unas veinte leguas.

Aparte de los cambios geológicos que han modificado la ciudad, luego que el suelo mar-

ciano pasó a ser propiedad del Estado, el trabajo fué impuesto a todos como un fin social y humano. La unidad de la nación marciana trajo como consecuencia la descentralización política; los capitales también se descentralizaron, otros se extinguieron, y los que vivían del trabajo de los otros tuvieron a su vez que trabajar. La vida ficticia que hasta allí habían llevado las ciudades, cesó por completo. Ya la gente de los campos no corrió más para las ciudades en busca de aventuras; establecióse ese equilibrio que da al campo mayor número de habitantes que a las ciudades, mientras que antes la vida artificial daba un resultado opuesto. Sucedió, pues, que muchas ciudades, capitales de grandes naciones, dejaron de serlo y otras, centros importantes de comercio, quedaron reducidas a ciudades de último orden. Algunas, centros de diversión, adonde los ricos iban a derrochar sus fortunas, fueron también reducidas a ciudades de segundo orden. Y otras, centros industriales, luego que se agotaron las minas de carbón fósil, su población y sus industrias se corrieron para las montañas en donde los saltos de agua eran abundantes y sustituían con ventaja al carbón; de manera que, lugares paupérrimos, se enriquecieron y los antes ricos, fueron abandonados.

Además de los motivos que operaron estas transformaciones, hay que contar con los capitales que antes paraban en pocas manos, sus

poseedores iban a vivir en las grandes ciudades donde podían disfrutar largamente de las comodidades que la posesión de la riqueza les proporcionaba. Allí en aquellos centros, encontraban todo un pueblo a su servicio: el artista y el tapicero, que les ornamentaban la casa; el sastre, el joyero y la modista, que les adornaban la persona; los traficantes y agiotistas, que les suministraban dinero para sostener sus vicios; y la turbamulta de parásitos que vivía de sus migajas y que engrosaban la población de aquellos centros de opulencia. Pero, desde que el mundo dejó de ser gobernado por el poder personal y que las leyes impidieron que unos cuantos fuesen dueños de todo y la gran masa humana no poseyera nada, la vida artificial acabó y con ella esas ciudades de placer, algunas de las cuales quedaron reducidas a un montón de escombros.

CAPITULO IV

SENTADOS EN LA ALAMEDA

El Bien y el Mal. - Todo tiende a la perfección. - Expresión de esta tendencia por las Bellas Artes. - Unidad de creencias. - Ideas sobre la Divinidad. - Dios y el espacio. - Propiedades del alma. - Dios, Providencia y Naturaleza.

Aquella noche, queriendo Feijóo mostrarme el aspecto nocturno de la ciudad y especialmente de las alamedas, después de la cena me llevó a paseo. En el camino, a medida que íbamos andando, me fué entreteniendo sobre la impresión que había hecho mi llegada entre los marcianos. Que entre éstos los más instruídos eran los que abrigaban los sentimientos más generosos y sensibles, que era indudable encontraría entre los más ilustrados aquellos que serían mis mejores amigos. Usted—fué diciendo—ha sido recibido aquí con las mayores muestras de amistad, sin excepción, como a quien no se precisa tener prevención, ni viene con propósito de perjudicar a nadie. Aquí deberá usted considerarse mejor que en su patria; todos le agasajan, todos muestran una obsequiosa satisfacción a su persona, todos se interesan por su salud temiendo que la diferencia de clima no le sea provechosa, todos me asedian frecuentemente con preguntas a su respecto, y su presencia entre los marcianos no incomoda, todo lo con-

trario. En cambio allá en la Tierra ¿qué acontecía en los tiempos en que viví en ella? Allí todo obedecía al interés individual, egoísta y mezquino, que ni la moral ni la religión eran capaces de moderar. Allí los preconceptos y prevenciones contra los recién llegados y, más aún, contra los advenedizos, no tenía límite. Los que arribaban de las Indias Occidentales acomodados, aun cuando su fortuna fuese muy elevada, por sólo aquella circunstancia, no eran admitidos en la buena sociedad. Y si nos referimos a los novatos que entraban a cursar humanidades ¡las miserias que les hacían pasar los veteranos! Y si bajamos a las clases del pueblo, en los talleres ¡cuánto no hacían sufrir a los muchachos que entraban a aprender oficio! Y todo esto era consecuencia de esa repulsión que se siente contra los recién llegados, restos de un salvajismo atávico incrustado en las costumbres y en el alma de aquella humanidad.

También es cierto que esas pruebas porque pasaban los novatos les acontecía a las naciones nuevas que pretendían entrar en el consorcio humano; si alguna de aquellas quería hombrrear con las viejas naciones, encontraba a éstas por el frente. A propósito; me acuerdo lo que aconteció a la Prusia en mis tiempos, nación pobre, pequeña y sin importancia, tenía el rey más sabio e ilustrado de Europa; amigo de sus súbditos trató de desenvolver la agricultura, las ciencias y las letras; pero tuvo la

veleidad de organizar un poderoso ejército; bastó esto para que las naciones vecinas quedaran celosas y a la primera ocasión le declarasen la guerra, viendo su pequeño reino rodeado completamente de enemigos.

—Me parece que usted quiere referirse a Federico II de Prusia.

—A ese mismo; él combatió, combatió y venciendo las más de las veces y vencido otras, los fué cansando a todos, retirándose de la guerra unas naciones tras de las otras, y, pocos meses antes de mi desencarnación supe que había vencido.

—Pues ahora esa nación tan pequeña y sin importancia en su tiempo es hoy una de las más populosas, más cultas, más industriales y más poderosas de Europa. Después de dos guerras felices, la primera con el Austria, a la que quitó la egemonía de los Estados Alemanes, y de otra contra la Francia, en la que se anexionó dos provincias, reconstruyendo al mismo tiempo el Imperio Germánico. En esta situación préponderante extendió su comercio, perfeccionó sus industrias y trató de aumentar su marina de guerra, lo que despertó los celos de Inglaterra. La Francia por su parte, con la idea del desquite, no quedó inactiva; fué perfeccionando poco a poco su material bélico, aliose con la autocrática Rusia para tener a la Alemania cercada por el Este, y, más tarde, hizo un pacto con la Inglaterra

para tener a la Alemania cercada por el mar, y en esta situación esperó los acontecimientos.

Como para declarar la guerra cualquier pretexto es válido; por un motivo fútil en que la Alemania no tenía arte ni parte, aquella nación se vió forzada a hacer la guerra. Las naciones que la atacaban y que tomaron el título de Aliadas, pactaron antes de ninguna hacer la paz por separado, llevando todas la guerra hasta el fin. La Alemania vióse entonces en las mismas condiciones de una plaza sitiada, sin esperanzas de recibir víveres de parte alguna, y, sin ser vencida, se vió en la triste necesidad de pedir la paz que los Aliados le concedieron después de instancias repetidas. La Francia con sus Aliados le impusieron muy duras condiciones, entre ellas, la de que pertenecía a la Alemania la culpabilidad de la guerra: cláusula injusta que aquélla en tan terribles circunstancias vióse obligada a aceptar y subscribir.

* Feijóo halló tanta gracia que dió una sonora carcajada.

Estando en este punto de la conversación llegamos a las alamedas; había mucha gente paseando, mucha sentada en los bancos, mucha alegría y mucha luz. Feijóo me dijo que todas las noches había igual movimiento, mas pasadas las veintiuna horas todo el mundo se retiraba a sus casas para dormir “pues aquí no hacemos la vida artificial que ustedes hacen en la Tierra de velar de noche y dormir de día”.

Paseamos por las alamedas recorriéndolas en todas direcciones y cuando nos sentimos un tanto fatigados nos sentamos en un asiento desierto. Luego que nos hubimos sentado, empezó mi imaginación a trabajar recordando lo que Feijóo me había hablado en el correr del día respecto a los sentimientos estéticos de los marcianos, bien sea—decía—para perfeccionar la belleza de la raza, bien sea para hacer la vida más bella y agradable o bien para perfeccionar las costumbres: en resumen, me había dicho, que la estética había contribuido a purificar sus leyes, su estado social y que había contribuido a esparcir la felicidad por todo el planeta. Estimulada mi curiosidad e intrigado a aquél respecto, le hablé sobre la influencia de la estética sobre las artes, y con encubierta intención, le pregunté si allí las Bellas Artes estarían tan adelantadas como en la Tierra. Feijóo sonrió a mi pregunta, y sin más preámbulos rompió a discurrir del siguiente modo:

—Tanto aquí como en la Tierra las humanidades habrán de tener idéntica índole como idénticas deberán ser las humanidades de los otros planetas dependientes de nuestro sistema solar, por cuanto todas ellas son formadas de la misma sustancia y debido a ese principio deberán poseer las mismas cualidades y defectos, sólo se diferenciarán, debido a su antigüedad, en el adelanto intelectual y material. Nuestro mundo tiene que estar más ade-

lantado que el terrestre por cuanto nuestro pasado es incomparablemente mayor y durante un largo curso de tiempo nos hemos ido perfeccionando. Nosotros tenemos la intuición de que existe en el Universo el principio de unidad, unidad esta, que se muestra patente en esas dos grandes fuerzas de atracción y de repulsión que rigen a los cuerpos celestes. Estas dos fuerzas se manifiestan entre los humanos, en la simpatía que nos atrae a unos y la antipatía que nos separa de otros. En los planetas esas dos fuerzas se patentizan en la electricidad positiva y la negativa, que, cuando se desequilibran, chispea el rayo y se desencadena la tempestad. Estas mismas fuerzas existen en todas partes en estado latente, especialmente en la Tierra, representadas por el *bien* y por el *mal*. El mal, nace con las criaturas modificándose por la educación; y el bien, se desenvuelve, no sólo con la educación, sino con el raciocinio. El bien lo constituye esa ansia y deseo que cual suave perfume nos proporciona una interna satisfacción moral que nos aumenta la felicidad, constituido además del bien, por lo justo, lo útil y lo agradable o sea lo bello. En cuanto que el mal, son los sentimientos repulsivos contrarios al bien, que nos causan dolor, contrariedades morales, y perjuicios materiales.

Tengo que hacer una pausa, para explicar mi idea: El mal es preciso que exista, pues si no existiese nadie conocería, ni podría y ni

sabría apreciar el bien. El mal, parecerá esto una paradoja, es la principal causa del bien, así por ejemplo: el hombre que nunca estuvo enfermo no sabe apreciar el estado de salud y sólo aprecia ésta, cuando se siente atacado de alguna dolencia. Las enfermedades sociales, fueron en su principio un mal necesario que la humanidad ha sufrido y cuyo remedio le procuró el bienestar de que ha gozado más tarde. En resumen: si no existiese el mal los hombres no sabrían apreciar el bien.

Dejando a un lado esta cuestión, y volviendo a hablar de nuestro adelanto que nos lleva a amar la belleza en sus variadas manifestaciones, puedo añadir, que estas aspiraciones tendiendo a una constante e indefinida perfección, no son sólo atributo de las humanidades; esta perfección, se manifiesta evidentemente en la vida que circula por todas partes y que vemos palpar en los tres reinos de la Naturaleza. Y este perfeccionamiento de las cosas y de los seres, encuéntrase en todo cuanto torbellina en el espacio infinito, coexistiendo en la misma substancia de que son formados los cuerpos celestes.

Este deseo constante de perfección, es expresado en las humanidades por el sentimiento artístico, sentido en mayor o menor grado por ellas, y manifestándose, tanto en los hombres como en las mujeres, en el deseo de aparecer bellos para agradarse mutuamente. Refléjase, también, este amor a la bello, en la

vida social y en todo cuanto rodea al hombre, que le alegra la existencia y proporciona esa íntima satisfacción que le hace querer y amar la vida. Este sentimiento de amor a lo bello es propio de todas las criaturas, siendo tanto más delicado, cuanto más perfectas sean las cualidades sensitivas.

—Por lo que acaba de decir, juzgo que los marcianos deberán estar dotados de un depurado sentimiento artístico.

—No podía dejar de acontecer así, siendo como es la humanidad marciana más vieja que la terrestre, y en ese espacio de tiempo recorrido, el nivel intelectual subió enormemente, debido, por una parte a la acumulación de conocimientos tanto en el campo de las ciencias como en el de las letras y de las artes, y por otra, a la selección sistemática hecha hasta nuestros días, con el objeto de nivelar la raza y mejorar el intelecto. Esto ha contribuido a depurar las facultades perceptivas, afinar la sensibilidad y con estas, el sentimiento artístico.

Este sentimiento elevado, ha existido siempre, tanto en la humanidad marciana como en la terrestre, y es una aspiración de un grado superior por ellas sentido, que las hace caminar por las regiones inmateriales de lo ideal. Puede muy bien afirmarse que el arte tiene un origen divino; tanta razón de ser tiene esta hipótesis, que él ha estado siempre al servicio de las creencias religiosas y se desen-

volvió a su sombra. Acontécele pues, a la obra de arte que no tenga marcado un sello religioso o individual por leve que sea, que caerá en lo común por bien ejecutada que esté; porque le falta ese sentimiento altísimo que sólo puede inspirar una creencia o quien posea un carácter personal.

El arte, desde los más remotos tiempos, fué una necesidad inteligente de nuestra alma ansiosa, que puede ser sentida lo mismo por el hombre culto que por el vulgar; mas, en cada uno de éstos, la emoción experimentada varía con el grado de sensibilidad y de cultura. Esta necesidad obliga a los hombres a rodearse de objetos agradables a la vista, al oído, al tacto, que promueven satisfacción a sus sentidos y le alegran la vida. Estos objetos que el artista produce, bellos los más y variados, vienen a llenar en el alma humana ese vacío, ese ansioso deseo, esa aspiración insaciable, esa tendencia hacia la perfección que nuestra alma inconscientemente siente, y a la cual tiende la misma Naturaleza, como antes he dicho.

La obra que el artista hace, si no expresa una idea elevada, si no encierra un sabor extrahumano, si no obedece a una creencia sincera o a una pasión individual, no puede virtualmente emocionarnos ni sugerir a nuestra conciencia íntima, sentimientos delicados que nos moralicen y ennoblezcan; porque, la obra de arte que no reúna estas aspiraciones, quedará fatalmente en el campo de las cosas te-

rrenas; en suma, en el campo fotográfico; es-
collo éste de que deberá huir quien pretenda
ser verdadero artista. El artista para ser gran-
de precisará ver la naturaleza por un prisma
personalmente suyo, que le aparte de cuanto
los otros hagan; o bien ser un místico, perse-
guir un ideal cualquiera, con tal que su ima-
ginación remonte el vuelo y huya, en sus con-
cepciones, de todo cuanto lo pueda circundar.

Muchos hay que juzgan consistir el arte
en la representación única y exclusiva de la
verdad, y piensan que la misión del artista se
concreta a representar las cosas cuales ellas
son; mas ¡cuán equivocados están los que así
piensan! Estos de artistas no tienen más que
el nombre, pues, si en el trabajo que el artista
hace no transparece una parte de su alma, si
no llega a trasmitirle su cuño personal, su *yo*,
no podrá nunca ser considerado ese trabajo
como una obra de arte. Este cuño personal,
tan difícil de conseguir, tuviéronlo los gran-
des artistas hasta tal punto, que, sin necesidad
de mirar la firma se conoce al autor y nos hace
exclamar: ¡Qué bello!

En Marte las Bellas Artes se estudian
mucho y existen grandes escuelas, pero no se
estudian con el intento de ser grandes artistas;
los que a ellas van a estudiar lo hacen para
dedicarse a las artes menores, por de pronto;
luego, si sus facultades los inclinan a dedicar-
se al grande arte, lo siguen; mas en esta vía
es el público quien los guía y alienta. En gene-

ral, todos entran en las escuelas de arte con la única preocupación de ser útiles a los demás y tener una profesión más alta que les permita ganarse la vida. Pocos son los artistas notables que sobresalen y dedican exclusivamente al grande arte, por la dificultad en que hoy están de satisfacer la delicada sensibilidad de los marcianos. Estos tienen un alto concepto del arte, haciendo sobre él el siguiente raciocinio: que así como la palabra sirve para transmitir el pensamiento, el arte debe servir para transmitir las emociones. El valor de la obra de arte se basa en que el hombre percibe por el sentido del oído, si fuere música, o por el de la vista, si fuere arquitectura, escultura o pintura, los sentimientos y emociones experimentados por el artista, siendo tanto mayor la obra de arte, cuanto más intensa sea la impresión experimentada por el espectador y más numerosos los espectadores emocionados.

—Todo cuanto acaba de hablar me agradó muchísimo y hasta admiro su intuición artística; no me cabe duda que en Marte deberán existir grandes centros artísticos.

—Aquí no hay naciones independientes y antagónicas como allá en la Tierra, donde, cuando viví en ella, oía hablar de arte italiano, francés, español, etc; el arte es uno sólo en nuestro mundo: únicamente que en unas partes descuellan algunos artistas más que en otras. Los centros fueron mudando de oriente

para occidente, primero en el hemisferio boreal y después pasaron para el austral siguiendo dirección idéntica. Como aquí no hay más que una nación formada por todo el planeta, hemos llegado a un perfecto equilibrio en todas las ramas del saber, y ustedes, cuando se civilicen, convergerán como nosotros, a tener un sólo arte, una sola literatura y una sola creencia.

—¿Y cómo llegaron los marcianos a conseguir la unidad de creencias?

—El principal factor para obtenerse ese milagro fué la instrucción dada sistemáticamente en los municipios del planeta, que enseñaba a conocer todas las religiones como actualmente se enseña la historia desde los tiempos presentes para los remotos. Este método esclarecía la inteligencia de los niños y les hacía comprender que todas ellas se encadenaban y eran consecuencia unas de las otras. Por este proceso llegaron a destruirse las numerosas religiones que había, creándose más tarde el culto a la Madre Naturaleza.

Antes de estos tiempos, la acción moral y religiosa pudo dirigir a los hombres en tanto que su inteligencia no se había desarrollado, pero cuando ésta tomó la dirección de sus acciones, tanto la una como la otra fueron inútiles, no precisándose más. A pesar de esto, los marcianos pasaron por una serie de tentativas hasta llegar a la perfección actual. Hubo religiones cada cual más absurda, especialmente

en el período de preparación que precedió a la incredulidad. Nación hubo —en aquellos tiempos aún no se había conseguido la unidad planetaria— que tenía cerca de una docena de religiones, entre ellas una, moral en el fondo, que predicaba la destrucción por el fuego del mundo existente, para después fundar sobre sus cenizas un mundo nuevo; otra, también moral, cuyo culto eran los espíritus de los antepasados; y otra, más racional, cuyos santos eran los mártires de la ciencia, los sabios y los inventores que habían descubierto cosas útiles a la humanidad. Esta fué la última religión que cerró el ciclo de la ilusión religiosa y preparó a los marcianos para el indiferentismo que precedió a la religión actual.

—¿Entonces; los marcianos desconocerán la idea de un Dios organizador de esta gran *máquina* que constituye el Universo?

—De ningún modo; nosotros tenemos la intuición de una inteligencia que nos es superior y que ha ordenado esta gran *máquina*; pero, durante los tiempos en que los marcianos le elevaban templos, dirigían preces y esperaban todo de él, fueron siempre infelices: reinaba aquí la injusticia, el egoísmo, la crueldad en los hombres, la depravación en las costumbres, en suma; ¡la desgracia! Los hombres, dijeron: reconocemos la existencia de un Dios, no nos cabe duda; pero vamos a dejarlo descansar en el paraíso que nos ha prometido y de ahora en adelante tratemos de procurarnos

la felicidad aquí sobre el planeta.

Todos sabemos que la Naturaleza es la manifestación visible de Dios. Ella hace producir los campos, es la fuente de todas las energías que mantienen nuestra vida y la que nos las conserva con sus productos cuando está bien cultivada; es nuestra madre amantísima, a ella le tributamos culto y adoramos. Desde aquellos tan lejanos tiempos, su culto se extendió por la superficie de la nación marciana y la felicidad sobre el planeta fué una realidad; pues este culto consiste en el cultivo de las plantas que, cuanto mejor se tratan, más ópimos y abundantes son sus frutos. Los marcianos llegaron a la conclusión de que la felicidad podía encontrarse aquí, y no en la hipotética lotería de un cielo futuro.

—¿Lo mismo que decir que los marcianos continuaron ateos?

—De ninguna manera; nosotros tenemos —como ya le dije— la intuición de su existencia, y también sabemos que estableció leyes inmutables que rigen el Universo y no pueden ser alteradas, porque sería ponerlo en contradicción consigo mismo. Al hombre dió el conocimiento del *bien* y del *mal*, con la libertad de escoger uno u otro. Si el hombre escogió el mal y se hizo infeliz, suya es la culpa, a nadie debe quejarse; él y sólo él, es autor de su desgracia, porque Dios lo dotó de inteligencia, que es una parte de sí mismo, para saber dirigirse en la vida a fin de gozarla y ser feliz.

—En la Tierra enseñan los sacerdotes de las religiones allí existentes—que son muchas—, que los que padecen en aquél mundo, serán recompensados en el otro y, cuanto mayores sean los sufrimientos que en él padezcan, mayores serán las recompensas que más allá del túmulo encontrarán. Además enseñan que Dios habita en un lugar delicioso donde estarán en su presencia, cercanos a El, viendo su cara las almas de los justos que para allí van destinadas.

—Esas ideas de goces disfrutados en el otro mundo, las tuvimos aquí también en la época de la confusión de creencias, que fué la del dominio de la poesía. Ustedes están como antes he dicho, terminando la segunda infancia. Hacen como los niños, se contentan con promesas, viven alucinados y entretenidos con esperanzas quiméricas engendradas por la imaginación de los poetas. La mayoría de los terrestres viven enfrascados en esas mentiras poéticas, y mientras no se despojen de la corteza que los envuelve, no enveredarán por el camino de la razón, de la justicia y del amor a la vida, a fin de llegar a conseguir que reine la felicidad sobre la Tierra.

—Permítame una pregunta: ¿Juzga usted que Dios no podría dar la felicidad a la humanidad terrestre?

—No; porque Dios no es lo que ustedes imaginan; ustedes creen en un Dios antropo-

mórfico (a hechura de hombre) y por el contrario, Dios es infinito y como tal no puede tener figura. Ustedes reducen a Dios a los límites de su inteligencia, pequeño, por muchos millones de leguas que le den de tamaño, que está en un lugar del cielo estrellado, oyendo las músicas de los ángeles, rodeado de querubines, serafines y toda su corte, y a imitación de los reyes de la Tierra, sentado en un trono por siglos y siglos. Esto para los mortales podrá parecer la suprema felicidad; pero, si reflexionamos con calma, veremos que por más que el alma humana gozase en estar desde el principio hasta el fin del año viendo su rostro, acabaría por aburrirse de aquel estado de eterna inmovilidad, pues sería condenar al hombre a habitar un mundo donde sería aniquilada su conciencia.

A esos que creen en ese cielo, deberíaseles preguntar dónde podrá encontrarse ese lugar de los bienaventurados. En qué paraje del Universo podrá hallarse. ¿Será en nuestra nebulosa o en otra de las muchas que pueblan el espacio infinito? Y, si supusiéramos que del mundo en que habitan, partimos cabalgando sobre un rayo de luz, para ir más de prisa en busca del tal cielo, andaríamos corriendo de estrella a estrella hasta visitar todas las que componen la nebulosa a que pertenece nuestro Sol y no lo encontraríamos. Después, saldríamos de nuestro sistema sideral, y nos encontraríamos en la inmensidad del espacio si-

lencioso y vacío. Si continuando la hipótesis, quisiéramos hallarlo en otra, tendríamos que caminar montados sobre el rayo de luz más de ¡cuatro millones de años! para encontrar la nebulosa más próxima. Y, si aún pretendiéramos continuar nuestras pesquisas, podríamos andar vagando de unas para otras durante una eternidad, sin encontrarlo. Pero estos viajes, despertarían en nuestra mente una nueva idea sobre la magnitud inconmensurable del Universo. Nos parecería un jardín en el cual se encontraban plantaciones de árboles cubiertos de flores rutilantes y cargados de frutos —que son los planetas— otras, formadas de un macizo de flores sin ningún fruto; otras, en las que las flores no desabrocharon, y otras, en que las simientes comenzaban a germinar. Y este espectáculo revelaría a nuestra imaginación admirada, el ideal del ideal, un concepto más perfecto de Dios, al que podríamos apellidar ¡SUPREMO JARDINERO! Si quisiéramos intentar aún, el preguntar a los habitantes de aquellos lejanos cuerpos celestes, si habían visto al Supremo Jardinero, obtendríamos como respuesta, que tenían una vaga noticia de El, pero que ninguno lo había visto ni sabía donde pudiese residir. Por último; nos persuadiríamos, de que hay en el Universo una fuerza inteligente, que mueve los mundos, de que la vida palpita por todas partes, de que todo está armonizado por el amor y de que por más que nos obstinásemos en encon-

trar el agente, nunca lo conseguiríamos. Porque todo cuanto habíamos recorrido a través de la inmensidad insondable del espacio, montados sobre el rayo de luz, se encontraba dentro del Supremo Jardinero; esto es, ¡dentro de Dios!

—La concepción que usted hace de Dios la encuentro bella y hasta sublime; pero, de su hipótesis deduzco que, o el espacio es Dios, o el espacio es anterior a El, puesto que los cuerpos que se encuentran dentro del espacio, sin éste, no podrían existir. Ahora, considerando esta alta cuestión por otro lado: Si Dios es el principio de todas las cosas, como pretenden los que consideran los mundos como su creación y si El no puede existir sin el espacio, podríamos concluir *a priori*, que Dios es el espacio. Continuando esta tesis, y consultando nuestra razón, podríamos hacer esta otra pregunta: ¿Podría existir Dios sin el espacio? No creo; porque suponiendo la no existencia del espacio, por más esfuerzos de imaginación que hiciésemos para aniquilarlo, no lo conseguiríamos. Por tanto, el espacio incommensurable, infinito, eterno, nunca dejó de existir; y Dios, con todo cuanto hay dentro del espacio, podría dejar de existir, o mejor dicho, de ser.

—Esas divagaciones sobre el espacio me son muy conocidas; aquí se tienen discutido mucho y no han pasado adelante, por que encierran una utopía que acarrearía la no exis-

tencia de Dios. Yo también pienso, que, sin el espacio, nada de lo creado o increado podría existir; pero, trato en mi raciocinio de conciliar los dos términos: Dios y el espacio, y acabo, sin gran esfuerzo, por encontrar la solución lógica de que Dios y el espacio han coexistido de toda eternidad. Conciliados, pues, estos dos principios, podremos preguntarnos: ¿Qué es Dios? Responderá nuestra facultad pensante, diciendo ser la Suprema inteligencia que llena el Universo, penetra todos los cuerpos y nosotros sentimos dentro de nuestro cerebro. Y no podría ser apreciada de otra manera su concepción, por cuanto, para raciocinar con algún fundamento sobre esta altísima cuestión, precisamos partir del Universo microscópico que somos, para después elevarnos a la Divinidad.

—¿Luego halla que nuestra alma encierra las cualidades primordiales de Dios?

—Exactamente, el alma está compuesta de tres atributos principales o potencias: primero el ser pensante, que conoce y discurre sobre todas las cosas; segundo, el ser sensible o moral que se emociona ante el espectáculo del mundo exterior, y tercero el ser voluntarioso que se agita, desenvuelve sus energías y se mueve al impulso de su voluntad. Estas tres propiedades del alma constituyen nuestro *yo*. El *yo* y el organismo, son dos fuerzas, o hablando en otros términos, dos formas distintas de la existencia, bien que íntimamente ligadas en-

tre sí, porque de lo contrario, si las funciones de pensar, sentir y querer, fuesen meras propiedades del organismo, tendríamos que considerarlas como una simple función fisiológica, cayendo entonces en el materialismo, o sea en la exageración de la ciencia.

Sobre este último punto hay que considerar, que todo exceso perjudica en absoluto tanto al físico como al moral: una pasión vehemente, además de arruinar la salud, puede trastornar las facultades del que la siente, desequilibrarlas, y acabar por sentir la mordedura de los celos; al que se excede en el misticismo, acontécele que sus facultades se atrofian, no ve ni piensa en otra cosa que en la acción Divina, y queda cretino o idiotizado; con el exceso de la ciencia pasa otro tanto; el hombre, penetrando profundamente en ella, no ve más que materia en acción, agitándose, y olvida el motor que es Dios.

—Mas, permítame una observación: ¿Por qué acontece que las funciones del alma dependen del estado normal del cerebro, que, si por ejemplo, un individuo fuere acometido de un ataque apoplético, queda, como un artista amigo mío, desconociendo las letras y con el sentido artístico perfecto? ¿Por qué otro que había, recibido una contusión en el cráneo, acabó por ser un criminal? Y, ¿por qué los que abusan del alcohol, terminan por la locura?

—El medio de transmisión que tiene el alma es el cerebro; si éste enferma, el alma no

puede funcionar con libertad y por concomitancia enferma también. Por tanto, las perturbaciones a que acaba de referirse, son únicamente producidas por el estado morbozo de nuestro cerebro asiento del alma, el cual es parecido a un instrumento de música: si falta una cuerda, puede perder, como el artista de que ha hablado, la noción de las letras; si faltan dos, peor, y si todas estuvieren desafinadas, puede quedar loco o imbécil.

—Yo, preciso antes de continuar esta conversación, declararle que siempre fuí espiritualista, pero aprovecho esta ocasión, de hablar con un habitante de un mundo en que la intelectualidad está más desenvuelta, para esclarecerme sobre ciertas dudas que tienen asaltado a mi corto ingenio, tales como los sueños de que somos acometidos cuando estamos durmiendo. ¿No serán éstos, producidos por la sangre que afluyendo al cerebro, actúa en él, engendrando ideas, que, no siendo reguladas por la razón, dan lugar a sueños fantásticos y disparatados, que las más de las veces al despertar, nos parece llegamos de regiones desconocidas o de un viaje? y, por el contrario, cuando somos acometidos de un síncope, ¿por qué causa el paciente al volver en sí, pierde la noción del tiempo y le parece llegar de las oscuras profundidades de la nada? Estas dos situaciones de sueño y síncope, ¿no hacen reflexionar y aun entrar duda, entre el estado del sueño y el de la muerte?

—En el sueño, nuestra alma está en vigilia, ella no duerme y no precisa como el cuerpo, reparar las fuerzas perdidas durante el día; mientras que en el síncope, la vida queda suspensa por unos instantes, y como la pérdida de la noción del tiempo implica el de la memoria, no podríamos saber lo que hizo nuestra alma durante aquellos instantes.

—Algunos filósofos en la Tierra, definen el alma como siendo compuesta de sustancia.

—Todo eso son hipótesis de hombres presuntuosos y soberbios que, en su orgullo, quieren hacer predominar sus ideas, aun cuando estén íntimamente convencidos de su inanidad. A mi que ya viví en otra encarnación, el conocimiento que tengo del alma me basta; ahora saber si es compuesta de sustancia, calor o electricidad, a nada nos puede conducir ni tampoco llegar a una conclusión, porque, por más que apurásemos nuestras argucias, nunca podríamos averiguarlo en la imposibilidad de poder ser verificado.

—Aún le pido me permita presentarle una última cuestión: tengo oído decir a hombres de ciencia, que la inteligencia y la energía coexisten en la materia; que las moléculas y los átomos de que son formados los cuerpos, están dotados de energías idénticas a las de los mundos que gravitan en el espacio, y que la inteligencia es una resultante de la energía, o bien la misma cosa.

—Yo distingo; la inteligencia la separo de

la energía y de la vida, sé que la materia es fuerza o energía, mas no llevo mis conclusiones hasta decir que la una y la otra sean la misma cosa. Porque, por ejemplo, esta mano que tengo en este momento cerrada, desarrolla una cantidad de fuerza independiente de mi cerebro, o sea, de mi inteligencia; ella, ciertamente, obedece a mi voluntad que, a su vez, emana de mi inteligencia y sin ella, esta energía no se desarrollaría. Son, empero, dos cosas enteramente distintas. Dios, es la Suprema inteligencia; por su voluntad puede mover las energías que residen en la materia; una y otra son completamente armónicas, sí, pero son enteramente distintas. En conclusión; existe en el Universo una inteligencia que nos es superior, y no puedo acreditar que haya ninguno de buena fe, que no la reconozca y considere independiente de la materia.

—En las cuestiones metafísicas—le dije— como esa de que estamos hablando, por más que se discurra para dilucidarlas, como nada se puede probar, no es posible llegar a una conclusión.

—Por eso los marcianos no discuten ni se ocupan de cuestiones metafísicas, por el convencimiento que tienen de que por más que estrujen el cerebro, a nada conducen, habiéndolas dejado a un lado. La concepción que ellos tienen de Dios es muy sencilla; hicieron de El una trinidad a semejanza de las facultades del alma, en representación de la inteli-

gencia, sentimiento y voluntad de que ella está compuesta. Por la inteligencia, es Dios; por el sentimiento, es Providencia; por la voluntad, es Naturaleza. La primera, es la Suprema inteligencia, alma del Universo o facultad pensante. La segunda, es la Suprema sensibilidad o facultad moral, que se compadece de nuestros males y nos avisa de las desgracias que están para acontecernos. Y la tercera, es la Suprema energía, que mueve los mundos, da vida al Universo, transforma el mineral, hace germinar las plantas y da vida a los animales y al hombre. Estas tres personas o apariencias de la Divinidad; Dios, Providencia y Naturaleza, forman reunidas el Dios de los marcianos. Ahora bien; como aquí se procura en todas las cosas la claridad, y que además las ideas converjan a la unidad de pensamiento, en la imposibilidad de percibir nada de positivo sobre el Alma universal, ni sobre la Providencia, por ser personas que pueden muy bien pertenecer al dominio de las hipótesis, las hemos puesto a un lado, y nos concretamos a adorar a la Madre Naturaleza. Ella es la representación de la vida; esa vida que los marcianos aman extremadamente; a ella, pues, rinden culto y adoran. Para terminar; nosotros adoramos a la Naturaleza, que es la manifestación, no sólo visible como tangible de Dios, la vida misma, la cual los marcianos pueden atestar diariamente, haciéndose imposible negarla ni dudar de ella.

CAPITULO V

SISTEMA POLITICO

Las Hermanas Humanitarias y sus estudios. - La emancipación del pensamiento, del suelo y de la mujer. - Sistema político y administrativo. - El poder ejecutivo confiado a los ancianos por sólo una estación. - Rentas públicas. - La justicia: no hay magistrados preparados. - Interrupción de los Gobiernos normales. - El año sin Gobierno.

El tercer día de mi llegada, salimos por la mañana de paseo para ver ciertas particularidades que no conocía. Después de dejar la casa encontramos, a poco de haber andado, la calle diagonal de la derecha, la atravesamos, y siguiendo la misma calle fuimos a parar en el arbolado exterior. Allí tomamos para la derecha, en dirección a las montañas, y luego nuestra vista nos deparó el convento de las Hermanas Humanitarias.

Era la parte posterior, privativa de la Hermandad, de un solo piso; pasamos por delante del portal por el que entraban los servicios y salían y entraban las hermanas. Este portal era de pequeñas dimensiones y lo cerraba al fondo una pared que impedía ver desde la calle el patio interior. Luego pasamos lateralmente a lo largo del edificio, viéndose los dos pisos, y abajo, las puertecitas para la salida

de los visitantes; y por último, desembocamos en la plaza donde se encontraba la fachada principal. Extrañé la ausencia de símbolos en ella, y el gran silencio que en el interior se notaba, e interrogué a Feijóo si aquel sosiego era por estar durmiendo las hermanas.

—No es nada de eso: el silencio que ahí se observa en este momento, podrá notarlo usted a cualquier hora que pase por aquí, excepto dentro de pocos instantes, pues van a dar las nueve, hora de apertura de aulas en que ellas estudian música, aprenden a tocar instrumentos, dan lecciones de canto, se ejercitan en la danza que les aumenta las gracias, aprenden dibujo, y no sólo hacen buena música, sino que también practican el arte dramático. Vea usted la largura que tiene el convento: está ocupado por la sala de espectáculos, donde ellas dan sus fiestas; las tres primeras ventanas están destinadas al palco escénico y a la orquesta y las seis restantes al público. De ahí ya salieron comediantas de gran nombradía y, sobre todo, danzarinas de fama mundial; aún hoy no está perdida la tradición de la danza en esa casa. En estos conventos se forma la mayoría de las artistas teatrales que después van a representar ante las plateas de todo el planeta; aparte de esas prendas, algunas aprender la pintura, y a las que muestran disposiciones las mandan a otros centros donde se puedan perfeccionar, llegando algunas a ser buenas artistas. No se figure que aquí las

muchachas entren, como acontece en los conventos de la Tierra, para embrutecerse con los rezos y otras prácticas que atrofian los sentidos; por el contrario: aquí vienen a perfeccionarse en las artes que afinan el entendimiento y la sensibilidad; haciendo de ellas, no mujeres sensuales y groseras, como usted en un principio podría imaginarse, sino sensibles y espirituales en alto grado.

En medio de esta conversación llegaron a nuestros oídos algunos acordes que venían del gran salón.

—Este es el momento en que las hermanas empiezan los estudios; vamos a sentarnos en un banco de la alameda, desde donde podremos apreciar la música.

Nos dirigimos hacia los árboles, que estaban cerca, y sentados cómodamente nos pusimos a escuchar.

La música, a mi parecer, era ejecutada por instrumentos de tamaños diversos, de cuerdas de tripa y metálicas, de grosor propio a cada uno de ellos y hacía un conjunto armónico y agradable. De un lado de las habitaciones laterales del edificio nos llegaban las voces de las que daban lecciones de canto, y del otro el ruido sordo y hueco del bastón de la maestra de danza que marcaba el ritmo.

¡Vea — me dice Feijóo — si esta casa puede llamarse un lugar de perdición! Aquí las jóvenes que forman parte de la Hermandad se instruyen, y en estas dos horas de la mañana

sólo les preocupa el cultivo del espíritu que las eleva y aumenta sus atractivos.

Quedamos atentos a los estudios que las Hermanas Humanitarias hacían y empezándome a parecer algo monótonos, pedí a Feijóo, me explicase el sistema de gobierno de los marcianos, que ya en la noche de mi llegada había bosquejado. Accedió amable a mi deseo, diciendo estar pronto a satisfacer mi curiosidad, pues colocábase en mi lugar y comprendía que yo debía sentir deseo de conocerlo, pues él demasíadamente sabía que mi ida a Marte fuera para conocer lo que había en el planeta y estudiar el modo de ser y vivir de los marcianos.

—Yo — continuó — nunca me preocupé de las cuestiones políticas ni sé si ellas existen, porque nuestra administración y poderes públicos más que de político tienen carácter social y su principal oficio, además de administrar las rentas, consiste en sostener la balanza de las subsistencias. Lo que le puedo decir es que aquí gobierno y política están englobados en la administración pública; pero antes que hablar de nuestro organismo social y para mejor entendimiento de la cuestión, preciso explicarle los principios básicos siguientes:

1.º La libertad del pensamiento, sublime aspiración de la humanidad, sólo conseguida cuando los sabios pudieron escrutar los cielos, obteniendo el triunfo de la razón sobre la inteligencia.

2.º La emancipación del suelo, retirándolo del dominio privado, grande y noble aspiración humanitaria, mal definida en su principio, siendo por esto mismo considerada subversiva, que derrocaba el edificio social. El día en que el pueblo adquirió la ilustración suficiente para obtenerlo paulatinamente y sin violencias, poco tiempo tardó en realizarlo.

3.º La emancipación de la mujer, antes considerada por las leyes como menor y por los hombres casi como una esclava; el pueblo, instruyéndose, se moralizó y llegó a comprender que ella estaba llamada por la Naturaleza a ejercer una misión más alta y humanitaria, con lo cual la mujer adquirió los mismos derechos políticos y sociales que el hombre.

En realidad, no hay aquí lo que allá en la Tierra entienden por naciones; aquí todos los pueblos viven confederados; los sentimientos de patriotismo, de ese odio contra los vecinos, nos es completamente desconocido. El patriotismo que los marcianos pueden sentir, es el amor por la casa en que nacieron, su municipio y los campos donde jugaron en la niñez, todo lo demás refiérese al planeta, o sea a la nación marciana. Ya le expliqué anteayer nuestra división política; nuestra capital, residencia del Congreso, muda de localidad cada cuatro años, cabiéndole el turno a la región que le sigue inmediatamente en la dirección del Naciente al Poniente, pasando después del

hemisferio Norte para el del Sud en el mismo orden. El Congreso no es numeroso; se ocupa del equilibrio económico, comercial e industrial del globo, procurando mantener los intereses de todas las regiones de manera que una no perjudique a las otras. Respecto a las regiones (antiguas naciones), éstas ocúpanse también de la balanza económica; esto es, de todo cuanto se relacione con los productos del suelo, su buena distribución, sostener el equilibrio entre la producción y el número de habitantes, proveer al desenvolvimiento intelectual en las ciencias, las artes de todo género y las letras, desarrollo material de la región, como es: vías terrestres y marítimas, canalizaciones, pastorías, distribución de tierras y cultivo de las florestas; todo con el laudable fin de atender a las necesidades públicas. Además de lo que va dicho posee talleres de la maquinaria más necesaria y usual para trabajar los campos en los municipios respectivos. Las constelaciones (provincias en que se dividen las regiones) tienen en su mayoría Escuelas de Medicina, donde se enseña a curar a las personas, a los animales y a las plantas; Escuelas de Artes y Oficios, en las que se estudian los principios básicos de la pintura y escultura; Escuelas de Agricultura, en que esta materia y sus derivadas son estudiadas a fondo. Y tanto la constelación como sus grupos, tienen a su cargo la alimentación de los soldados agrícolas que les toca a cada uno de resi-

dencia permanente; en cuanto al sueldo y al equipo, incumben a la región.

Aparte de estas divisiones, el planeta se halla repartido en municipios independientes y autónomos, ligados entre sí por los recíprocos intereses y los lazos de una estrecha solidaridad. La mujer goza de los mismos derechos políticos que el hombre; contribuye con su voto a los cargos electivos, y si en estos cargos no goza de idénticas regalías, es porque la ley previno que la mujer, teniendo el encargo de los negocios interiores de la casa, no podría desempeñar los políticos. Esta es la causa que da a la mujer el tercio de la representación; pero en todas las asambleas, ya sean de simples municipios, de grupo, de constelación o de región, su voz pesa extraordinariamente en las deliberaciones, y hay regiones en las que ellas son elegidas para el cargo de Anciano.

El poder ejecutivo está confiado a los ancianos, que lo ejercen durante una estación del año, siendo en consecuencia cuatro los que lo desempeñan durante el año y que gobiernan en cada municipio; su función consiste en ejecutar las leyes decretadas por el Congreso del planeta, los acuerdos de las asambleas de su región, de su constelación, de su grupo o de su municipio. Estos ancianos son elegidos por sorteo entre los ciudadanos que hayan cumplido la edad de 60 años, y las únicas autoridades que existen en el planeta.

El proceso para nombrar los representan-

tes del pueblo se hace por el sufragio directo y del siguiente modo: cada municipio lo componen la urbe y cuatro o cinco aldeas que están a su alrededor; éstas, el día indicado para las elecciones, votan hombres y mujeres, en una tercera parte o en la mitad del número de consejeros a elegir, incluyendo el nombre de una mujer por cada tres representantes —sin esta particularidad el voto no sería válido— a fin de ser representado el elemento femenino en el Concejo del municipio. En las elecciones el representante que obtiene más votos es de derecho el vice-presidente, siendo el presidente nombrado por el Concejo en la primera reunión; esto es respecto a los municipios. Ahora, tocante a los otros cargos, se procede de otro modo: para las reuniones del grupo, van tres delegados de cada municipio; para las reuniones de la constelación, van tres diputados nombrados por los del grupo; para las regiones, cada constelación envía tres diputados, igualmente sacados de entre ellos, y para la Capital del planeta, las regiones envían dos o tres diputados que, según el censo, les cabe en la representación del Congreso Central.

—¿Por qué — pregunté — no se eligen esas asambleas por el sufragio universal?

—No se eligen por no haber dado ese sufragio buenos resultados en la práctica, porque, reflexionando un poco, ¿qué podrían saber los habitantes de las aldeas y de los muni-

cipios, alejados de aquellos centros, si desconocían personalmente a los hombres por quienes iban a votar? No era posible que la elección aprovecharse a la colectividad por cuanto los electores de las aldeas sólo conocen personalmente a los hombres a quienes votan para el Concejo municipal, lo que no acontece generalmente con los diputados para la constelación y mucho menos para la región a los que no conocen más que de oídas y por lo tanto, no tendrían conciencia de si su voto había sido dado con justicia. Las elecciones, en ese caso, perderían el carácter consciente y justo que actualmente tienen, no serían la expresión del voto popular, desquiciarían nuestro sistema político, cuyo eje estriba en las elecciones municipales y que son el fundamento del cual derivan los cargos electivos.

Continuando nuestro tema: la duración del cargo de diputado para el municipio y para la cabeza de grupo, es de un año; para la cabeza de constelación, es de dos años; para la capital de la región, de tres años, y para la capital del planeta, cuatro años. Los representantes del Congreso, se renuevan por la mitad cada dos años, y si alguno sirve en dos legislaturas, no puede continuar representando la región sino pasado un cuatrienio.

La trabazón administrativa es de lo más racional: el simple municipio obedece al grupo, éste a la constelación, ésta a la región, y éstas, que forman las antiguas naciones del

planeta, al Congreso, obteniéndose de este modo la unidad del mundo marciano.

El derecho de dictar leyes es privativo del Congreso, pero sus proyectos de ley — éstos son rarísimos — van a que los ratifiquen los pueblos con diez años de anticipación para ser estudiados.

En este momento cesaron los golpes del bastón de la maestra de danza, los gorgoros de las cantoras también cesaron, y todos los instrumentos a un tiempo comenzaron una sonata; durante el cuarto de hora que ésta duró, nos quedamos embelesados con la audición de tan encantadora música. Notando Feijóo mi impresión, dijo que no sería la última vez que me sensibilizaría por lo que viese en Marte y habían de ser las Hermanas Humanitarias las que me causarían esa sorpresa, cuando fuésemos a asistir a la “Fiesta de los Primeros Frutos”, que muy pronto habría de verificarse. Luego de terminada la sonata, empezaron a oírse tañer los instrumentos separadamente en una algarabía desagradable; recomenzaron las escalas de las cantoras y las danzarinas continuaron sus estudios, llegando a nuestros oídos el rumor hueco del bastón.

Pedí a Feijóo que continuase la conversación interrumpida; él, complaciente, prosiguió:

—Cuando usted conozca nuestras costumbres y pueda leer los diarios, se convencerá de que aquí el pueblo no se ocupa en futilida-

des, sino en todo lo que reporte beneficio a la colectividad; las cuestiones personales no tienen importancia alguna entre nosotros. Tampoco nos preocupamos con lo que en el Congreso puedan hacer nuestros representantes; sabemos que son hombres inteligentes y de nuestra confianza y además su comportamiento lo conocemos por el diario del Congreso. Allí no van a gastar su tiempo en hacer discursos, pues si ustedes en la Tierra dan gran valor al que pronuncia un largo discurso, aquí el discurso de más mérito es el que dice más empleando el menor número de palabras. Los órganos oficiales, tanto del Congreso como los de las asambleas de la región o de la constelación, publican los proyectos presentados a discusión con los argumentos en pro y en contra y los nombres de los que tomaron parte en ella, publicando la votación final con los nombres de los que han votado en uno u otro sentido. Los comitentes saben por este proceso cómo sus representantes se han portado en tal o cual cuestión. Si por excepción algún representante hiciese una propuesta o diese un paso que le produjese ganancia, sería expulsado para siempre de todo cargo público, como el jugador que defrauda lo es por sus compañeros de timba.

—Y las aldeas que forman parte integrante de los municipios, ¿viven sin autoridades?

—No; todas ellas tienen delegados de las autoridades municipales nombrados por los

vecinos, pero sus atribuciones no pasan de la aldea. Cuando surge alguna cuestión importante, van las partes al fin de la semana, domingo, a discutir la cuestión ante el juez, que, debajo de las arquerías del palacio municipal, administra justicia.

Pasando ahora a hablar de las rentas públicas municipales, éstas provienen de los cultivadores, que son sus arrendatarios; con ese producto atienden a los gastos y concurren al mantenimiento de su internado y del gran internado grupal que reside en la cabeza del grupo. Las constelaciones (provincias) tienen por capital un municipio como este, cabeza de grupo; sus rentas consisten en los materiales de construcción, la leña que saca de las florestas, la lana y otras materias textiles. Las rentas de las regiones (antiguas naciones) consisten en la explotación de las minas, los cueros de los animales mayores, las maderas de construcción, los correos y los telégrafos. La capital del planeta no posee rentas, es cabeza de grupo y los congresistas viven con los recursos que les suministran las regiones.

La justicia, de la que aún no tuve ocasión de hablar, es ejercida por el Anciano que terminó su mandato, y la desempeña durante el gobierno de su sucesor. Es el cargo más respetado, por estar rodeado de un prestigio divino, siendo en las ceremonias religiosas el que dirige las preces a la Madre Naturaleza. Este

cargo es casi una inutilidad, porque rara vez se ejerce y menos en cuestiones criminales. Aquí no puede haber embrollos, no hay ley escrita, la ley es consuetudinaria; sólo hay costumbres y tradiciones que todos tienen interés en conservar. No existen abogados, ni las partes se sirven de intermediarios para defenderse; la ley considera a todos los marcianos habilitados para defender su derecho. En sus cuestiones, las partes se presentan delante del juez, que, rodeado del pueblo, presencia la contienda en silencio; los discursos de las partes son cortos; cada uno habla por un tiempo determinado, media hora; responde la otra parte por el mismo espacio de tiempo; si el primero replica es por la mitad del tiempo, un cuarto de hora; el contendor responde por igual tiempo y si hubiese dúplica, es sólo por la duración de medio cuarto de hora para cada contendiente; esclarecida la cuestión, el juez pronuncia la sentencia. No conformándose las partes con la sentencia pueden apelar al juez del grupo; pero como no tenemos cuestiones de tierras, los casos son fáciles de resolver. Donde puede haber litigios serios es entre industriales y comerciantes, mas éstos son juzgados por los jueces nombrados entre ellos, dentro de las corporaciones respectivas; lo propio acontece con los operarios, que, a su vez, tienen sus jueces nombrados por ellos mismos.

Aquí, como usted ve, no hay magistratura

preparada por estudios especiales para mejor embrollar a los litigantes con el pretexto de administrar mejor la justicia. El Estado no precisa gastar el dinero del pueblo en jueces y toda la turba de empleados subalternos de que se compone la justicia en la Tierra, absorbiendo una parte de los recursos públicos para obtener resultados negativos, que, con las dilaciones y sutilezas, dejan la puerta abierta al triunfo de la mentira.

—Para ser cumplidas las sentencias del juez, ¿deberá éste tener a sus órdenes una fuerza que las ejecute?

—Sí; existe en los municipios un Cuerpo policíaco que ejecuta las decisiones, tanto de los jueces como de los Ancianos, cuida del orden en las calles, plazas, mercados y en los caminos. No existen absolutamente prisiones, ni se conoce esa medida penal; por otra parte, los delitos son rarísimos; las clases viven tan bien equilibradas que, en absoluto, los hombres no precisan devorarse para obtener el pedazo de pan. La lucha existe, es verdad, porque sin ella no podría haber progreso; pero es pacífica, ponderada y aun podemos decir honesta. Los crímenes para apoderarse de lo ajeno, no existen; los crímenes pasionales tampoco, y el año entra y sale sin que los jueces tengan que juzgar más que una que otra contienda sin importancia. El Cuerpo policíaco existe en la nación marciana, y constituye

nuestra fuerza armada; su misión es más para prevenir que para castigar.

—Estoy convencido de que en este mundo están las cosas ordenadas a fin de obtenerse un estado social perfecto, y, dadas las facilidades de medios de satisfacer las necesidades más imperiosas de la vida, no me extraña que el carácter y la índole de estos pueblos hayan llegado a tamaña perfección y armonía.

—Tiene usted razón en hablar así; este estado social armónico, este bienestar general, esta moral practicada y que tiende a dar a cada uno su poquito de felicidad, se encuentran esparcidos por todo el planeta. Empero, esta satisfacción de vivir, esta felicidad permanente que nuestro organismo social nos proporciona, llegarían a producir el cansancio y el aburrimiento si no tratásemos de imprimirle alguna variedad modificando bruscamente este estado social.

Nosotros tenemos el culto de la Naturaleza, y tratamos de imitarla lo más posible para de algún modo alcanzar un estado más perfecto. Ella nada hace permanente, todo en ella evoluciona y muda constantemente; las estaciones del año cambian no sólo las producciones, sino el aspecto de los paisajes que se ofrecen a nuestros ojos, delectándonos en su contemplación. El hombre, como hijo de la Naturaleza, ama también la variedad; sus gustos, su manera de pensar, sus aspiraciones varían con el correr de los años, por cuanto, llegado a la

meta de sus ideales, una vez éstos conseguidos, nunca queda contento. Las ambiciones realizadas déjanle un vago inexplicable, un deseo, un vacío, que no se puede llenar; y ese deseo inextinguible lo acompaña hasta el sepulcro. Ese deseo insaciable es el mayor factor del progreso.

De este estado de variabilidad e inestabilidad del alma humana resultó, cuando llegaron a perfeccionarse las instituciones en nuestro planeta, que, por un período de tiempo incalculable, quedaron estacionarias. Paralizáronse los inventos, las iniciativas; no había aspiraciones, ni estímulo, cayendo en una inercia que detenía el progreso. La vida siempre igual, tranquila, sin accidentes, no nos proporcionó la felicidad; el hombre es un ser activo e insaciable, que precisa movimentar la vida para hacerla más agradable. La monotonía engendra el abandono del individuo, la rutina campea en soberana, y el hombre en ese estado se amana, pierde las naturales energías, acabando por vivir sin aspiraciones y ver anulada su voluntad.

Para mudar este estado de los espíritus, era preciso establecer los diversos sistemas de gobierno que antes habían existido, siguiendo uno tras otro hasta restablecerse el sistema normal. La experiencia dió excelentes resultados: sacudió los espíritus, desenvolvió las iniciativas, los hombres aguijoneados por la ambición, hicieron prodigios, marcando esta épo-

ca un progreso nunca imaginado. Los ensayos del nuevo gobierno empiezan por la Dictadura durante el primer año, luego el régimen Presidencial por un año, y los tres últimos con el Parlamento, siempre con el mismo presidente.

Este sistema fué establecido tres veces por siglo, en períodos que comprenden 33 años cada uno: 28 de gobierno normal y 5 de gobierno anormal.

La psicología del alma humana tiene de particular que por muy feliz que sea, nunca está satisfecha; y además los gobiernos, por justos y honestos que sean, acaban por fatigar. Pues bien, este cambio brusco sirve para descongestionar el hígado social; estos gobiernos despóticos y anormales hacen efecto drástico; la sociedad queda aliviada y por último, cansada de tantas mudanzas. Esta organización permite a cada individuo apreciar por lo menos una vez en la vida uno de estos períodos para después saborear las dulzuras de la época normal.

Usted no se imagina la transformación que se opera en la vida de los pueblos; las inteligencias despiertan andando alerta, su sensibilidad se apura para defenderse del peligro presente, póneseles el sistema nervioso en una fuerte tensión, y los hace de una audacia mezclada de miedo, que es el preparativo para la obra de genio.

Llegado el día primero del año, el Dictador

toma cuenta del gobierno — esto se hace en cada región (lo que eran antiguas naciones — y para seguridad de su persona, rodéase de una guardia, parte sacada del Ejército Agrícola y el resto del Cuerpo policiaco; lo mismo hacen los pequeños dictadores en los municipios. En el año de Dictadura el gobierno es absoluto; sólo no puede quitar la vida ni los bienes que posean los ciudadanos; pero puede castigar mandándolos a trabajar en los saneamientos, las minas o servir a los soldados, pudiendo rescatarse de estos castigos pagando fuertes sumas. Por este proceso el Dictador castiga al que se enriqueció sin saberse cómo, a quien hizo negocios poco limpios, al que fué un tratante que burló las leyes; en suma, a todos los hombres de un pasado dudoso, el Dictador les pone encima su pesada mano y no los deja en paz hasta haberse redimido pagando fuertes multas que van a engrosar los fondos de la asistencia pública: asilos, hospitales e internados. Los pequeños dictadores de los municipios pueden también multar y condenar a trabajos dentro de su jurisdicción a aquellos vecinos que tengan culpas, pero a quienes las leyes no alcanzan por ser delitos morales.

Este período del gobierno personal, que en las pasadas edades fué la mayor calamidad que soportaron los humanos, es saludable a la sociedad marciana por ser la época de mayor progreso.

El Dictador, disponiendo a su arbitrio de la fortuna pública, dispensa su protección a aquellos en quienes reconoce ingenio o tengan algún invento que ejecutar, suministrándole los elementos precisos para realizarlo. Es la época en que más protección se dispensa a las artes y a todo cuanto pueda concurrir al progreso y al bien de la humanidad. Este impulso obedece a la única voluntad del Dictador, y este progreso se acentúa con el correr de los gobiernos que le suceden, por cuanto el Dictador (que en la dictadura es irresponsable), continúa los dos años de período presidencial como jefe responsable y en los dos años de régimen representativo, como irresponsable (que son los dos años últimos de anormalidad).

Como es fácil de comprender, el hombre que los pueblos de una región (antigua nación) nombran para desempeñar tan alto cargo y de tamaños poderes, es una persona que tenga un nombre hecho, de un pasado irreprochable y aureolado con una probada honradez. Los otros pequeños dictadores le quedan subordinados y el pueblo los escoge entre aquellos que hubiesen desempeñado sus cargos con notoria sabiduría.

El hombre, cuando llega al fin de la vida, como aquel que dobló el cabo de los sesenta, conserva serenamente su dominio, las pasiones no le separan del recto camino, tiene las facultades perfectamente equilibradas y ni se exalta, ni se deja influir por nadie. En esa

edad ve todo de diverso modo de como lo veía en su juventud, tiene sobre la sociedad ideas más justas, pues su convivencia con los hombres le dió eso que no se aprende en los libros: el arte de saber vivir, que es la más segura garantía para dirigir criteriosamente los altos cargos.

Pasados estos tres períodos que formaban juntos noventa y nueve años, quedaba en el siglo un año que no se podía juntar a uno de éstos sin perjudicar el equilibrio social, y a fin de dar más variedad al sistema político, resolvieron hacer en el fin del siglo un año sin gobierno, continuando los consejos municipales administrando los graneros y conservándolos para el año siguiente:

Preciso observar que este año sin gobierno, así como los períodos anormales, no se realizan en el mismo espacio de tiempo en todo el planeta. La región a la cual toca el turno de gobierno anormal, empieza por resucitar el nombre de la nación que antes tenía, repone en vigor su antigua constitución, establece sus viejas leyes y procede a las elecciones del Dictador y demás autoridades. Dichas regiones, con el nombre de las viejas naciones representan una minoría en todo el planeta, por cuanto el Congreso y la nación marciana continúan como siempre funcionando. Ahora, como muy rara vez tiene sucedido, si alguna de estas regiones en su estado de anormalidad cayese en la anarquía, antes de llegarse a pro-

ducir la guerra civil interna las regiones vecinas le mandarían sus ejércitos y por de pronto, antes de servirse de las armas, a garrota-
zos restablecerían la normalidad.

Ya le he dicho en otra ocasión que nuestras leyes consuetudinarias exigen que todo aquel que acaba de ejercer un cargo público, sea sometido después de su gestión al juicio de las autoridades constituidas, y esta medida, aun cuando sigue practicándose, es en la actualidad innecesaria, no sólo por la poca duración de los cargos, sino también porque dado el elevado nivel moral de los marcianos, no se da el caso de que ninguno abuse del poder.

Las gentes se preparan para pasar del mejor modo ese período extranormal y cuando llega el fin del siglo, la época de la catástrofe, como suelen llamar a ese año, no puede formarse idea del miedo que dicen se apodera de todos por vivirse a merced de los más fuertes y osados.

Estábamos en esta plática, cuando la orquesta acompañada de un coro de voces frescas, entonó una melodía que arrebató mi espíritu por parecerme un canto de hadas.

—Lo que estamos oyendo—dice Feijóo—es el himno a la Madre Naturaleza que las Hermanas Humanitarias están ensayando para la próxima “Fiesta de los Primeros Frutos”; este himno es antiquísimo y sólo se oye en aquellas fiestas.

Como estuviese cercana la hora de comer, nos volvimos a casa siguiendo un trayecto diferente del que habíamos hecho de mañana, llegando poco antes del mediodía.

CAPITULO VI

LA SOCIEDAD

El pan y el agua suministrados gratuitamente al pueblo mediante unas pocas semanas de servicio al Estado. - Vida sin sobresaltos ni odios. - La instrucción dada en internados por cuenta del Estado. - No hay maestros permanentes de primeras letras. - Cómo están divididas las clases. - Los intelectuales con los labradores dirigen los negocios del Estado.

La vida de los marcianos, tranquila, sencilla y ordenada; con su organización social establecida sobre la base de la mutua igualdad, y sus autoridades fugaces, que no tienen tiempo de abusar del poder. La educación en común que reciben los niños de ambos sexos por cuenta del Estado, que los habilita para entrar en la vida, en el concepto también de relativa igualdad. Las diversiones y goces de la vida al alcance de la juventud, que ponen en convivencia respetuosa los dos sexos; pero sin hipócritas afectaciones. El sentimentalismo llorón e inepto y la caridad tan acatada en los antiguos tiempos, allí completamente desconocidos, porque todo se hace conforme a la razón, la justicia y el deber. El respeto y consideración que se nota en el trato diario entre vecinos y amigos. La distinción que preside a las discusiones, en que ninguno de los contendientes tiene la pretensión de ha-

cer predominar sus ideas, discutiendo ponderadamente, fueron los trazos característicos de los pueblos que Feijóo, desde mi llegada, tuvo el cuidado de hacerme observar,

El aspecto que presentan estos pueblos es curiosísimo: cuando se sale a la calle, de mañana, todos los habitantes parecen trabajadores, pues tanto los campesinos como los obreros, los empleados, los comerciantes y hasta los profesores, visten trajes de trabajo; sería mal visto el que de mañana apareciera con traje dominguero. No sucede lo mismo cuando salen acabada la comida, que es después de las 13 a las 14; entonces salen a la calle en trajes decentes, pero no lujosos.

El Estado suministra al pueblo gratuitamente el pan y el agua y también alimenta, viste y educa a los niños de ambos sexos desde los 7 hasta los 13 años, a trueque de unas cuantas semanas de trabajo en el servicio de la colectividad social. Estos servicios son hechos, tanto por los hombres como por las mujeres, hasta la edad de 45 años, quedando en la reserva, pasada esa edad, a disposición de las autoridades. Los intelectuales, para sus traerse de trabajar el número de semanas prescrito, tienen el privilegio de ir a trabajar en los alcantarillados, preparación de abonos para las tierras o en las minas. Estos servicios inmundos se cuentan por el doble tiempo de trabajo y son tan solicitados que muchas veces hay que repartirlos por sorteo.

Las relaciones políticas y, sobre todo, las económicas, están de tal modo trabadas, que no se las podría tocar sin que inmediatamente se rompiese el equilibrio. Este equilibrio es el pensamiento constante de los dirigentes: administrar los bienes de la colectividad con la mayor escrupulosidad en los gastos y equitativa distribución de la riqueza pública. En Marte, la igualdad no es una expresión quimérica; ella existe no sólo en las leyes, sino en la raza, la lengua, la educación, la religión y el organismo social. Las riquezas a medida que se van acumulando son poco a poco distribuidas sin que cause a sus poseedores perjuicios inmediatos. La ley permite a los que acumulan fortuna gozarla íntegramente sus hijos y nietos; pero, extinta la tercera generación, revierte al Estado. Este la distribuye por las diversas instituciones de instrucción, socorros, ejército y hospitales, obligando con esta sabia medida a renovarse la clase de los ricos.

Por otra parte, el pueblo gana fácilmente la vida, no hay exceso de población, en este punto hay armonía entre ésta y las subsistencias, y como el alimento es abundante, todos pueden satisfacer las necesidades más perentorias de la vida. Además, como la mejor manera de vivir feliz y con libertad es tener pocas necesidades, edúcase a los individuos en el hábito del trabajo y de la sobriedad.

El problema económico, como ya se ha dicho, está siempre a la orden del día, bien sea

en los simples municipios, cabeza de grupo, constelación, etc., a fin de evitar a los marciaños, la lucha por la existencia. Hay, por lo tanto, un relativo descanso moral, viviendo todos en la tranquila seguridad material del día de mañana. A nadie atormenta el miedo de caer en la miseria y todos viven sin sobresaltos ni odios. Lo que no sucedería si alguno tuviese el estómago vacío, pues en ese estado la inteligencia no puede raciocinar con calma, por efecto del desequilibrio que se opera entre el estómago y la cabeza.

Hablando con Feijóo respecto a esta cuestión aquél me dijo:

—Las exageradas riquezas no es posible que puedan existir entre nosotros, porque no pueden acumularse fácilmente en una misma mano. En general, quien acumula la riqueza lo hace perjudicando a la colectividad, que queda disminuida, en parte, de aquello que le pertenece, por el juego de las combinaciones financieras. No hay que tergiversar; los países, como allá en la Tierra, donde la fortuna está retenida en pocas manos, son lugares paupérrimos, las gentes viven miserables, careciendo de lo indispensable para vivir, y viceversa, los países en que la fortuna está repartida y no existen ni grandes propietarios ni capitalistas los pueblos viven remediados. Sucede aquí estar de tal modo ajustado el mecanismo social que difícilmente podrían improvisarse fortunas rápidas, y si alguno apareciese con una

fortuna así adquirida las leyes le obligarían, quienquiera que fuese, a explicar ante las autoridades su procedencia. Es, pues, preciso que todos vivan en constante armonía, limitando sus ambiciones a no ir más lejos de donde los otros puedan llegar, viviendo astringidos a las comunes necesidades. De aquí deriva esa vida ordenada que llevamos en estos municipios, en que cada cual vive para sí, desde luego, y después para la colectividad social.

Entre las particularidades que hay en Marte y que más contribuyen al nivelamiento social figuran la de no haber nada permanente: contratos, sea para asociaciones de industria, de comercio o matrimoniales, son temporarios, y las herencias, como antes dije, se extinguen a la tercera generación. También las capitales, sean del planeta, de las regiones y de las constelaciones, son temporarias: la del planeta muda cada cuatro años; las de región cada tres y las de constelación cada dos años; sólo las capitales de grupo son permanentes. El objetivo moral de todo esto sirve para que no puedan centralizarse las riquezas ni las influencias políticas.

El aspecto exterior de nuestra sociedad, vista por el espectador que no pasó del umbral de las puertas y no penetró en el interior de las familias, es muy distinto de lo que usted dejó en la Tierra. No presenta ese aspecto deprimente de los andrajosos, pordioseros, estropeados y ciegos que allí pululan, ni tampoco

el lujo escandaloso de los ricos arrastrando carruajes y sedas, aplastando a los infelices con sus riquezas. Lejos de acontecer esto, aquí en Marte se ve a una sociedad viviendo en un *confort* agradable y mostrando en sus relaciones diarias una afabilidad de trato que la hace aparecer como perteneciendo a una misma familia.

La instrucción primaria es gratuitamente dada en internados por cuenta del Estado. El profesorado es extraído de entre los muchachos y muchachas que hicieron todo o parte del curso secundario, ejerciendo el magisterio de los 16 a los 20 años. Los marcianos consideran la profesión de maestro de primeras letras como la de mayor sacrificio que existe en el mundo, y no puede ser eficientemente desempeñada con interés y paciencia por persona que a ella se dedique toda la vida. Opinan también, muy acertadamente, que con el coste de profesores y profesoras, entretenimiento de los edificios, sirvientes, inspectores, etc., para que en todas las aldeas y municipios pudiesen funcionar regularmente las escuelas y con otro tanto más de gasto, se da a toda la juventud una misma educación y una sólida instrucción que abraza las bases de los conocimientos humanos.

La instrucción está sabiamente organizada; el Estado auxilia a todos los establecimientos de instrucción, impone sus reglamentos a la primera y segunda enseñanza, pero las escue-

las superiores se rigen cada una por reglamentos particulares en que el Estado no interviene. Todos los muchachos pueden alimentar aspiraciones desenvolviendo sus disposiciones naturales del modo siguiente: 1.º—Instrucción primaria, elemental y superior, en seis años. 2.º—Instrucción secundaria, en tres o cuatro años. 3.º—Instrucción superior, cuyo tiempo varía según las carreras. La primera enseñanza elemental se enseña en los internados que cada municipio posee; en éstos entran los niños y niñas a los 7 años, aprenden a leer, escribir y contar prácticamente y noción de cosas; de aquí van, desde los 9 hasta los 13 años, para los grandes internados establecidos en las cabezas de grupo, en los que reciben una instrucción integral y una educación que les va a servir para conducirse en el mundo. Los que presentan disposiciones pueden quedarse un año más, a fin de prepararse para la oposición a las bolsas gratuitas. De los grandes internados salen los muchachos con toda la Aritmética sabida, la Geografía, la Gramática, nociones de Física y Química, los tres reinos de la Naturaleza, teórica y prácticamente estudiados en el campo, nociones de Dibujo, Higiene y un curso teórico y práctico de Agricultura. En la segunda enseñanza amplían algunas de estas materias y además estudian nociones de Biología, Fisiología, Higiene, Historia de los tiempos presentes para los remotos y Matemáticas (los que van a dedicarse a la ingeniería).

En la superior está todo especializado: hay médicos, cirujanos e higienistas (que enseñan a prevenir las enfermedades). La ingeniería está también especializada y los demás conocimientos siguen el mismo sistema. Las Bellas Artes se estudian con un fin práctico: la pintura empieza por la decoración, que da a los alumnos un medio práctico de ganarse la vida y los pone en posesión de los secretos del arte (que éste fué el camino que llevó en su desenvolvimiento antes de hacerse las grandes concepciones pictóricas); luego los que muestran disposiciones pasan a los estudios superiores; la escultura comienza por los ornamentos para hacerse estucador, escultura en talla o cincelador, y luego se pasa a estudiar la estatuaria.

Con el fin de que las inteligencias no se malogren por falta de medios para proseguir los estudios hay creadas bolsas gratuitas tanto al terminar la primera enseñanza como la secundaria. En la primaria salen premiados cada año ocho muchachos y otras tantas muchachas con derecho a concurrir, en los establecimientos secundarios, a las bolsas gratuitas, siendo entre éstos escogidos cuatro de cada sexo. En la secundaria, salen premiados cuatro de cada sexo para ir después a concurrir a los establecimientos superiores, en donde son escogidos dos o más de cada sexo. Por este proceso se obtiene la selección en las inteligencias, y como son hechos los concursos fuera del municipio en que se hicieron los estu-

dios, deja más independientes a los examinadores y hay más justicia en los juicios, con esta particularidad: de ser reprobados los que responden tal cual está escrito en los libros. Este es el grupo del cual saldrán más tarde los intelectuales.

Los marcianos tienen, según la edad, sus lugares marcados en el organismo social. Hasta los 7 años viven bajo la protección de sus padres; de los 7 a los 13 el Estado los toma a su cargo y educa a todos indistintamente. De esa edad hasta los 20 los bien dotados o con medios continúan estudiando y los restantes aprenden un oficio, van para la casa de sus padres o bien para el servicio doméstico. En esa edad se carece de iniciativa y es la más adecuada para esos servicios, que desempeñados por un adulto parecería rebajarlo en la escala social; lo mismo acontecería con la mujer que pasara su vida sirviendo a los extraños. De los 20 a los 23 los hombres entran, sin excepción, en el ejército y las mujeres se casan, toman una profesión o entran en la Hermandad de las Hermanas Humanitarias.

Terminado el servicio agrícola los hombres retornan a sus casas y se emplean en el cultivo de los campos, en el trabajo industrial o el comercio, y los intelectuales van a concurrir a los empleos del Estado.

La agricultura es considerada la profesión más noble del hombre, la más útil y la que proporciona mayores beneficios a la colectivi-

dad, además de rejuvenecer los campos y alegrar la superficie del planeta. Es más, a nuestro juicio no existe en el mundo estado más perfecto que este en que el hombre se halla en comunicación constante con la Naturaleza. De aquí ser la clase de los agricultores considerada por derecho natural como la primera del planeta, y ella forma, con los trabajadores intelectuales, la clase gobernante. No podemos sofismar; el suelo y el trabajo son los dos grandes factores de la fortuna pública y toda la riqueza deriva de los productos que el suelo produce.

Las clases pueden ser divididas del siguiente modo: 1.º—Trabajadores agrícolas. 2.º—Trabajadores intelectuales (médicos, ingenieros, artistas, etc.) 3.º—Trabajadores industriales (carpinteros, zapateros, mecánicos, etc., todos los trabajos manufacturados). 4.º—Comerciantes. Las dos primeras gozan de los favores del Estado, la tercera no recibe favores, pero tampoco paga nada, y la cuarta paga una contribución al municipio respectivo que la fiscaliza. Esta es la clase intermediaria entre el productor y el consumidor, está obligada a contentarse con un módico tanto por ciento sobre el valor de la mercancía, además de retirar el equivalente de los gastos ocasionados por el transporte. Todas estas clases viven remediadas, pues los trabajadores industriales no pueden montar fábrica o empresa sin que sus auxiliares sean sus asociados y participen

de los beneficios. También para mayor equidad los jefes de fábrica o de taller tienen que ser extraídos de entre los antiguos trabajadores, pero sin dispensar de la dirección a los auxiliares técnicos que dirigen la parte científica de la empresa. Esta organización impide las desigualdades en las posiciones sociales, no viven distanciados operarios y patronos, pues siendo todos socios disfrutan de un jornal que les da para atender a los gastos diarios y la parte de beneficios que reciben al fin del año les da lo bastante para cubrir sus gastos extraordinarios.

Lo mismo que se observa para ser jefe de fábrica o de taller se exige para ser director de una repartición pública: principian por ser ínfimo empleado, y para no haber grandes diferencias, el director gana poco más del doble de uno de aquéllos, recibiendo los otros empleados, según su jerarquía, sueldos comprendidos entre estos dos extremos, teniendo presente que el empleado menor recibe un jornal suficiente para sostener familia.

El fin que los seres deben procurar en el mundo es el de vivir con la mayor cantidad de bienes que contribuyan a hacer la vida agradable y que este bienestar no sólo abrace al individuo aisladamente, sino también a su familia, a sus conciudadanos y a la humanidad toda. Para la consecución de este ideal los marcianos cuidaron del bienestar por la base, que consiste en tener una abundante alimen-

iación, porque cuando se pueden satisfacer las primeras necesidades el resto llega por sí mismo. Es bien sabido que estando satisfecho el estómago y siendo las otras necesidades menos apremiantes, ni la envidia, ni el odio, ni pasión alguna ruín puede tener cabida en el alma humana. Esta vida tranquila y harta, esta paz de que goza el espíritu, permite a los marcianos desenvolver sus facultades intelectuales y morales, que los hace buenos y vivir en una suavidad de costumbres dedicándose en el campo pacífico a obtener aquellas cosas a que los hombres en su insaciabilidad continuamente aspiran. Esta abundancia que aquí tenemos descansa en la clase de los trabajadores agrícolas, que forman, con las otras tres, una pirámide cuya base la constituyen los labradores y el vértice los intelectuales.

Aquí no se conoce la adulación a los ricos, como acontece allá en la Tierra, donde el pueblo, siendo pobrísimo, corteja a los que están en la opulencia. Tampoco se conoce esa humildad rastrera, ni la bajeza puede caber en ningún corazón marciano. Aquí, por el contrario, los ciudadanos muestran en sus semblantes el contento de vivir, y sea labrador o intelectual, se tratan corrientemente con fraternal familiaridad.

Los intelectuales, como ya le he dicho, unidos a los labradores, son los que dirigen los negocios del Estado; esos no son hijos de padres ricos, y sí, de su esfuerzo personal, que

los lleva a representar al pueblo en las asambleas del planeta, y que, dicho sea de paso, no dan poder personal. Como aquí no se hace política, no hay caciquismo (la plaga más terrible que hay en la Tierra y que retardará su progreso), no pudiéndose expoliar al pueblo porque éste es ilustrado y no se dejaría engañar. Aquí no podría medrar la falange de individuos que allí engañan al pueblo con pomposas promesas de felicidad futura; éste los encumbra al poder, y cuando llegaron al pináculo de sus ambiciones, reniegan su pasado y el pueblo engañado no mejora de suerte.

Con respecto a nuestra sociedad, se ha tratado, como ya he dicho, de que la vida se pasase dulcemente; que los hombres trabajasen, pero sin fatigas, y que ninguno pudiese explotar el trabajo ajeno. Con este objeto el capital gana una insignificancia en el mundo marciano, de una parte, por estar establecido su interés por las leyes, y de la otra, porque el agricultor no lo precisa, teniendo la ayuda del ejército que le pulveriza la tierra y auxilia en las faenas de la recolección. Por otra parte, las fábricas y las empresas no están sujetas a crisis y pocas veces lo precisan; sólo recurre al crédito la gente joven para entrar con su peculio al fondo de reservas, a fin de trabajar como socio en las fábricas y talleres.

Con el fin de adquirir las cosas necesarias para el goce de la vida, los marcianos tienen establecidos los cambios entre ellos, de modo

que puedan satisfacer las necesidades inmediatas, como son los alimentos, los vestidos para abrigarse del frío, o para satisfacer las necesidades morales e intelectuales, como son los libros y los objetos de uso que ayudan a hacer más agradable la existencia.

En Marte, todo está organizado para vivir-se con seguridad a cubierto de sorpresas: el Congreso que reside en la capital volante del planeta, se ocupa de regular el intercambio económico, industrial y comercial de la nación marciana entre sus diversas regiones. Hace las leyes y tratados con objeto de conciliar los intereses de las mismas, conservando entre ellas un perfecto equilibrio. En suma; el Congreso tiene en sus manos la balanza, así de la producción, como del consumo del mundo marciano.

Entre las regiones (antiguas naciones) los cambios se hacen mediante el trueque de productos, y es en la capital del planeta en donde los representantes del Congreso, se entienden para liquidar sus cuentas.

Aquí la administración o asamblea de cada región, explota las minas, los bosques, los cueros y las lanas que vende a los industriales.

La moneda conserva su valor estable, siendo este valor permanente una preocupación de los dirigentes, en las diversas regiones que forman la nación marciana.

Como las tierras pagan un impuesto natural al Estado y éste tiene la alta misión de ce-

lar por la cuestión económica, y del Congreso salen las medidas tendentes a conservar la balanza comercial e industrial entre las regiones, el Estado deja al trabajo y a las industrias exentas de impuestos, poniendo, indirectamente con estas medidas, un fin a la artificial concentración de las riquezas. Deja por otro lado, que la desigualdad en las inteligencias, la habilidad profesional y la iniciativa individual, produzcan sus efectos, repartiéndose gradualmente las riquezas e impidiendo las monstruosas desigualdades de los pasados tiempos que lesionaban los intereses de la sociedad. La riqueza, que representa el bienestar de la humanidad, debe ser desenvuelta con el principal hito, de que todos participen de ella.

Para quedar al abrigo de las contingencias de la suerte, los marcianos, después que han terminado el servicio agrícola, entran a formar parte de la gran sociedad de asistencia mutua, establecida en todo el planeta. Esta sociedad tiene la benéfica misión de dar al hombre que se inutilizó para el trabajo o llegó al límite de su edad, una pensión con la cual pueda vivir tranquilo el resto de sus días. De esta manera, la sociedad está constituida por dos partes: una que trabaja para sostener a los viejos, y la otra que, a su vez, trabajó para mantener a los viejos de su tiempo; la sociedad así constituida vive en una perfecta solidaridad.

Como este es un mundo en que los hom-

bres viven procurando la verdad, ni la industria puede fabricar objetos falsos, ni el comercio ofrecerlos a la venta; lo que es oro, es oro verdadero, y lo que plata, es plata; no se pueden exponer a la venta objetos plateados ni dorados.

Feijóo no quiso terminar la descripción del estado feliz de los marcianos, sin antes darme una explicación sobre la división del tiempo. El año era como en la Tierra, de cuatro estaciones, dividido en meses, y éstos en semanas de nueve días, ocho de trabajo y uno para el descanso, domingo. Los días los dividían en pares e impares; los pares dedicados al bello sexo y los impares al sexo fuerte. Las seis grandes fiestas religiosas que había durante el año, se celebraban el octavo día de la semana, que con el domingo, hacían dos días de fiesta; además de estas principales, los municipios tenían fiestas particulares en las que celebraban algún fruto o producción del lugar.

Como los días de la semana estaban dedicados alternativamente a uno y otro sexo, podía acontecer darse un banquete en un día par y, siendo ese día consagrado a la mujer, eran ellas las que organizaban la fiesta, la presidían y pronunciaban los discursos. Si se trataba de un baile, fuese en un teatro o en una casa particular, eran las mujeres las que invitaban a los hombres a danzar, y viceversa si el día fuere impar. Esto tenía su lado bueno y práctico; el de dar a la mujer la inicia-

tiva de comunicarse con el hombre que le agradase, no quedar a la merced del acaso para obtener marido, y le permitía al mismo tiempo estudiar al hombre con quien pretendiese unirse, poniendo a los dos en el mismo pie de igualdad.

CAPITULO VII

ESTADO ANTERIOR E INFELIZ DE LOS MARCIANOS

Lo que enseñan los libros de lectura en las escuelas primarias. - Estado patológico de la sociedad. - Desequilibrio entre la población y las subsistencias. - En qué consistía antiguamente la ciencia de gobernar. - Solución del capital problema.

—Ya le he descrito en otra ocasión, me dijo Feijóo al interrogarle sobre las reformas sociales de Marte, la vida feliz y tranquila que disfrutaban los marcianos; ésta, si bien fué traída por un conjunto de circunstancias fatales, fué también el resultado de medidas estudiadas ponderadamente por los hombres de clara y limpia conciencia y abrazadas con entusiasmo religioso por los pueblos, ha cerca de un millón de años.

La humanidad camina siempre, y en su marcha ha seguido el ciclo ascendente de progreso, paralizado en parte a veces, por el mis-

mo ciclo descendente, en que este progreso puede ser nulo, porque es de preparación. Evolucionando constantemente al compás de esa ley, alcanzó una perfectibilidad nunca imaginada anteriormente por nadie. Y fué también debido a esa misma ley, como se perfeccionó el organismo humano, en el largo e interminable curso de las edades. Fué, pues, siguiendo esa misma marcha ascendente y constante, como la humanidad ha ido perfeccionando sus condiciones morales y materiales de la existencia, y corrigió sus defectos de origen.

Es sabido que durante muchísimos millares de años, la humanidad pudo vivir bajo la férula de instituciones defectuosas y, debido a su atrasado estado mental, lo hizo resignada sin ocurrírsele mejorarlas. Pero, al despertar la inteligencia del largo sueño en que estuviera sumida, no se contentó con la situación precaria que los dueños del poder y los detentadores de la riqueza le obligaban a soportar. Como consecuencia de este estado de cosas, prodújose un cambio radical en el modo de pensar de las gentes, despertando aspiraciones de independencia colectiva e individual. No se contentaron los humanos con ser rebaño, pretendieron tener su parte en la riqueza, y este estado de ánimos trajo como resultado inmediato, la reforma económica de la sociedad.

El mundo en los primeros tiempos fué gobernado por la necesidad y el instinto; des-

pues, en el período bárbaro, lo fué por la moral y el sentimiento, y por último, entró a trillar el camino del bien, hacia la felicidad humana, cuando fué gobernado por la justicia y la inteligencia. Estos tres estados de la humanidad tuvieron dos períodos de transición, porque, del estado de instinto para el moral, no se pasó sin trastornos. El salvaje sacado de su *maloca* para la civilización (como en aquel tiempo se decía) era más infeliz, pues que en su nuevo estado, adquiría necesidades antes para él desconocidas, quedaba a ellas sujeto, y cuando no podía satisfacerlas, era más desgraciado que en su primitivo estado. De la situación moral para el estado intelectual, el cambio operado fué enorme, la transición y el desequilibrio colosales, por cuanto en el campo intelectual, la fuerza mecánica sustituyó al esfuerzo muscular. La ciencia, a su vez, aportó un contingente de mejoras, operándose en todas las ramas de la producción humana, cambios radicales que transformaron el anterior equilibrio económico hasta entonces dirigido por el esfuerzo personal. Resultó de aquel estado de cosas, un caos, una situación precaria y angustiosa, que voy a tratar de describir, haciendo una revista retrospectiva de aquella crítica situación por la que han pasado los marcianos en aquellos apartados tiempos.

Y así como para apreciar el bien tenemos necesidad de conocer el mal, así los mar-

cianos enseñan a los niños, con las primeras letras, a conocer aquellos calamitosos tiempos, para después saber apreciar la felicidad de que disfrutaban.

El medio empleado para conseguir este fin, se persigue constantemente desde los primeros pasos que da el niño en la escuela primaria; a este fin, los libros de lectura, tanto en la instrucción elemental (para practicar la lectura, como en la primaria superior, para conocer el estilo), no tratan de otra cosa. Este es el método más eficaz de educar a la juventud, sin enfundarla en ilusiones absurdas y nocivas, como sería si se le cultivase el espíritu, como antes se hacía, relatándoles cuentos inverosímiles de hadas y gigantes, que falseaban el juicio de los niños sobre las cosas de la vida.

Del contenido de algunos de estos libros, dedicados a la enseñanza, Feijóo me hizo relación de algunos trozos esenciales que daban cabal idea de lo que había pasado en Marte en los tiempos bárbaros y que poco más o menos fuera lo siguiente:

“Un cambio radical se había operado en la vida pública, producido por el descubrimiento de las artes mecánicas, que desorganizaron la economía social. La suplantación del obrero por la máquina, era un progreso evidente, pues aligeraba a aquél de los trabajos más penosos, pero la miseria y los sufrimientos en los primeros tiempos de esta

"transformación, fueron terribles.

"La suerte de las clases laboriosas había
"empeorado, el yugo que hasta allí habían so-
"portado, se había cambiado en tiranía feroz,
"ocasionando un malestar que se extendía por
"todo el mundo. Juntábasele a esto la alimen-
"tación que era escasa y cara, y los trabaja-
"dores, tanto de la ciudad como del campo,
"malganaban para sustentarse y vivían en ex-
"trema estrechez. La situación de la mujer
"era peor, ganaba un jornal miserable que
"la obligaba a vivir bajo la dependencia del
"hombre.

"La propiedad territorial, de la cual la hu-
"manidad sacaba el sustento, se hallaba de-
"tentada en pocas manos y era alquilada al
"labrador que la trabajaba pagando al pro-
"pietario una renta que éste, con la sed del
"lucro, exigía cada vez mayor. El Estado, por
"su parte, sacaba sus recursos directamente
"del labrador, de manera que del organismo
"social, era explotado tanto el cuerpo (el sue-
"lo), como la sangre (el trabajo), y esta san-
"gre servía no sólo para hacer vivir al Es-
"tado, sino también al propietario o explota-
"dor y aun el capitalista sacaba del labrador
"el interés del capital que le había prestado
"para proveerse de la maquinaria necesaria
"para trabajar sus campos; es decir, que el
"labrador era explotado por tres sanguijue-
"las: el Estado que le exigía el impuesto, el
"propietario que le cobraba la renta, y el ca-

"pitalista forcenedor de los fondos, que le co-
"braba el interés. Esta situación engendraba
"dos clases: una que producía y otra, com-
"puesta de tres individualidades, que consu-
"mía los productos del trabajador, que real-
"mente era el único productor; y como estas
"tres individualidades absorbían la mayor
"parte del producto del trabajo, no le que-
"daba al trabajador más que lo indispensable
"para no morir de hambre.

"Para cúmulo de malestar, cuando se in-
"ventaron las máquinas (que economizaron la
"mano de obra), quedó desocupada una mul-
"titud de trabajadores industriales que ejer-
"cía su profesión individualmente y ganaba
"mal su vida, lo que agravó más la situación
"aflictiva del pueblo. Estos obreros tuvieron
"que ir a procurarse empleo en otra parte y,
"no encontrándolo, se originó la lucha con la
"miseria y el hambre.

"En medio de esta precaria situación del
"pueblo, el progreso iba en aumento, las nue-
"vas máquinas introducidas en la industria,
"ayudaban al desarrollo de la riqueza, que se
"concentró en pocas manos. El lujo de los
"ricos, que explotaban tanto al trabajador del
"suelo como al operario manufacturero, au-
"mentaba cada día, quedando por consecuen-
"cia, más distanciadas estas clases. El pueblo,
"no pudiendo soportar más sus desgracias, hi-
"zo revoluciones y derribó los gobiernos despó-
"ticos. Las propiedades del clero fueron ven-

didas, las de los nobles también, yendo a
"parar algunas a las manos de los agriculto-
"res, pero la mayor parte fueron compradas
"por los usurarios que las explotaron, y en
"poco tiempo formaron una clase intermedia
"entre los antiguos patronos y el pueblo. Esta
"clase, ávida de ganancia, absorbió todas las
"riquezas y el pueblo nada ganó; porque, si
"antes había sido explotado por los nobles
"y el clero, ahora lo era por una clase más
"codiciosa que la de los antiguos propietarios.

"Todo hombre, por ley natural, parece ha-
"ber sido puesto sobre el mundo para gozar
"de los bienes que en él se encuentran; pero,
"dada aquella situación, parecía por el con-
"trario, haber sido hecho el mundo para que
"unos pocos gozasen sus bienes, y los restan-
"tes padeciesen privación de ellos; en lugar
"de ser repartidos equitativamente, como su-
"giere la sana razón y la justicia. Porque po-
"dría hacerse el siguiente raciocinio: suponién-
"do que la riqueza del mundo repartida por
"habitante, fuese de cuatro, los que gastasen
"más de cuatro, perjudicarían a la colectivi-
"dad, que quedaría disminuída en la parte que
"los otros habían consumido. Ahora bien; com-
"poniendo las clases abastecidas el décimo de
"la población del mundo, y consumiendo
"lo más y lo mejor, no quedaría a los restan-
"tes nueve décimos, más que lo peor de los
"bienes que el mundo producía, mientras que,
"si la sociedad estuviera mejor organizada, no

"habría tanta riqueza y bienestar en unos pocos, y tanta miseria y escasez en la multitud.

"Los escritores de aquellos tiempos, preocupados con aquel conflicto, escribieron libros en estilo dogmático y doctrinal para resolverlo, los cuales fueron apellidados economistas. Estos, en sus tratados, pretendían solucionar la cuestión, esperando el remedio de la moralidad de los hombres y de que éstos tuviesen más amor a la economía, ¡como si el pobre trabajador pudiese hacer economías de lo que apenas le llegaba para comer! Más adelante vinieron otros escritores a ocuparse de la misma cuestión; con un criterio más razonable, estudiaron el malestar de las clases trabajadoras y acabaron por plantear la "CUESTION SOCIAL. Concordaban todos, en principio, en echar abajo aquel estado de cosas, pero no acertaban con lo que se debería reponer en su lugar. Algunos querían suprimir las clases, otros el capital, otros lo es- peraban todo de una revolución, y otros más sensatos, proponían la emancipación del suelo. Decían éstos en apoyo de sus doctrinas, que volviendo el pueblo a la primitiva sencillez de costumbres, disminuirían las necesidades, los trabajos manufacturados bajarían de precio y esto impulsaría a los obreros a dedicar sus actividades a las faenas del campo; aumentando así la verdadera riqueza y contribuyendo a la felicidad general.

"Continuando el malestar, los operarios pi-

"dieron aumento de salario y disminución de
"las horas de trabajo, petición justísima a la
"cual los propietarios de fábricas y talleres se
"opusieron rotundamente. Para forzarlos a ce-
"der, los operarios se negaron a trabajar de-
"clarándose en huelga; a esta imposición, los
"patronos los sustituyeron por otros, que, más
"necesitados, aceptaron las condiciones. Luego
"los operarios se asociaron, pagando mensual-
"mente un tanto, para contar con recursos a
"fin de afrontar las futuras huelgas; al mismo
"tiempo combinaron de impedir que otros ope-
"rarios los sustituyesen. Esto era ir contra la
"libertad que debe dominar y presidir a todas
"las pendencias que surjan en el mundo;
"más por este medio consiguieron ocasionar
"un daño directo a los dueños de las fábricas
"y talleres. Estos respondieron a tales exigen-
"cias cerrando las fábricas. En esta situación,
"los gobiernos, viendo que este estado de cosas
"podía obstruir el rodaje administrativo, in-
"tervinieron entre operarios y propietarios.
"Más tarde, unos y otros nombraron sus árbi-
"tros y la crisis se suspendió temporalmente.

"Estas medidas fueron simples paliativos
"que no curaron la enfermedad de que estaba
"atacado el organismo social, pues que, el mal-
"estar continuó como anteriormente, imperio-
"so, terrible.

"Continuando los economistas ocupándose
"de la cuestión, decían, que si las máquinas
"suprimían brazos, en compensación abarata-

"ban los objetos, y los trabajadores que que-
"daban desocupados, se empleaban en hacer
"otros que después el público iba a comprar
"con el exceso que le había quedado de la
"compra de los primeros. Esto podía muy bien
"ser en teoría, pero no era una solución que
"remediase a los trabajadores desempleados.
"También los economistas falseaban la ver-
"dad, suponiendo gratuitamente, ser las má-
"quinas un recurso con el cual se aumentaba
"el empleo de trabajadores. A esto, que era
"una crasa contradicción, podríamos pregun-
"tar: ¿Aumentando la producción, podrían
"aumentar los compradores? No creo; pues
"que la máquina multiplicando los productos
"economizaba la mano de obra, barateando los
"objetos, es cierto, que quedaban al alcance
"del pobre, objetos estos antes sólo reservados
"para los ricos; pero, ¿barateando los objetos
"podría adquirirlos el pobre? Y los otros tra-
"bajadores que la máquina excluía ¿adónde
"irían a encontrar trabajo? Tendrían que pro-
"curarse otra ocupación. En suma; para evitar
"el mal originado por las máquinas, la solu-
"ción única era reducir las horas de trabajo,
"equilibrando así los brazos con la produc-
"ción, de este modo las máquinas vendrían a
"aliviar al operario, disminuyéndole el traba-
"jo material y ayudándole a hacer más lleva-
"dera la existencia.

"El trabajo del suelo era otra cuestión im-
"portantísima que carecía de solución, y de

"su organización dependían todas las demás.
"Ya es sabido que de la tierra sale toda la
"riqueza, que sin ella no se hace ni el objeto
"más insignificante, y sin su concurso el hom-
"bre no podría vivir. Ahora bien; siendo
"la tierra propiedad de unos cuantos, éstos
"trataban de obtener de los arrendatarios los
"mayores lucros, reduciendo al labrador a una
"existencia precaria. Este tenía que someterse
"a las exigencias del propietario, porque el ex-
"ceso de población era grande y los que preten-
"dían tierras para obtener trabajo eran mu-
"chos. En el campo industrial dábase idéntico
"caso: como había muchos obreros ávidos de
"trabajo, al industrial que precisaba por ejem-
"plo unos cien trabajadores, se le presentaban
"hasta doscientos, y claro, surgía la competen-
"cia porque cada cual se ofrecía a trabajar
"por más bajo precio para obtener el trabajo,
"y el industrial que siempre calculaba su con-
"veniencia, tomaba aquellos que trabajaban
"más barato. Esta concurrencia producida por
"el exceso de población, aumentaba continua-
"mente el malestar, no pudiendo darse solu-
"ción a aquella crisis porque siempre había
"más gente desempleada de la que era precisa
"para trabajar.

"La economía de brazos, consecuencia de
"las máquinas cada vez más perfeccionadas.
"el empleo de las mujeres y de los niños para
"obtener los industriales lucros mayores, ga-
"nando un jornal que mal llegaba para ali-

"mentarse, llevaba a las clases operarias a un
"extremo tal de miseria que niñas de 11 y 12
"años de edad se prostituían para obtener el
"pedazo de pan; individuos había cuya mise-
"ria era tanta, que nunca habían podido sa-
"ciar el hambre. El disgusto que este estado de
"cosas producía y la desesperación de los
"obreros, que después de una semana de tra-
"bajo llevaban para su casa una cantidad mez-
"quina que no llegaba para alimentar la fami-
"lia, los inducía a olvidar la vida embriagán-
"dose. La mortandad por la inanición y el frío,
"era enorme, y muchos, para huir de tantas
"desgracias, se suicidaban.

"En medio de este estado patológico de la
"sociedad, de esta vida precaria y angustiosa,
"una idea, una esperanza sostenía a algunos:
"era la fe religiosa. Ella consolaba al pobre
"con la esperanza de mejorar en la otra vida,
"donde tendría el bienestar que en ésta le
"había faltado; la religión en aquel caso, era
"un freno para contener los impulsos de irri-
"tabilidad del pueblo y dábale la resignación
"precisa para soportar sus desgracias. Pero si
"esta esperanza era suficiente en algunos, en
"los más no lo era, pues llegaban en su impa-
"ciencia a maldecir de Dios, por haber hecho
"el mundo tan malo, dejando morir de ham-
"bre al pueblo.

"Apareció por aquellos tiempos un econo-
"mista, hombre de vistas largas y con ideas
"nuevas, que se ocupó de aportar remedio a

"la cuestión social, y fundamentaba el problema preguntando si era verdad que la riqueza de un Estado consistía en el aumento de la población, como habían juzgado hasta allí los otros economistas. El contestaba a esta pregunta diciendo: ser los males que afligían a la humanidad no causados por los malos gobiernos, y sí producidos por el desequilibrio entre la *población* y las *subsistencias*; y deducía como consecuencia, que el crecimiento de la población debería ser limitado por los medios de subsistencia, presentando la cuestión del modo siguiente:

"La raza humana crecía en proporción geométrica, como los números 2, 4, 8, 16, 32, 64, mientras que las subsistencias no crecían más que en proporción aritmética, como los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc., al cabo de dos siglos, la población sería en relación a las subsistencias, como 256 era a 9; al cabo de tres, como 4.096 era a 13, y después de dos mil años, la diferencia sería incalculable. Porque decía: que el suelo arable que existía en el mundo no podía aumentar, y por buenas que fuesen las cosechas, si la población aumentaba desproporcionadamente, había de llegar fatalmente el día en que muchos tendrían que morir de hambre. Para poner remedio a este peligro, aconsejaba que las leyes viniesen a poner obstáculo a este desarrollo de la población; los obstáculos que él aconsejaba eran unos paliativos y otros destructivos.

"La especie humana estaba condenada por su naturaleza o a reprimir voluntariamente la necesidad de reproducirse que le atormentaba, o a ver los males que una imprevista fecundidad podía acarrear, porque siendo el crecimiento de la humanidad ilimitado, y en cambio el producto de las subsistencias limitado, el desequilibrio tenía que llegar forzosamente un día. Terminaba aconsejando a quien no tuviese medios para alimentar a sus hijos, el abstenerse de toda unión con mujer, guardando el celibato más absoluto. En conclusión: según sus doctrinas, sólo los ricos podían disfrutar de los placeres del amor y de la familia, que quedaban prohibidos a los pobres.

"Aquellas teorías fueron clasificadas de absurdas e hicieron levantar el grito a mucha gente por excluir a la Divina Providencia, que, según ellos, era la única que intervenía en este caso, mandando los flagelos de la peste, las guerras y el hambre, para disminuir la población. Pero lo que proponía el economista como remedio, tampoco era una solución, y el problema quedaba en pie.

"Más adelante otros economistas, tomando la misma cuestión y abandonando las fórmulas matemáticas, redujeron estas teorías a la proporción siguiente: la especie humana, cuando es bien gobernada, tiende a aumentar. Por otra parte, el número de hectáreas de tierra laborable en cada país y en el mun-

"do entero es limitado, y la cantidad de pro-
"ductos alimenticios que puede producir cada
"hectárea, no puede ir más allá de cierta can-
"tidad. Entre el crecimiento de los hombres,
"que no tiene límites, y el crecimiento de las
"subsistencias, que los tiene, el desequilibrio
"debería ocurrir un día. Estos economistas
"teóricos esperaban que los hombres no llega-
"rían al extremo de tener que devorarse unos
"a otros; que la salvación estaba en estas pa-
"labras: más ilustración, más virtud y más
"justicia. Con la ilustración, predominaría la
"vida del espíritu sobre los instintos de ani-
"malidad que duermen en el individuo. Con
"la virtud, los hombres tendrían más conti-
"nencia y serían previsores. Con la justicia,
"se aseguraría la propiedad, antídoto probado
"contra los excesos de la multiplicación de
"nuestra especie. Todo esto era muy bonito,
"dicho en el papel, pero eran teorías despro-
"vistas de sentido común y que no aportaban
"remedio alguno al problema.

"Sucedió tiempos después, que estalló una
"guerra entre las naciones más poderosas del
"planeta, en la que de ambas partes se pusie-
"ron sobre el campo cerca de veinte millones
"de hombres. La guerra fué mortífera; mas
"sirvió de lección a los pueblos para no luchar
"por futilidades de fronteras, pudiendo arre-
"glar las cuestiones sin lucha y obtener aque-
"llo que fuese de justicia, por la fuerza ami-
"gable del derecho. Aquella guerra se prolon-

"gó más de cuatro años; pero trajo indirecta-
"mente una bella consecuencia: la unión de
"las naciones, más tarde la unidad de la na-
"ción marcial y por último el equilibrio de
"las subsistencias con el número de habitantes
"que podría comportar el globo.

"En los primeros años de guerra, sólo los
"pueblos vecinos que suministraban víveres a
"los beligerantes, sintieron la carestía de los
"géneros de primera necesidad; pero pasados
"los primeros años, cuando las reservas ali-
"menticias se fueron agotando, las subsisten-
"cias aumentaron su valor cinco y seis veces,
"y esta carestía se sintió no sólo en los vecinos,
"sino en todo el mundo. De este fenómeno los
"economistas sacaron esta conclusión: que
"aun cuando la humanidad, para alimentarse,
"comiese sólo lo necesario sin llegar a la re-
"pleción, los productos agrícolas del mundo
"todo, serían insuficientes para alimentar a
"sus habitantes. La mayoría de las naciones a
"las que esta carestía de los alimentos perju-
"dicaba, sintieron la necesidad de crear una
"nueva repartición que se ocupase en fiscali-
"zar los precios corrientes de las subsistencias,
"de manera que garantizase al pueblo contra
"el alza exagerada de los géneros. Constituye-
"ron, pues, la Dirección General de la Alimen-
"tación Pública. Esta Dirección, celando vigi-
"lante por los intereses del pueblo, produjo
"tan benéficos resultados, que continuó fun-
"cionando mucho después de la guerra y ad-

"quirió poco a poco tal importancia que llegó
"a constituir en lo futuro la base de la ciencia
"gubernamental.

"Hasta aquellos tiempos, toda la ciencia
"del gobierno consistía en dominar a los
"hombres; eliminar los más recalcitrantes,
"mandar otros al ostracismo y reprimir los
"movimientos de impaciencia de la multitud.
"Y si personalmente los gobernantes con su
"prestigio no lo podían dominar, se encerraban
"en su gabinete y desde allí amenazaban
"con las leyes y la fuerza armada para hacer
"obedecer sus mandatos. En esto estribaba
"toda aquella ciencia, y era considerado mejor
"gobernante aquel que sabía subyugar
"mejor a sus semejantes. En suma: el pueblo
"era considerado como un rebaño, el gobernante
"era el pastor, y los perros la guardia armada
"y sus satélites. Después la ciencia gubernamental
"mudó completamente, y en vez de ser el dominio
"del hombre por el hombre, consistió en que la
"alimentación pública no escasease, conservando un
"perfecto equilibrio entre las subsistencias y la
"población, celar por los intereses del pueblo e
"impedir que el comercio se exorbitase en los
"precios.

"En vista de la importancia que la cuestión
"alimenticia adquirió en aquellos últimos
"tiempos, volvieron a estudiarse con más
"calma las teorías del economista que fundaba
"los males sociales en el desequilibrio de la
"población con las subsistencias, y cuyas doc-

"trinas habían escandalizado a las gentes. Des-
"pués de reflexionar maduramente, se con-
"vencieron de que tales doctrinas encerraban
"en su fondo la verdad; pero también concor-
"daron que el remedio propuesto no daba so-
"lución alguna. Siguieron estudiando la magna
"cuestión: las personas de más experiencia y
"más conocimientos geográficos, indagaron lo
"que hacían los habitantes de las islas de nues-
"tro Gran Océano para no aumentar el núme-
"ro de sus habitantes fuera de lo que pudie-
"sen comportar sus subsistencias. Ellos — de-
"cían los economistas — no pueden aumentar
"la tierra arable de que disponen dentro de las
"islas, y mantienen un perfecto equilibrio en-
"tre los productos del suelo y la población. De-
"cidieron ir a estudiar a ellas lo que sus habi-
"tantes hacían, y fué allí, en las islas perdidas
"en nuestros grandes mares, donde encontra-
"ron la solución de este importantísimo pro-
"blema. Esta resumíase a escoger las mujeres
"dignas, por su salud y belleza, de perpetuar
"la especie y esterilizar las restantes.

CAPITULO VIII

LAS REFORMAS SOCIALES

No hay emancipación sin un período preparatorio. - Nunca la propiedad estuvo tan sólida como en las vísperas de la derrocada. - Las grandes reformas sociales. - Las reformas políticas. - Régimen patriarcal. - Perfeccionamiento de las razas. - Destrucción de las enfermedades hereditarias. - Unificación de las razas.

—Además de estos libros de lectura — prosiguió Feijóo — tenemos otros que sirven para la educación de la juventud, y en los que se relatan los medios de que se han valido los marcianos para realizar los grandes progresos que trajeron el bienestar actual. En el correr de la lectura, se descubre la preocupación de aquellos escritores, de atacar la impaciencia de los hombres. Sin gran esfuerzo hacen comprender al lector que los mayores enemigos de las reformas sociales fueron los impacientes. “En unos —dicen— la impaciencia era” sincera: espíritus exaltados que querían ver” las reformas realizadas en poco tiempo; pero” en otros, este apresuramiento era calculado” e iba unido a una intransigencia feroz, con” la intención de hacer fracasar la buena causa.” La precipitación es el medio cierto de impedir la realización de cualquier empresa, y con mayor razón la de las reformas sociales, que iban a transformar el edificio social desde

sus cimientos. No se puede sofismar; la impaciencia, tanto individual como colectiva en la gestación de las ideas para reformar la sociedad, ocasionó la muerte de la mayor parte de las empresas humanas.

Otros enemigos fueron los que querían llegar a realizar las reformas por distintos caminos y se combatían encarnizadamente. "Unos querían que el Estado fuese el encargado de la distribución de la riqueza; otros, opuestos a todo gobierno, pretendían que el pueblo fuese el distribuidor; y unos terceros de diversa opinión, regimentaban a los trabajadores que, cual si fuese un ejército, deberían obedecer a sus generales. Y todos suprimían a la acción de la libertad que debería reinar en todos los emprendimientos humanos, cuanto más si éstos se relacionaban con el organismo social y económico. Los reformadores también olvidaban que todos estos sistemas de arreglar la sociedad pecaban por defectuosos, por obligar a la fuerza a vivir afiliados a los trabajadores, aniquilando con esto uno de los más sagrados derechos del hombre: *la libertad de acción.*"

No hay emancipación posible sin antes pasar por un periodo de preparación y sin contar, además, con los medios de emanciparse. Para que un individuo pueda adquirir su independencia, precisa llegar a la edad de hombre en que puede trabajar y con el trabajo la adquiere. Pero sucede que antes de llegar a

esa edad, pasa por cierto número de etapas: primero, niño de mantillas entregado a los cariñosos cuidados de la madre; luego anda, va creciendo y con el desenvolvimiento físico va desarrollando la inteligencia; luego adquiere el conocimiento de sí mismo y más tarde el del mundo exterior; pero todo esto bajo la tutela de sus padres; por fin llega a ser hombre y se emancipa. Lo mismo que en el individuo acontece en el vasto campo de las ideas: surge la idea, bella concepción dicen los conocedores, pero es preciso estudiarla de manera que se realice en el menor espacio de tiempo y con el menor empleo de fuerzas posible. Y vienen los estudios; ver los lados de la cuestión, discutirlos, examinar sus probabilidades, sin exaltaciones, desapasionadamente, y ejecutarlas cuando la ocasión sea oportuna; pero sin apresuramientos ni impaciencias.

Todo cuanto tiene un fin benéfico llega a realizarse por la misma fuerza evolutiva que en sí contiene, la cual desenvuelve y arrastra consigo la idea. ¿No se cristaliza el mineral? Pues es esa misma fuerza evolutiva, esa energía latente que en él existe, la que lo hace cristalizar después de un período más o menos largo. La humanidad misma progresaría aun cuando los hombres no quisieran, y éstos se verían envueltos y arrastrados en ese progreso que perfecciona los mundos, porque no debe olvidarse que todo en el Universo tiende a la perfección, y que este perfeccionamiento se

opera no sólo en la materia como en el intelecto.

Tampoco debemos olvidar — y es preciso que esto sea dicho antes de pasar adelante — que la riqueza de un país no estriba en tener muchos objetos, por ricos y bellos que sean, y sí en la abundancia de los alimentos que nos mantienen la vida. Poco nos adelantaría la posesión de gran número de vestidos, lujosos muebles y bellos objetos de arte si llegasen a faltarnos los alimentos; todos esos objetos no nos calmarían la necesidad material de matar el hambre. Aun preciso decir para esclarecimiento de esta cuestión que antes de las artes y de las manufacturas, están en primer lugar los productos agrícolas. Las mismas Bellas Artes, que unidas a las Bellas Letras constituyen el alimento moral de los intelectuales y de la humanidad en general, entran en la categoría de lo útil, pueden sí ser necesarias; pero no entran en la categoría de ser indispensables como lo son los productos del suelo.

Entremos ahora a estudiar lo que hicieron los marcianos para llegar al estado de perfecto equilibrio en que actualmente se encuentran, y los medios de que se valieron para realizar las reformas.

Para mayor entendimiento y antes de entrar en materia convendrá servinos de un símil: cuando la fruta madura pende del árbol, con sólo tocarla cae al suelo. Con las ins-

tituciones que hicieron su tiempo pasó otro tanto: las monarquías caducas cayeron al choque del menor movimiento popular, sin casi efusión de sangre. Lo que perjudicó y mató más de una vez una revolución, fueron las pasiones personales; los hombres retroceden al estado de fieras y no ven más allá de sus pasiones. Muchas reformas habrían podido realizarse con gran antecendencia si no mediasen los desaciertos pasionales que las hicieron abortar.

Los impacientes, generalmente naturalezas impulsivas, quieren ver las reformas realizadas en poco tiempo; a esos podríamos preguntarles: ¿Qué representan dos o tres generaciones en la vida del mundo? Para los que viven—responderán—lo representan todo, puesto que quedan privados de los bienes alampados, si las mejoras no se realizan en cuanto vivos. A esas ideas egoístas responden la sana razón y las ideas generosas, exhortándonos a trabajar para el mejoramiento del mundo futuro, a fin de que nuestros hijos y nietos sean más felices de lo que nosotros fuimos. Por dedicación a ellos debíamos emprender las reformas sociales, pero de manera que no se perdiese la buena causa por querer las cosas antes de tiempo.

La humanidad en todas las empresas que intente hacer, deberá tener presente el modo de operar de la Naturaleza; ésta, en la totalidad de sus obras, ya en la formación de las

plantas, ya en la de los animales, repite su proceso que es constante. El gérmen de los seres sabemos que es una insignificancia, se desenvuelve en el huevo y después de la gestación salen los animalitos, se fortalecen, adquieren los medios de locomoción y pasadas unas cuantas fases, llegan a su estado perfecto. Las plantas operan su evolución de idéntica manera; salen de una simiente, germinan, crecen, echan los pimpollos y terminan por florecer y dar frutos. Esto no se opera de repente; cada aspecto de la vida, tanto en el animal como en la planta, dura cierto tiempo. Desde el punto de vista moral, las criaturas (en el reino animal), desde que sus músculos de locomoción están aptos para funcionar, manifiestan por medio del juego y la alegría el contento de vivir; lo que cualquiera pudo haber observado, tanto en los niños como en los gatos, cachorros, etc., es de esta manera como agradecen a la Naturaleza el beneficio de haberlos echado al mundo. Del mismo modo que los animales juegan en la infancia, las plantas también tienen idéntico período: al salir los botones se enroscan, pareciéndose algunos a un báculo de obispo, otros dan una simple vuelta para luego enderezarse, adquirir rigidez y endurecerse, viendo el observador en estos aspectos el contento de vivir: es el período de la infancia de la planta, jugando a su modo como los animales cuando tiernos. De modo idéntico ha procedido la huma-

nidad con las reformas sociales; tuvo su período infantil: impaciencias, murmuraciones, pasquines, versos satíricos, huelgas, motines, etcétera, fueron los principios, los juegos infantiles de las reformas sociales, que fatal y definitivamente habían de operarse un día, cuando las ideas alcanzasen su completa madurez.

Mucho tiempo antes de ser vislumbradas las ideas, el alma del pueblo, en su nativa lucidez, tuvo el presentimiento. Al principio fueron consideradas utopías irrealizables, esperanzas quiméricas de los que sufrían; pero luego tomaron cuerpo y poco a poco fueron entrando en la mente de las multitudes, que teóricamente hallaban fácil su realización. En la práctica la cuestión presentaba serias dificultades; las reformas, por insignificantes que fuesen, tenían que luchar con los viejos preconceptos del pasado, cuya fuerza es inmensa, y ¡qué grande no sería la lucha que los reformadores tendrían que sustentar para subvertir los intereses de los propietarios; la clase más preparada y que podía oponerles verdadera resistencia! Pero la fuerza impulsora de los acontecimientos que habían fatalmente de suceder era más poderosa que cuantas oposiciones pudieran hacerle.

Para que las reformas que iban a realizarse no dejasen tras de sí los clamores y maldiciones de los perjudicados, precisaban hacerse gradualmente, de acuerdo con los preceptos

de una equitativa justicia. Porque no debía olvidarse que la clase perjudicada formaba parte de la humanidad y no se la podía expropiar enteramente, privándola de la noche a la mañana, de los medios de subsistencia. Las reformas precisaban ser acometidas, contemplando los intereses de toda la sociedad, y como la clase propietaria formaba parte de ella, los reformadores obrarían contra toda justicia si los despojasen completamente de sus bienes. Ahora bien, dejándoles una parte para vivir ellos, sus hijos y nietos, procederían de acuerdo con la razón y la moral, y prepararían a los hijos de los últimos poseedores para ganarse la vida porque sabían que nada les quedaba a heredar. Las reformas hechas en estas condiciones, sin violencias, conducirían al término de la emancipación, y tanto las propiedades como los individuos, no sufrirían perjuicios sensibles.

Aquí se trabajó siempre con el laudable fin de mejorar el futuro, y todos los adelantos conseguidos sobre el planeta, fueron el resultado de un trabajo anterior. Los marcianos en todas sus empresas hacen como el jardinero que planta un árbol; él sabe que no alcanzará a comer los frutos, pero sí, lo hace para que lo coman sus hijos y nietos. El que piense de distinto modo, es un egoísta, falto de sentimientos generosos, sin caridad ni amor a sus semejantes.

Un fenómeno curioso se produjo en aque-

llos difíciles tiempos; nunca los gobiernos estuvieron tan sólidamente establecidos como en las vísperas de la derrocada propiedad, y jamás ésta se asentó en tan sólidas bases. Los gobiernos disponían de una legión de empleados que tenían interés en defenderlos; además disponían de un numeroso ejército armado poderosamente y bien disciplinado. Los propietarios a su vez disfrutaban de las mayores garantías que le aseguraban su posesión: leyes, justicia, fuerza armada, todo estaba a su favor a tal extremo que aunque el propietario cometiese un asesinato, esta circunstancia criminal no lo desposeía de sus bienes. Las propiedades rural, urbana y capitalista, habían sido declaradas sagradas por las leyes; por lo tanto eran inalienables.

Había perjudicado mucho el advenimiento de las reformas, la apatía mostrada por algunas agremiaciones obreras contrarias por principio a toda alianza con el poder político; no comprendían que el primer paso para conseguir sus ideales era apoderarse del Poder. Se precisaba, pues, mandar a las Asambleas el número de diputados necesario para obtener la mayoría, que después de esto conseguido, las reformas económicas vendrían por sí mismas. Y así sucedió, que cuando las Asambleas de las naciones que formaban el antiguo continente fueron partidarias de las reformas, éstas se impusieron. El pueblo estaba convencido y el alma de las masas tan saturada de este

convencimiento, que bastó dar un puntapié en la puerta de las instituciones, para que ésta se abriera de par en par, tomando el pueblo posesión del edificio social sin encontrar resistencia alguna.

La revolución fué casi pacífica; algunas naciones intentaron antes emanciparse, pero las vecinas intervinieron, sofocando el movimiento. Esta vez las clases obreras se dieron la palabra de orden, y al siguiente día, en que la nación más fuerte inició el movimiento, las otras lo secundaron; las clases armadas, a su vez, cruzáronse de brazos y la revolución quedó triunfante.

Ya se ha visto, por lo expuesto anteriormente, que el malestar provenía de la escasez de alimentos, y como éstos derivaban del suelo, hacíase necesario emanciparlo del dominio privado, a fin de que los hombres pudiesen trabajarlo libremente. Esta era la cuestión básica que, resuelta, haría desaparecer los otros problemas económicos, por cuanto el trabajo de las fábricas y talleres pasaría al segundo plano, estando el de la alimentación resuelto.

En consecuencia proclamaron la emancipación del suelo. "Este —decían— fué dado "por la Naturaleza al hombre para cultivarlo y "sacar de él su sustento. De allí en adelante "nadie podría apropiarse de mayor cantidad "de suelo del que pudiese trabajar con sus manos." Decretaron a este propósito un cierto

número de leyes:

La primera se ocupó de la propiedad territorial, empezando por "suspender las transacciones; no pudiendo los propietarios vender, "permutar, ceder ni alquilar tierras en cuanto "no estuviesen en vigor las nuevas leyes".

Después "las tierras incultas fueron decretadas propiedad del Estado, al mismo tiempo "que los parques, bosques y tierras para diversión de los ricos pasaron también al dominio público".

Hicieron luego la ley general de herencias, precedida de un corto preámbulo; decía éste que "así como el hombre transmite a sus hijos "y nietos las enfermedades por él adquiridas, "así también era de justicia que sus hijos y "nietos heredasen los bienes por él acumulados. Además, la esperanza de asegurar el futuro de sus hijos era aliciente poderoso que "alentaba al hombre en el trabajo y constituía "uno de los mayores factores del progreso. En "consecuencia la ley concedía al ciudadano "que hubiera hecho fortuna, el pasarla íntegramente en usufructo a sus hijos y nietos; "pero extintos estos últimos, los bienes pasarían a ser propiedad del Estado".

Inmediatamente hicieron la ley sobre la emancipación del suelo, precedida también de un concienzudo preámbulo, en el cual calculaban "que en los primeros treinta años, más "de la mitad de la propiedad privada pasaría "al dominio del Estado, y que antes de noven-

"ta años, la superficie total de las naciones asociadas, quedaría emancipada". Explicaba que este tiempo parecería demasiado largo a los impacientes; pero los exhortaba a revestirse de calma, pues las grandes cuestiones como aquélla, en la que entraban tantos intereses en juego, no se podían ejecutar apresuradamente, sin tiempo.

La ley determinaba "que la gran propiedad perdiese la tercera parte; después esta misma gran propiedad, con las otras menores, perdían la quinta parte en el momento de promulgarse la ley. Por muerte de los actuales propietarios, los hijos recibirían otra quinta parte menos; por muerte de éstos, sus sucesores (nietos de los primeros), otro tanto menos, y por fallecimiento de estos últimos, las dos quintas partes restantes reverterían al Estado". Una excepción se hacía para "la pequeña propiedad cultivada personalmente por sus propietarios"; ésta "no perdía nada; pero quedaba sujeta a la ley general de herencias".

"Las tierras, a medida que se fuesen emancipando del dominio privado, pertenecerían a los respectivos municipios, que las irían alquilando al pueblo colectiva o individualmente, según los casos."

Siguió a ésta la ley sobre la propiedad urbana, enteramente parecida a la ley sobre la emancipación del suelo.

Otra ley sobre el capital determinaba "que

"de allí en adelante percibiría el interés del
"2 por 100 al año, y también que la tercera
"parte del capital existente en aquel momento
"pasase a las arcas del Estado, para ser em-
"pleado en construir casas para los labradores
"y operarios; estas casas serían distribuídas
"por medio de sorteos".

Reglamentaron el trabajo, el cual, siendo
hecho con el sudor del trabajador, justo era
que obtuviese los resultados de sus fatigas y
esfuerzos.

En consecuencia decretaron "que las em-
"presas mineras, de comunicación terrestre y
"marítima, las fábricas y talleres, mientras los
"operarios no fuesen asociados, perderían la
"tercera parte de los beneficios; de éstos, la
"mitad sería repartida entre los operarios y
"empleados subalternos, y la otra mitad desti-
"nada a construir casas para operarios y em-
"pleados de las mismas".

La ley sobre el comercio fué idéntica a la
anterior: "los empleados deberían ser asocia-
"dos, pero mientras no lo fuesen, le era retira-
"da la tercera parte de los beneficios y repar-
"tida la mitad por partes iguales entre los em-
"pleados, y la otra mitad empleada en auxi-
"liar a los internados municipales y grupales
"respectivos".

Decretaron también "que los portadores de
"títulos de la Deuda interior, perdiesen la ter-
"cera parte". Igualmente decretaron que "de

"allí en adelante, los contratos serían hechos por tiempo limitado".

Completaron la ley sobre herencias, decretando que "de los que muriesen dejando fortuna, pero sin herederos directos, el Estado heredaría la mitad; pero si el fallecido en estas condiciones dejase sus bienes al ejército, Hermanas Humanitarias, internados, etc., el Estado perdería sus derechos".

Por último hicieron una ley sobre el ejército "suprimiéndole desde luego las altas jerarquías, disminuyendo el sueldo de los jefes y oficiales, con cuyo excedente aumentaron el sueldo de los soldados. Y los destinaron a sanear el suelo, cultivar las tierras incultas, ya propiedad del Estado, construir vías de comunicación, tanto terrestres como fluviales, hermostrar la superficie del planeta y ayudar al labrador con las máquinas agrícolas (en que se iban a transformar las armas de destrucción) y en las faenas de la recolección".

Después de que estas leyes, por ser más urgentes, fueron decretadas y puestas en ejecución, pensaron los gobernantes en modificar el sistema político.

En un manifiesto enviado a todas las naciones del planeta expusieron la necesidad que había "de vivir de allí en adelante en paz, de confederarse las naciones de todo el mundo, para acabar con las fronteras y las nacionalidades". Estas ideas no fueron admitidas en el

primer momento más que por los pueblos menos numerosos; pero las reformas económicas eran tan bellas que si las políticas no agradaban los seducían aquellas que repartían entre las clases desheredadas el poquito de bienestar soñado hasta allí por la humanidad infeliz.

El sistema político hasta aquellos tiempos estaba basado sobre el antiguo régimen; era un rey que gobernaba toda la vida o era un presidente que gobernaba temporariamente; esta vez formóse un Directorio compuesto de una decena de individuos. El Directorio, realizadas las reformas económicas, pensó en las políticas, dividiendo la nación y las otras que se habían adherido en municipios autónomos, como ya se explicó en otra parte. Faltaba una última reforma que si no era tan urgente como las anteriores las completaba: rebajar el poder personal, que siempre se había excedido en el mando, y con la misma decisión con que habían emprendido lo más difícil acometieron esta de disminuir y limitar los poderes públicos.

El poder personal había sido, en los anteriores tiempos, la causa única de los males sufridos por la humanidad y que se hacía necesario exterminar. El prestigio personal, origen de todo poder, que unos adquirían por la fuerza bruta, otros por la fortuna, algunos por la inteligencia y los más por la astucia, era preciso hacerlo desaparecer de la faz del planeta, a fin de acercarnos lo más posible al nivela-

miento material y moral. Ese prestigio, fuerza o poder individual, causa de las desgracias que agobiaron a los marcianos en aquellos bárbaros tiempos, era necesario destruirlo por todos los medios.

El hombre es un animal insaciable, no se contenta nunca y jamás queda satisfecho por más bienes que llegue a poseer. Además, existe cierta especie de individuos que se juzgan superiores a los otros, y esta pretensión en individuos sagaces, más instruídos o más osados y contando con medios de fortuna, dió origen al poder personal. Esta pretendida superioridad indujo a esos hombres a imponerse a los más débiles, y en su altanería, cuando adquirieron el poder, como la ambición no tiene límites en el corazón humano, abusaron siempre.

Con el objeto de no sufrir más los abusos del poder, el Directorio, después de las leyes económicas decretadas, decidió establecer para gobierno el *régimen patriarcal*, con los adelantos y conocimientos de aquel entonces, y que los cargos del poder ejecutivo fuesen desempeñados por los ancianos que hubiesen alcanzado la edad de 60 años.

Legislaron a este respecto y procuraron que los poderes de estos ancianos no tuviesen de duración más que una estación del año, e hicieron el siguiente raciocinio: "La Naturaleza muda cuatro veces al año el aspecto del planeta, ¿por qué los marcianos no han de imi-

“tarla nombrando los poderes públicos por el tiempo limitado de una estación?” Con esta sapientísima medida los hombres no tendrían tiempo de embriagarse con el poder y por consecuencia exorbitarse.

Con la intención preconcebida de abatir el poder político, que ahora iba a ser desempeñado por los ancianos, y para evitar disidencias en el pueblo a propósito de elecciones, el Directorio decretó fuesen electos por sorteo. Para este fin organizaron en los municipios una lista de los que habían cumplido 60 años, excluyendo los de antecedentes dudosos y los que poseyeran fortuna; metiéndose sus nombres en una urna y los cuatro primeros nombres extraídos, irían por turno a desempeñar el cargo de *Anciano*. El que terminase su tiempo pasaba a ser juez durante la estación siguiente, siendo así desempeñados los poderes ejecutivo y judicial con la máxima sencillez. Los marcianos obtuvieron el conocimiento de que para ser la humanidad gobernada sin sorpresas precisaba volver al estado de las primeras sociedades, con los conocimientos de una adelantada civilización.

Después organizaron el poder legislativo, como ya fué dicho anteriormente, y mientras no se llegaba a conseguir la unidad planetaria, como era intención del Directorio, y no pudiendo ser aquél disuelto por cuanto hacía ya funciones de futuro Congreso de la nación marciana, lo conservaron y fueron aumentán-

dolo con los diputados o embajadores enviados por las otras naciones, a medida que iban adhiriéndose a la buena causa. Su duración fué limitada a cuatro años, renovada una cuarta parte por sorteo, y éste fué el principio del Congreso que hoy rige los destinos de nuestro mundo.

Con las nuevas reformas el pueblo fué más feliz, la alimentación abarató, el trabajo fué remunerado con justicia y las facilidades que la nueva organización social proporcionaban produjeron general bienestar. No existiendo las dificultades con que se tropezaba anteriormente para vivir, las uniones contratadas o libres no tuvieron obstáculo, porque lo que antes las impedía era la dificultad de procurarse el pan. Ahora que todos iban a poseer su casa y los que no la tenían estaban en vísperas de poseerla; que el capital, hasta allí el primer factor de la vida económica, quedaba limitado a una influencia secundaria, no sólo el labrador, sino los trabajadores de las ciudades, a los que anteriormente las condiciones económicas obligaban a quedar solteros, se casaron y durante algunos años disfrutaron de una relativa felicidad.

Pero sucedió que transcurrido un cuarto de siglo de las reformas la población de aquel continente había o estaba en vías de triplicarse, encontrándose de nuevo con el problema del economista que decía consistir la base de la felicidad de un pueblo en el equilibrio de la

población con los productos del suelo.

Pusieron desde aquel momento más atención en la natalidad, perfeccionaron la repartición de la estadística que hasta allí había servido sólo de curiosidad administrativa, dedicáronla cuidados que hasta aquel tiempo no había merecido a los gobernantes y trataron de solucionar aquella dificultad.

Después de calcular el número de habitantes que dentro de cada nación cabía a las provincias y municipios tomaron la radical medida de suspender por un determinado tiempo los matrimonios, y el exceso de la población fué mandado a fundar colonias, marchando parte voluntariamente y parte por sorteo. Felizmente había no lejos de allí otras *Africas* que poblar, y aquellos territorios nuevos salvaron la dificultad.

Algunos siglos mediaron entre estas grandes reformas y la convergencia de las naciones para unirse y formar una sola. Mientras tanto, estas reformas fueron perfeccionándose con el correr de los tiempos, teniendo en mira la destrucción del poder personal y al mismo compás ir destruyendo y renovando las clases. Entre tanto, los pueblos vivían confederados y las buenas ideas pasaban de unos a otros, siendo aceptadas jubilosamente cuando eran justas y beneficiosas a la colectividad. En medio de este trueque de ideas una se impuso a la consideración de los pueblos.

Existía en la humanidad una familia nu-

merosa e infeliz, sin patria ni hogar, viviendo nómada debajo de la tienda y perseguida por todas partes. Desde que los sentimientos humanitarios se cristalizaron y el triunfo de la razón fué un hecho pensaron los hombres que era una tremenda injusticia la que se practicaba con aquella familia humana abandonada a tan cruel suerte. Pensaron, pues, hacerla entrar en el consorcio social, dándole tierras para cultivar y de esta suerte arraigarla al suelo. Así se hizo, y en poco tiempo perdió el carácter nómada y con esto los vicios inherentes a su raza: la ociosidad y el robo. Una vez establecidos quedaron sedentarios y sus costumbres se modificaron, transformándose en ciudadanos ejemplares.

En los tiempos anteriores, cuando el problema económico ni aún era soñado y privaba en todo el sórdido interés, la selección sexual no se hacía de acuerdo con las inclinaciones del hombre y de la mujer. Esa parte, la más importante de las criaturas, que se atraen por el amor y la mutua simpatía para perpetuar la especie, no existía, porque antes del amor privaba la conveniencia. Los intereses lo absorbían todo; la joven que poseyese un campo encontraba más fácilmente marido que otra que nada tuviese, aun cuando ésta le fuera superior en prendas físicas y morales. La vida en aquellos tiempos era tan dura, el porvenir tan incierto, que en paso de tamaña transcendencia hombres y mujeres eran guiados por

el bajo interés. Debido a estas circunstancias sólo una décima parte de los consorcios se hacía por inclinación. Este defecto básico en la formación de la prole, si no la empeoraba por lo menos la conservaba estacionaria.

Después que los medios de existencia se pusieron al alcance de todos y que las reformas económicas disminuyeron la lucha por la existencia los matrimonios se hicieron por inclinación y de acuerdo con la estética. Esta triunfó soberanamente en el corazón de los hombres y mujeres y la raza humana mejoró a ojos vistos, aumentando en lo sucesivo el número de hombres y mujeres bellas. Pero si por el lado de la perfección física las condiciones mejoraban, no acontecía lo mismo por el lado de la robustez y la salud. Con la intención de mejorar la raza y en el anhelo de perfeccionamiento, estudiaron esta cuestión y concluyeron que el hombre llegaba al estado de perfección física a los 25 años y la mujer a los 20. En consecuencia, establecieron la ley de no permitir casamientos antes de esas edades, para no engendrar seres débiles que podrían hacer degenerar la raza, y por ser esas edades las más propias para proliferar y obtener vástagos más fuertes.

Prosiguiendo el estudio del perfeccionamiento de la raza pensaron en expurgarla de algunas enfermedades que la afligían y con ese fin trataron de seleccionar los matrimonios. Los que pretendiesen casarse eran obligados

a someterse al examen de la sangre; hecho esto iban sus nombres a figurar en las listas del municipio para que el público pudiese avisar a las autoridades sanitarias si en los ascendientes había existido la locura, enfermedades hereditarias o algún grado de parentesco. Siendo el examen y las informaciones favorables se les concedía el permiso para unirse; en caso contrario les era negado. Ahora, si persistiesen en la unión a pesar de las informaciones contrarias, la mujer tendría que sujetarse a la esterilización. Esta selección de los cónyuges dió excelentes resultados: los vástagos fueron más sanos, disminuyeron las enfermedades y se favoreció el mejoramiento de la raza.

No quedaron en esto solo las reformas; a pesar de los resultados obtenidos sintieron que se hacía necesario extirpar unas cuantas enfermedades que desde tiempos remotos asolaban a la humanidad y a las que nunca los encargados de la salubridad pública habían dedicado la solícita atención que algunos de aquellos casos merecían.

Unas seis a siete centurias antes de las reformas había habido guerras casi continuas hechas con fines de conquista; en una de éstas no se sabe con certeza si fué la soldadesca que sació su apetito sobre los cadáveres o si fué por el comercio sexual de gentes de un pueblo nuevo, lo cierto es que estos desmanes dieron origen a una terrible enfermedad que se pro-

pagaba por el contacto de los órganos genitales y con gran rapidez se extendió por el mundo todo. Los primeros casos fueron fatales: el cuerpo se cubría de pústulas, las carnes caían en descomposición, siguiéndole la sordera, la ceguera y otras imperfecciones que terminaban por la muerte. Encontraron un remedio que suspendía o paralizaba la enfermedad, pero siempre los resultados eran complicados, entregando a la desgracia no sólo a los individuos, sino también a su prole hasta la tercera generación. Aun en este caso originaba un gran número de enfermedades del sistema nervioso, tales como la locura, la epilepsia, la parálisis general y otras enfermedades congénitas y adquiridas. La mayoría de las monstruosidades observadas por los médicos eran originadas por aquella terrible enfermedad. Ni las medidas tomadas sobre los casamientos ni la institución sabiamente reglamentada de las Hermanas Humanitarias pudieron exterminar el mal; hizose necesario tomar medidas radicales que vigorasen en todo el planeta. Fué el Congreso quien se ocupó de destruir el mal por la raíz, decretando "que todos cuantos sufriesen o hubiesen tenido aquella enfermedad y los hijos de éstos sólo pudiesen casarse con mujeres esterilizadas, y las hijas que por ventura hubiese fuesen también esterilizadas, para que la enfermedad no pudiese propagarse". Esta medida, ejecutada con todo rigor, fué tan saludable, que un siglo más tarde

sólo se conservaba un vago recuerdo de aquella enfermedad. En vista de tan excelentes resultados pensaron en destruir otra dolencia de aspecto menos repugnante, pero de consecuencias más tremendas, pues arrebatava la vida a una gran parte de la juventud al salir de la adolescencia.

Era la tal dolencia en unos hereditaria, en otros adquirida y en los más por debilidad del organismo, y puede decirse que una quinta parte de la juventud fallecía a consecuencia de esta tremenda enfermedad. Aplicaron el mismo proceso anterior a los que la padecían y a los hijos de todos aquellos que habían muerto de ella; como con la enfermedad anterior, se obtuvieron excelentes resultados. No se consiguió extirparla completamente como a la primera, mas disminuyó extraordinariamente, quedando esporádica y siendo los casos bastante raros. Con otras enfermedades hereditarias, como por ejemplo el cáncer, procedieron de idéntica manera a como se ha dicho, y de las enfermedades incurables y transmisibles, como la lepra, determinaron que todos los casos fuesen eliminados; con esta medida disminuyó la mortalidad y aumentó la salubridad en general.

Después de estas medidas atinentes a disminuir las enfermedades hereditarias continuaron siempre mejorando más la raza por medio de la selección matrimonial, llegando a obtenerse con este proceso una prole más fuer-

te, más apta y más inteligente. Esto se hizo en todo el planeta, con todos los pueblos y con todas las razas. Y a pesar de haber obtenido el que todas ellas estuviesen seleccionadas y bellas, no se contentaron. Hay en el alma humana una ansia de perfeccionamiento para ese algo desconocido sin que el hombre raciocine ni conozca los medios ni el fin; y eso obedece a que todo en el Universo se encuentra en estado de actividad constante y la causa de esa actividad es la vida, que todo lo anima y va del átomo a la estrella; además, la vida en sí tiene una tendencia a mejorar las cosas, fenómeno este cuya causa nos es desconocida, pero que realmente existe. Y esa tendencia a mejorar las cosas es la que nos hace nacer ambiciosos, cualidad esta que se manifiesta desde temprana edad en el niño, en el deseo de crecer; en el adulto en el de ser fuerte; en la edad viril en el ansia de saber; en la edad madura en el deseo de sobresalir y dominar; y en el viejo en la ambición de guardar. Y estas variadas aspiraciones mudables en el tiempo y en el espacio perduran hasta la muerte y son el germen de la insaciabilidad humana, insaciabilidad esta que nos aguza el entendimiento para mejorar nuestra situación en el mundo y que constituye el mayor factor del progreso.

Siguiendo, pues, la humanidad marciana en esa aspiración fatal y constante, después de alcanzar un perfeccionamiento nunca hasta allí imaginado, aquella humanidad no estaba

satisfecha, pensaron que aún faltaba una gran reforma a introducir en el planeta, cual era la de unificar las razas fundiéndolas en una sola para que la desigualdad desapareciera al menos en el aspecto exterior de las gentes.

Ya se había conseguido mucho en tiempos anteriores mejorando las razas separadamente, de modo que la raza blanca con la amarilla fué fácil el mestizaje. No aconteció lo mismo con la raza negra, que si bien se había tenido anteriormente cuidado de seleccionar, ofrecía dificultades por el color. De esta tan ardua tarea se encomendó de llevar a feliz término al ejército agrícola y a las Hermanas Humanitarias. Introdújose entre aquellas razas al ejército y a las Hermanas como principal elemento durante una generación, juntándose a éstos los voluntarios y voluntarias que se ofreciesen a ir con el mismo laudable fin, y pasado ese tiempo se dejaban abandonadas a sí mismas durante dos generaciones. En este espacio de tiempo las razas inferiores se iban perfeccionando entre sí, hasta quedar confundida la primera inoculación. Luego volvíase a enviar los soldados y las Hermanas para renovar la sangre de aquellas razas, y por dos generaciones se las dejaba aisladas. Y continuando periódicamente estas medidas la piel se fué aclarando hasta llegar por último a quedar del color de los otros habitantes. Este trabajo fué largo, cerca de mil años tardó en realizarse, pero la unificación fué un hecho real, y hoy la

raza que en algunas comarcas quedó sin mezcla no le es superior a esta conseguida artificialmente.

Estas fueron, dichas *grosso modo*, las reformas operadas en la nación marciana, o sea en el planeta, siempre perfeccionándose en el correr de los siglos para conseguir el ideal de perfección moral y material ambicionado por la humanidad.

Para terminar diré que actualmente el planeta presenta un aspecto uniforme de líneas y de color. En el Ecuador la raza es más fina de líneas y las encarnaciones bistre, especialmente en los hombres, y a medida que se sube o baja del Ecuador el color es menos moreno, atenuándose a medida que los habitantes se acercan a los trópicos; luego que se alejan de éstos aparecen los habitantes con la piel más clara, y cuando llegan a las zonas templadas empieza a sonrosarse la piel, aclarándose y sonrosándose más a medida que se sube en la dirección de los polos.

Quedé impresionado con la versión que Feijóo me había hecho de las reformas y durante algún tiempo seguí reflexionando sobre ellas y la aplicación que podría hacerse en la Tierra. Pensaba que emancipar el suelo del dominio privado era lo que más urgía hacer en el caso. A este propósito, para no usar de violencias, se me ocurría emplear un sistema mixto: parte por expropiación y parte por indemnización y dando largo espacio de tiempo,

que éste es el más activo auxiliar de todas las empresas. Porque imaginaba que cuando el Estado fuese dueño del suelo podría dirigir la alimentación pública, cuestión básica del orden social. El problema operario, entonces, se arreglaría por sí mismo o por la acción de esa fuerza desconocida que tiende a nivelar todo lo existente. ¿No estamos viendo cómo nuestra tierra tiende actualmente a la igualdad política: la China, el país más reaccionario; Rusia, el más autócrata? Una prueba de que el mundo se nivela la tuvimos en la Edad Media: el feudalismo dominó desde el Himalaya, en el centro de Asia, hasta el extremo occidental de Europa, y aún hoy aquel sistema domina en aquellos atrasados pueblos. Después de éste vino el régimen constitucional, que hasta Turquía ha aceptado. Y hoy el sistema republicano se adelanta rápidamente para extenderse por el mundo entero.

Si el nivelamiento político se va operando de modo ininterrumpido el de las costumbres también se hace paralelamente. ¿No hemos observado que todos los países civilizados caminan para la igualdad, sin que para ello influyan fuerzas extrañas? Es el instinto de imitación, del que los individuos están dotados, el que concurre a este nivelamiento. Veamos sin pasión lo que se observa en los países civilizados: aparentan tener todos el mismo aspecto. Los vestidos típicos y pintorescos de los campesinos van desapareciendo, y hoy día una

muchacha de Capri y una de Santander o Galicia visten de idéntica manera. En las ciudades cultas pasa otro tanto: el capitalista o el titular no se diferencian, como tampoco se diferencian éstos de un artista o un trabajador acomodado.

La nivelación o la igualdad aparente nos viene encima a grandes pasos; es el alborrecer de la futura orden social y política que encaminará las cosas a una relativa igualdad moral y económica.

Además, los principales agentes de este nivelamiento son los ferrocarriles y el telégrafo, que pondrán a los pueblos en comunicación unos con otros, derribarán las fronteras y ayudarán al congraciamiento y a la fraternización de la humanidad. Ahora, esa igualdad absoluta, como algunos utopistas insensatos pretenden (aun suponiendo que todos recibieran la misma educación e instrucción) no vendrá nunca, porque la Naturaleza se encarga de hacer a los hombres desiguales. Desiguales en el crecimiento, desiguales en la fisonomía, desiguales en el temperamento, y, sobre todo, desiguales en la inteligencia.

CAPITULO IX

LAS COSTUMBRES

Sobriedad de los marcianos. - Contratos matrimoniales por siete años. - Igualdad de la mujer y los hombres. - Particularidades que se observan en los nacimientos. - Importancia capital de la Estadística. - Principal objeto de la educación. - Arte del bien vivir. - División del tiempo.

Llevaba ya algunas semanas de residencia entre los marcianos y por más que observase sus costumbres mis indagaciones no pasaban de lo que veía en la calle. Por la mañana todas las gentes tenían el aspecto de trabajadores, después de las catorce este aspecto mudaba como si fuera una escena de teatro, todos me parecían señores. Una mañana que hallé a Feijóo locuaz, después de habernos desayunado, pedíle me describiese las costumbres de los marcianos.

—Nuestra sociedad—empezó—vive en una perfecta armonía, tanto mirada por su lado económico como por el social. Las clases existen, sí, pero poco distanciadas, debido a que las leyes y usos se ocupan de acortarlas. Si hay diferencias son las producidas por el talento y esfuerzo intelectual; en este punto los marcianos rinden homenaje a los que sobresalen en cualquier ramo de los conocimientos humanos; el sabio es la única aristocracia que ellos conocen. Las leyes son rutinarias, conocidas del pueblo, de manera que éste puede

y sabe defender su derecho; también considera a los marcianos iguales, y esta misma igualdad no sólo está contenida en las relaciones sociales, sino en el organismo político. En el convivio social, como todos han recibido igual educación e instrucción, se conducen llanamente, con una cordial familiaridad. Y como al salir de los grandes internados se hace entre los muchachos y muchachas una selección, jamás se da el caso de malograrse una inteligencia; las leyes proveen para que puedan hacer estudios superiores.

La vida en nuestro mundo obedece a los preceptos de estética, esto es, a huír del dolor, procurando lo bueno, lo útil y lo agradable. Después de obtenidas estas satisfacciones vienen las necesidades materiales, que son del dominio de la administración pública, que cuida de que los alimentos estén al alcance de todas las fortunas.

Las inteligencias escogidas abundan tanto entre los hombres como entre las mujeres; éstas en algunas especialidades le son superiores. En las cuestiones atinentes al sentimiento y a la observación prolija, tales como Medicina, las ramas que dependen de los sentimientos morales, como son la enseñanza, y otras en que hay empleo de las facultades afectivas, ellas llevan ventaja a los hombres. En las enfermedades de la infancia, de la adolescencia y de la mujer, los médicos son mujeres que, naturalmente, hicieron sus estudios y están en

posesión de título para practicarla.

Los marcianos son sobrios por educación y por hábito, de manera a satisfacer sus necesidades con poca cosa, consiguiendo así tener más independencia, que es la manera de ser rico sin poseer riquezas. No consideran la vida bajo el punto de vista del comer y beber, porque eso les compararía a los irracionales, y procuran obtener la salud practicando una higiene activa y dietética que les desarrolla las energías. La alimentación del espíritu les preocupa tanto como la alimentación del cuerpo, pues consideran la función intelectual como la más elevada y más importante de todas. Las divagaciones del espíritu son las que más satisfacciones les proporcionan, porque los hace distinguirse en las relaciones sociales, sobre todo en la conversación, ese manjar divino propio de almas elevadas que disertando con amenidad y clareza ven abrírseles las puertas y los corazones. Después de estos goces intelectuales síguenle los morales, que les proporcionan esa íntima satisfacción inexplicable resultante de sus buenas acciones, de su corrección y comportamiento honesto con la sociedad. Por último, júntanse a éstos los goces materiales que nos suministra el alimento, con el cual renovamos la vida y que, unido a los goces que de ahí dimanar, redondean y hacen agradable la existencia.

Voy ahora a explicarle sumariamente los usos y las costumbres de estos pueblos, tan di-

ferentes de los que hay en la Tierra y que ustedes harían bien en imitar.

—Las leyes preparan para el casamiento, tanto a los hombres como a las mujeres, mediante un examen médico, escribiendo en su cédula personal después del examen *apto* o *no apto para el matrimonio*. Los clasificados *no aptos* pueden vivir con mujer, pero están privados de tener hijos.

El matrimonio no es considerado aquí como una asociación comercial en la cual los socios cuentan con lo que tienen y lo que esperan; es, por el contrario, el más desinteresado de los actos del hombre y de la mujer. Al escoger mujer, como al elegir hombre, los seres son guiados únicamente por el amor, el único sentimiento que los guía es la afección a la persona amada. Y no se crea que la fortuna está excluida entre los marcianos, nuestra sociedad está organizada para que el hombre de iniciativas y emprendedor tenga campo para desenvolver sus actividades; pero en la cuestión matrimonial, tanto a unos como a otros los guía su inclinación.

El casamiento es aquí una cuestión esencialmente personal, en cuyo enredo, pasado el examen médico, sólo las familias intervienen. Los contratos son hechos por el plazo de siete años. Consisten en una promesa a manera de pagaré que queda depositada en manos de los padres de la novia. Estos contratos pueden ser renovados por otros tantos años una se-

gunda vez y después por otros tantos, pero este último caso es una excepción. Mientras vigorizan estos contratos tanto el hombre como la mujer se deben una mutua fidelidad, entrando uno y otro en el mismo pie de igualdad, y no se da el caso de faltar una mujer a su marido ni éste a su mujer. Por otra parte, consideran que estos siete años están destinados a la creación de la familia y son escrupulosos en este particular, para que más tarde no sobrevengan dudas acerca de la procedencia de los hijos.

Las mujeres antes de casarse se preparan haciendo estudios especiales para desempeñar los deberes de la maternidad; no pasa aquí lo que en la Tierra, donde las jóvenes aprenden muy bellas cosas que sirven de ornamento, pero que no tienen relación alguna con las futuras obligaciones maternas.

Pasados los siete años del contrato, si no lo renuevan, continúan viviendo como amigos, que este es el lazo más santo y durable, preocupándose solamente el adelanto de los hijos, a pesar de que el Estado da a éstos la educación y la instrucción. Luego de cumplida su misión, esto es, la creación de la familia, empieza una vida de mutuas concesiones, en la que si se comete algún desliz no trae consecuencias.

No se puede decir que este sea el país exclusivo de las mujeres, como tampoco de los hombres, porque ambos viven en idénticas con-

diciones: ellas son el cabeza de familia un día, el siguiente pertenece a los hombres, y así en adelante. El perfecto conocimiento de ambos y la convivencia que tienen muchachos y muchachas desde los internados los habilita a conocer el sexo opuesto, de modo que cuando llega la edad del matrimonio tanto mujeres como hombres tienen suficiente experiencia en el asunto para saber escoger lo que más les convenga. Aquí el casamiento no es el resultado de un azar, pues que la mujer el día a ella destinado puede decir al hombre con el que pretenda unirse: *Me agrada usted*, lo que la dispensa de circunloquios y la lleva directamente a su objetivo. Tampoco le queda supeditada como antiguamente; ella puede vivir sin necesitar de su ayuda, y el hombre, por su parte, trata de comportarse bien con su mujer, porque si fuese un hombre malo acabaría por vivir solo en el mundo.

Aquí gozamos de un clima templado y debido a esto nuestras costumbres son más puras inocentes que en las regiones cálidas, donde por efecto del clima los temperamentos son más ardientes. En consecuencia, sus costumbres son más tolerantes en las relaciones sexuales, siendo aceptadas entre ellos con la misma despreocupación con que comerían un plato sabroso o una fruta delicada. Esto, que en los países a que me refiero no hacen gala, pero tampoco encubren, en la Tierra se practica ocultamente y sería tachado por los te-

restres como inmoral, mientras que dada nuestra educación es considerado hasta de acuerdo con la estética, Porque a qué negarlo, dicen ellos, el hombre no parece haber sido puesto en el mundo para contentarse con una sola mujer por ser por naturaleza polígamo, ; esa tendencia a variar despierta a la vista de la mujer hermosa abriéndole el apetito de poseerla. También no sabré decir si la mujer antiguamente sentiría los mismos deseos del hombre por el atavismo de haber sido considerada como esclava durante muchos millares de años. Juzgo, entretanto, que en los antiguos tiempos no habrá sentido esa inclinación, pero ahora, por efecto de la educación y del medio, habrá llegado a adquirir los mismos gustos que el hombre, viviendo de perfecto acuerdo sin que ello inquiere a la amistad que sienta por su marido, como tampoco a la de éste por su mujer.

Aquí se tiene encaminado todo al fin único de procurarnos el lado agradable de la existencia, y, dada la unidad de educación, llegaron a desconocer los bajos sentimientos de los celos, esa pasión de los tiempos bárbaros indicio de animalidad; las pasiones, si no lo están, pueden ser satisfechas, al punto de ser desconocidos entre nosotros los crímenes pasionales. Nadie se quita la vida por causa de una mujer, como tampoco ninguna de éstas se la quita por causa de un hombre, y esto consiste en que ni nuestra moral ni las costumbres

prohiben el cumplimiento del acto sexual. Los hombres y las mujeres, llegados a la edad viril, no guardan la castidad, pues si alguno la guardase o sería un ser enfermizo o un inmoral, porque procedería contra los preceptos de la Naturaleza, que impele a los seres a amarse los unos a los otros.

En los tiempos en que la hipocresía y la mentira gobernaban el mundo la castidad era considerada la virtud más preciada. Dábase a la continencia un gran valor. Para ayudarla estableciéronse conventos de hombres y mujeres, hermandades en las que los asociados hacían voto de castidad, los sacerdotes ídem, y la mayoría de las gentes, para evitar las cargas de la familia, vivían solteras. Todo esto eran medios indirectos de que la sociedad se servía para no aumentar la población y ocultaba el peligro, siempre creciente, de su aumento, porque si ésta aumentase despropositadamente la sociedad, ya numerosa, tendría que retroceder al estado primitivo de devorarse unos a otros, por la falta de alimentos. Hoy, felizmente, ese peligro lo hemos previsto limitando el número de habitantes a la cantidad de alimento que las regiones producen, sirviéndonos en los casos agudos de la esterilización de la mujer. Este punto esencialísimo de nuestra organización contribuye eficazmente a la felicidad de los marcianos.

Esta disgresión que parecerá innecesaria era precisa para mostrar la relación del es-

tado actual con el de aquellos lejanos tiempos, y cuya repetición viene a ser lo que ahora existe en la Tierra.

Continuando el tema que nos ocupa: entendemos aquí que tanto los hombres como las mujeres han sido puestos en el mundo no para privarse y sí para deleitarse estrechados por la simpatía y el amor en un amplio abrazo. Este es el lado más bello que nos ofrece la vida, es el más noble, por ser el acto de la reproducción de la especie, en el que además de perpetuarnos transmitimos nuestro ser psíquico a nuestros descendientes. Además, los marcianos gozan en la contemplación de todo cuanto hay de bello en el mundo, su alimento espiritual, y este placer aumenta con la contemplación de la más perfecta obra de la Naturaleza, como es la mujer hermosa, que a los mejor dotados y a los más osados es permitido poseer.

Si por un lado las leyes y las costumbres son tan liberales respecto al comercio de los dos sexos, no acontece lo mismo cuando se las contraría. La mujer, cuando ha cumplido los 20 años de edad, está autorizada a casarse o a amigarse, pero si por ventura se presentase encinta antes de esa edad, después de amamantar la criatura va castigada a servir en los asilos, hospitales, conventos o internados por el tiempo que el juez determinase, y el muchacho, sea mayor o menor de edad, a servir en los cuarteles por el mismo tiempo. Por otra

parte, si una joven ya casadera presentase un hijo cuya paternidad no pudiera declarar, después de amamantarlo iría castigada a servir a las Hermanas Humanitarias por determinado tiempo. Las leyes son explícitas tocante a este particular: de ningún niño dejar de tener padre. En un caso de estos la criatura es paternizada por el municipio. Estos rigores sirven para moralizar, así como los castigos previenen las pasiones precoces.

Cuando el matrimonio no congenia, lo que es extremadamente raro, el divorcio se hace con la mayor facilidad antes de terminar el primer año, pero transcurrido éste tiene que completar los siete años del contrato. En caso de preñez el hombre tiene que contribuir a la manutención de la criatura hasta entrar ésta bajo la protección del Estado, aun cuando la mujer pueda vivir con independencia, pues su trabajo es remunerado con igual equidad que el del hombre.

Aquí la buena educación, tiene contribuido a armonizar nuestras costumbres, sin que haya en ellas violencias y atropellos, arreglándose los más delicados asuntos en los términos más cordiales. Puede acontecer que un hombre se apasione por una mujer casada y ésta corresponda a aquella pasión; en este caso el hombre apasionado se entiende con el marido y quedando de acuerdo, pasados ciertos plazos va la mujer para su compañía aportando el contrato que había hecho con el primero. En

general, esto acontece en la primera juventud, porque pasada esa edad, a lo que el hombre puede aspirar es a vivir en paz con su compañera.

Feijóo, percibiendo en mi semblante una sonrisa maliciosa, añadió: En la Tierra, este modo de arreglar las relaciones conyugales no sería admitido ni aun tolerado. La humanidad terrestre tardará muchos siglos en llegar a esta perfección; allí suele dominar el egoísmo prepotente que impele al hombre, por ser más fuerte que la mujer, a dominarla y considerarla como propiedad suya. Aquí por el contrario, no se ven en los matrimonios las infelicidades que allí hay: de una mujer soportar un marido borracho y malo, que la abofetea y maltrata; o bien lo opuesto: un hombre, bueno como el pan, tener que aguantar una *me-gera* que le hace amarga la existencia para el resto de sus días.

El acto de la reproducción—continuó—si está preceptuado de algún modo, es sólo por las leyes moderadoras de la propagación de la especie. Fuera de esto, el matrimonio se presenta en la sociedad a las familias de sus relaciones; es bien recibido y nadie les pregunta si hicieron o no el contrato para casarse. Además, como el casamiento se hace sin que medie prohibición ni coacción, nadie le da importancia, pues bien sabido es que la prohibición de una cosa la hace desear más, incita al abuso y por último a ser vicioso.

Me atreví a decir, para ver lo que Feijóo respondía, que todo cuanto llevaba dicho respecto a los casamientos y a la promiscuidad sobre este particular de los marcianos, mi conciencia se resistía a aceptarlo como bueno y que hasta me parecía inmoral.

—¿Usted juzga que es más moral que un hombre mantenga fuera de su casa a una amante, gaste con ella lo que pertenece a la familia, cometiendo un robo, por privar a su mujer de aquello que le es debido? ¿Halla usted justo que la mujer, por su parte, engañe ocultamente al marido, mientras que éste la juzga una santa? ¿No es más leal esta franqueza de vivir marido y mujer en idénticas condiciones gozando ambos de igual libertad? ¿No será mil veces preferible decir el marido a su mujer: “tengo un capricho por fulana” y la mujer, a su vez, decir a su marido: “me agrada tal hombre?”

—

—Si los casamientos son del dominio privado y las autoridades, después del examen médico legal, no intervienen, no sucede lo mismo con los nacimientos; éstos sufren los requisitos más rigurosos de la ley. Cuando una criatura nace, es llevada en las primeras veinticuatro horas al municipio, donde es examinada por los médicos municipales, y, como generalmente acontece, hallada perfecta, vuelve para casa, procediéndose a su inscripción en los registros municipales cien días después

en que los padres hacen la fiesta de su entrada en el mundo. Si por excepción, el recién nacido viniese al mundo ciego, contrahecho o con algún miembro estropeado, ya no vuelve para casa; del municipio es llevado al cementerio, donde es ahogado en la piscina. Eso tiene su lado moral, aunque parezca lo contrario; no dejar sobre el mundo a seres inútiles que no podrían servirse de sus miembros y que fatalmente serían toda su existencia infelices. Además del lado humanitario, hay el estético, por cuanto esos estropeados y ciegos en medio de la sociedad, afligirían nuestra vista, causándonos opresión y disgusto. Si por este concepto estos seres nos desagradarían, por el lado económico aún sería peor, porque se conservaría a gente inútil que consumiría sin producir y acarrearía perjuicios a la sociedad, por no contribuir por su parte al bien general. Los marcianos están a esto habituados y no ven en estas costumbres nada que pueda chocar ajenas susceptibilidades; la ley dura en verdad, es ejecutada llanamente como el acto más sencillo de la vida corriente. Es una tradición arraigada en nuestros usos y costumbres, y consideramos ese acto como un tributo rendido a la Madre Naturaleza: arrancar del suelo una planta inútil que podría perjudicar a las sanas y útiles

Antes de llegar los marcianos a la adelantada civilización en que actualmente se encuentran, conocíanse en el mundo tres clases de

enfermedades: las morales o mentales, cuyo término era la locura; las sociales o colectivas, que terminaban por las revoluciones o la guerra y las físicas, cuyo término fatal es la muerte. Las morales desaparecieron casi completamente con nuestro estado social armónico: alguna vez aparece un caso, pero es rarísimo. Las enfermedades sociales desaparecieron radicalmente desde que la riqueza fué repartida y el mundo gobernado por la inteligencia y la justicia. Sólo las enfermedades físicas no las podemos evitar y menos curar, pero hemos adelantado mucho en el sentido de disminuir sus sufrimientos; ahora cuando aparece algún caso de enfermedad transmisible e incurable como la lepra, lo que sucede muy raramente, los pacientes son sistemáticamente eliminados. Las enfermedades hereditarias han sido casi del todo destruídas, y si alguna esporádica apareciese, fuese incurable y ocasionase sufrimientos agudos al paciente, no lo dejamos morir, como antiguamente, abandonado a su dolor. Si fuese menor de edad, lo aliviarnos por medio de un tóxico o una inyección, y si mayor, tiene la libertad de escoger el medio de librarse de sus sufrimientos con el proceso de la *eutanasia*. Estas son medidas radicales que la educación y la moral nos aconsejan, para que el dolor no se estacione entre nosotros y no seamos constreñidos a soportar su vista. En los tiempos de la hipócrita mentira, si esto se practicase, gritarían que era una falta de caridad y

amor al prójimo. ¡Como si el ver a los desgraciados atacados de atroces dolores por un mal incurable no constituyera por sí solo una falta de altruismo! La moral, amigo mío, varía con el tiempo, el medio y la ocasión; ella no es absoluta y sí, por el contrario, todo cuanto hay de más relativa. Lo que actualmente practicamos de ahogar a los recién nacidos defectuosos, sería considerado en los pasados tiempos una cruel inmoralidad. Y los escritores de aquellas edades, cuando alguno proponía el tomarse esa medida, a fin de mejorar la raza, escribían en su literatura de cajón que sólo el pensarlo los hacía temblar de pavor; y esta frase parecía como si la decalcasen unos de otros. Hoy no solamente lo consideramos moral, sino que vemos en él un acto de acuerdo con la estética, un acto bello. Porque ¿a qué dejar vivir en el mundo a seres ciegos, mancos o estropeados, que llegados a la edad adulta vivirían pordioseando y arrastrarían una vida miserable e infeliz? ¿Cuánto más moral no es privarlos de la vida al ser puestos en el mundo? ¿No es más humano asfixiarlos en la piscina, cuyo sufrimiento podrá durar un minuto, que dejarlos sufrir cincuenta o sesenta años, que podrá durar su existencia? Hubo en la Tierra un pueblo cultor de la belleza física, el pueblo griego, en el cual las criaturas al nacer eran presentadas a los magistrados, y si éstos veían que no eran bien conformadas, las mandaban asfixiar en un pozo; exacta-

mente lo mismo que aquí practicamos.

Después de haberme descrito estas costumbres tan diferentes de las nuestras, pasó a hablar del departamento de la Estadística, de importancia capital, por concentrarse en él la vida económica de la región. Los municipios—me dijo—mandan a la constelación respectiva, en la primera semana de cada mes, una noticia de lo que se consumió durante el mes anterior, la cantidad de cereales almacenados en los graneros públicos y el cálculo aproximado de lo que pueda haber en los graneros particulares; además de las defunciones y nacimientos habidos durante el mes. Las constelaciones mandan estas notas a la capital de la región; allí son todas las listas reunidas en la Dirección de la Estadística y hacen el cálculo que determina al final del año, el número de habitantes que le cabe a cada constelación. En la estadística se resume la vida de la región, pues del aumento de la producción del suelo depende el de la población, corrigiendo el desequilibrio que pueda haber entre los productos de éste y el número de sus habitantes.

Como ya fué explicado anteriormente, nada hay permanente; sólo lo es la casa en que se habita y pasa de hijos a nietos en la sucesión de los tiempos. Con esto se ha conseguido que sea rara la familia que no posea su morada propia; en cuanto a las fortunas, esas no pasan de los nietos: lo que el abuelo

acumuló, extintos aquéllos revierte al Estado. Nuestras leyes y usos cuidan de distribuir la riqueza por el pueblo, hallando lógicamente suficiente el que dos generaciones gocen de aquel trabajo acumulado y para el cual contribuyó indirectamente la colectividad.

La riqueza real que en Marte existe es debida a la abundancia de artículos de primera necesidad, pues considérase que la raíz del bien está en poder satisfacer las necesidades del estómago. Por otro lado, si la alimentación es barata, el vestir no los arruina, porque no usan modas. Todos tienen sus trajes de trabajo y otros para la tarde y los días de fiesta, hechos a su modo, amplios y cómodos, pero que ayudan a resaltar el buen porte de la persona. Las mujeres tienen su coquetería en el vestir; sus trajes son más variados que los de los hombres, mas todas tratan, sea en el corte o en los atavíos, de hacer resaltar las gracias y las formas del cuerpo. Hay, pues, una gran variedad en sus trajes; ellas saben que además de servirles de abrigo, deben ayudar, por la hechura y los adornos, a completar su hermosura; no se puede decir que absolutamente no haya modas, de vez en cuando con intervalo de algunos años, aparece un nuevo corte de vestido, que es aceptado con entusiasmo.

La sobriedad de los marcianos es extrema tocante a las bebidas; tienen horror a la borrachera y menosprecian al que se embriaga.

Si alguno abusa de los placeres del vino, sólo podrá hacerlo en el secreto de su casa; pero, si por extraordinario, se excediese, pasando a vías de hecho con su mujer o sus hijos, el pueblo, que en estos casos agudos es juez, lo castigaría, mandándolo al cuartel a servir por unos días. En los establecimientos de refrescos y bebidas nadie puede embriagarse; los dependientes están en la obligación de no servir cantidad que pueda perturbar los sentidos. El infractor de esta prescripción caería en el descrédito si de su casa saliese alguno embriagado. También es verdad que aquí el sexto sentido (conocer el interior de las personas por sólo el aspecto) está en todos muy desarrollado; los empleados conocen a primera vista al que llega tocado y no lo atienden. Las bebidas alcohólicas están absolutamente prohibidas; el alcohol es sólo usado en las farmacias; la única bebida permitida, fuera de los refrescos, es el vino, pero no abusan, porque sería infringir los preceptos de la Naturaleza, que nos da los frutos para servirnos con moderación.

Pregunté a Feijóo, después de esta conversación, si allí acontecía lo que en la Tierra, de haber individuos bellacos que viven quebrantando las leyes, y a pesar de estos defectos, como son ricos, el público los trata con deferencia y son recibidos en la buena sociedad.

—Eso pasará allá en la Tierra, pero aquí, si existiese esa clase de gente, sería desecha-

da de todas partes, empezando por ser expulsada de la familia; los parientes y amigos le volverían las espaldas y los demás huirían de su trato. Si se mudase para otra región, la policía de allí recibiría aviso de la del lugar de origen. Y si en su nueva residencia continuase procediendo como anteriormente, le obligarían a emigrar y por último sólo se salvaría del universal desprecio por el suicidio; aquí nadie adquiere relaciones con un forastero sin saber de dónde viene, lo que hace y cuáles son sus medios de vida.

Preciso aún explicar: los hombres son susceptibles de perfeccionamiento; por la educación pueden adquirir las cualidades que les falten; pero si nosotros cediésemos una sola vez admitiendo en nuestra sociedad a un explotador de esos, echaríamos por el suelo esta organización que ha costado los esfuerzos de centenares de generaciones. Además, su pésimo ejemplo incitaría a otros a imitarlo, nuestro orden social sería alterado, nuestras costumbres también y el día que eso aconteciese podría decirse que nuestra decadencia había llegado.

Por eso los marcianos tenemos interés en conservar impolutas nuestras costumbres y procuramos mejorarlas, levantando siempre el nivel moral del pueblo.

En Marte la educación tiene por principal objeto conseguir que la colectividad se perfeccione, no sólo física, sino moral e intelectual.

tualmente. Con este fin las ciencias están largamente diseminadas por los municipios, pues de su aplicación a las diversas ramas de la actividad humana depende el progreso y bienestar general. La ciencia concurre con sus luces a la conservación del individuo, y la educación, unida a ella, tiende a perfeccionar más y más a los hombres. Enséñales a desenvolver las fuerzas físicas con una buena gimnástica, las intelectuales con el raciocinio y la adquisición de los humanos conocimientos y las morales con el amor al trabajo, la previsión y combatiendo las malas pasiones. La ciencia de la vida (la Biología) va inseparablemente unida a la preparación de los alimentos; para la adquisición de estos conocimientos, las muchachas aprenden esta parte tan esencial a la conservación de la salud, en la última clase de los grandes internados. Además de estos estudios, aprenden la Economía Doméstica, que les enseña a ser ordenadas y previsoras, a fin de en lo futuro, saber gobernar su casa. Adquieren también elementos de higiene de los niños, educación y crianza en los primeros años, para ser en su tiempo inteligentes madres de familia. Completan estos estudios con nociones de Fisiología y Psicología, que les enseñan a distinguir los impulsos que son propios del desarrollo de los niños, de los que provienen de los malos instintos necesarios de correctivo. El estudio de los fenómenos de la vida, tanto físicos como mentales, son

importantísimos en la primera educación, pues las madres no ignoran, que en toda criatura, exceptuando cuando se encuentra enferma duerme un salvaje.

Los muchachos en los grandes internados, completan su instrucción, con nociones de Moral y máximas para dirigirse en la vida. Enséñales a reflexionar sobre los destinos del hombre, a tener aspiraciones de ejercer algún día un trabajo o una ocupación que les proporcione ser útiles a la sociedad y a sí propios. Enséñales, también, a tener el sentimiento de su dignidad, para mejor desempeñar el papel que les quepa ejercer en el mundo y a respetarse a sí mismos.

El arte del bien vivir, es aquí considerado como una ciencia de las más necesarias, este arte se basa en el conocimiento del *bien* y del *mal* y en la máxima: *haz con los otros lo que quisieras hiciesen contigo*; todo esto sirve para dirigirse con equidad en la vida. Estos conocimientos forman parte de la educación que los preceptores desde los primeros años ponen el mayor cuidado en desenvolver, prefiriendo en sus discípulos la rectitud de criterio, el amor a la verdad y la suavidad de modales, a los otros conocimientos. Estas enseñanzas contribuyen a que el pueblo marciano sea educado, respetuoso, atento con todos y que no haya hipocresía ni falsedad en el trato social. De manera que las relaciones, sean con un servidor, un labrador o un intelectual, tengan un aire de

distinción, que no los diferencie más, que por la edad de unos y la posición social de los otros.

Todos los habitantes, hombres y mujeres, están obligados a trabajar para la colectividad unas cuantas semanas al año, y a tener una ocupación ; aun poseyendo fortuna, tienen que desempeñar un trabajo o un cargo para estar dentro de la ley; esta no admite desocupados: el trabajo en Marte es un fin.

Ahora los marcianos se hallan en el período armónico y feliz en que la humanidad trabaja para obtener aquellas cosas que le aumenten la felicidad. Verdaderamente, hoy es digna de los altos destinos de estos pueblos, en que tanto mujeres como hombres, pueden entenderse en las elevadas divagaciones del espíritu, las ciencias, las artes y las letras: naturalmente después de hacer el trabajo diario productivo.

Aquí hizo Feijóo una pausa para, como tenía por costumbre, darme tiempo para hacer mis reflexiones y comparar lo que me explicaba, con lo que yo llevaba conocido del mundo terrestre.

CAPITULO X

EL EJERCITO AGRICOLA

El ejército es la primera institución del planeta. - Máquinas de guerra transformadas en aperos de labranza. - En el mundo nada se debe dejar a merced del acaso. - Grandiosos trabajos ejecutados para adaptar el mundo al servicio del hombre. - Replanteo de los bosques. - Comunicación fluvial. - Desenvolvimiento de los frutales. - Estética del suelo.

Transcurrido un breve rato, que Feijóo creyó suficiente para mis meditaciones, prosiguió: Voy ahora a explicarle detenidamente todo lo que se refiere a las instituciones más importantes del planeta y de las cuales ya en otra ocasión le hablé, si bien más sucintamente, me refiero al Ejército Agrícola y a las Hermanas Humanitarias.

La benéfica institución del Ejército Agrícola, repartida por todo el planeta, ocúpase exclusivamente de proveer a la alimentación pública, constituyendo el principal soporte de la sociedad marciana; sin ella la vida sería cara y difícil, y nuestra sociedad no gozaría del actual bienestar.

Desde los tiempos bárbaros el ejército quedó con su organización fundamental; empero, sus funciones fueron mudadas, transformándose, de bélicas que eran, en pacíficas y humanitarias. En aquellos calamitosos tiempos las falsas ideas de nacionalidad y patriotismo dominaban por doquiera, obligando a los hombres a armarse unos contra otros y el fin que

esto encubría era el de los gobernantes dominar a los pueblos y sostenerse en el poder.

Aquellos ejércitos no tenían un fin moral práctico y mucho menos humanitario. La juventud era arrancada del seno de sus familias, llevada para los cuarteles en donde perdía el hábito del trabajo, llevando una vida ociosa sin más preocupaciones que adiestrarse en el manejo de las armas. Los más hábiles en manejar aquellos instrumentos de destrucción eran los más admirados y los mejor recompensados, por ser esa cualidad la que en la guerra destruía más eficazmente al enemigo.

—No me detendré—continuó Feijóo—en estos tristes recuerdos para no afligir nuestro espíritu, y pasaré a hablar del actual ejército, digno por todos conceptos de nuestra más calurosa admiración.

El Ejército Agrícola es entre nosotros la primera institución del planeta por ocuparse del mayor emprendimiento que los humanos pueden practicar, cual es el cultivo cariñoso del suelo. Sus trabajos benefician, por de contado, al labrador, removiéndole la superficie del suelo con maquinarias apropiadas, para luego entrar aquél a prepararlo, sembrarlo y cuidar de los cultivos sin las fatigas que antes era obligado a soportar. El suelo en estas condiciones produce abundantemente, permitiendo abaratar los alimentos, poniéndolos al alcance de todos los marcianos, lo que contri-

buye a hacer la vida fácil, y concurre a la felicidad general.

Cuando las grandes reformas sociales y políticas empezaron a funcionar, el ejército, como llevo dicho, pasó a ser utilizado en el cultivo del suelo, convirtiéndose de cuerpo inútil e improductivo en una institución benéfica y moral productiva. Las máquinas de guerra fueron transformadas en aparejos de arar, remover, distribuir adobos, sembrar, regar, etc.; con el laudable fin de economizar al labrador los trabajos más penosos y facilitar la producción. Inmediatamente a la ley de emancipación del suelo, los soldados fueron distribuidos por las tierras incultas, ya propiedad del Estado, para desbrozar el suelo, drenarlo y utilizarlo para la labranza.

La causa principal de los males que en aquellos tiempos soportaban los pueblos provenía de la pésima organización pública, constituida por los poderes personales. Como sabemos, la ambición no tiene límites, cuanto más posee el hombre más quiere, y si el hombre es poder, su insaciabilidad aumenta. La historia nos enseña que en tanto que el poder personal gobernó el mundo, los pueblos fueron infelices. Por otra parte, los sentimientos humanitarios se perfeccionan con la educación y está demasadamente probado que ésta influye en los buenos y malos sentimientos, pues en la naturaleza humana existen los gérmenes del bien y del mal; desenvolver aqué-

llos y reprimir éstos es tarea de los educadores. Por fatalidad, en los tiempos a que me refiero, los hombres eran perversos por causa del medio egoísta en que vivían. Hoy, felizmente, nuestra educación se basa en los sentimientos fraternales, y si en los pasados tiempos era casi imposible desenvolverlos, ahora vivimos preocupados en practicar el bien, único medio de alcanzar la felicidad.

El servicio del ejercicio es obligatorio, sin excepción, para todos los que han cumplido la edad de 20 años. Al entrar los jóvenes reclutas hacen en los primeros tiempos ejercicios gimnásticos para robustecerse a fin de prepararlos para las faenas del campo. Pasado este período de preparación, son distribuídos por los cuerpos acuartelados en las diversas constelaciones de la región a que pertenecen sus municipios. En el primer año de servicio son ocupados en los trabajos más rudos y para los cuales no se precisan conocimientos especiales, como son preparar las tierras áridas hasta allí inservibles para el cultivo y drenar las algadizas, aumentando con estos procesos la superficie del suelo laborable; en el segundo se ocupan de la reparación de los canales, reservatorios, estanques, etc., y en el tercero, de la construcción y reparación de los caminos; y todos, en las épocas propias, van a remover y pulverizar la superficie del suelo con las grandes máquinas de que dispone la Dirección del Ejército, y donde estos meca-

nismos no pueden ser aplicados, hacen el trabajo a brazo. En la recolección de los frutos también ayudan al labrador, y para hacer la recolección con más rapidez son ayudados por el pueblo, que hasta la edad de 45 años toma parte en estos trabajos.

Aparte de estos servicios inmediatos que los soldados prestan, hicieron en los pasados tiempos otros importantísimos que modificaron la superficie del planeta, y cuyos benéficos resultados no podían ser calculados ni previstos por los hombres de aquellas lejanas edades.

En el mundo que habiten, los hombres no deben dejar nada a merced del acaso, para eso están dotados de la inteligencia que los habilita para conocer las cosas; y cuanto más si éstas les proporcionan utilidad inmediata. Depende, pues, de su voluntad, el aprovecharse de las circunstancias favorables que redunden en su provecho. Y si esto precisa hacer con lo que proporcione bienestar individual, mayor deberá ser su celo si los problemas a resolver van a beneficiar a la colectividad social. El bienestar humano es el objetivo que deberá tener presente ante sus ojos y ser su más alta preocupación la de aumentar mejoras con el elevado fin de hacer más feliz a la humanidad.

En Marte, después de arregladas la cuestión política y social, pensaron en mejorar las condiciones materiales de la superficie del pla-

neta, adaptándolo a las nuevas necesidades. Para eso se hicieron grandes trabajos por el ejército, y a los que contribuyó toda la humanidad para llevar a feliz término los grandiosos emprendimientos que pusieron el planeta al servicio del hombre.

Entre los innumerables mejoramientos más necesarios a emprender encontrábanse algunos ríos caudalosos, base de nuestro sistema fluvial, sólo utilizables para la navegación en los últimos trechos de su curso; cuando con el dragaje, destruir obstáculos y otros trabajos se podría obtener una franca navegación. Otros había inservibles para la navegación y para el regadío de las tierras marginales, por pasar a gran profundidad. Y otros que no eran de utilidad alguna por las muchas cataratas que interrumpían su curso. Hicieron, pues, los marcianos, estudios ponderados sobre estos ríos y los canales que sería también necesario construir para ligarlos unos a otros en cada continente, y después de terminados estos estudios acometieron los grandes trabajos.

Lo primero que ejecutaron fué regularizar los cursos de los ríos caudalosos, sin detenerlos las dificultades a vencer y las inmensas obras a ejecutar, largas y dispendiosas. Después de este trabajo derivaron de sus dos márgenes canales poco profundos, pero extensísimos, perforando montañas para conducirlos a los puntos extremos de los continentes don-

de se hacían necesarios, no sólo para la navegación de transporte de productos, como para regar zonas antes desiertas. Estos canales fueron la base de un sistema o red de canales menores con sus compuertas para impedir la entrada de aguas en la época lluviosa, y eran ligados a los canales de otros ríos por medio de estas compuertas, sirviendo a la navegación de poco calado para el transporte de productos. Otros ríos caudalosos, que pasaban por terrenos movedizos y cuya corriente los arrastraba formando un curso profundo, inútil para la navegación y para el regadío de los campos marginales, fueron regularizados. Derivaron estos ríos por medio de un canal provisorio, luego atacaron las partes de terreno movedizo, cegándolo y macadamizando el fondo cual si fuese un camino, y terminados estos trabajos, echaron de nuevo las aguas sobre el antiguo curso. Por último, construyeron en las cabeceras de los ríos y a lo largo de su curso, grandes represas para almacenar las aguas y evitar las inundaciones periódicas del invierno. Como estas represas no fuesen suficientes para mantener durante la sequía el mismo caudal, construyeron también, a lo largo de los canales, de distancia en distancia, grandes estanques para guardar las aguas sobrantes, a fin de abastecerlos y alimentar en ellos la misma cantidad de agua durante el verano. Con estos mejoramientos regularizaron el cauce de muchos ríos que, por medio de los

canales, van a fertilizar comarcas antiguamente desiertas, y de éstos, algunos se extinguen antes de llegar al mar.

Este sistema hidrográfico, tan hábilmente concebido y perfecto que actualmente tenemos, nos costó la friolera de unos cuatro mil años de trabajos ininterrumpidos y difíciles. Algunos, aun hoy día tienen que ser reparados para que su funcionamiento no ofrezca obstáculos. Estos trabajos llevaron tanto tiempo porque aquí nada se hace con precipitación, y no puede ser de otra manera si se quiere hacer obra durable. Los que concurrieron a ejecutar estas empresas sabían y estaban convencidos de que no serían ellos, ni aun las generaciones de su tiempo, las que habían de disfrutarlas. El egoísmo, esa plaga origen de la desgracias que asolan la Tierra, no se conoce en Marte; los marcianos son impulsados por el amor al prójimo, y su más alta preocupación fué siempre la de dejar mejoras que contribuyesen a aumentar el bienestar de sus descendientes.

La mayoría de estos trabajos interminables y costosos fué obra de los soldados, dirigidos por sus jefes, hábiles ingenieros. La serie de canales construídos en uno de los continentes llevó más de mil quinientos años; y uno de los ríos más caudalosos del mundo, con sus canales de derivación y sus represas, ocupó constantemente a los soldados cerca de dos mil seiscientos años. Las obras verdaderamen-

te más importantes, son las represas hechas en las cabeceras de los ríos, algunas con muchas leguas cuadradas de superficie, cuyo suelo, terraplenes, murallas y diques, constituyen obras de arte admiradas en todas las edades.

Nuestros antepasados, al emprender aquellas obras, no miraban al resultado inmediato, sabían que trabajaban para el goce de treinta o más generaciones distantes. El amor desinteresado animó a aquellos hombres y hoy los marcianos disfrutan de los bienes que sus ascendientes les prepararon con tan inteligente sacrificio.

Otro servicio importante hecho por los soldados y que aun hoy día persiguen en el afán de mejorar no sólo la producción del suelo, sino su aspecto estético, fué el replanteo de los bosques. Para este objeto estudiaron todas las especies de árboles, con el fin de escoger entre ellos los de mayor utilidad que reuniesen las tres cualidades esenciales; frutos, madera de construcción y leña para los usos domésticos. A los bosques que ya existían y estaban situados en lugares apropiados, les fueron sustituyendo los viejos árboles por los de la nueva especie, y a los bosques que estaban situados en terrenos donde se podrían aplicar los mecanismos aratorios, los trasladaron para las laderas de las montañas. Estas, con el correr de los años, fueron transformándose en frondosos bosques que reunían

las tres cualidades dichas. Con este proceso se fué aumentando la superficie del suelo la borable, multiplicóse la riqueza pública, se dulcificó el clima de algunas comarcas que antes era seco, y las montañas quedaron con un aspecto más estético.

Además de estos trabajos de selección forestal destruyeron aquellos árboles de ninguna utilidad que sólo producían maderas blandas poco resistentes al fuego y sin cualidades fructíferas, conservando algunos que poseían propiedades medicinales. Desenvolvieron, por otro lado, la plantación de los árboles fructíferos en los bordes de los caminos y canales, plantando, según criterio científico, aquellos más adecuados al terreno y al clima. Para aumentar más la producción de las frutas establecieron cerca de las poblaciones grandes pomares, contribuyendo éstos, con los de los caminos y canales, al aumento de la producción, tan necesaria a la alimentación de los niños en la primera y segunda infancia. Siendo las frutas un alimento de primera necesidad en la niñez, encarecían, especialmente en las ciudades populosas; el Ejército Agrícola, dirigido por sus jefes, plantó lo suficiente para atender a las necesidades locales. Con estos pomares, que pusieron las frutas al alcance de todos, aumentó la salubridad general.

Otra mejora púramente estética y que contribuyó inmensamente al embellecimiento del suelo, fué la conservación de una docena de

tipos de árboles que, aun cuando no producían frutos, fueron considerados dignos de ella por su forma bella y grandiosa en unos, elegante en otros y por sus cualidades aromáticas en algunos. Sirvieron, unos, para hacer en los arrabales avenidas que conducían a las poblaciones, otros, para plantar en las orillas de los ríos y canales, contribuyendo a consolidar sus márgenes y a darles un aspecto pintoresco; por último, otros, para formar parques o bosques en derredor de las poblaciones, purificando el aire de éstas y al mismo tiempo sirviendo para ir a tomar el fresco los ciudadanos.

Al lado de estos trabajos de selección forestal, trataron de seleccionar, también, la fauna, destruyeron los animales feroces y dañinos que ningún servicio podían prestar al hombre; éstos fueron destruidos en cacerías periódicas que hicieron los soldados y que los ocuparon en gran número de años. Algunas especies de animales salvajes, pero pacíficos, fueron conservadas, sobre todo, aquellas que por sus formas esbeltas concurrían a la belleza de los paisajes.

A la par de estos servicios cuidaron de la viación, cubriendo la superficie del planeta con una serie de caminos anchos y estrechos para ir los marcianos en todas direcciones, ligando los municipios por medio de los caminos anchos, y las aldeas entre sí y a los municipios, por los caminos estrechos.

La viación fluvial es importantísima y asombrosa; la red de canales construídos con la intención de llevar el agua a los lugares que carecían de ella es numerosa y tiene además el doble interés de servir para transportar los productos de una región a otra dentro de los continentes. Puede decirse que en éstos, para cualquiera parte que se necesite transportar una mercancía hay comunicación posible por medio de los canales. Estos se comunican unos con otros por canales estrechos, cuya mayoría tiene un lecho superficial y enlosado que permite limpiar su fondo, a fin de no interrumpir el tránsito. Los canales son separados por esclusas que permiten a sus aguas correr libremente o separarlas según lo juzguen conveniente los encargados de dirigir la navegación, siempre subordinada a las necesidades de la Agricultura.

En suma, el Ejército Agrícola, con su admirable organización y a fuerza de un perenne e incansable trabajo, mudó la faz del planeta. Su sistema hidrográfico sirvió para dar vida a lugares antes desiertos, y puso en comunicación fácil a los habitantes de cada continente. Modificó la superficie del suelo habiendo cambiado el aspecto de áridas montañas en bosques frondosos e interminables de árboles productivos. Destruyó todo lo que era inútil o perjudicial al hombre, tanto en animales como en plantas, conservando todo lo que por su belleza pudiese contribuir a la

estética del planeta. Y por último, alivió al labrador de la tarea más ruda, removiéndole la tierra con sus poderosas máquinas, consiguiendo así disminuir el coste de la producción, haciendo la vida más fácil y en consecuencia, al pueblo más feliz.

Hoy los soldados tienen el admirable encargo de celar por la conservación de las obras que sus antepasados, con tan generosa prodigalidad hicieron, y preparar el suelo, ahorrando al labrador sudores y fatigas.

CAPÍTULO XI

LA HERMANDAD DE LAS HERMANAS HUMANITARIAS

I.—Distribución de las horas del día. - Sus estudios. - Organización de los servicios.

II.—Una fiesta en el convento. - Visita al interior del edificio.

I

La otra institución que contribuye poderosamente a la felicidad de los marcianos, si bien hoy, por efecto de nuestro perfeccionamiento casi perdió su fin primero, es indiscutiblemente la Hermandad de las Hermanas Humanitarias, pues sin ellas los hombres no podrían satisfacer los imperiosos impulsos de la conservación de la especie, quedando pri-

vados de aquella higiene. Por otro lado, los asilos, hospitales e internados, no funcionarían con regularidad sin el auxilio de las Hermanas Humanitarias, por cuanto las que entran en esta institución, lo hacen con el laudable designio de minorar los males sociales y proceder, en lo que a cada una toque, con toda solícitud en el desempeño de sus funciones. A esto son obligadas por los reglamentos que prometieron cumplir al entrar en la Hermandad: la de servir con consciente abnegación a la humanidad.

En la Tierra, donde sólo domina la mentira y nunca se organizó nada de acuerdo con la razón y la justicia, ha existido en todos los tiempos esta institución, pero sin leyes protectoras ni garantías; desprestigiada, vistas aquellas mujeres con desprecio por la humanidad, al punto de no haber existido un solo gobernante que se hubiese ocupado de su suerte. Nunca se les dió a aquellas infelices mujeres una organización que estuviese a la altura de la saludable misión que desempeñaban en la sociedad. Todo debido al egoísmo feroz, a la hipocresía estudiada y a los preconceptos dominantes, sea por el lado religioso, sea por el moral. Aquellas desgraciadas mujeres que conocí, arrastradas a aquel extremo más por la miseria que por el vicio, abandonadas a su triste suerte, despreciadas de todos, reclusas en lugares infectos aguantando el trato de hombres groseros, brutales y cubiertos de

ponzoñas, eran unas verdaderas heroínas y al mismo tiempo las mártires de aquella humanidad. ¡Ah! Cuánto me tengo arrepentido de no haber dicho en mi “Teatro Crítico” a favor de aquellas desventuradas, alguna frase consoladora que hiciese reflexionar a los gobernantes de aquel tiempo y los llevase a tratarlas con más caridad. No comprendo cómo habiéndome atrevido a hablar de tantas cosas en el “Teatro” y en las “Cartas” contra los prejuicios del pueblo, no dije algo en defensa de ellas, y dado el prestigio de que gozaban mis escritos les hubiera mejorado su suerte.

En fin, no merece ahora afligirse por lo que pasaba en aquellos tiempos en la Tierra, y volvamos la vista a nuestras queridas hermanas.

Aquí, felizmente, se les ha dado una organización ejemplarmente benéfica y esta institución, con la de los soldados, está considerada como una de las más robustas columnas de la humanidad marciana.

Esta organización dada a la Hermandad, cuyos orígenes se pierden en la aurora de nuestra civilización, posee reglamentos que deberán ser observados puntualmente durante el tiempo de su permanencia en ella; pues no se hacen votos perpétuos, y sí renovables por determinado tiempo. La vida que ellas hacen dentro del convento es muy diferente de la que llevan sus monjas en los conventos de

la Tierra, pues, en lugar de vivir reclusas entre paredes, sumidas en una vida egoísta y holgazana, estas monjas llevan una vida activa y movimentada por las diversas ocupaciones en que tienen distribuídas las horas del día. Y, en lugar de pasar el tiempo rezando, como hacen las terrenas, éstas van a su biblioteca a cultivar la inteligencia o a distraerse en pasatiempos que den elasticidad a sus miembros.

Nuestras buenas hermanas, los primeros tiempos que entran en la Hermandad los pasan ocupadas en desenvolver el espíritu. Su día, desde las primeras horas, lo tienen distribuído así: al romper el Sol se levantan, hacen ejercicios gimnásticos y toman baño; menos el turno que actuó de noche, que se levanta más tarde. Luego arreglan sus celdas y de ellas pasan al refectorio a tomar un ligero desayuno. Después hacen la limpieza del convento, siempre a cargo de las novicias y de las jóvenes que el juez haya mandado para allí de castigo, y terminadas estas faenas caseras disfrutan de recreo hasta las nueve. A esta hora todas entran en actividad: unas van a la costura, lavandería, cocinas, etc., y las que están dispensadas de estas tareas, van: unas a aprender la higiene de los niños, de los enfermos, de los ancianos, para ejercer el cargo de enfermeras, y otras a las aulas de música, canto, danza, dibujo y bordado hasta las once, hora en que terminan las clases. Estas

son dirigidas por una de las hermanas superiores y regidas por profesoras extraídas de entre las mismas hermanas; pero, cuando en la casa falta la profesora de una de esas disciplinas, hácenla venir de otros conventos. Desde las once hasta medio día descansan y luego van para el refectorio a comer. Terminada la comida descansan o hacen la siesta hasta las catorce; a las dieciocho cenan y a las veintiuna se acuestan.

A las catorce franquean el gran portón a los visitantes, el cual queda abierto hasta las veintidós. Las hermanas que están de servicio comen una hora antes, tanto las que actúan de día como las que estén de servicio a la noche; éstas hacen después una ligera refeción.

A la hora de abrirse el portón la hermana portera y la contadora están en la billetería expendiendo las entradas, que consisten en una placa metálica numerada; es la espórtula con la cual los visitantes contribuyen. Corresponde su precio a la cuarta parte de un jornal y es considerado como una limosna que la administración recibe para atender a los gastos diarios del convento. Hay por el mundo adelante la misma institución regida por reglamentos diferentes de los que aquí tienen; a pesar de todo, esta es la más esparcida por estar más de acuerdo con la índole del pueblo y en la cual la regla obliga a las hermanas, a su entrada en el convento, a hacer voto de po-

breza, no siéndoles permitido aceptar presentes de sus adoradores. En cuanto a las otras órdenes, les está permitido aceptar presentes sin perjuicio del pago de ingreso; más estos conventos son escasos, porque en Marte las instituciones tienden a nivelarse.

Estos conventos obedecen a una Dirección General, que reside en la capital temporaria de la región, y con la cual están en comunicación constante. Viven armónicamente ligados, y si, por ejemplo, la Dirección General recibe comunicación de que en tal parte hay escasez de hermanas, inmediatamente avisa a los conventos más próximos en que abunden para que envíen allí las necesarias. Puede darse otro caso: en un convento las entradas haber sido insuficientes; la Dirección avisa a los otros conventos próximos para venir en auxilio del convento en desgracia. Es, en suma, el mismo proceso que nuestro sistema administrativo practica con un minucipio flagelado.

El reclutamiento de las hermanas es hecho por indicación de las comisiones locales de higiene, en las que, además de los médicos intervienen las autoridades. Para formar parte de la Hermandad son escogidas aquellas que no fueron aptas para el matrimonio, entrando en primer lugar las histéricas, después las de temperamento ardiente y luego las voluntarias. Siguiendo esta orientación, la Hermandad es extraída de todas las camadas so-

ciales y entran en ella con el alto fin de ser esposas de la humanidad; este concepto las enorgullece de su saludable y benéfica misión.

Desde que entran en la Hermandad el mundo ábreles las puertas, gozan del respeto y consideración de las autoridades, y son recibidas por las familias, que las colman de obsequios. En los teatros disponen de un palco principal que les está permanentemente destinado, en las ceremonias religiosas constituyen el primer ornamento y fuera de su ministerio son púdicas como vírgenes. Cuando usted vuelva a la Tierra—me recomendó Feijóo—no se olvide de decir a los terrestres lo que ha visto respecto a estas mujeres, allí tan despreciadas; bien puede ser que ahora despierten del letargo malsano y les den una organización parecida a ésta.

A parte de los servicios que prestan dentro de los conventos, salen por turnos el número necesario para ir a servir en los internados a cuidar de los niños menores, prodigándoles cariñosos cuidados maternos. También dirigen allí las cocinas, cuidando de que la alimentación sea sana; cuidan de la lavandería y en las salas de costura reparan la ropa. En los hospitales sirven de enfermeras dedicadas; la misma conducta tienen en los asilos de ancianos. Estos humanitarios servicios los desempeñan destacadas del convento a que pertenecen, más siempre en la obliga-

ción de cumplir los reglamentos que a su entrada prometieron, esto es, de aliviar los males que pudiera sufrir la humanidad.

A las novicias, durante los dos primeros años, les está prohibido mostrar el rostro a los frequentadores, conservándolo cubierto por espeso velo color de rosa; y a aquéllos, forzoso les es respetar esta costumbre preceptuada por los reglamentos de la Hermandad. El rostro así velado tiene por objeto ocultar a los muchachos las facciones de las hermanas, evitando a los primeros alguna pasión precoz, y a las segundas, la natural vergüenza que sentirían en su nuevo estado al aparecer descubiertas a desconocidos.

Para frecuentar estos conventos son requeridas ciertas formalidades establecidas por el uso y que a ninguno le es permitido esquivar; son precauciones que encierran una criteriosa moralidad. Consisten éstas en una especie de salvo-conducto expedido por las autoridades higiénicas. El que quiera, pues, frecuentarlos, tiene que provistarse de su cédula personal y presentarse con ella a la hora prescrita al médico municipal que, después del examen, rubrica la cédula declarando hallarse en perfectas condiciones higiénicas; sin la presentación de este documento no es admitido. En los puertos marítimos o fluviales, los marineros hacen rubricar sus cédulas por los médicos de abordo, y si no los hubiese por el del municipio; también sirve la presentación de

un vecino conocido. Los muchachos, antes de la edad de 18 años, sólo son recibidos mediante receta médica, en la cual se declare que el temperamento del muchacho así lo exige; éstos son servidos gratuitamente, pero, si volvieran más de las veces que preceptúe la receta no serían admitidos.

Además de los servicios ya referidos, cumplen una misión relevante cuando, por ejemplo, el ejército precisa hacer una campaña lejos de los centros, en lugares despoblados, para ir a restaurar el desmoronamiento de una represa o de un canal, y cuyos trabajos pueden durar varios meses. En este caso, el ejército se pone en campaña, llevando tiendas y el material necesario para hacer una prolongada estadía; con él va un destacamento de Hermanas Humanitarias mandadas de varios conventos para servir a los soldados mientras duren los trabajos. Allí, ellas también bajo las tiendas y al lado del campamento, ayudan a cocinar, lavándoles la ropa, repasan ésta y les sirven de mujeres; por eso, no en vano se ha dicho antes, que esta institución iba de manos dadas con la de los soldados.

Aun me falta, para ser más exacto en estas informaciones, decirle cómo está organizada la billetería y del servicio que las autoridades municipales tienen establecido a la puerta del convento en las horas de su funcionamiento.

El acceso de los visitantes se hace por la puerta principal, que abre paso a un zaguán

cuadrado; en el fondo se halla instalada la billetería. De ésta parten a derecha e izquierda dos corredores que conducen a las salas de espera, situadas en las extremidades del frente del edificio. En aquellas salas descansan las hermanas, allí son escogidas por los visitantes que, al hacerlo, les entregan sus billetes de entrada. El municipio, a su vez, parece hacer ostentación de las regalías dispensadas a la institución; tienen postados cerca del edificio a dos guardias municipales que rondan de continuo paseando en sentido lateral, del frente a los tondos, durante las horas de su funcionamiento. Este alarde de fuerza no se puede decir que sea para prevenir algún desmán de los visitantes, aquí no se dá ese caso; es más bien para mostrar que las autoridades celan por ellas y no pudiendo estar presentes, mandan estos guardias para representarlas. En los antiguos tiempos estos policías podrían ser de alguna utilidad, actualmente sólo sirven para llevar recados; pero es una tradición que se tiene conservada.

En los tiempos bárbaros existían esparcidos sobre el planeta un sin número de retiros de hombres y mujeres, en los que tanto en unos como en otros, pasaban una vida perezosa y holgazana; estos retiros tenían el nombre de conventos. Con las grandes reformas sociales suprimiéronlos totalmente, y cuando dieron una organización más humana a las Hermanas Humanitarias, que ya en aquellos

tiempos existían, trataron de alojarlas convenientemente en los conventos vacíos, dándoles al mismo tiempo la bella organización actual. Desde aquel entonces fueron llamadas con el dulce nombre de hermanas y a los palacios que habitan les quedó consagrado el de conventos.

Las ciudades más populosas poseen mayor número de estos conventos para atender a las necesidades locales, donde algunos difieren por los reglamentos, pero en todos ellos sirven de esposas a la humanidad. Algunas de estas hermandades gozan del privilegio de no servir en los hospitales, internados, ni asilos, no obstante haber sido extraídas de los otros conventos; haciendo, puede decirse, una selección intelectual. A estos conventos privilegiados van las que descuellan en la música, el canto, la pintura, el teatro, etc., siendo en estos centros donde ellas desenvuelven las aptitudes artísticas. Muchas de estas hermanas hacen luego excursiones por los teatros del mundo, recogiendo aplausos y palmas sobre las escenas en donde representan.

En las ciudades antes referidas hay de estos conventos que son palacios vastísimos, de una rica arquitectura, guardando poco más o menos las mismas disposiciones interiores. Su gran jardín al centro, circundado de anchas galerías para paseo, grandes refectorios decorados por célebres pintores, bibliotecas ricas, baños lujosos y vasto salón de fiestas para con-

ciertos y representaciones teatrales.

Los más bellos edificios que la Hermandad posee, fueron mandados construir por donadores en la intención de rendir culto a la Madre Naturaleza. Muchos de estos donantes, por no tener herederos directos, dejaron sus bienes para construir palacios a la Hermandad. El ejemplo ha fructificado, pues no sólo en la nuestra, sino en otras regiones, hay palacios de estos, contruídos en idénticas condiciones para goce de la institución. Hoy puede aventurarse que no existe uno solo de estos conventos que, en su largo pasado, no haya recibido donativos de algún bienhechor. Las leyes, como se dijo en otro lugar, dispensan la parte de las herencias que pertenecen al Estado cuando el legatario deja sus bienes a alguna de estas instituciones.

Con respecto a los favores que ellas gozan de las municipalidades, no debemos olvidar los referentes a los servicios médicos; los médicos y médicas municipales las sirven de oficio en sus enfermedades, aparte de los médicos particulares que cada convento mantiene.

En la actualidad, sin embargo, podemos decir que esta institución solamente se conserva como una tradición, pues realmente, sólo sirve para los soldados y para las prescripciones médicas de que ya le he hablado, porque debido a nuestras costumbres el público casi no precisa de sus servicios.

Como estuviese ya próximo el medio día, cesó nuestra conversación, prometiéndome, en mi interior, el aprovechar la primera ocasión que se me presentase para poder comprobar por mí mismo todo cuanto acababa de oír con respecto a la organización de aquella institución tan digna de ser imitada en la Tierra.

II

Conocedor Feijóo del deseo de verlo *de visu* que su anterior relato me había despertado, prometió llevarme a una fiesta próxima a celebrarse en el convento, y que al mismo tiempo nos daría ocasión de visitarlo interiormente.

Efectivamente, llegado el día designado me llevó al convento. Ingresaban ese día en la Hermandad unas veinte jóvenes que iban a tomar el velo de novicias. La fiesta era presidida por las autoridades; el *Anciano*, el juez y el presidente de la Cámara municipal; sería acompañada de música y de una pieza teatral, y estaba marcada para las quince. Antes de la hora subíamos la ancha escalera que de uno a otro lado del zaguán conducía al salón de fiestas, desembocando frente al ventanal central. Desde éste corría una tribuna hasta el fondo de la sala que era privativo de las hermanas. La sala, en la parte libre por la tribuna tendría unos nueve metros de alto por doce de ancho, y más de treinta metros de largo, sin contar la orquesta y el

palco escénico. Las paredes eran lisas y el techo abovedado cubierto de vetustas pinturas, algo borrosas, cuyo valor no me fué posible apreciar. El pavimento, un poco inclinado, como las plateas de nuestros teatros, permitía apreciar la escena; Feijóo me llevó al fondo de la sala, desde donde podríamos apreciar las ceremonias y estar cercanos a la puerta que comunicaba al interior del edificio. La concurrencia llenó la sala en poco tiempo; nosotros, que habíamos llegado con un cuarto de hora de antelación, la vimos llenarse en menos de diez minutos. Luego entraron las autoridades, que tomaron asiento cerca del palco escénico, al pie de los ventanales. Inmediatamente entraron por una puerta interior del convento las superiores precedidas por dos hermanas que traían una canastilla con los velos arreglados artísticamente en forma de rosa, seguidas de las postulantas, que tomaron asiento frente a las autoridades; la canastilla fué depositada en una mesa colocada al centro de la sala entre las autoridades y las hermanas. A las quince en punto todo el mundo estaba en sus puestos; a esa hora levantaron el telón y apareció la orquesta, que, con las cantoras, entonó el Himno a la Hermandad, cuya duración fué de unos veinte minutos. Terminada la audición tocaron las instrumentistas una melodía en sordina todo el tiempo que duró la imposición del velo.

Cualquiera que como yo, fuese a ver aquel

espectáculo por primera vez, presumiría que la imposición del velo cabría de derecho a la superiora del convento, pero no fué así, por ser el juez el encargado de aquella ceremonia. Y, raciocinando bien, dada la consideración de que está rodeado aquel cargo, ya por ser el último puesto de los poderes públicos, ya por servir de sacerdote en las fiestas, le daba mayor realce e imprimía al acto un carácter religioso. Aquellas jóvenes componían un elemento social que entraba en la vida de los marcianos y siendo el juez el encargado de investir las en su nuevo estado, además de prestigiarlas, les comunicaba su fuerza moral. Yo admiré el alcance de aquel proceder, no escapando a mi juicio su alto significado y dile interiormente mi aprobación más franca y completa.

Las nuevas hermanas que en todo ese tiempo habían permanecido sentadas, a un momento dado se pusieron en pie y guiadas por las superiores se adelantaron unos cuantos pasos, pararon e hicieron una inclinación de cabeza a las autoridades; éstas correspondieron del mismo modo. Después, una a una fueron adelantándose y haciendo a su vez la declaración de ir allí por su libre voluntad para ser esposas de la humanidad y al mismo tiempo que hacían esta declaración, el juez las iba abrazando. Vueltas a sus lugares, las cantoras, acompañadas de la música, ejecutaron una cantata. Cuando ésta hubo terminado se levanta-

ron las postulantes y todas en pie, extendidos los brazos a la altura de la frente y la mano izquierda sobre el pecho, prometieron cumplir con paciencia y alegría los reglamentos de la Hermandad; servir en los internados como madres cariñosas, en los hospitales como buenas hermanas y en los asilos como hijas obedientes. Terminada la promesa, el juez se puso en pie, la hermana superiora se acercó a la canastilla donde estaban los velos y uno a uno los fué pasando al juez, que los colocaba sobre el rostro de las novicias. A medida que los iban recibiendo, el público daba señales de aprobación, y cuando todas lo hubieron recibido, el coro, con la orquesta, repitió el Himno a la Hermandad.

Hubo unos momentos de descanso antes de comenzar la representación teatral. Cuando ésta había empezado vino a buscarnos la hermana con la cual Feijóo había combinado mostrarnos el interior del convento. Como nos encontrásemos al fondo de la sala, pudimos salir fácilmente por una puerta lateral que introducía a la sala de canto. Era ésta una buena pieza de unos doce metros de largo por diez de ancho, dos ventanas a nuestra izquierda daban vista al exterior y dos puertas a nuestra derecha abrían paso al claustro superior; la sala estaba rodeada de estanterías donde guardaban la música y en el centro se veían unos cuantos atriles; al otro lado del edificio—nos dijo la hermana—correspon-

día la sala de danza. Siguiendo, entramos en otra sala de las mismas dimensiones; había bustos y estatuítas con cortinas pendientes del techo para dividir las luces; ésta servía de academia para estudiar dibujo; en el lado opuesto hallábase instalado el guardarropa. Penetramos luego en otra sala igual a las anteriores, destinada a trabajos de dibujo aplicados a bordados y a la pintura, también aplicada; al otro lado continuaba el guardarropa y servía, además, para sala de costura y engomados. Saliendo de esta sala nos hallamos en un espacio vacío en el cual se encontraban los servicios de higiene y la escalera que conducía al piso superior, ocupado sólo con celdas. A nuestra izquierda empezaban las del primer piso y, siguiendo la misma dirección entramos en un largo corredor de unos dos metros de ancho que recibía luz por una abertura del fondo y por vidrieras que daban al interior de las celdas. Caminamos por el corredor en toda su extensión, yendo hasta su parte terminal, que caía sobre la parte posterior del convento; habíamos contado once celdas a nuestra derecha, con vistas al patio y catorce a la izquierda con vistas a la ciudad.

Del otro lado había la misma disposición, y el segundo piso guardaba el mismo orden. Mostré a Feijóo deseos de entrar en una celda y nuestra guía abrió una de las que caían sobre el patio.

Era una pieza de poco más de tres metros

de ancho por cuatro de largo, una ventana al centro con dos asientos de cantería en el hueco de la pared, dos lechos contruidos de mampostería, y tanto los estrados de las camas como las paredes, hasta cierta altura, estaban forradas de madera. En una de ellas corría un alto armario con grandes cajones en su parte inferior, y enfrente, en el lado opuesto, había un lavabo con espejo; completaba el mobiliario una mesita con dos asientos bajos. Desde la ventana se veía el segundo claustro de igual largura que el primero y dos tercios de anchura, todo él cubierto de hierba; entre las cocinas, el refectorio y la lavandería se percibía un patiecillo de un aspecto de íntimo recreo. En este convento—explicó Feijóo—cada celda sirve para albergar dos hermanas. Estas del primer piso sirven para las hermanas superioras, y las más ancianas, y algunas están destinadas a enfermerías. En el piso superior habrá a uno y otro lado unas cien, y en el bajo, destinadas a hermanas huéspedes y otras, unas ocho celdas abriendo para el patio; habiendo en conjunto más de ciento sesenta celdas, que pueden acomodar a más de trescientas hermanas; pero como de éstas unas están destinadas a servicios humanitarios, gran internado, asilo, etc., no llegará a haber permanentes más de ciento cincuenta hermanas en el convento.

Saliendo de la celda, desandamos el corredor y tomando a nuestra izquierda, pasando

por debajo de las escaleras, nos encontramos frente a la puerta de la biblioteca. Entramos y la recorrimos longitudinalmente; las estanterías forraban las paredes; había una gran mesa en el centro de la sala para las lectoras y a sus extremidades unas mesas menores para trabajos y juegos silenciosos. Salimos de allí por la puerta opuesta, encontrándonos con la escalera que conducía al piso superior y caminando para la derecha nos encontramos en el claustro alto. Pudimos de allí apreciar el claustro bajo, de unos treinta y cuatro metros de lado, con su jardín florido al centro. De allí descendimos al claustro por una escalera de un solo tramo y de escalones bajos y cómodos. Recorrimos aquel lado, que daba al Sur; luego continuamos por el de Poniente: en el medio se encontraba el portón principal, que estaba cerrado. Feijóo llamó mi atención para el postigo. De la otra parte —dijo—está la billetería y por él entran y salen las hermanas que expenden los billetes. Seguimos dando la vuelta al claustro, y al terminarla fuimos a dar en el refectorio, situado exactamente debajo de la biblioteca y de las mismas dimensiones de aquélla: treinta y seis metros de largo por poco más de ocho de ancho. El techo era de madera artesonado y las paredes decoradas de pinturas representando asuntos de animales domésticos, de una vetustez como las del salón de fiestas. La iluminación venía de las tres puer-

tas que daban al claustro y de otras dos que abrían al patio interior, situado entre las cocinas y la lavandería, por las cuales hacían el servicio. Por encima de éstas corría un ventanal fijo, de vidrios de colores, de toda la largura del patio y que imprimía al refectorio un aire de iglesia. Era su mobiliario dos mesas estrechas en toda la extensión de la sala, con una tribuna en el centro para las hermanas lectoras leer durante los servicios algún cuento moral e instructivo.

Mirando para aquellas paredes, me entregué en un éxtasis contemplativo a meditar sobre la vida pacífica, moral y laboriosa que hacían dentro de aquel edificio las Hermanas Humanitarias, y por una asociación de ideas, afluyó a mi mente un mundo de pensamientos, cada cual más amargo, sobre las tristes condiciones en que se encontraban la misma clase de mujeres sobre la Tierra. La vida—decía para mí—sería incomparablemente más bella si allá las educasen como hacen aquí los marceanos, si se las dirigiese y si los gobiernos se ocupasen en mejorarles la suerte, con medidas de socialización, organizándolas en agrupaciones que pocos gastos ocasionarían al Estado. Ellas, no podemos ocultarlo, constituyen un elemento social indispensable: la humanidad no puede prescindir de ellas, porque no todos los hombres pueden sostener mujer, ni todos pueden amoldarse a vivir perennemente con una misma compañera. Por estos

y otros más motivos, la sociedad terrestre haría un acto altamente humanitario si tratase de imitar esta organización que, por de contado, beneficiaría a los mismos hombres, y a ellas les mejoraría el estado depresivo en que actualmente viven.

Salimos de allí por una de las puertas que daban al patio interior, parecido al de una casa morisca con su surtidor en el centro y sus columnas en derredor, que luego se extendía en el mismo orden sobre el gran patio cubierto de fresca hierba, de la misma largura del refectorio. Sobre él caían las celdas interiores, tanto del primero como del segundo piso, de la parte lateral del edificio. Debajo de los soportales que rodeaban el patio había un sinnúmero de aparatos de gimnástica y todo lo necesario para los ejercicios corporales. Después que hubimos transpuesto el patio nos encontramos en el portal posterior, por donde entraban los servicios de alimentación y era la entrada privativa de las hermanas. No tenía la majestuosidad del de la fachada principal; a un lado estaba instalada la portería y en el otro la intendencia; las demás habitaciones, hasta uno y otro ángulo, servían para depósitos. De allí tomamos por el soportal que de aquel lado conducía a la lavandería, mientras que el otro ponía en comunicación con las cocinas. Estando aquí manifesté a Feijóo que ya tenía visto todo el edificio y extrañaba no ver nada referente a los servi-

cios que las hermanas hacían. Feijóo sonrió, habló con nuestra guía e inmediatamente ésta fué a abrir una puerta que había allí cerca y nos introdujo en un local algo oscuro que recibía luz del soportal en que estábamos. Luego que hubimos entrado, cerró la puerta y nos encontramos en medio de un corredor de unos dos metros de ancho y que tenía la largura del edificio; desde donde estábamos percibíamos allá lejos la sala de espera en que las hermanas conversaban entre ellas. A nuestra derecha—explicó Feijóo—están las bañeras y letrinas; del otro lado (que da para el exterior), están los cubículos; hay de este lado—continuó—veinticinco, y del otro otros tantos. Entramos en el más próximo, que estaba desocupado; era una pieza de unos tres metros de ancho por cerca de cuatro de fondo; a un lado se encontraba el lecho de mampostería forrado de madera, como los de las celdas, con su colchón, etc., y el todo cubierto con una colcha. El cubículo era iluminado por una ventana giratoria situada encima de la puerta de salida; ésta era estrecha, no permitiendo el paso más que a una persona; el mobiliario era fijo, ofreciendo lo necesario para adecentarse. Feijóo, en aquel momento me dijo: aquí en esta alcoba, las hermanas de servicio se portan con los visitantes como podría hacerlo una esposa cariñosa con su marido; mas fuera de este recinto no admitirían ademanes ni palabras que fuesen contrarias a

la decencia y a las buenas costumbres. Dich., esto, dió las gracias a la hermana que hasta allí nos había guiado, yo hice por señas lo mismo y uno tras el otro salimos por la puercecita, hallándonos de golpe en la calle.

Yo respiré con satisfacción y pregunté a Feijóo si aquellas mujeres no sentirían la necesidad de tener una afección.

—Seguramente que deben sentir esa necesidad, porque al corazón humano no se le puede dominar siempre, y por otra parte nuestra naturaleza nos impulsa inconscientemente a tener una afección. El querer, la satisfacción de ser amado es un mandato que nos viene de la Divinidad y precisamos satisfacerlo para no ser infelices. Prescindiendo de esto, la regla a que se obligaron las exige que sean esposas de la humanidad, sin dispensar más cariños a unos que a otros; pero ¿quién puede mandar en los corazones? Ellas viven aquí en comunidad; mas como todas disfrutaban en la semana de dos días de asueto, pueden salir con toda libertad, de las catorce a las diecisiete, a visitar a sus amigas y también a sus amigos, lo que aquí no es contrario a la estética.

CAPITULO XII

LA FIESTA DE LOS PRIMEROS FRUTOS

I.—La idea religiosa debió desenvolverse de modo idéntico en los otros planetas. - Culto de la Madre-Naturaleza.

II.—Partida para la fiesta. - Ramilletes y su destinación. - Necesidad de estos regocijos. - Descripción del altar. - Llegada de las Hermanas Humanitarias.

III.—Principio de las pécés. - Terminación de la primera parte. - Comida en el bosque. - Exhibición de la mujer desnuda. - Terminación.

I

Los últimos días de aquella semana en que se iba a celebrar la Fiesta de los Primeros Frutos, se me hicieron larguísimos. El interés se despertaba en mí cada vez mayor por los preparativos que veía hacerse en la casa para celebrarla. Las paredes de las habitaciones fueron lavadas y algunas pintadas de nuevo; los muebles limpios y encerados; las ropas, sacudidas y expuestas al sol, para ser de nuevo guardadas; en la cocina, de hábito tan sobrios, había un movimiento desusado, y en el cuarto de costura, las mujeres confeccionaban alpargatas para ir los niños a la romería, pues en las tiendas sólo se vendía calzado para los de trece años en adelante.

Dos días antes de la fiesta había llegado la hija de Feijóo con el marido y una niña de cinco años, que habitaban en un municipio distante, y el hijo que moraba con él trajo del gran internado a los dos nietos, uno de diez y

otro de doce años. Feijóo estaba radiante, no sólo por ver a sus nietos en casa como por la noticia que le había telefoneado el hijo más joven de que se encontraría con él en la fiesta. En su alegría hablaba con todos respecto a mí, pero yo nada entendía, pues hasta allí sólo había aprendido a saludar, decir gracias cuando me obsequiaban, sí, no, muy bien y algunos otros vocablos más.

La fiesta que iba a celebrarse era una de las principales del año, y Feijóo, con un entusiasmo juvenil, hablaba de ella felicitandome por haber llegado en ocasión tan oportuna. En la casa continuaban atareados con los preparativos para la romería, pues comíase y cenábase en el campo. Los marcianos, con estos regocijos hechos al aire libre, agradecían a la Naturaleza los favores que ésta les dispensaba, pareciendo ser esta alegría comunicativa, por no existir una sola familia que no celebrase festivamente ese día.

Continuando en la casa los preparativos y habiendo salido la hija con el yerno para hacer visitas, después que terminó la cena, subimos a la azotea para hacer la digestión y charlar más a nuestro gusto. Después que nos hubimos instalado, pregunté a Feijóo cómo se había desenvuelto la idea religiosa en el planeta.

—Paréceme—respondió—que la idea religiosa ha debido llevar camino idéntico en todos los planetas hermanos del nuestro, lo de

creer en algo que nos es superior eleva nuestro espíritu hacia la Divinidad y constituye su término final. Empero, antes de este estado perfecto, el sentimiento religioso debió desenvolverse a costa de la ignorancia de los hombres primitivos que no pudiendo explicarse los fenómenos de la Naturaleza se aterrorizaban ante aquellos seres extraordinariamente grandes, como deberían ser los que lanzaban el rayo y producían el rimbombar del trueno. Este sentimiento de temor quedó atávico en el alma de aquellas pobres gentes, de modo que a cualquier movimiento sísmico, como eran los temblores de tierra, el desbordar de un río, el incendio de una floresta, lo creían manifestaciones de la cólera celeste, dando origen a las primeras religiones.

Estas, en los primeros tiempos de organización, cuando llegaron a tomar forma, obedecieron a las necesidades de su tiempo. Aquellos hombres en los albores de la civilización, sirviéronse de la religión para establecer preceptos sobre los trabajos del campo. Y esto obedeció al importantísimo problema de la alimentación que se hacía imprescindible legislar, a fin de atender a las necesidades más imperiosas de la vida. Luego que estas primeras necesidades fueron reguladas, entraron en lid otras, entre ellas la organización de la sociedad y el establecimiento de los poderes públicos. De aquí derivaron los grandes sacerdotes y los jefes de la comunidad que toma-

ron más tarde el título de reyes y gobernaron por millares de años. Sucedieron después a estas religiones otras ya más morales, que propagaron ideas de amor y caridad entre los hombres, viniendo a suavizar las costumbres duras y crueles de aquellos tiempos, preparando con esto el advenimiento de ideas más humanitarias.

Las religiones todas tuvieron por principal móvil hacer a los hombres más felices. Todas también tuvieron en sus principios un período de preparación, en el cual hombres generosos dedicáronse a propagar doctrinas que en aquel dado momento las creían necesarias para satisfacer aspiraciones de orden moral, material o político, siendo este período el más bello. Después vino el triunfo, las ideas echaron raíces, se consolidaron y los directores guiaron las conciencias por tiempos interminables. Luego los sacerdotes que las dirigían abusaron del poder, imponiendo a sus afiliados preceptos estúpidos y ejerciendo exacciones que los empobrecían. Por último, los hombres empezaron a dudar, las discutieron, la indiferencia y la incredulidad fueron ganando las conciencias, acabando, después de pocos siglos de este estado de confusión caótica, por venir la descomposición y morir.

Las religiones nacidas de la humana flaqueza, organizadas por las necesidades de la ocasión y fortificadas por la crédula ignorancia de las multitudes, sucediéronse unas a las

otras, correspondiendo a estados y aspiraciones del alma humana. Al nacimiento de una nueva religión correspondió el ocaso de una antigua civilización; a su declinación y muerte, un cambio para mejorar en la civilización siguiente.

Los sacerdotes, por su parte, cuando las religiones iban perdiendo pie, hicieron las cosas más extravagantes e insensatas para sostenerse; declararon infalibles a sus jefes y procuraron atraerse y dominar al elemento femenino, sumiendo a la mujer en el más craso fetichismo, terminando, cuando vieron la causa perdida, por aliarse con las otras religiones. El pueblo que buscaba en ellas la verdad, el bien y la justicia, no encontrándolos y continuando infeliz, se cansó de esperar, no creyó más en la vida futura, y cuando aquí sobre el planeta pudo encontrar la felicidad se hizo indiferente y acabó por burlarse de lo que antes había adorado.

Hubo un interregno de unos tres mil años, en el que los marcianos perdieron toda noción religiosa, rindiendo solamente culto a la razón, a la justicia y al amor. Fué la época en que se establecieron las reformas, en la cual, siendo la vida fácil, vivieron los hombres en la abundancia, satisfechos de sus destinos. Entre los motivos que más contribuyeron al indiferentismo religioso en que vivieron y los distrajo de aquella necesidad moral, figuran las mejoras emprendidas sobre la superficie

del planeta. Fueron de tal importancia los colosales trabajos emprendidos para transformar la superficie del suelo y adaptarla a las necesidades del hombre, que ocuparon totalmente el espíritu de los habitantes en todo el curso de aquellos lejanos tiempos, y constituyó para ellos una nueva religión. Mas todo tiene su término; nada es eterno, y una vez acabadas de efectuar las mejoras, cesaron también las aspiraciones e ideales de la humanidad.

Ya he dicho en otra ocasión que terminado el ciclo de la ilusión religiosa, quedaron indiferentes, aconteciendo en cuanto duraron los mejoramientos, no haberse apercebido de aquella necesidad. Continuaron, pues, la vida tranquila y sin otras aspiraciones que las de vivir y gozar. Pero este sosiego del alma humana sin la creencia en algo superior a lo terreno, produjo un relajamiento moral en las costumbres y hasta la intelectualidad bajó de nivel. Faltaba ese algo que nuestra alma procura con anhelo y nunca encuentra, es cierto, pero que es necesario para que todos los humanos tengan un ideal en la vida. Faltaba la idea religiosa, ese sentimiento vago y bueno que endulza nuestra existencia, y que cual suave melodía envuelve la vida de los mortales en una atmósfera de ensueños, que les proporcionan una mística felicidad.

En ese estado de ceguera intelectual los hombres llegaban a aburrirse. No había más

aquellas prácticas y fiestas con las que las religiones de los pasados tiempos, admirables de concepción y pompa, impresionaban el alma popular, infundiéndole aspiraciones de orden divino. Los intelectuales pensaron que para levantar los espíritus hacíaase necesario mantener un ideal, fuese ese ideal *Dios*, lo *Absoluto* o lo *Inconoscible*. Otros raciocinaban cerrando la discusión con argumentos menos abstractos, decían que así como en el hombre residía una inteligencia que dirigía sus acciones y lo gobernaba, así también en el Universo debía existir una inteligencia que movía los mundos y cuya inteligencia era Dios. A estos argumentos replicaban otros con un espíritu más práctico y decían que mientras habían adorado a Dios bajo distintos credos y personificaciones, los marcianos habían sido infelices y preguntaban si no se le podría adorar en su forma tangible como era la Naturaleza. Esta representaba la vida y manifestábase diariamente en su obra, de la cual nadie podía dudar y concluían: ¡Adoremos en ella a Dios!

Y después de estas controversias fué cuando se estableció en el suelo marciano el culto de la Madre-Naturaleza, culto éste que consiste en el cultivo cariñoso del suelo y en la instalación de seis grandes fiestas anuales al aire libre, en medio de los campos, donde ella se nos muestra pródiga y fecunda. Y para que a este culto no le aconteciese lo que a las an-

tiguas religiones, de desmoronarse unas tras de las otras, no se le introdujo nada de sobrenatural; sus prácticas no dan ganancia a nadie, y como no tiene misterios ni dogmas, no precisa de catecismo ni de libros sagrados. He ahí por qué nuestra religión, que cuenta cerca de un millón de años, se conservó ingenua en su fondo e inalterable en su forma exterior.

Sus templos consisten en una tribuna al pie de los arbolados, teniendo por pavimento el suelo cubierto de verdura, por techumbre la bóveda celeste, por ornamento las flores y por sacerdotes los ancianos que cuentan más años de vida, y por tanto recibieron más beneficios de la Naturaleza. Para ser sacerdote no se precisa hacer estudios especiales, tanto para dirigir las preces como para el ritual, que es sencillísimo; si algún ritual existe, puede ser el cariñoso cuidado que se presta a las plantas: sacar la maleza de un arbusto o del tronco de un árbol es considerado una obra de caridad; regar un rosal u otra planta cualquiera, es tenido en el concepto de una limosna; desobstruir un canal para que el agua corra libremente, es practicar una obra de misericordia. Estas prácticas son ejecutadas con la mayor religiosidad por los marcianos, a los que, desde pequeñitos, sus madres educan en estas buenas costumbres con la intención de elevarles el espíritu hacia la Madre-Naturaleza. En esto consiste el culto y en las grandes fiestas hechas durante el año, en las que el pueblo

va a tributarle adoración y al mismo tiempo a divertirse.

Son estas fiestas una necesidad psicológica que siente la humanidad para dar expansión a los sentimientos de alegría y amor que experimenta por todo cuanto hay de bueno y bello, sirviéndole al mismo tiempo para honrar a la madre común. Acontece en estas fiestas ir asociados hombres, mujeres y niños para un mismo fin y una misma idea, corriendo cordialmente en una expansiva fraternidad en pos del amor y del bien.

—Las ideas que ustedes aquí tienen sobre la Divinidad no dudo lleguen algún día a propagarse en la Tierra, donde actualmente todo tiende a simplificarse; la religión de ustedes es una religión racional y al mismo tiempo un modelo de sencillez. Ahora la humanidad marciana, lo mismo que la terrestre, deben parecerse en lo tocante a romerías, porque, yo no puedo saber lo que aquí sucederá, pero allá, fuera de unos pocos que van por devoción, la mayoría va por divertirse.

—En eso se engaña usted—dice Feijóo—; aquí todos van a la romería saturados de un profundo sentimiento religioso, lo que podrá atestiguar mañana presenciando la fiesta; pero veo que se hace tarde y es hora de irnos a acostar para mañana estar dispuestos para hacer la caminata.

II

Hacía ya algunas noches que sentía dificultad en conciliar el sueño, achacándolo a la ligereza del aire; aquella noche oí todas las horas y la pasé entre dos sueños. Por la mañana temprano, cuando me iba adormeciendo, me despertó el ruido de platos y cacerolas que partía de la cocina. Había quedado decidido que el viaje, cerca de dos horas, sería hecho a pie, porque los vehículos estaban tomados, y en la navegación aérea no había que fiar, por el gran número de personas que de todas partes acudirían a la fiesta.

Partimos a las siete, después de desayunarnos, llevando cada cual su lote, pues todas las vituallas fueron repartidas con la intención de pasar el día entero en el campo. Tomamos por una calle perpendicular a la nuestra, yendo a dar a la gran calle diagonal de la izquierda y siguiendo por la misma salimos a los arrabales, dejando a nuestra izquierda el parque exterior y las alamedas. Empezaba allí el camino vecinal que conducía a las montañas, donde en las vertientes opuestas se realizaba la fiesta.

El camino no era ancho, pero sí suficiente para el tránsito de dos vehículos en sentido opuesto. Esta vía descendía suavemente y estaba arborizada a ambos lados, como todas las vías de comunicación; en las encrucijadas encontrábase una fuente con pila baja para re-

frigerio de hombres y animales. Después de pasar la encrucijada había mucha animación, gente a pie, a caballo, en coche, en autos y de vez en cuando un aéreo pasaba zumbando sobre nuestras cabezas. Noté que muchas mujeres llevaban en las manos ramilletes de flores frescas, además de las que lucían en los cabellos; como yo mostrase interés en conocer algo respecto a aquellos atayíos, Feijóo satisfizo mi curiosidad explicando que aquellas flores iban a servir para ornamentar el altar y que cuando allá llegásemos vería la destinación que se le daba a aquellos ramilletes.

Continuando nuestro camino, Feijóo dijo que aquella fiesta a la que íbamos a asistir era presidida por las autoridades, y que fuera de ella había otras, particulares a cada comarca; de manera que todo el verano, parte del otoño y a principios del invierno, además de las seis fiestas anuales, había fiestas particulares en cada municipio. Es una necesidad para nuestra alma sensible la repetición de estas fiestas, donde el pueblo huelga y se divierte aunado en un único pensamiento: el de honrar nuestra madre Naturaleza, y al propio tiempo gozando un día más de vida y de alegría. Pues por dichosa que sea la existencia precisamos quebrar la diaria monotonía manifestando ruidosamente en estas fiestas nuestro contento y buen humor. Por el lado de los sentimientos afectivos que duermen en las criaturas, necesitamos dar expansión al fon-

do de misticismo que aquellos sentimientos engendran en nuestra conciencia: Porque el hombre lo mismo que el niño, sin darse cuenta, tienen en su naturaleza la necesidad apremiante de creer en algo de sobrenatural. Y hacia ese sobrenatural misterio de la vida constantemente ambicionado, es a lo que el hombre camina, aun cuando mal de su grado su razón no le explique, como al presente, otra cosa que el deseo de ver lo que espera encontrar en la fiesta hacia la que corre. Acontece infelizmente, después de la expansión dada al espíritu y el regocijo terminado, de encontrarnos en el mismo estado de ánimo anterior; pero abrigamos durante los días precursores de la fiesta una dulce y suave ilusión.

Nuestra alma precisa ser dirigida hacia nobles y altos sentimientos que acompañen nuestros ideales en todas las fases de nuestra existencia, a fin de hacer la vida más agradable y digna de ser vivida. El alma humana es como un espejo en el cual se reflejan nuestras sensaciones buenas, malas, agradables o desagradables que sentimos en nuestro sér íntimo. Este nos habla ese lenguaje mudo que nos comunica el mundo exterior, ya sea por su forma, si son animales o plantas, ya sea por las ideas si nos son sugeridas por individuos con quienes convivimos, o bien por el variado espectáculo que nos presenta a cada paso la Naturaleza. En todo esto sentimos respirar la vida que admiramos en todos los mo-

mentos de nuestra existencia, de esa vida que conmueve nuestra conciencia y nos sugiere no sólo ideas nuevas, como emociones de una variedad sin término. La Naturaleza, que en sus variadísimos aspectos conmueve e impresiona nuestra alma, hácela raciocinar sobre todo cuanto ve, emocionándola de distintas maneras, según se halle aquélla en estado de equilibrio o desequilibrio mental. Precisamos remarcar que el estado de nuestra alma no es siempre el mismo; difiere de un momento a otro; hoy sentimos de un modo, otro día la tensión nerviosa es más fuerte y debido a eso el desequilibrio de nuestras facultades es mayor, y por concomitancia nuestras sensaciones son más delicadas y agudas, hiriendo más vivamente nuestra conciencia. Es en ese estado inestable de nuestra alma, o sea de su desequilibrio, cuando surgen las ideas nuevas, ideas muchas veces trascendentales que nos elevan a las altas regiones de la abstracción, abriéndonos el camino para las grandes invenciones y los grandes descubrimientos. Es en el estado de desequilibrio casi total, que los grandes hombres han conseguido alcanzar sus objetivos, las más de las veces a costa de los mayores sacrificios de tiempo, perseverancia, privaciones, sufrimientos, paciencia y abnegación. Ese estado de desequilibrio de nuestras facultades que todo lo sufre, todo lo arrastra y todo lo soporta para conseguir sus fines, se tiene repetido casi siempre, y la mayoría de

los grandes inventores han pasado por ese estado enfermizo, vecino de ¡la fiebre y la locura!

Las ideas que surgen a nuestro espíritu hay quien supone nos vienen de la Divinidad, y pasan de lo consciente a lo inconsciente, sin nosotros apercibirnos. También es cierto que las más de las veces, para que ellas surjan, tienen que ser estimuladas por nuestros órganos físicos, y hasta parece paradójica: precisa nuestro sistema nervioso ser sacudido para que las ideas afluyan a nuestro cerebro. En resumen, las ideas, cuando se fijan en la mente humana y llegan al estado inconsciente, el hombre, a pesar de su ilustración y conocimientos, las acepta ciegamente, ya no las discute ni oye argumentos contrarios en ese estado del alma; las ideas se transforman en sentimientos y entonces ¡adiós raciocinio! Estas transformaciones mentales, ciertamente no se consiguen de improviso, son el resultado del trabajo de algunas generaciones que, educadas en determinadas ideas, a fuerza de oírlas, grábanse poco a poco en la mente de los pueblos. Modos idénticos de pensar y sentir, a fuerza de ser repetidos y ponderados, penetran en el alma de las gentes, y fué por ese camino que muchas ideas *sin pies ni cabeza* hanse apoderado y fijado en el corazón de muchos pueblos. El cerebro humano está constituido de idéntico modo en todos los pueblos y en todas las razas, y las ideas pueden ger-

minar y ser desenvueltas con iguales resultados en todas ellas. Por otra parte, el instinto de imitación que todos los hombres poseen desde el nacer ha sido, a mi juicio, uno de los mayores elementos para el progreso humano, porque el imitar lo que los otros hacen crea la emulación y esto hace producir nuevas energías. Es también cierto que el medio en que vivimos nos perfecciona, desenvuelve nuestra inteligencia y nos hace más activos y mejores.

Por otra parte, el hombre es insaciable, como ya tengo dicho en más de una ocasión; abriga generalmente nuevas aspiraciones, ya sea para mejorar lo presente como también para mejorar lo por venir. Sus gustos disienten de un día para otro, vive continuamente alimentando aspiraciones nuevas que, una vez realizadas, las olvida bien pronto para pasar a otro orden de ideas. Y no viviríamos satisfechos si no pudiéramos alimentar nuevos deseos que al principio se nos presentan borrosos y confusos para luego ir tomando forma, dibujarse más nítidos, hasta aparecer enteramente claros a nuestro espíritu, ávido de sensaciones nuevas, que terminan transformándose en activas energías, las cuales se agitan y accionan en el momento oportuno para que el deseo se haga una realidad.

Nuestro sér pensante, el alma, vive rodeado de sus auxiliares los sentidos, que son como los tentáculos de que ella se sirve para

conocer las cosas. Además de estos auxiliares se sirve de la memoria, que en los pasados tiempos era considerada como una de nuestras facultades intelectuales, al par de la inteligencia y la voluntad, pero que ahora no le damos esa importancia. La consideramos, sí, como un poderoso auxiliar que liga el pasado con el presente y que además sirve como de correo a nuestra inteligencia para recordar ideas propias o ajenas que le sean necesarias en la ocasión. La memoria, por tanto, es una facultad secundaria, existe en los animales y nada tiene que ver con la inteligencia, puesto que los animales superiores todos poseen la memoria, que no se borra en ellos y perdura durante años, como usted ha podido observar en el curso de su vida. Cuando yo vivía en la Tierra considerábase a la memoria como la primera facultad o potencia del alma, absurdo en el cual quizá continúen ustedes todavía, tanto, que había la opinión de que el hombre sabía lo que la memoria podía retener, axioma estúpido que anulaba la inteligencia negándole ideas propias y obligando a pensar con la mente de los otros. Ahora, si como algunos filósofos dicen, las ideas son innatas, entonces la memoria es el principal elemento que posee nuestra inteligencia y nuestra razón para conocer las cosas, por cuanto las ideas surgen con el auxilio de la memoria, y ésta no hace más que recogerlas en donde se encuentran depositadas, trayéndolas sumisas

a nuestra inteligencia para servirnos cuando pensamos, cuando hablamos o cuando escribimos. Si las cosas sucedieran así, la memoria desempeñaría el papel más importante en nuestra existencia, sobreponiéndose completamente a la razón y al entendimiento.

—Todo cuanto acaba de decir me ha instruido e interesado mucho y deduzco de su conversación que habrá usted sentido algunas de esas sensaciones más de una vez.

—No pasan de divagaciones para entretener el tiempo en esta larga caminata, haciendo nuestro paseo menos pesado, yendo como vamos en busca de emociones agradables y ahuyentando todo aquello que se pueda oponer a nuestra dicha. Y no sólo en esta ocasión, sino en todas cuantas diariamente se nos ofrezcan al paso, nuestra norma deberá ser alcanzar la felicidad. Este es el gran problema de nuestra existencia: ¡Ser feliz! Tomar la vida por el lado bueno y agradable que ella nos ofrece aceptándola como ella es, quiero decir, verla por el lado optimista. Ahora esperar que los acontecimientos que aparezcan en nuestro camino nos sean favorables sería una quimera; nosotros deberemos aceptarlos como ellos son, pues nunca los acontecimientos llegan al gusto de nuestro paladar. Esto es tan verdad que podemos aventurar que no hay un solo hombre que pueda decir que ha llegado al término de sus objetivos por la línea recta. Porque ni yo, ni usted, ni nadie, po-

drá decir que ha conseguido sus fines más que por las vías torcidas o sinuosas. Muchos hay — estos son a mi juicio temperamentos enfermizos — que se quejan antes de tiempo augurando mal de lo que les puede acontecer; lamentanse de que las cosas lleguen fallidas y echan de lado las probabilidades y las esperanzas; estos son doblemente infelices porque antes de que llegue la desgracia se quejan de ella. ¿No sería más juicioso esperar serenamente los acontecimientos sin lamentarse de antemano de que nos lleguen contrarios? ¿De qué les sirve y qué les adelanta a esos infelices el lamentarse antes de tiempo? Esas personas son de naturaleza pesimista que encaran la vida por el lado desagradable y parece quieren ser desgraciados a la fuerza.

Volviendo a nuestra facultad pensante, el alma, es indudable que para vivir ella feliz, precisamos hacer variada la existencia amenizando la vida con estas fiestas realizadas periódicamente con pompa y alegría entre los marcianos. La misma naturaleza con los múltiples y sorprendentes aspectos que nos presentan a cada paso el cielo, el mar, el campo y las montañas, nos enseña y conduce nuestros gustos a variar la vida. Porque; si los hombres llevasen una vida monótona e igual, sin incidentes, desde el principio hasta el fin del año, caeríamos en el amaneramiento, se atrofiaría nuestra inteligencia, viviríamos sin ideales y

sería, podemos decir, la muerte del espíritu.

Paró aquí la conversación de Feijóo, y continuamos por algún tiempo caminando silenciosos hasta llegar a un paraje en el cual carros y transeúntes tuvieron que parar, para dar paso a los vehículos que desembocaban por la izquierda del camino, siendo obligados a separarnos por la mucha gente que lo obstruía. Este, hacía algún tiempo no descendía y en una gran extensión corría plano. Luego que nos fué posible reunirnos, Feijóo volvió a tomar el hilo de la conversación.

—Las religiones que hubo anteriormente en el mundo, festejaban a la Divinidad, ofreciéndole actos expiatorios, oraciones y ayunos, que no eran otra cosa, que una repetición de los actos de servilismo que los pueblos ofrecían a los reyes y potentados de los cuales dependían. Nuestra religión la celebramos con estas manifestaciones exteriores de alegría, y es así cómo desde los primeros tiempos fué practicado nuestro culto. Además estas solemnidades imprimen variedad y nos distraen de las diarias tareas, viniendo estos regocijos a movimentar nuestra existencia. La vida monótona y pacata, el deslizar de los días calmos y serenos, la paz ininterrumpida de nuestra alma, contribuyen ciertamente a hacer nuestra felicidad, pero no la completan. Porque ese estado de prolongado sosiego precisa ser interrumpido bien por ocasión de algún aniversario o bien por medio de estas fiestas en que nuestra reli-

gión de amor, de vida y de alegría reúne al pueblo en comunión expansiva de fraternales sentimientos. Aún no llegué a explicarle el fondo de esta cuestión, a fin de que usted pueda comprender mi pensamiento último, preciso hablar más claro: por más que queramos aparecer incrédulos no lo podemos ocultar; la religión obedece a un deseo, a eso desconocido, a ese algo de superior y de divino que eleva nuestra alma, especialmente cuando contemplamos el cielo estrellado que en las claras noches admiramos y nos infunde la idea de lo infinito... digámoslo en una palabra: ¡DIOS!

Hallé estas ideas justas, no ocurriéndoseme respuesta alguna que pudiese corroborarlas en uno u otro sentido. En estas divagaciones marchábamos distraídos sin darnos cuenta de haber dejado el terreno plano y caminamos algún tiempo cuesta arriba; poco a poco y sin percibirlo, fuimos acortando el paso por efecto del cansacio. Los frutales que hasta allí margeaban el camino, se extendían a uno y a otro lado en un largo pomar, y luego de haberlo atravesado entramos en el bosque. Estaba éste formado por árboles frondosos y corpulentos que cubrían las laderas de aquellas montañas en una extensión interminable.

Aquí, Feijóo, fué explicando que aquel bosque iba ladeando la cordillera siendo sus árboles de la misma especie y producían un fruto del que por el proceso de la presión extraían

un excelente aceite. Estas vertientes—siguió—están plantadas de esta especie de árboles, a los que, el aire marino que reciben, favorece el desenvolvimiento: en cambio las vertientes opuestas, a las que luego llegaremos, están plantadas de otra especie de árboles que producen un fruto farináceo, excelente alimento para el invierno. En el planeta la mayoría de las montañas y todas las cordilleras tienen esta misma disposición, unas producen frutos comestibles y otras como esta, aceites que son empleados en la alimentación o en la industria.

Insensiblemente y sin darnos cuenta nos encontramos fuera del bosque y comenzamos a ladear la montaña; crecía por allí una planta rastrera parecida a nuestros helechos. Marchamos por aquellos parajes durante algún tiempo sin otras particularidades que la de ser la subida asaz empinada hasta llegar a cierta altura en donde, de pronto, se descortinó un nuevo espectáculo. Un bosque aparecía a nuestros pies continuado por una extensa planicie que iba a perderse en el horizonte, divisándose allá en lontananza, un canal que corría paralelo a la cordillera. Comuniqué a Feijóo mi admiración ante la vista de aquel trabajo artificial en el cual se percibían como unos mosquitos: eran las embarcaciones que llevaban los productos de una región a otra.

Feijóo, a aquel propósito, me explicó que se habían conseguido resultados admirables

con los trabajos de ingeniería hechos con el propósito de desenvolver el comercio y la agricultura. Esas campiñas fértiles y florecientes que ahora contemplamos, han sido en lejanos tiempos, antes de haberse construído ese canal, pantanos insalubres. Lejos de aquí, otras zonas inhabitables a causa de las pésimas condiciones climatológicas, modificaron la temperatura desbrozando las tierras y entregándolas al cultivo. Estos bosques creados artificialmente vinieron a dar mayor salubridad a estos parajes y sobre todo con la buena distribución dada a las aguas sanearon por completo esta comarca.

Algún tiempo llevamos descendiendo por la montaña para llegar al bosque. Antes de que hubiésemos llegado, nos encontramos con el hijo de Feijóo que venía a nuestro encuentro. No describiré las demostraciones de alegría y de paternal y filial amistad que ambos se hicieron; mi amigo se encontraba desde aquel momento con toda la familia reunida. El venía solo, pues había dejado a la mujer esperándonos instalada bajo el arbolado desde donde se podrían apreciar las ceremonias.

Después de aquel encuentro continuamos nuestra marcha guiados por Feijóo y su hijo que juntos iban delante conversando; dejaron en cierto punto el camino, tomando un estrecho sendero que nos obligaba a ir unos en pos de los otros. Yo iba haciendo mis reflexiones sobre todo cuanto veía; comparaba el follaje

de aquellos árboles con los que habíamos dejado atrás, noté ser aquellas hojas de un verde amarillento, en cuanto las otras eran de un verde ceniciento, supe más tarde, que los follajes de este bosque pasada la florescencia, tornábanse de color rojo vivo todo el verano y principios del otoño, terminando al caer en naranjado oscuro, los follajes del otro bosque, mudaban en róseo para terminar como nuestras hojas secas.

Entrando en el bosque percibíase mucha gente acostada al pie de los árboles o sobre el cespel en espera de la fiesta. Feijóo y su hijo que nos guiaban, lo atravesaron, conduciéndonos al lugar en que se encontraba la nuera.

Volviéronse a repetir los abrazos y regocijos anteriores, sentándonos, pasadas estas manifestaciones, sobre la fresca hierba. Terminadas las primeras expansiones y cuando hallé propicia la ocasión, pedí a Feijóo, si no le contrariaba, que me llevase junto al altar para estar cerca de las ceremonias. El advirtió a la familia que iba a ausentarse conmigo para que yo pudiese apreciar mejor la fiesta y que volveríamos inmediatamente de terminarse los primeros oficios. Obtenido el permiso nos dirigimos al lugar de la fiesta yendo a colocarnos frente al altar para disfrutar mejor del espectáculo.

El altar estaba orientado al norte, asentado sobre unos vetustos peñascos, enmoldurado a la derecha por el pomar y a la izquierda por

el bosque. Era construído todo él de piedra sin más ornamento que algunas molduras lisas, formado por dos cuerpos, uno a raíz del suelo y el otro en forma de trihuna o altar en el centro. El primero consistía en una explanada circular con un asiento corrido en toda su circunferencia interna, donde había espacio para sentarse unas cien personas; ascendíase a él por cinco escalones de la anchura del cuerpo central o tribuna. El segundo, colocado al centro, se componía de una plataforma semicircular, a la cual se subía por nueve escalones, limitados lateralmente por un pasamano; encima había un asiento semicircular interrumpido al centro por un pedestal a manera de ara, y que servía para depositar allí los frutos que se iban a celebrar aquel día. El respaldar del asiento era bajo, la misma disposición presentaba el gran asiento circular de la explanada; esto permitía al público ver, de cualquier lado en que se encontrase, a las personas que en él estuvieran sentadas.

Nos fuímos acercando; vi que las paredes tanto de la explanada como de la tribuna estaban desprovistas de ornamentos, tanto interior como exteriormente. Noté que por detrás de ésta corría un asiento semicircular convexo, haciendo frente al circular de la explanada. En aquella ocasión estaban ornamentando la pared exterior de ésta que bien pronto quedó terminada. La ornamentación consistía simplemente en enfilear en los agujeros que para

aquel objeto había en la pared, los ramilletes que viera por el camino en las manos de las mujeres, y de lo cual Feijóo me había hecho antes referencia. Luego que la pared exterior de la explanada quedó terminada entraron las muchachas y mujeres dentro y, subidas al asiento que corría por detrás de la tribuna o altar, se pusieron a enfilar los ramilletes en los agujeros practicados en aquella pared, y fué una batahola la de llegar primero para colocar cada cual su ramillete, quedando en poco tiempo terminada la ornamentación de la parte que pertenecía al público. Como fuésemos haciendo el giro alrededor del altar, cuando nos encontramos situados en la parte posterior del monumento pude apreciar los adornos que los ramilletes dibujaban: En la parte correspondiente al respaldar del asiento que corría interiormente por el primer cuerpo se dibujaba un friso formando arabesco, luego una línea de ramilletes más juntos, marcaban la línea del asiento, y debajo, un rodapié a manera de greca terminaba la ornamentación. En la pared de la tribuna o cuerpo central, marcábase la altura del asiento con una doble fila de ramilletes bastante apretados, y por debajo corría una guirnalda con pinjantes de un bellissimo efecto. Feijóo llamó mi atención para una línea recta de agujeros que había en lo alto de la pared y otra que le seguía debajo en forma ondulada; y me explicó que tanto aquellas líneas como la ornamentación del

altar y de la escalera era privilegio de las Hermanas Humanitarias y su adorno consistía en flores y los frutos del día.

Poco tiempo tardó el dorso de la tribuna en quedar ornamentado; noté que algunas retrasadas no encontrando lugar para colocar sus ramilletes, los depositaban sobre las escaleras del cuerpo central o tribuna. Acabamos de completar el giro alrededor de la pared de la explanada llegando insensiblemente hasta la entrada donde terminaba la decoración exterior, allí vimos ésta, también ornamentada, y de idéntico modo los cinco peldaños de acceso. Estábamos entretenidos en la contemplación de aquellos detalles, cuando inopinadamente oímos un rumor que venía del pomar y se hacía cada vez más intenso y cercano; era la Hermandad que llegaba a la fiesta para principiar las ceremonias. Efectivamente, entre el bosque y el pomar del lado norte aparecieron las hermanas trayendo instrumentos músicos unas, los papeles para el canto otras, y las más con flores y ramilletes de flores y frutos en las manos. Cerraban la marcha las superiores trayendo en medio de ellas una joven de unos 14 a 15 años, magnífica de proporciones y de rostro asaz bello. El público abrió alas para dejarlas pasar; luego de llegar entraron en la explanada, unas subieron al altar y arrodilladas sobre el asiento del semicírculo acabaron de ornamentar el alto de la pared exterior, y luego otras se ocuparon en el ador-

no del ara, que llevó bastante tiempo por ser la ornamentación no hecha con ramilletes, sino con flores sueltas y frutos, escogidas aquéllas según los colores, para colocar en las molduras del pedestal que iba a servir para depositar la canastilla con los frutos que se celebraban en el día; entretanto el pasamano y los nueve escalones de la tribuna eran adornados con ramilletes, frutos y flores.

Luego que el altar quedó completamente ornamentado, pude apreciar el gusto y la sencillez de aquellos adornos; el efecto causaba una gran alegría y el fondo oscuro del bosque le daba mayor realce. Orientado el altar hacia el norte batíale el sol de lado proyectando una corta sombra sobre su izquierda, el bosque y el pomar lo enmolduraban, y el efecto producido por las flores tan artísticamente distribuidas impresionaban al espectador; yo mismo me sentí emocionado.

Las Hermanas Humanitarias habían ido sentándose en sus lugares; el asiento circular ya estaba repleto; a un lado de la entrada se habían sentado las instrumentistas, del lado opuesto las cantoras y en el dorso de la tribuna las danzarinas; luego subieron al altar las superiores con la hermana joven, sentándose a la izquierda del ara. Poco después llegó un grupo de hermanas trayendo un canastillo lleno de los frutos que se iban a celebrar en aquel día, el cual fué puesto encima del ara; con esto quedaron terminados los preparati-

vos. Acabados estos preliminares, subieron las autoridades a que pertenecía el municipio y tomaron asiento a la derecha del pedestal donde descansaba el canastillo. Inmediatamente, las cantoras, acompañadas por las instrumentistas, entonaron una cantata que sirvió de introducción a la fiesta y duró bien un cuarto de hora.

III

Terminada la música, uno de los ancianos que estaba sentado se levantó; era el juez de aquel municipio a quien tocaba officiar; cuando se puso en pie y se adelantó para hablar en medio del estrado, noté un movimiento general de atención. Pronunció unas palabras de introducción invitando al pueblo a principiar la fiesta; un silencio grande se produjo; parecía que las gentes habían contenido la respiración, que el rumor del bosque y del pomar se paralizaran, hasta parecía que los animales callaran; y aquella voz fué oída clara y sonora por todos los presentes, en aquel gran ambiente, en el bosque, en el pomar y en los prados adyacentes.

El anciano retornó a su asiento e inmediatamente la música tocó un bailable que las danzarinas ejecutaron sobre la explanada al pie de la tribuna, haciendo pases y figuras garbosas cuyas gracias aumentaban con el juego de los velos que entrelazaban unas con las

otras; duró este bailable cerca de diez minutos.

Acabada esta parte, el oficiante se levantó y, puesta la mano sobre el canastillo, dirigió una salutación a la Madre Naturaleza agradeciéndole los frutos que en aquel día celebraban. Respondiéronle las hermanas con otros cantos acompañados de los instrumentos por un buen espacio de tiempo; en tanto, el celebrante se mantuvo en pie con una mano apoyada sobre el ara. Terminados los cantos dió unos pasos, colocándose bien al centro de la plataforma y levantando ambos brazos al cielo hizo las siguientes súplicas:

Ofic: "Escúchanos ¡oh divina Naturaleza!
"Escúchanos con tu habitual benevolencia ¡oh
"madre cariñosa de los marcianos! A tí eleva-
"mos nuestros corazones agradecidos por los
"beneficios que diariamente nos concedes, ha-
"ciendo brotar los sembrados para nuestro
"sustento, la hierba para nuestros ganados y
"las frutas para nuestro alimento y regalo.
"¡Oh, divina madre! ¿Qué pueden hacer los
"marcianos para agradarte?"

A esta súplica un coro monstruo formado por los instrumentos, las cantoras y el público, que parecía haberse ensayado para aquella fiesta, respondió: "Que seamos sencillos en
"nuestras relaciones con los parientes y ami-
"gos y amemos el trabajo, único medio para
"ser felices."

Ofic: "¡Oh, divina Naturaleza, madre de los

"marcianos! ¿Qué más podemos hacer para agradarte?"

Coro: "Cultivar el suelo con amor y cariño, de él sacaremos para nuestro sustento y para el de los animales que sobre él crecen."

Ofic: "¡Oh, divina Naturaleza, madre de los marcianos! ¿Qué más podemos hacer para satisfacerte?"

Coro: "Aumentar el cultivo de los granos, de las hierbas y de los frutales."

Ofic: "¡Oh, divina madre de los marcianos! ¿Qué más podremos practicar para serte agradables?"

Coro: "Regar los terrenos secos y desecar los húmedos, aumentando con esto la producción del suelo."

Ofic: "¡Oh, divina, etc! ¿Qué más podríamos practicar para complacerte?"

Coro: "Llevar la cuenta exacta de los alimentos que el suelo produce y armonizar la población con ellos."

Ofic: "¡Oh, divina etc! ¿Qué otra cosa podremos hacer en tu obsequio?"

Coro: "Amar entrañablemente nuestro planeta tratando de embellecerlo cada vez más."

Ofic: "¡Oh, divina etc! ¿Qué más podremos practicar para servirte?"

Coro: "Aumentar los caminos y canales para incrementar la amistad y riqueza entre los marcianos."

Ofic: "¡Oh, divina etc! ¿Qué podremos hacer para honrarte más?"

Coro: "Ser buenos maridos, buenas esposas
"y buenos hijos, siendo sobrios en nuestras
costumbres."

Ofic: "Oh, divina etc! ¿Qué más será pre-
"ciso hacer para aumentar tu alegría?"

Coro: "Que practiquemos la justicia, no
"haciendo al amigo lo que no quisiéramos para
"nosotros."

Ofic: "¡Oh, divina etc! ¿Qué más debemos
"practicar para conservar tu amistad?"

Coro: "Amarnos con igual cariño que has-
"ta aquí, conservando el culto inmutable."

Las Hermanas Humanitarias cerraron es-
tas súplicas tocando un adagio acompañado
por las cantoras y danzarinas que bailaron al
pie del altar ejecutando pases en la cadencia
de la música. Terminadas las danzas, el juez,
junto con las autoridades, descendió de la tri-
buna; lo propio hicieron las superiores con la
joven, juntándose con las compañeras que en
la explanada las esperaban para ir a descan-
sar al bosque.

Luego el público se desbandó yendo al po-
mar a hacer cada cual su provisión de frutos
y cuya operación llevó bien una hora. A las
hermanas les fueron servidas dos cestas reple-
tas de fruta, que las autoridades habían hecho
preparar con anterioridad. Los perezosos que
no querían tomarse el trabajo de ir a coger
la fruta, iban a los puestos de las vendedoras
a comprarla. Después de provistos de ella to-
dos se iban dirigiendo camino del bosque, don-

de tenía lugar la comida a la sombra de los árboles.

Era cerca de mediodía, la caminata nos había abierto el apetito; nos dirigimos al lugar en que habíamos dejado a la familia y luego que nos hubimos sentado sobre la hierba empezaron a desliar los paquetes y vituallas. Luego fueron llegando los dos hijos de Feijóo con los niños trayendo su provisión de fruta; los otros grupos que estaban cerca de nosotros hicieron lo mismo y poco después todos en el bosque trataban de restaurar sus fuerzas.

Noté que, tanto en nuestra rueda como en las otras, dieron principio a la comida por las frutas, lo que hallé razonable, pues procediendo así, practicaban un acto en honor de la fiesta dando en el ágape la predilección a las frutas que se celebraban aquel día. Ví ser los marcianos muy expansivos, más por efecto del carácter que por la bebida, pues reparé que el vino fué bebido parsimoniosamente en todas las ruedas; lo que corrió abundantemente en la refección fué el agua, sólo al final se bebió algún vino y el que más bebió no llegaba a la quinta parte de nuestros litros. Esta sobriedad en la bebida hizo que no se produjese ningún desorden entre tanta gente que asistió a aquella fiesta; verdad es que para prevenirlos había rondando por allí guardias municipales venidos expresamente por mandato de las autoridades a que pertenecía la comarca.

El bosque era interminable y ofrecía espacio para todos tenderse a la larga y dormir la siesta, lo que hicieron los de edad madura después de satisfecho el apetito; mientras que la gente joven se fué separando de sus familias y formando corros que se pusieron a bailar al son de las auto-músicas. Generalizáronse las danzas por el bosque adelante y no descubriré la alegría que mostraban danzarinas y danzantes para no alargar esta descripción; diré solamente, que, desde las catorce hasta las dieciseis, el bosque parecía haber sido transformado en salón de baile.

A las dieciseis cesaron las danzas y a esa hora las Hermanas Humanitarias iniciaron la salida para ir a las preces, colocándose en el mismo orden que lo habían hecho a la mañana y se dirigieron al altar. Luego las superiores, siempre en compañía de la joven, subieron a la tribuna, en lo que fueron imitadas por las autoridades.

Después de haber unos y otros ocupado sus asientos, esperaron a que el público se acomodase y cuando se restableció la calma, el oficiante se puso en pie y adelantándose en medio del estrado pronunció una invocación invitando al pueblo a las últimas preces, con las cuales se cerraba la fiesta, y como de mañana se hizo un profundo silencio.

Pasados algunos momentos de espera aparecieron las danzarinas al pie de la tribuna, las instrumentistas tocaron un bailable en

crescendo que las danzarinas acompañaron en la misma agitación de la música. Mientras duraba esta danza, las hermanas superiores despojaban de sus vestidos a la joven, cubriéndola luego con un manto azul bordado de flores y ramajes.

Dos de las superiores adelantáronse sobre el estrado conduciendo cada una de la mano a la joven; inmediatamente cesaron la música y la danza, yendo las danzarinas a sus lugares. Hubo unos breves instantes de inmovilidad y a un momento dado las superiores que ladeaban la joven, la descubrieron tirando para atrás el manto, que quedó sirviéndole de fondo; en aquel instante las cantoras, con la orquesta, entonaron el HIMNO A LA VIDA, representada por un bello cuerpo de mujer, el mejor fruto que ofrecía a los humanos la Madre Naturaleza. En el primer instante, al verse descubierta, hizo un gesto púdico, tapándose la cara con ambas manos, después alzó los brazos al cielo en actitud suplicante, luego se cubrió el seno con una mano, en cuanto que la otra caía en abandono; por último abrió los brazos mostrando su cuerpo escultural, bello de formas y proporciones, y en este gesto fué poco a poco levantándolos al mismo tiempo que giraba sobre sí misma para que todas sus partes pudieran ser admiradas. El contraste que ofrecían las superiores que sostenían el manto apareciendo con los brazos y garganta desnudos, hacía, por sus formas

ampulosas, oposición a la delicadeza, altura, proporciones, belleza de rostro y formas, de la que representaba el papel de fruto, y me pareció estudiado a fin de obtenerse un efecto artístico completo. Por último la cubrieron con el manto y envuelta en él, oyó en actitud recogida la terminación del himno. Acabado éste, ella misma abrió el manto para mostrarse una última vez y en aquella posición fué reculando, siendo acompañada por las superiores, que al llegar al asiento la ayudaron a vestir.

Todo esto se pasó en silencio, ni una exclamación, ni un grito que pudiese demostrar sorpresa; todos allí presenciaron la exhibición de la mujer desnuda en un religioso silencio, como los cristianos en la Tierra presencian la exposición del Sacramento en medio de un mudo recogimiento. Participé a Feijóo la impresión que me había hecho aquella exhibición; él me respondió:

Usted es un terrestre, piensa como las gentes de su planeta que, ante una exhibición de esta especie les excitaría la lascivia, por su educación que considera el acto carnal como un pecado. Aquí no sólo no somos a eso contrarios, sino que esta exhibición tiene el elevado fin moral de educar a los marcianos desde pequeños en el culto de la belleza física. En nuestras fiestas religiosas existe esta parte que habitúa a los marcianos a ver los seres desnudos por el lado ideal de la vida. Esto

familiariza a los muchachos en la contemplación de los cuerpos bellos, y cuando llegan a hombres saben mejor escoger lo que les conviene para obtener buenos vástagos. Sirve a su vez, de enseñanza a las muchachas, para forjarse un ideal de cómo deberán ser conformadas, las incita al perfeccionamiento y mata las ilusiones a aquellas que sean demasiado delgadas o rechonchas; esto, en suma, forma parte de nuestra educación.

Antiguamente las religiones de las primeras edades ofrecían a la Divinidad sacrificios humanos, en los cuales se inmolaban hombres, mujeres y niños en la intención de calmar la ira del Dios que adoraban, esto infundía en las gentes una impresión terrorífica que servía como calmante a su ferocidad. Después, cuando ya los pueblos fueron dulcificando sus costumbres sustituyeron estos sacrificios por animales domésticos que ofrecían a la Divinidad en medio de grandes ceremonias que terminaban por banquetearse los sacerdotes con la carne de las víctimas. Y andando los tiempos, con el advenimiento de nuevas civilizaciones, las religiones siguiendo "pasi paso" el adelanto social, se contentaron con ceremonias que simulaban los antiguos sacrificios, pero que eran púramente místicos. Ahora nuestra religión, para no olvidar enteramente la religión del pasado, y como una tradición religiosa, expone a la vista del pueblo, y como coronamiento de la fiesta, un niño de 7 a 8 años

en la *fiesta de las flores*; una muchacha de 15 en esta de los *primeros frutos*; en la de los *grandes frutos* es un joven de 20 a 22 años, y en la de las *vendimias* una mujer de 28 a 30 años. En las otras fiestas que se realizan a la entrada del invierno no se hace exhibición alguna.

A excepción de la fiesta de las flores, que siempre se hace recaer en día dedicado a la mujer por ser ésta la que dirige las preces, todas las demás se hacen en día dedicado al hombre; así, por ejemplo: si el domingo fuese día dedicado a la mujer, la fiesta se hace en sábado; para eso están marcados los dos días seguidos de la fiesta.

Durante este coloquio los de la tribuna acabaron de vestir a la muchacha que había servido en la ceremonia, y luego el oficiante se puso en pie y esperó algunos instantes a que el pueblo hiciese silencio, para proceder a la última parte de las preces, con las cuales se terminaba la fiesta.

HIMNO A LA MADRE NATURALEZA

"¡Oh, amada Naturaleza, nuestra buena madre! ¡Tú que llenas el planeta de frutos variados y sabrosos cuya abundancia no tiene límite!

"¡Oh, adorada Naturaleza; hoy elevamos a ti nuestros corazones, oh madre bien amada, y te rogamos nos favorezcas acogiendo benévolamente nuestras oraciones!

"¡Oh, benigna Naturaleza, tú que haces
"crecer los árboles, tú que haces caer la llu-
"via para fertilizar nuestros campos y haces
"nacer la hierba para alimentar los animales
"que nos sirven!

"¡Oh, idolatrada Naturaleza, nuestros más
"fervorosos votos son que te dignes traer en-
"tre nosotros a los espíritus de nuestros mayo-
"res para que tomen parte en esta fiesta y par-
"ticipen de nuestra alegría!

"¡Oh, generosa Naturaleza, oye benigna-
"mente nuestras saluciones y nuestro him-
"no de agradecimiento, oh madre cariñosa de
"los marcianos, y te rogamos nos escuches con
"amor!

"¡Oh, pródiga Naturaleza, que en este mo-
"mento invocamos, pueda esta súplica y el
"himno de adoración que en este momento te
"dirigimos, ser favorablemente acogido por tí!

"¡Oh, amantísima madre, continúa prote-
"giendo a los marcianos, los cuales, agrade-
"dos, elevan a tí sus preces y con ellas sus
"corazones satisfechos por los favores recibi-
"dos, implorándote que prosigas concediénd-
"les idénticos favores!"

Inmediatamente que el oficiante terminó la última frase de la invocación, las cantoras, acompañadas de la orquesta, entonaron el himno a la Madre Naturaleza, cuyas palabras eran las mismas que acababa de pronunciar el oficiante. El himno fué admirablemente ejecutado en medio de un religioso silencio, in-

fundiendo en el ánimo de los presentes una calma suave y un confort, que, sin darnos cuenta, transportaba el espíritu fuera de aquellas regiones, arrebatándolo en sublimes vuelos hacia la Divinidad.

Acabadas las preces empezaron las carreras para la obtención de la canastilla con los frutos que habían servido en la fiesta, y que era dada en recompensa al mejor corredor. Para eso los candidatos y candidatas, todos menores de 20 años, hicieron por turnos de veinte, entre muchachos y muchachas, corridas de ensayo de las que eran extraídos los vencedores para tomar parte en la carrera final. Después de estas carreras, en las que el público vibró de interés por unos y otros, y que duraron bien una hora, hubo una pausa de un cuarto de hora para dar descanso a los últimos candidatos. Momentos antes de empezar la carrera definitiva, el juez tomó la canastilla y con ella en las manos descendió de la tribuna, viniendo a colocarse en el primer escalón que daba acceso a la explanada, y que era la meta o término de la carrera; el premio correspondió a una robusta muchacha. En el momento de recibir ésta la canastilla y cuando ya empezaba a caer la noche, hubo unos momentos de febril entusiasmo y alegría, siendo coronada la fiesta por la iluminación repentina del altar, el campo y el bosque, preparados así para los regocijos nocturnos.

CAPITULO XIII

DISERTACION SOBRE DIVERSAS MATERIAS

El Sol no es la única causa del calor experimentado en los planetas. - Afinidad de ideas entre Marte y la Tierra. - El amor y el deseo son los dos grandes factores del progreso. - La evolución se patentiza en la misma Biblia. - Sobre la filosofía y los filósofos. - Adelanto literario de Marte. - La obra impresa del mundo marciano y las bibliotecas. - Cómo entienden la poesía.

Aun no se había apagado la impresión de la última fiesta, Feijóo me sugirió pocos días después, de hacer un viaje al hemisferio septentrional donde tendría ocasión de visitar los grandes museos, y al mismo tiempo, en el viaje, encontraríamos algunas particularidades dignas de apreciarse. Me decía, con su habitual franqueza, que allí no tenía más que aprender, porque nada nuevo se ofrecía a mi apreciación. Y como yo había ido a Marte para estudiar lo bueno de sus instituciones, a fin de llevar a los terrestres los conocimientos de que carecían para mejorarles su estado actual, concluía que me era necesario viajar.

Unos días antes de emprender nuestro viaje a la antigua capital de las artes, centro de los grandes museos, subimos a la azotea para conversar y gozar en aquella noche de un claro de luna excepcional, por encontrarse ambas lunas en el cielo.

—Estoy hallando esta noche—dije—un tan—

to más clara que las noches de la Tierra en la luna llena de invierno, en que el lunar, por efecto de la limpidez de la atmósfera, aparece más brillante.

—Eso no le debe sorprender, porque Fobos nos comunica relativamente tanta o más luz que su luna, distante de la Tierra unos treinta diámetros, en cuanto que nuestro Fobos dista sólo un diámetro, y, a pesar de ser tan pequeño, nos alumbra tanto como aquélla. Deimos está distante tres diámetros, y siendo como es menor que Fobos, las noches en que no tenemos otro luminar, nos muestra suficientemente los objetos sin precisar salir de noche con linterna.

—Los astrónomos de la Tierra dicen que Deimos lo verán los marcianos como una estrella de duodécima magnitud.

—Eso responde a cálculos matemáticos que, las más de las veces, si los pudiesen verificar, saldrían errados.

—También tengo leído en los libros de astronomía que, desde Marte, el Sol se verá una tercera parte menor de lo que aparece visto desde la Tierra; yo lo veo desde aquí del mismo tamaño que lo veía desde la Tierra.

—Sobre la cuestión de si el Sol se verá desde los planetas de igual tamaño, es asunto ya anteriormente debatido por nuestros astrónomos, y acabaron por concordar que todos ven por igual la casa de su padre, todos reciben la misma cantidad de luz y se desenvol-

verá, hasta en los más lejanos, la misma cantidad de calor; las razones de estas hipótesis voy a intentar exponérselas de la manera más sencilla.

Usted que es artista conoce la regla de perspectiva en que el punto de vista, con relación al cuadro, es de vez y media a dos veces la base del cuadro, pasando de esta distancia, la perspectiva no muda más. Pues, bien; no abandonando esta regla, coloquemos una lámpara sobre una mesa en el centro de un salón, por grande que éste sea, desde que nos coloquemos a la distancia perspectiva de la lámpara, veremos su llama de idéntico tamaño desde cualquier punto en que nos encontremos. Esto supuesto: estando los planetas bajo la acción del Sol—que es la habitación en que ellos se mueven—ha de sucederles el mismo fenómeno que a nosotros con la llama de la lámpara, y sus habitantes verán el Sol del mismo tamaño; además, las distancias a que se hallan del Sol, comparadas a las de los otros cuerpos celestes, son una insignificancia.

En confirmación de esta hipótesis, nuestros astrónomos presentan un ejemplo práctico que cualquiera puede observar y que es concluyente. Consiste, cuando viajamos por mar, en examinar la luz de los faros que iluminan nuestras costas; su luz se percibe con la misma nitidez tanto a tres kilómetros y medio de distancia como a la de un kilómetro; y, si la luz o llama del faro fuese de un metro de

diámetro, la veríamos del mismo tamaño tanto a uno como a tres kilómetros y medio; que es la relación que guarda Neptuno, respectivamente al Sol.

Aun podríamos corroborar esta opinión con la revolución anual de nuestros planetas alrededor del Sol, pues todos hemos podido observar que, de cualquier punto de la órbita en que nos encontremos, vemos el Sol, a pesar de las diferencias de distancias, de idéntico tamaño.

En cuanto a si los planetas de nuestro sistema reciben igual cantidad de luz y si se desenvuelve en ellos la misma cantidad de calor, ahí está el quid de la cuestión. Sus físicos opinan que el Sol es la causa única del calor que se experimenta en la Tierra; pero aquí han descubierto que no es la única, y sí una de las causas que contribuyen a producirlo. Si fuese la única, sucedería que, cuando el planeta pasa por el perihelio, la distancia más corta, deberían sus habitantes sentir más calor del que experimentan cuando pasa por el afelio, su distancia más larga; y, tanto en la primera como en la segunda posición, el calor sentido es el mismo.

Ahora usted argüirá que cómo se producirá el calor no siendo el Sol su única causa. A eso respondo: Todos los planetas poseen una radiación que parte de su fuego central para la periferia, y que al partir de ésta va perdiendo sus propiedades activas hasta ex-

tinguirse a poco más de cinco o seis mil metros, en que el calor desenvuelto a tales alturas es únicamente el comunicado por los rayos solares.

Planteando definitivamente la cuestión, el calor es producido por la combinación de los rayos del Sol con los de la radiación planetaria. La vibración de los rayos emitidos por el planeta al encontrarse con los solares se hieren mutuamente, y al chocar se incendian resultando de este incendio el calor. Cuando el planeta presenta su faz perpendicular a los rayos del Sol, es el verano, porque en esa posición, los rayos de la radiación planetaria se encuentran con los rayos solares en la misma dirección, penetranse directamente en línea recta, el choque es más fuerte y la vibración se acelera, produciéndose la combustión viva que desarrolla los grandes calores. Ahora, cuando los rayos del uno y del otro se encuentran en posición oblicua, hiérense de lado, la reacción de este caso se produce mal, la vibración no es tan activa como en el primer caso y el calor desenvuelto es menor; siendo entonces el invierno.

Para confirmar la hipótesis de que el calor es producido por la combinación de los rayos solares con los de la radiación planetaria, podemos ofrecer una prueba que es considerada capital y concluyente. Consiste ésta, en que en pital y concluyente. Consiste ésta, en que en las altas montañas la radiación producida por

el fuego central es casi nula, resultando también nula la combinación de ésta con los rayos solares. Por otra parte, la atmósfera es menos densa en las grandes altitudes y en ellas el aire contiene menos cantidad de oxígeno, lo que concurre a impedir la combustión. En consecuencia, a este conjunto de causas es debido el que las nieves acumuladas durante el invierno no se deshíelen, pues los rayos del Sol, por sí solos, no ejercen acción suficiente para derretirlas, conservándose perpétuas, aun en las regiones tropicales.

—Y a respecto del planeta Neptuno ¿le parece que en él se desenvolverá la misma cantidad de calor que en la Tierra, a donde llegan los rayos del Sol ocho minutos después de su salida, en cuanto que en Neptuno llegan cuatro horas después?

—La misma; en aquel planeta, siendo mucho mayor que Marte y la Tierra, la radiación producida por su fuego central será superior a la desenvuelta en los nuestros y la pérdida sufrida por los rayos del Sol en aquella gran distancia, será compensada por la enorme radiación del planeta. Además, los rayos solares, en cuatro horas que tardan en llegar a Neptuno, no tienen tiempo de enfriar, ni menos perder sus propiedades químicas, pudiéndose aventurar *a priori*, que allí deberá reinar la misma temperatura que en nuestros planetas.

—En la Tierra, nuestros físicos también

opinan que, además del Sol, el calor puede ser producido por el calor terrestre, la electricidad, el choque de dos cuerpos, etc. Es muy posible que con los progresos operados constantemente en las ciencias, lleguen los conocimientos de la Física a los mismos resultados que entre los marcianos. Y no me cabe duda de que esto llegue a acontecer, por cuanto veo aquí tantas cosas parecidas a las de la Tierra, que verdaderamente me tienen impresionado, y hasta me hace suponer que haya una comunicación telepática, por nosotros ignorada, entre los dos planetas. Entre las muchas que tengo visto y me causaron sorpresa, fué haber encontrado aquí el juego de ajedrez y otros parecidos a los de la Tierra. ¿No le parece que esto es demasiado casual y hace pensar en la Providencia, que entrará por una gran parte?

—Nada tiene que ver la Providencia con esas semejanzas que ni son casuales ni providenciales, y sí, las propiedades de fluidez y penetrabilidad que tienen las ideas, y por la fuerza de transmisibilidad de que ellas están dotadas. El juego de ajedrez que ustedes conocen habrá dos mil años, aquí es conocido ha más de seis cientos mil, lo mismo acontece con otros que he visto aquí aun más antiguos, y otros inventos recientes que ustedes tienen en la Tierra, conocidos aquí hace muchos millares de años.

Por otra parte, las ideas son llevadas de

un mundo a otro por los espíritus que viajan por el espacio, sirviéndoles el éter de vehículo. Cuando en su carrera tropiezan con un astro, penetran en él, y cual los insectos que llevan el polen de una planta a otra, van sembrando las ideas que han adquirido en sus anteriores estados. Si en su carrera encuentran una inteligencia en estado de asimilarla y de adaptarla al medio, la idea germina, trabaja y se desarrolla, produciéndose entonces el invento. Suele también acontecer que, sobre el mismo planeta, la idea, en su pasaje, tocase en otra inteligencia en las mismas condiciones de la primera; en ese caso el invento se produce en dos puntos distintos del planeta; lo que tiene acontecido más de una vez. Suele suceder cuando se produce un invento, que muchos de aquellos a quienes la idea tocó en su pasaje, exclaman con amargura: ¡Yo tuve la misma idea!

No es, pues, de extrañar, el haber encontrado aquí ese juego; lo mismo que haber dado allá aplicación a la electricidad, haber empezado a servirse de la navegación aérea, la tracción a vapor que allí no tiene un siglo y nosotros tuvimos en el período de las guerras, ha cerca de un millón de años. También no pongo en duda, que la prioridad de algunas ideas nos pertenezca; pero juzgo, que la gran mayoría nos debe venir de planetas más adelantados. Lo que más me confirma en esta suposición es ver la analogía de creen-

cias que aquí tuvimos antiguamente y que ahora pululan en la Tierra. Aquí no faltó la leyenda de Dios, venir al mundo engendrado por una virgen y hacerse hombre para educar a la humanidad y hacerla mejor; allá fué para salvarla del pecado. La idea, en el fondo, vino a ser la misma; hacer en uno y otro a los hombres mejores. Los dos tuvieron el mismo fin infeliz; porque en la Tierra lo crucificaron y aquí sus discípulos, hombres groseros e ignorantes, no queriendo recibir sus lecciones, lo asesinaron. Los hombres, algunos se arrepintieron, pero los más continuaron durante un crecido número de siglos siendo ignorantes, inhumanos y vengativos, perfeccionándose a la larga, impulsados por el *amor* y el *deseo*. Por el amor dulcificaron las costumbres y desarrollaron las facultades afectivas, transformándose de hombres rústicos y brutales, en individuos urbanos y corteses; y por el deseo, afinaron la inteligencia con el afán de obtener aquellas cosas que más les agradaban. El deseo, no solamente desarrolló en los hombres la imaginación y el espíritu de iniciativa, sino que constituyó la palanca que impulsó a la humanidad en el camino del progreso; y aun hoy día, es el deseo el propulsor de nuestras acciones.

A propósito de lo que acabo de decir; el mundo se transforma a impulso de la acción reguladora del tiempo, cambiando el aspecto de las cosas sin percibirnos absolutamente de

la mudanza. La materia, también, muda constantemente de forma, esto todos lo sabemos, porque nuestra vista diariamente lo confirma. Y si estas mutaciones se operan en el mundo material, ¿cuánto mayores no serán las transformaciones del mundo intelectual? Ya le he hablado sobre la variabilidad de la moral, ella muda en el tiempo y en el espacio, y varía según la ocasión. Antiguamente un conquistador de pueblos al que las religiones salían al encuentro, lo ungían y coronaban, era en aquellos tiempos un ente moral; hoy, si ese mismo conquistador apareciera entre nosotros, sería considerado el peor bandido, el más inmoral y lo exhibiríamos en una jaula como a un bicho raro. Antes, una muchacha que en un momento de flaqueza, diré mejor, de hambre, se entregase a su amante, sin mediar un contrato escrito, sería expulsada de la casa de sus padres y despreciada por la sociedad. Hoy ese mismo acto sólo sería considerado inmoral si fuere practicado antes de la época legal. Todo está sujeto, como llevo dicho, a la acción reguladora del tiempo, independientemente de nuestra voluntad. Las ideas mudan y evolucionan constantemente con el oculto fin de mejorarnos la existencia.

—Esa concepción — respondí — sobre las mudanzas operadas en la materia y las ideas, es conocida en la Tierra no hace un siglo con el nombre de ley de evolución. Después de haberse emitido y fijado en el espíritu de las

gentes esa hipótesis, la Cosmogonía y las ciencias afines, tuvieron que mudar de base. Hasta allí, los hombres habían supuesto que los mundos y los seres que en ellos habitaban, habían sido creados; luego que aquellas teorías aparecieron, hubo que modificar los orígenes del hombre y de las especies, siendo necesario remontarse a las edades anteriores para explicar la evolución. Esta, que hoy no puede llamarse hipótesis, la vemos confirmada en la Biblia, que allá en la Tierra, dicen, fué dictada por Dios. Pues bien; en aquellos libros está patentemente confirmada la ley de la evolución, por cuanto, comparándose el *Antiguo* con el *Nuevo Testamento*, se ve que el mismo Dios ha evolucionado. En el Antiguo Testamento, Dios aparece cual un autócrata asirio, protector de su pueblo escogido y enemigo de los otros pueblos, tremendo en la venganza, cruel con sus enemigos, sin caridad ni justicia. También es despótico y cruel con su pueblo; su intransigencia llega al punto de mandar destronar al rey de los judíos, por aquél no haber dado muerte a Agag, rey de los amalecitas, hecho prisionero, y a sus ganados. En el Nuevo Testamento manifiéstase claramente la evolución, por el cambio que en él se opera; no es ya el déspota asirio, sino por el contrario, es todo mansedumbre, perdona a sus enemigos, es bueno con todos; Dios aparece en este libro como un modelo de bondad, de generosidad y de clemencia.

—Estoy gustando de la lógica de sus argumentos con respecto a la Biblia, que aun no olvidé del todo, y me acude a la memoria la época en que allá viví. Juzgábamos entonces sinceramente, que toda la ciencia se encerraba en aquel libro. Contiene narraciones admirables, cuentos sublimes de una literatura inigualable; pero lo considero un obstáculo que debió paralizar el entendimiento humano en los tiempos que faltó de allí.

—No tanto como usted cree; hoy existen por el mundo adelante sociedades de propaganda bíblica, que ofrecen aquel libro por una bagatela y hasta lo reparten gratuitamente para que el pueblo lo conozca; esta es la manera más eficaz de destruir la influencia que antiguamente ejercía sobre las conciencias el tal libro; haciéndoselo conocer, echa por tierra sus doctrinas y ensalzadores.

—Ese libro encierra un tanto de pesimismo — dice Feijóo —; no lo declara abiertamente, pero sí hace venir al espíritu el conocimiento de que todo en el mundo sucede por la voluntad de Dios. Creo que esas ideas deberán también viajar en los otros planetas, porque aquí siempre hubo filósofos que propagaron estar el destino de los hombres trazado de antemano. Otros, más sensatos, juzgan que el hombre puede encontrar la felicidad sobre el mundo practicando el bien. Estos se acercan más a la verdad, porque si es el bien moral, nada puede compararse a esa satisfacción in-

tima que nos proporciona la práctica de una buena acción o de un trabajo en el cual se ponga toda la voluntad y esfuerzo del alma apasionada. Aquí hay algunos, no sé si serán sinceros, que hablan del destino del hombre como de algo terrible; a esos pobres de espíritu los miramos con conmiseración y sólo nos merecen lástima.

—Yo mismo, sin pertenecer a este planeta —dije—tengo mis ideas sobre esa cuestión, por parecerme que el sentido común nos indica que el destino, esa palabra tan cara a los fatalistas es el mismo hombre quien lo forja. Yo puedo hablar con fundamento y por propia experiencia, pues quedé huérfano de padre a los tres años y tuve que esforzarme para no quedar en la situación precaria en que el tal destino me había sumergido. Hice por mí sin ayuda ajena, y si conseguí ser algo en la vida no puedo decir como la mayoría, que lo que son se lo deben a sus padres. Por lo que a mí toca, trabajé durante mi juventud para estudiar, conduciendo mis pasos con el único designio de *llegar*. Si me dejase a merced de las circunstancias que me rodeaban, nunca llegaría a ser nada, y hoy no me encontraría aquí visitando este planeta. El hombre es, pues, el factor de su destino, y los fatalistas quedarán bien embarazados ante estos argumentos que no ofrecen réplica por ser inatacables.

—Me agrada extremadamente su franque-

za, cualidad rara entre los terrestres; veo que es usted un hombre de ideas justas y que por otra parte ha tenido el mérito de haberse hecho por sí mismo. Yo, cuando viví en la Tierra, apreciaba mucho a los hombres de su temple, de ideales nuevos, sin dejarse influir por la manera de pensar de los otros; pero estoy más que cierto de que sus ideas han debido mudar inmensamente, no pensando ahora como cuando se encontraba en la edad de 25 años.

—Puedo afirmarle — respondí — que en aquella edad me había despojado de los preconceptos de mi primera educación y ya ambicionaba hacer este viaje, mas en aquel tiempo no había navegación interplanetaria, y aunque la hubiese, yo en aquel entonces carecía de recursos, tanto materiales como intelectuales. Confieso que mis ideas eran un poco confusas, aparecían en mi mente esbozadas, pero poco a poco fueron dibujándose con más nitidez, perfeccionándose, hasta verlas como actualmente las percibo: claras, desenvueltas, sin preconceptos ni preocupaciones del *qué dirán*. Para llegar al estado en que hoy estas ideas se encuentran, han tenido que transcurrir más de treinta años de una existencia por veces trabajosa y difícil, en que el espíritu se fué perfeccionando y ellas afinándose en la piedra de la adversidad.

—Estoy percibiendo en usted unos ribetes de filósofo y me atrevo a aventurar que en

esos treinta años andaría a procurarse entre los hombres la verdad, el bien y la justicia, y nunca los habrá encontrado; porque eso acontece en general a los que como usted tienen una conciencia sana que el medio no llegó a corromper. Y no será extraño que no los encontrase, porque aun aquí, a pesar de que ese deseo está en la mente de todos, no nos es posible llegar a la completa perfección. Esa verdad tan ambicionada, que todos procuran y ninguno encuentra, ni aun estrujándose el cerebro años y años, se quedará en el fondo del pozo, de que nos habla la fábula. A los filósofos les pasa otro tanto, queriendo describir lo inexplicable corren en pos de la verdad y no la encuentran; pienso también que nunca la encontrarán, porque considero esa pretensión como el deseo de procurarse el término de lo infinito. Aquí la filosofía tiene hecho salir cabellos blancos a mucha gente de sano juicio y de razón aquilatada, escribiendo sobre ella gruesos volúmenes sin llegar a una conclusión. La verdad, objeto principal de la ciencia filosófica, es lo que más se tiene buscado entre nosotros, con la particularidad de encontrarse hoy poco más adelantada de lo que estaba en los más remotos tiempos en que sobre ella escribieron autores notables.

—Actualmente en la Tierra pasa otro tanto respecto a las cuestiones filosóficas y a los falsos filósofos, cuyas cuestiones me interesaban allá en mi juventud. Leí bastante sobre

esa materia, pero todos cuantos libros cayeron en mis manos hallélos tan confusos y embrollados, que no me fué posible comprenderles el sentido y declaro que al acabar la lectura quedaba tan adelantado como al principio. A pesar de esto, seguí porfiando en estudiar los filósofos, por la curiosidad que tenía de saber, a fin de perfeccionar mi espíritu; pero nunca me fué posible digerir las frases apocalípticas con las cuales pretendían conducir al lector al conocimiento de la verdad. Por más gimnástica intelectual que hiciese para entender aquella prosa metafórica y abstrusa, me quedaba a oscuras, sin comprenderles el sentido, concluyendo que: o mi inteligencia era corta para poder entenderlos, o ellos no explicaban lo que en sí era inexplicable. Y si me refiero a los que se metían por el laberinto de la metafísica ni aun me era posible alcanzarlos, pues los más acababan por agarrarse a Dios para salir de apuros.

Estos hombres que a todo trance querían sentar plaza de filósofos, expresando sus axiomas e hipótesis en lenguaje rebuscado y confuso, embrollaban a tal punto las ideas, que el lector para comprenderlas, tenía que gastar mucho tiempo. Yo confieso que nunca pude llegar a comprenderlos, porque me faltaba tiempo para descifrar los enigmas esfingianos que los tales escritores pretendían explicar en sus tratados de filosofía, y como a mí a otros les habrá pasado lo mismo. Pero se encuen-

tra en el mundo cierta especie de individuos que por darse tono y pasar por hombres superiores, cuanto más confuso e indescifrable sea el autor, más lo encomian y ponen en las cumbres del saber, declarando a los cuatro vientos que nadie hasta allí había emitido ideas tan nuevas ni doctrinas tan trascendentalmente profundas y admirables. A estos señores les acontecería probablemente como a mí, mas para el vulgo pasaban por inteligencias perspicaces que habían tenido la agudeza de penetrar en las bellezas de la obra, mientras los pobres diablos como yo no llegaban a comprender nada.

—Lo que acaba de decir respecto a los filósofos de la Tierra y sus admiradores, pasóse aquí, hace ya muchos años, con el arte de la pintura; fué la época de mayor decadencia, por la cual pasó la hija predilecta de las Bellas Artes.

Aquellos tiempos de degeneración artística a que voy a referirme, fueron precedidos por dos escuelas: una de un realismo callejero y la otra realista también, pero preocupada con la expresión de la luz y sus efectos. Esta segunda escuela procuraba por todos los medios obtener la vibración de la luz, metiendo las tintas sobre la tela sin romperlas en la paleta, de manera que la vista las casase a distancia, encontrando los pintores en estas combinaciones efectos admirables e imprevistos. Estos novadores, algunos de real valor,

llegaron a formar escuela, y a pesar del tiempo transcurrido, sus descubiertas son hoy tomadas en cuenta por los actuales pintores.

A esta pintura, realista una e impresionista la otra, sucedióle otra de completa reacción, cayendo los pintores en las exageraciones de las cualidades opuestas. Pretendiendo idealizar la vida, ponderaron sus composiciones enmagreciendo los personajes para dar elegancia y sentimiento a los asuntos. Continuando en la misma vía, exageraron sus personajes, pintando doncellas escuálidas que más se parecían a esqueletos vestidos que a figuras animadas. De aquí entraron por el misticismo, haciendo escenas que nada expresaban, composiciones desordenadas, insípidas, cuyos asuntos obligaban al espectador a estrujarse el cerebro para encontrarles algún sentido. Lo que más preocupaba a estos pintores era la originalidad, de manera que con esa intención iban derechos a caer en el simbolismo y por último en lo extravagante. Para complemento, como sus asuntos eran insípidos, el colorido también era insulso y tierno, les daba miedo poner sobre la tela una nota brillante de color, y apenas la iniciaban; de manera que aquella pintura resultaba de un aspecto gris e incoloro.

Mas, como sucede a toda reacción, vinieron después las exageraciones, no pensaron ya más que en el color, vibración y luz; el dibujo, esa parte esencial que expresa la forma,

con las otras cualidades de la obra, quedaron relegadas al segundo lugar. Juntáronse luego a estos impresionistas los inútiles, que viendo en esta pintura un medio de aparecer, dieron una orientación falsa al arte, propalando que todo podía expresarse por medio del color y que el dibujo era casi innecesario. De ahí derivaron una gran variedad en los métodos de expresión y factura, acabando por pintar a manera de mozaico. Engrosóse esta falange con los aficionados que se metieron a pintar, haciendo paisajes impresionistas con mucha luz, pero sin ponerle figura alguna. Otros hicieron asuntos de figura, en que éstas eran dibujadas a manera de jeroglífico. Y en este camino, estas dos escuelas, una de figuras simbólicas y la otra de colorido a pegotes, tomó tal incremento, que arrastró en pos de sí a algunos jóvenes artistas que se pusieron a pintar según los nuevos métodos. Aparte de estos pocos, los más eran decadentes, de tendencias depresivas, faltos de inspiración y algunos queriendo hacer del arte una filosofía, olvidaban que la principal misión de la pintura, además de su utilidad, es embellecer la vida y alegrar nuestros sentidos.

Este estado de cosas llegó a afligir a los hombres de sano juicio que a la vista de aquellos excesos apellidáronlos de locura artística y acabaron por persuadirse de que el arte había entrado en franca decadencia.

No pararon aquí las exageraciones: algu-

nos individuos de fortuna, con objeto de figurar y aparecer en el mundo, metiéronse a pintores de la nueva escuela a mosaico y de dibujo simbólico a jeroglíficos, y fundiéronlas en una sola. Juntáronse a éstos la turbamulta de los nulos e hicieron tales disparates en pinturas incomprensibles que se les hacía necesario poner al pie un letrero explicativo. Estos pseudos pintores con la fortuna de que disponían hicieron exposición de sus costras por todas las partes del mundo, y como disponían de medios, pagaban a los periódicos para hacerle el reclamo. Hasta llegó a haber escritores que tuvieron la desvergüenza de escribir libros ocupándose de aquellas pinturas sin ideas ni forma. A esas manifestaciones de entusiasmo el público, en su proverbial sensatez, preguntaba: ¿Cómo era posible que periodistas respetables hallasen belleza en aquellas costras y admirasen aquellas pinturas sin pies ni cabeza? A esos periodistas juntábanse todos aquellos que, como aconteció con los filósofos de la Tierra, querían pasar por hombres superiores y aplaudían aquellas pinturas y a sus autores, sin entender nada, y sólo para pasar por inteligentes e intelectuales, ocultando así su ignorancia.

Este estado de los espíritus continuó por algún tiempo más; pero hay en los marcianos un fondo de honradez, que les hace andar continuamente en busca de la verdad. Esta pudo ser desfigurada por algún tiempo, pero

este estado de los espíritus puede asemejarse al curso de agua que encuentra un obstáculo y se detiene haciendo un remanso; poco a poco el remanso va llenándose y continuando a fluir el agua sube el nivel, su volumen aumenta, desborda, y por su propio peso destruye el obstáculo. Así aconteció con aquella pintura y aquellos pintores; el público acabó por no prestarles atención, abandonando aquellos pseudo-artistas a sus estúpidos ideales. Y la bella pintura, el arte bueno y sano venció, pasando por encima de aquellos charlatanes, que si alguno por excepción era sincero, los más lo hacían por cálculo para encubrir su falta de talento, su ignorancia y su incapacidad artística.

—Allá en la Tierra esos casos se producen diariamente; no sé si será la resultante del estado actual de la sociedad, que no viviendo satisfecha, procura embriagarse con las fruslerías de la moda. Lo que sucedió aquí con la pintura, allá acontece con todo diariamente. La moda es reina soberana, y tanto las artes como la literatura reciben su influencia.

—Aquí en arte pudo darse ese caso una vez, pero en cuanto a la literatura no es posible hacer innovaciones.

—A propósito; nunca me habló del movimiento literario, y dado el estado adelantado de los marcianos la obra literaria deberá ser importante.

—Indudablemente, nuestro bagaje litera-

rio es enorme e incalculable lo que tenemos en cantidad y calidad; no sería posible en la vida de un hombre leer la centésima parte de las obras que legaron a la posteridad nuestros grandes escritores. De las que más sobresalen, por el aliento e inspiración y que ninguno deja de hojear, se encuentran varios poemas escritos, tanto en prosa como en verso. Entre los principales está el que trata de la *Emancipación de la Mujer*; luego le sigue el de la *Emancipación del Suelo*, y el tercero describe las *Luchas del Pensamiento Humano*, lo que han sufrido los inventores de los grandes descubrimientos científicos para que triunfasen sus ideas.

—Veo que ustedes en su literatura no se ocupan de guerras como acontece a la mayor parte de la literatura terrena; pero lo que me importaba saber era el actual adelanto literario.

—Nuestro adelanto literario iguala al artístico, y así como en éste es difícil hacer novedades, en el campo literario nada nuevo se puede hacer, porque todo cuanto se podría decir sobre cualquier asunto ya fué dicho. Los escritores de ahora, para decir alguna cosa nueva y no caer en la vulgaridad, precisan tener verdadero talento y originalidad, menos tratándose de ciencias, que no pertenece al campo literario. La novela continúa escribiéndose, mas sólo interesa en la región donde se sienten las costumbres descritas, que es

lo que los escritores desenvuelven en sus libros. Es rarísimo que una novela dé la vuelta al planeta; el caso puede darse, pero es excepcional. Aparte de estos libros, tenemos las publicaciones periódicas, que además del texto propio transcriben los artículos más notables publicados en el mundo durante aquel período; éstas son las más interesantes. Después vienen las publicaciones de arte ilustradas, que ponen a los lectores al corriente del movimiento artístico de las regiones en donde las artes descuellan. Luego le siguen las ilustraciones publicadas en las regiones, que dan noticia de los sucesos acontecidos durante la semana en la capital de la región. Y por último, las publicaciones diarias que tratan de todo. Además, en cada municipio se publican uno o dos periódicos; en los municipios importantes son más numerosos; en ellos se relatan los acontecimientos del día, sin comentarlos; el público no precisa que ninguno le imponga el modo de encauzar las cuestiones, él es suficientemente instruído y tiene el necesario discernimiento para comentarlas como entienda. Los periódicos en suma, son noticieros: dan los sucesos que pasaron en la ciudad y fuera de ella, publican los telegramas que dan cuenta de las deliberaciones del Congreso, de las asambleas de la región y de la constelación respectiva. Tienen una sección importante dedicada a los trabajos agrícolas y a todas las noticias atinentes a la administra-

ción pública. Otra sección, también importante, es la que se refiere a los ejércitos, destacamentos que salieron para sanear tal o cual comarca, trabajos que se prosiguen para reparar las represas averiadas, canales de riego que se han reparado, los caminos que se construyeron o repararon; en suma: noticias de utilidad general.

En cuanto a la obra literaria, como ya indiqué, es poco numerosa; en el curso de un siglo sólo pasarán a la posteridad en todo el planeta una media docena de escritores. Sobre ciencias se escribe siempre, mas se va poco a poco, pues no se hacen grandes descubrimientos. La poesía está en decadencia; no se escribe ya un buen libro de versos; sólo uno que otro muchacho escribe, pero sólo es leído entre los amigos y parientes y no pasa de los límites del municipio. Los marcianos gustan más de la poesía vivida que de la que traen los libros, que consideran como sinónima de mentira, defecto que es visto con general desagrado. Así es que la han dejado para la escuela de primeras letras, a fin de desarrollar la imaginación de los niños. Cuando éstos conocen los principios de la Gramática y entran para las clases de composición, que es de los 11 a los 12 años, hacen los temas en verso. En el curso de nuestros estudios usamos el método natural por haber sido la poesía precursora de la prosa. En los estudios secundarios, la clase de composición es en el segundo año; allí con objeto de

afinarles el espíritu, hacen prosa poética; con todo, en esa edad, que es entre los 14 y los 15 años, viene el raciocinio y se burlan de los tiempos de la escuela primaria, en que pasaban las horas muertas versificando.

—La obra impresa del mundo marciano deberá ser enorme, y las bibliotecas públicas en los grandes centros, para guardar el gran número de libros publicados durante un millón de años, precisarán ocupar un recinto ¡grande como una ciudad!

—Nuestras bibliotecas se destruyen cada mil años, pero para que nada se pierda, todas las ciudades conservan en sus bibliotecas las obras importantes que se han escrito en ellas. Aparte de éstas, fuera de algunos libros dignos de pasar a la posteridad, todos los demás son quemados. Las novelas o romances, se entiende, son las primeras víctimas; sólo se salvan las que tienen el triple fin de educar, instruir y recrear, o bien los libros de moral que tienen por objetivo el progreso y el bien públicos. De las colecciones de periódicos y revistas no hay que hablar. Luego le sigue los libros didácticos que cayeron en desuso y los de ciencia que han quedado atrasados. Y en cuanto a los libros de versos, aun escribiéndose muy poco en ese género, ninguno escapa.

—Estoy notando—dije a Feijóo—que los marcianos no gustan de la poesía.

—Todo lo contrario de lo que le parece: nosotros gustamos, y mucho, de ella, pero es

en la vida real, porque la vida del hombre es más feliz cuanto más poética. Lo que nos desagrada en la poesía es que los que se dicen poetas nos pinten una existencia imposible de realizarse, describiéndonos sentimientos que falseen la vida; este es el motivo por el cual los marcianos no gustan de la poesía escrita. Por otra parte, la poesía siempre ha ido de manos dadas con las religiones del pasado, desenvolviendo el amor a esa felicidad hipotética de lo infinito, en detrimento del amor a la felicidad pasajera, pero cierta, que podríamos gozar en el mundo. A pesar de todo, no nos desagradan los versos; sin embargo, nos gusta más leer antes el libro publicado en prosa; y si éste fuese bello, presenta novedad y altas ideas, entonces viene el poeta y hace el verso. En general, los poetas vierten al verso sólo las grandes novelas educadoras u otra clase de obras ya pasadas a la posteridad; esto hace que la poesía, entre nosotros, sea la última faz de la literatura. Ahora, si algún poetas-tro nos viene hablando del sol, las estrellas y de todos los lugares comunes, trillados y sobados por los adolescentes, nosotros lo condenamos al fuego, único lugar que merece para ser purificado.

—Hasta aquí me tiene hablado de toda clase de publicaciones, menos de periódicos de caricaturas.

—Aquí no existe esa especialidad; la caricatura es únicamente usada cuando hay

falta de libertad y sirve para mostrar al pueblo los defectos de los poderes personales; salen a luz esos periódicos en los tiempos anormales, cuando se vive bajo el régimen dictatorial.

—Pues esos periódicos son numerosísimos en la Tierra y hacen crítica de todo, lo mismo de los hombres que de las costumbres.

—Comprendo perfectamente ahora que habiendo conquistado algunos pueblos la libertad de prensa y escribir sin pasar por la censura, existan muchas publicaciones de esa especie, ya para castigar a los poderes que aun cuando electos por el pueblo no dejan de ser personales, ya para castigar las perversas costumbres, merecedores unos y otras de los irónicos latigazos de la crítica. Aun recuerdo lo que en mis tiempos acontecía: en las ternas, por ejemplo, ¿podría darse mayor inmoralidad? Los que habían obtenido el primer lugar nunca eran los escogidos. ¡La terna era la puerta abierta a la arbitrariedad! Y si me refiero a los concursos en las universidades, aun era peor; la perversidad de los hombres no tenía límites. Si la terna era la válvula para conceder los lugares a los menos dignos, allí se cometían mayores injusticias. Algunos sin conciencia y sin pudor, parecían erigirse en jefes de banda ejerciendo presión sobre sus compañeros, incitándolos a votar contra toda justicia y se enemistaban con los pocos que habían votado por el más digno. Otros había

peores o parecidos, que se comprometían de antemano a dar su voto en los concursos, y no me aventuraré a decir si alguno lo vendía, cometiendo con esta conducta una falta de civismo y de amor al progreso.

Otro defecto capital que allí había era el sentimentalismo, que daba la preferencia al amigo o al pariente en perjuicio del hombre de talento, ese era uno de los mayores males que conocí en la Tierra, por constituir una clase, la peor de todas, que prefería o parecía tener el culto de los incompetentes. Estos señores, con su proceder descarado y liviano, daban pruebas de no amar la verdad, la justicia, ni aun sus deberes profesionales, y mientras dure ese estado corrompido de las conciencias nada podrá medrar; el bien y la justicia continuarán siendo una ilusión sobre la Tierra.

—Estoy enteramente de acuerdo en todo cuanto dice; sé que aun hoy día, desde que falta de allí, a pesar de haber sido muy importante el progreso realizado, continúa la corrupción en todo cuanto acaba de referir, tanto que el estado de las conciencias y de las costumbres están lejos de la perfección. Y bien, vea lo que es el hábito al yugo: a pesar de encontrarme aquí viviendo en un mundo mejor y más feliz y correr todo en la Tierra tan mal, deseo volver cuanto antes para llevarle estas buenas nuevas, y no lo puedo ocultar: estoy sintiendo por ella punzantes añoranzas.

No debieron agradar a Feijóo mis últimas

palabras, pues levantándose repentinamente me invitó a ir a dormir, abandonando la azotea en el momento del eclipse, en que Fobos ocultó totalmente a Deimos por algunos instantes.

CAPITULO XIV

VIAJE A TRAVES DEL PLANETA

El viaje en las primeras horas. - Conversaciones sobre el "Teatro Crítico". - Su libertad de pensar sobre Aristóteles. - Destrucción de la idolatría y los milagros. - Consejos a los reyes y campaña contra la tortura. - Consejos sobre la agricultura; Feijóo fué el primer socialista de su tiempo. - Sobre la poesía y los poetas. - Que podría haber habitantes en los otros planetas. - Particularidades geológicas.

Habiéndose fijado el día de la partida, fui con Feijóo al municipio a agradecer a las autoridades el interés que habían mostrado durante mi permanencia en la ciudad, y al mismo tiempo, presentarles nuestras despedidas. Saliendo de allí quise cambiar algunas monedas de oro en un joyero de la ciudad, pero Feijóo no me lo permitió. El pagaría el porte hasta el primer puerto, donde me sería fácil trocarlas por dinero corriente, y al mismo tiempo obtendríamos una carta de crédito para el viaje de ida y vuelta. Tomadas nuestras disposiciones, en las primeras horas de la mañana montamos en el auto que se dirigía

al puerto próximo, llegando dos horas después de haber partido.

No me detendré en hacer descripciones del puerto; diré solamente que los barcos eran menores que los de la Tierra, y la gran mayoría veleros. La navegación de altura era para transportar mercancías de un continente a otro; el transporte entre naciones vecinas se hacía por los ríos y canales y en éstos, tanto los marítimos como los fluviales, navegaban con propulsores mecánicos.

Fuimos a la joyería de más nombre a vender mis monedas de oro, que obtuvieron un buen precio, y hecho el negocio, nos dirigimos a una agencia comercial, donde nos expidieron una carta de crédito limitado para los países que íbamos a atravesar. Paseamos, después de comer, el resto del día y cenamos en la hospedería donde pasamos la noche. A la mañana siguiente, ya provistos de los billetes de pasaje, nos dirigimos a la estación de los aéreos. Poco antes de las seis estábamos subiendo en el ascensor que nos dejó en el terrado donde se encontraba la nave. Como la dirección, hasta la primera estación de parada, sería norte, tomamos asientos al lado izquierdo para resguardarnos del sol y poder apreciar las vistas de las villas y ciudades que se encontrasen al paso.

Los aéreos hacían etapas de cinco a seis horas, parando una hora en las estaciones para dejar y tomar pasajeros. Llegamos antes del

mediodía a una ciudad marítima, en donde en un piso bajo de la estación, nos esperaba la mesa puesta. Terminada la comida, subimos de nuevo al terrado y nos instalamos en el aéreo que debía conducirnos al próximo continente. La travesía era hecha en dirección N.N.E.; como la mayor parte del viaje era sobre el mar y no ofrecía nada interesante, me vino en mientes hablar a Feijóo sobre el *Teatro Crítico* y las *Cartas Eruditas y Curiosas*, donde él había disertado sobre las más variadas materias.

—Usted en sus obras—dije—trató de todo, impugnó muchos errores que corrían en España y pegó a todo el mundo fuerte y justo.

—Era urgente que en aquellos tiempos alguno tuviese allí el valor de ilustrar al vulgo desengañándolo de los errores y preconceptos que lo dominaban, y decía: Si yo hallase alguno capaz de hacer al mundo este servicio y le viese dispuesto a admitir consejo, le disuadiría de la empresa, si en ella miraba a su interés o gloria, y no únicamente el provecho común. Diríale que no recibiría otra recompensa a tanto beneficio que injurias o persecuciones, y por tanto se abstuviese de llevar a ejecución su glorioso proyecto, salvo si quería constituirse víctima sacrificada a la pública utilidad. El engañador siente que se le descubra la maraña, por riesgo de malograr el intento; al engañado le duele que se vea que cayó en error y que no pudo conocerlo sin el

socorro de ajena luz. E interesándose los dos, ambos conspiran contra el desengañador, procurando persuadir que él es el engañado (1). Yo toqué en mis obras todos estos inconvenientes y escribía: "Unos se oponen por ignorancia, otros por malicia. Los primeros tienen alguna disculpa; los segundos ninguna. Y la malicia de éstos atrae por auxiliar suya la ignorancia de los otros. Gritaban unos que cuanto yo daba a luz eran inutilidades, que tanto valía ignorarlas como saberlas. Otros clamaban que todas las novedades en materias literarias eran peligrosas. Y los que se echaban de doctos me censuraban de escribir cosa baladí y me aconsejaban de escribir materias más graves en lugar de meterme a combatir cuerpo a cuerpo con el vulgo". A esto contestaba: "¿Qué necesidad tenía el público de que yo escribiese de otros asuntos? De Teología dogmática y expositiva tenía lo que basta; de escolástica y moral tenía de sobra; de escritura no escribiría palabra, porque en España había poco consumo de este género; los que se despachaban grandemente eran libros conceptistas o de discursos acomodados al uso común del púlpito" (2). Y concluía, aparte de que "la grandeza y pequeñez de un escritor no se debía medir por el tamaño del objeto en cuestión, sino por el modo con que lo trataba". Cerraba mis respuestas diciéndoles que a mí me sería más fácil escribir de Teología: fatigaría menos el ingenio y daría mayores

volúmenes al público, siendo cierto que podría dictar tres pliegos de un tratado teológico en el tiempo que me costaba un pliego de *Teatro Crítico*. Pero ¿qué utilidad sacaría de esto el mundo?

—Usted, en religión, parecía ser un convencido; pero tocante a la filosofía poníale por frente la razón, la libertad, la facultad de creer o no creer y de considerar bueno o malo, verdad o error, lo que la propia investigación dictaba a cada cual. En filosofía — decía usted — se pecaba aceptando la opinión ajena sin un profundo examen.

—Yo dividía la filosofía en antigua y moderna: a la antigua pertenecían los antecesores y sucesores de Platón y Aristóteles; a la moderna, Descartes, Gasendo y sus continuadores. A Bacón no lo hacía figurar entre los modernos (3) porque separábase del camino hasta él seguido y no se le podía confundir con unos ni otros. Dentro de esta gran división, presentaba en escena a Pitágoras con su sistema de números (4); a Demócrito y Epicuro, anegados en el olvido por tener solidez y peso, y a Platón y Aristóteles sobrenadando en los siglos como tablas leves, pues no contenían sino ideas vanas y fútiles abstracciones (5). Como en todo influye la suerte, el *Mérito y fortuna* de Aristóteles (6) no fueron parejos; al contrario, la honra de ser interpretado por Santo Tomás y combatido por los herejes, bastó a hacerle imperar en las escue-

las, gobernando las ciencias y los espíritus. Esta particularidad me movió a estudiarle ampliamente y aproveché todas las ocasiones que se me han presentado para batirlo en brecha, siempre procediendo con recta sinceridad y justicia, lo que en mis tiempos rara vez acontecía en las *Guerras filosóficas* (7). Mis predilecciones eran por Bacón; su método y el sistema experimental los encontraba más de acuerdo con mi modo de pensar (8). En las cuestiones filosóficas usé de gran libertad e independencia de juicio para resolver algunos problemas que fueron objeto de mis investigaciones. Mis trabajos sobre *Simpatía y antipatía* (9) me llevaron a la conclusión de que no existe una ni otra en el mundo físico.

En mi *Teatro Crítico Universal* discurrí sobre todas las materias que podían ilustrar al vulgo, entre ellas algunas cuestiones de física, pero como en aquellos tiempos ésta estaba tan atrasada, reconozco que lo que dije sobre muchos problemas, es lo más flaco de mis escritos. Y como todas las divagaciones que podían interesar a mis lectores y que muchos de éstos provocaban, cabían en mi obra, dediqué un discurso a la *Racionalidad de los brutos* (10), a los que reconocía que tienen alma, que no era material ni espiritual, y sobre este asunto mencionaba un caso curioso: en nuestro colegio de Exlonza, distante tres leguas de la ciudad de León, hubo en mis tiempos un Pollino que apenas hacía otra jor-

nada que una por semana, los jueves, montado de un criado que llevaba las cartas del Colegio a la estafeta de aquella capital. Parece que al buen Pollino no le gustaba este paseo, y llegado el día jueves indefectiblemente se escapaba de la caballeriza y se ocultaba cuanto podía para excusar la jornada, lo que nunca hacía otro día de la semana. Era también admirable su sagacidad y maña de que usaba para abrir la puerta, precisando, en fin, que la noche antes del jueves se le cerrase con llave.

—Yo estoy convencido de que muchos animales, además de la memoria, tienen la noción del tiempo; digo esto a propósito de un caso parecido que se dió en Roma en mis tiempos: Había dos amigos pintores, uno casado y otro soltero, que tenían su estudio en la misma casa y salían juntos al mediodía para comer, y a la extremidad de la calle se despedían tomando cada uno para su lado. El soltero tenía un perro y todos los domingos iba a comer con el casado llevando naturalmente el perro. Un domingo, por cualquier circunstancia, dejaban de comer juntos y al separarse, el perro porfiaba por ir con el casado, lo que despertó en ambos la curiosidad; hicieron la experiencia otros domingos y siempre el perro quería seguir al amigo, en cuanto que durante la semana el perro seguía dócilmente a su amo; esto confirma el caso que a continuación del Pollino explica usted sobre

el perro que los sábados iba de París a Charentón para encontrarse con su amo los domingos.

—Otra cuestión, pero que nada tiene que ver con la anterior, fué mi *Descubrimiento de una nueva facultad o potencia sensitiva en el hombre* (11), cuya facultad era distinta de los sentidos, por no percibir por ninguno de éstos lo volátil y fugitivo del *tiempo* que en realidad existe y se compone de partes distintas y desiguales. Afuera de estas investigaciones me preocupaba la indagación de la verdad, abandonando el método silogístico de Aristóteles, que sólo servía para ergotear, y abrazando el de Bacón de todo someterlo a la experiencia. Yo acabé por convencerme de que la experiencia era el único medio de estudiar la Naturaleza y que era *La regla matemática de la fe humana* (12).

—Se ve en su obra que usted ha discurrido sobre todas las materias, aun peligrosas, como la de *Sobre la recta devoción de las imágenes* (13), en la que se expresaba de un modo crudo y sin contemplaciones, a pesar de la época ser compuesta de devotos; las expresiones de *válgame Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora del Pilar se lo pague, la Madre de Dios de Montserrat le oiga*, etc., que usted calificaba de idolatría, muestran bien su civismo y energía. También han ennoblecido su carácter y es aun materia de admiración la campaña que emprendió contra los mila-

gros. Usted decía: El hecho más insignificante era considerado sobrenatural. Milagro era sanar de una enfermedad; milagro era no morir de una caída; milagro encerrar una buena cosecha. Bastaba la palabra de un rudo fraile o la declaración de cualquier insensata devota para que no faltase quien la predicase en el púlpito, la expusiera en los libros y aun la ofreciera en el sagrado templo a la veneración de los fieles (14).

—Para combatir esa manía del vulgo, escribía en el *Examen de milagros*, lamentando los peligros que éstos originaban, porque “la religión concretada al vulgo nada o casi nada peligraba hacia el escollo de la impiedad; mas por el contrario, era tan resbaladizo hacia el de la superstición que para no estrellarse en él se necesitaba una extrema vigilancia” (15). Como corolario a estas ideas, promulgaba los siguientes preceptos: Primero, en la duda de si un efecto es o no natural, debe estarse al dictamen de los doctos. Segundo, no basta que estos doctos sean teólogos; han de ser versados en filosofía, ciencia a que pertenece examinar a dónde llega la actividad de las causas naturales. Tercero, es inútil a este intento la filosofía sistemática o teórica; sólo el conocimiento de la experimental y más una extendida noticia de la historia natural. Cuarto, es menester gran penetración nativa, genio muy reflexivo y observación muy atenta sobre las circunstancias que acompañaron el hecho,

para averiguar si hubo embuste o impostura. Aplicados estos preceptos al examen de muchos hechos considerados como milagrosos, claro es que habían de aparecer producto del celo pío, del engaño o de la ignorancia. Y con efecto estudié, número infinito de hechos habidos por maravillosos, y todos o los más han caído, unos como sucesos naturales y otros como producto de escamoteos indecorosos. En virtud de mis esfuerzos se apagaron para siempre aquellas *Lámparas inextinguibles* (16) que estuvieron ardiendo durante quince o más siglos y otras patrañas que corrían en aquel entonces; también se reconoció como efecto físico muy natural, que se moviera el crucifijo de Lugo cada vez que tocaba la campana de la catedral donde se veneraba (17), y se desvaneció como el humo la maravilla de las flores de San Luis del Monte (18), cuya cuestión tantas desazones me causó y fueron olvidados otra porción de hechos (19) igualmente tenidos por sobrenaturales.

Estando en estas pláticas percibimos un movimiento de curiosidad en los pasajeros, que se acercaron a la proa para ver mejor a una ciudad marítima que estaba a la vista y presentaba la particularidad de algunos canales bordeados de bellas palmeras. Nuestra nave llegó minutos después, descendiendo en la estación. La parada no llegó a media hora, luego de alijar y cambiar las malas del correo y de que los nuevos pasajeros quedaron ins-

talados, nuestra nave tomó francamente la dirección E. N. E.

Habiendo el aéreo comenzado su curso y vuelto a sentarme al lado de Feijóo, tomé la palabra para elogiar su obra hecha en tiempos difíciles en que el escritor no podía decir lo que pensaba por ser el pueblo atrasado, y tener frente a él la Censura y el Tribunal de la Inquisición, que celaba vigilante por conservar la intangibilidad de la fe. Su obra fué la de un heroe y de un bienhechor que tuvo el atrevimiento de mostrar el atraso en que España se encontraba en el siglo XVIII y preparó, con su *Teatro Crítico Universal* y las *Cartas Eruditas y Curiosas*, el advenimiento de la cultura intelectual del siglo XIX.

—En mis tiempos, España estaba sumida, o mejor diré, dominada por las preocupaciones, las más absurdas, y que intenté desvendar en el discurso *Astrología judiciaria y almanques* (20). En éstos era un accesorio la determinación de los días, festividades y ferias; sólomente los preocupaba las predicciones del tiempo y los sucesos más notables que habían de acaecer. Ocultábanse sus autores bajo el nombre de Piscator y tantas y tales cosas dijeron que me avergonzaba de estos piscatores, y más aún del vulgo que creía en sus predicciones a pie juntillas. No mayor importancia merecía la creencia en los años climatéricos (21) y en los días críticos (22), y por otro nombre llamados decretorios que no eran lo mismo

que días aciagos (23). En efecto, eran considerados en mi tiempo días aciagos o desgraciados los martes, los setenarios o novenarios, aquellos en que se decía hacer crisis una enfermedad para resolverse en bien o en mal. En los mismos fundamentos apoyábanse exclusivamente las *Profecías supuestas* (24) que eran de todos los tiempos y todos los pueblos, y cuya falta de fundamento se determinaba reconociendo que la previsión de lo venidero es privativo de la divinidad: todos los futuros están contenidos en el sellado libro de sus decretos.

—Ya no se acordará de lo que dijo sobre los *duendes y espíritus familiares* (25), los combatió largamente, como también sobre las brujas y otras supercherías tales como los exorcismos, porque como decía usted, daba vergüenza lo que sucedía en España referente a estas preocupaciones. Igualmente impugnó lo de las *lluvias sangrientas* (26), *apariciones de los espíritus, vampiros, excomulgados*, etc. (27), consideraba absurdas estas creencias exclusivas de países atrasados como Hungría, Moravia y Grecia; refiriéndose a ésta decía:

“Esto demuestra cuan diversa es la Grecia moderna de la antigua, que de la más alta sabiduría declinó a la última barbarie. Esta gran mudanza produjo en aquellos espíritus la dominación otomana”; y terminaba con aquel sublime concepto: *La experiencia ha mostrado siempre que el yugo que se carga sobre la*

libertad oprime también la razón.

—Otras verdades dije cuando traté de discurrir sobre la Historia. “Que era un árduo trabajo tomar aquel estilo medio, ni vulgar ni poético preciso en ella. Y ¡Cuanta rectitud de juicio se necesitaba para presentar lo útil y omitir lo inútil! ¡Cuanto trabajo era indispensable para averiguar y exponer la verdad histórica, muchas veces tan impenetrable como la filosofía!” En mis *Reflexiones sobre la Historia* determinaba las causas que influían y en los vicios que afeaban las historias, como también a expresar el exacto concepto que me merecía este sublime producto del espítitu humano, cuyo norte y guía debe ser la verdad. Los errores históricos, aun declarados tales, originan larga serie de males. Aquello de que la mentira es hija de algo, lleva a admitir que la fábula siempre se fabrique sobre el cimientto de alguna verdad histórica. Esto no obstante ¿Como no sospechar que las fábulas históricas son representación de misterios teológicos y máximas políticas, filosóficas o morales, que la ignorancia del vulgo entendió a la letra? (28). Además ¿por qué juzgar únicamente estas fábulas por lo que dice su texto literal? ¿Cómo creer que los egipcios, que fueron algunos años el reservatorio de la ciencia, tuviesen por término la adoración de unas viles sabandijas y aun los mismos puerros y cebollas? Más razonable sería pensar que aquella nación, que era genialmente inclinada a re-

presentar todas las cosas con enigmas y símbolos, adorase en aquellas viles criaturas alguna mística significación y que el culto fuese respectivo y no absoluto (29).

—Usted en este particular ha sido un profeta, un siglo más tarde de emitir estas hipótesis, una expedición científica fué a estudiar las antigüedades del Egipto, descubrióse el medio de descifrar la escritura jeroglífica y han podido desvendarse los sublimes misterios de la civilización faraónica.

—Lo que acaba de decirme sobre el Egipto representa un notable adelanto y deben ser curiosísimos los jeroglíficos por su contenido. Continuando nuestro tema, mis conceptos *sobre la crítica de la historia* (30) que a pesar de estimarla en mucho no la reconocía como arte. Cuantas reglas la constituyesen no serían más que unas máximas generales que a todo hombre de buen entendimiento dictaba su razón natural. “Juzgar rectamente, que esto quiere decir *criticar*, no es factible, limitándose a “aplicar formalmente reglas preestablecidas. “Medir las pruebas, pesarlas, aceptar las conclusiones y todo con arreglo a un patrón, es “impropio de la historia. La crítica reclama “en quien la ejerce prendas intelectuales de “primer orden, y entre ellas sinceridad y magnanimidad.”

Para mí se me imponía talmente la verdad, que ante su sagrado imperio desaparecía todo interés mundano. En las *Reconvenciones ca-*

ritativas a los profesores de la ley de Moisés (31), expuse una historia abreviada de la suerte del pueblo judío desde la muerte de Jesús, y consideraba error absurdo mirar la diversidad de religiones como inseparables de la enagenación de los ánimos. "Todos los hombres" debemos contemplarnos como hermanos—decía en aquella carta—separando mentalmente los vicios y errores de las personas, para constituir aquéllos, objeto de nuestra displicencia como éstas objeto de nuestro amor."

—Usted fué un hombre de una ruda franqueza en sus escritos; su discurso sobre *Amor de la patria y pasión nacional* (32) será leído como de actualidad en todos los tiempos, porque en él decía: "Busco en los hombres el amor de la patria, tan celebrado en los libros y no lo encuentro; cierto que las historias registran millares de víctimas sacrificadas a este ídolo, mas examinando las cosas por adentro, hallaremos que el mundo vive muy engañado en el concepto que hace, de que tenga tantos adeptos esta divinidad imaginaria. Contemplemos puesta en armas cualquier nación sobre el empeño de una justa defensa y vamos viendo a la luz de la razón qué impulso anima a aquellos corazones a exponer sus vidas. Unos se alistan por el estipendio y el despojo; otros por mejorar de fortuna ganando algún honor nuevo; los más por obediencia o temor al príncipe; en cuanto éste, sobre estar distante del riesgo, obra no por mante-

"ner la República, si por conservar su domi-
"nación." También sobre la pasión nacional
del paisanaje y del espíritu de localidad,
¡cuántas verdades dijo que quedarán eternas
y son de todos los pueblos! Aquello de que
"raro hombre hay que no juzgue ser su patria
"la mayorazga de la Naturaleza; sólo en su
"nación hay hombres sabios, los demás son
"menos que bestias; sus productos son los me-
"jores del mundo; sólo sus costumbres son ra-
"cionales; sólo su lenguaje es dulce y agrada-
"ble; sólo su región abunda en riquezas, y
"sólo su nación es poderosa." Todo esto que
usted dijo, hace poco más de siglo y medio
en sus escritos, puede aplicarse hoy día a la
mayoría de las naciones de Europa y Amé-
rica.

—Yo me reía de estos preconceptos nacio-
nales, pues para el varón fuerte *todo el mun-
do es patria*, si bien debe servir a la repúbli-
ca de que forma parte, no por haber nacido en
su distrito, sino porque compone su sociedad.
En mi discurso *Antipatía de franceses y espa-
ñoles* (33) negaba rotundamente que tal exis-
tiese, y que caso de existir, sólo consistía en los
daños que mutuamente se habían hecho en
las guerras promovidas por las opuestas pre-
tensiones de sus príncipes.

En otro orden de consideraciones manifes-
té mi fe vivísima en el progreso humano. "Ca-
"da siglo—decía—representa un adelanto so-
"bre el siglo que le precedió. El hombre que

"no ha degenerado en lo físico, no ha degenerado tampoco en lo moral. Celebrar los tiempos antiguos y abominar el presente, es no sólo injusticia sino desatino. ¿Dónde estáis, pues, siglos envidiados? Sólo en la imaginación de los hombres." Esta doctrina la defendí valerosamente en el discurso *Senectud moral del género humano* (34), cuya confirmación se encuentra en el maquiavelismo de los antiguos (35), que expuse extensamente a la vez que presentaba la biografía del célebre florentino. Para mí la política más conveniente y más fecunda es la honrada, la recta, la que no estriba en ficciones, adulaciones y enredos; ahora, donde se profesa el principio de Maquiavelo, la simulación de la virtud aprovecha, en cuanto que la misma virtud estorba. Sobre esto me extendía al hablar sobre *La política más fina* (36), tratado del arte de gobernar honradamente, donde los políticos podrían aprender máximas de administración y de conducta. Sobre esta materia me extendí más en el discurso *Libros políticos* (37) y algunas paradojas sobre el mismo asunto (38). Pero, donde traté de esta cuestión a fondo fué en *La ambición en el solio* (39), allí lancé mis dardos contra los príncipes conquistadores y acababa diciendo que, si me pusiera a escribir un catálogo de los ladrones famosos, en primer lugar pondría a Alejandro y a Julio César.

La política de conquista enredó a España

en guerras interminables. Para en lo futuro evitar esta peste, decía que era necesario, dado el poder personal de los reyes, formarles el corazón y la inteligencia de modo muy distinto de como lo formaban una viciosa educación y un mal sistema de enseñanza. Que el rey es hombre como los demás, hijo del mismo padre común, igual por naturaleza y desigual por fortuna. Que Dios no hizo el reino para el rey, sino el rey para el reino. Así el gobierno debería ser no al interés de su persona y sí al de la República. Que como los vasallos estaban obligados a ejecutar lo que era del agrado del rey, éste estaba obligado a mandar lo que era del agrado de Dios, o sea a procurar el bien público. Que lo más difícil, y por tanto lo más glorioso en un rey, no era conquistar nuevos reinos, sino gobernar bien los que poseía. Por este camino continuaba discurrendo e impugnaba aquellos escritores que aconsejaban a los gobernantes ser de suma prudencia dejar al mundo en el mismo estado en que le hallaron. Esto lo consideraba perniciosísimo, pues, si los abusos no se corregían, cada vez se hacían mayores.

Continuando en este orden de ideas atacué la administración de la justicia por su morosidad en el despacho de los negocios del foro, esto me movió a escribir ampliamente *Sobre la grave importancia de abreviar las causas criminales* (40) y *Balanza de Astrea o recta administración de justicia* (41).

También mi paradoja: *La tortura es un medio falible en la inquisición de los delitos* (42), establecida en las leyes y arraigada en la práctica, tribunales y publicistas declararon unánimes que era inaudito atrevimiento la afirmación de esta paradoja: No la verdad, sino el dolor era quien expresaba la confesión del delito; quien tenía valor para tolerar el cordel, negaba la culpa aunque fuese verdadera; quien no lo tenía, la declaraba aunque fuese falsa. Concluía mi alegato declarando bárbaro e ineficaz el tormento.

—Su voz fué la primera que se levantó en España contra tan cruel institución. Y su noble campaña fué continuada pocos años después por otro filántropo contra el dictamen del Consejo de Abogados de Madrid, habiéndose suprimido cuarenta y ocho años después de su muerte.

—La noticia no me sorprende, pero hallo que han tardado mucho tiempo en suprimirla.

—Una cuestión digna de pasar a la posteridad y que trató con altruísmo, fué hablar del estado precario de los labradores, dijo usted cosas muy justas, especialmente sobre los países que conocía, como eran Galicia, Asturias y León. En estas tierras, decía, no había gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubrían sus carnes; su habitación, igualmente rota que el vestido, su alimento, un poco de pan negro, y sobre este tono continuaba describiendo su estado

de precaria miseria. Y concluía, después de todos estos males, tener que conducir los frutos o el valor de ellas a las casas de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados en lágrimas (43).

Para vencer tan triste situación, usted aconsejaba se escribiesen libros de agricultura, crear en la Corte un congreso de labradores acomodados, que discutiesen las cuestiones que interesasen a su profesión, proponiendo reformas al príncipe que sirvieran de enseñanza a sus conciudadanos. Aconsejaba aprovechar el beneficio del agua de los ríos, en ninguna parte menos utilizada que en España, repoblar los bosques, consagrar cada terreno al fruto que le fuese más apropiado, formar prados para la ganadería, etc. Y concluía aconsejando que si en algunos países no había bastantes colonos para cultivar la tierra que poseían, hiciesen que el príncipe, usando del alto dominio que tenía y que justamente ejerce cuando lo pide el bien público, supliese al inconveniente, estrechando las posesiones de modo que nadie gozase más de lo que por sí mismo o por sus colonos pudiese trabajar. Como compensación del despojo que iban a sufrir los propietarios, arbitraba que los naturales escogiesen para sí los terrenos más feraces y dejasen los otros para los advenedizos. En prueba de lo práctico de su doctrina, recordaba que los romanos, sabios en el gobier-

no, tenían cuidado de reducir las posesiones de los particulares para obviar al daño de quedar incultas. Estos consejos y conclusiones le dan el mérito de ser usted el primer socialista que hubo en España.

—Yo hablé de todo y hasta en mis *Cartas* me ocupé de la literatura amena, que sobre ser ejercicio honroso de los autores, contribuía mucho a la educación del hombre a quien servía de útil y honesto entretenimiento (44). Decía que la literatura no era sólo arte, sino ciencia, y formulaba el discurso *Razón del gusto* (45) para apoyar mi proposición. Yo creía en mi tiempo y continúo hoy pensando del mismo modo, que el gusto se experimenta en los sentidos y en la imaginación, y que también es susceptible de educarle. Aquello del *No sé qué* (46), fórmula vulgar que recoge un principio no cierto, pues las producciones de la Naturaleza, como las obras de arte, agradan cuando y porque deben agradar.

Toda mi vida fuí un innovador y en las mil cuestiones que me han ocupado, critiqué los estudios universitarios y a los viejos profesores de aquellos tiempos, que miraban con desprecio que en las escuelas se empezase a enseñar lo que ellos ignoraban (47). Hacíase necesario que algunos profesores capaces y de espíritu generoso, comenzasen a introducir el *buen gusto literario* en los estudios. Mientras esto no sucediera, tan ignorante era el que no sabía leer como el que ganaba con buenas

censuras sus cursos literarios. Porque yo decía: Que cuanto se enseñaba en las escuelas sólo servía para indigestar el entendimiento, llenándole de materias de mucho peso, pero de poca sustancia. “El que sepa—decía—toda la filosofía que se enseña en las escuelas, por bien que la sepa, sabe poco más que nada; podrán decir que es un gran filósofo, y no lo es ni grande ni chico. El estudio de la física no dará una gota de verdadero espíritu filosófico; y quien por razones metafísicas piensa llegar al verdadero conocimiento de la Naturaleza, delira tanto como el que se juzga ser dueño del mundo por tenerlo en un mapa” (48).

—Sobre los métodos de enseñanza fué usted un revolucionario.

—Algo de lo que debía hacerse lo esboqué en cuatro discursos (49), en donde presenté un plan de estudios completo que concluía por desarrollar una organización científica totalmente nueva; una ciencia distinta de la de entonces.

—También sus controversias sobre los estudios medicinales quedaron célebres, no sólo por las disputas que provocaron, como por haber ocasionado en España una revolución completa en los estudios médicos.

—Sí, me acuerdo; fué quizás la polémica más larga y complicada de mi vida de escritor.

—Seguramente, ya no se acordará de las

palabras nuevas que introdujo en la lengua castellana (50) y que los críticos de su tiempo reprobaron tanto. Pues bien; las palabras amputación, proyección, bagatela, funámbulo, posición, contrincante, torbellino, etc., son hoy de uso constante en nuestra lengua.

—Yo no comprendía que recibiesen tan mal mis neologismos, porque eran palabras indispensables que nos faltaban; cuando una lengua no tiene la palabra adecuada para expresar una idea, tiene necesidad de procurársela en otra lengua que tenga más analogía con ella, esto es lo que hice y lo que harán en lo sucesivo siempre que aparezcan nuevos inventos y nuevas ideas (51).

—Sobre la poesía y los poetas dijo usted cosas que se parecen mucho a la opinión actual de los marcianos. Decía usted que un poeta excelente era una alhaja rarísima, y añadía: “¿Dónde se encuentra, entre tantas cosas que salen a la luz, una sola que sea justamente natural y sublime; que tenga la cualidad de ingeniosa, clara, brillante, etc.?” (52). El juicio que usted hacía de los poetas españoles, sus contemporáneos, era bien merecido “El que menos mal lo hace—decía—exceptuando uno u otro raro, parece que estudia cómo lo ha de hacer peor. Todo el cuidado se pone en hinchar el verso de hipérboles irracionales y voces pomposas, con lo que sale una poesía hidrópica, que da asco y lástima verla. La propiedad y naturalidad, cualidades

"esenciales, sin las que ni la poesía ni la prosa jamás pueden ser buenas, parece andan fugitivas de nuestras composiciones" (53).

—Lo que acaba de repetir sobre lo que yo decía de los poetas me recuerda los tiempos en que allí viví, en los que no conocí a un buen poeta y si me refiero a la poesía sagrada, aun era peor, era inferior en mi concepto, a las coplas de ciegos: esto mismo dije en mis obras.

—Su juicio sobre los críticos quedó legendario. Decía que más dificultades ofrecía escribir un libro mediano, que formular una buena crítica, pues como no había autor exento de descuidos, nada más fácil que dar con ellos, sobre todo, procediendo con el propósito preconcebido de encontrarlos (54).

Uno de sus grandes méritos lo constituye la defensa que ha hecho de la mujer (55), a pesar de ser considerada en aquel entonces poco menos que una esclava.

—Sí—respondió—, alabé su sencillez, docilidad y hermosura y que ella en muchas cosas nos era superior; pero también atacué a fondo su afición a las modas. Sobre este particular me extendí bastante, critiqué el haber invadido la moda no sólo en el vestir, sino en el andar, usar éstas o aquéllas voces en el hablar, en el color del rostro y que hasta trascendía en los libros espirituales, los ejercicios devotos y hasta había santos de moda.

—Usted fué uno de los pocos que supusieron habría habitantes en los otros planetas (56),

sólo les atribuía cuerpos diferentes de los nuestros, porque decía que los habitantes de los otros astros serían distintos unos de los otros. Unicamente al planeta Marte lo conceptuaba que sus habitantes se parecerían más a los terrestres. Aquí vine a convencerme de que la Naturaleza obra de una manera constante en todo, y que los seres llegados a la perfección, como es el hombre, deberán parecerse, teniendo todos ellos un físico que acompañe en perfección a la intelectualidad del individuo.

—Yo también soy de su parecer y apruebo lo que acaba de decir; en aquellos tiempos mis ideas eran atrasadas, pues desconocía la ley que rige al Universo, de que tanto la materia como el espíritu, tienden indefectiblemente a perfeccionarse. Los seres se perfeccionan tanto física como intelectualmente, y por lo que aquí se ve puede deducirse, que dada la perfección física de las criaturas, el intelecto les acompaña en las mismas proporciones de perfectibilidad. También sabemos, que cuando el cuerpo enferma, nuestro intelecto, por concomitancia, sufre depresión, la razón se altera, por cuanto el enfermo lo ve todo tétrico y las ideas no tienen la lucidez del estado de salud. Tengo observado en mi vida anterior, cuando fraile en la Tierra, que a los individuos contrahechos y de facciones anormales y repulsivas, les acompañaba una inteligencia torcida y obtusa. Cuantas veces observé desde el coro

de mi iglesia, a hombres y mujeres sumidos en la contemplación de las imágenes, hacer gestos extravagantes de arrobamiento unos y de contricción otros, que me excitaban la risa y la conmiseración a un tiempo. Pues bien, algunas veces bajaba a la iglesia para observarlos de cerca, y se confirmaba mi pronóstico; eran seres contrahechos, de facciones fenomenalmente asimétricas, feas e imperfectas como sus ideas; estaban atacados de locura religiosa.

El hombre que tiene su intelecto perfecto, conoce las cosas en estado de completo equilibrio sin exageraciones en pro ni en contra y esto lo debe a la facultad pensante. Por ella, nosotros conocemos el mundo exterior y nos damos cuenta de los fenómenos que nos rodean. Esta alta facultad de conocer la obtenemos por el intermedio de nuestros sentidos. Estos cinco órganos con su aparato nervioso, sirven al intelecto para percibir las sensaciones que los objetos exteriores nos transmiten. Las facultades intelectuales, fuente de todas nuestras ideas, sino tuviesen la conciencia y la razón para regularlas, de nada servirían. *Yo pienso luego existo*; este aforismo dicho por Descartes, sin la conciencia de sentir y querer que la razón regulan, no valdría nada y sería una frase vacía hasta de sentido. Todo trabajo intelectual se opera en nuestro *yo*, unas veces espontáneamente y otras bajo la dirección de la voluntad, desenvolviendo conscien-

temente un mundo de conocimientos variados, podríamos aventurar, infinitos.

Paró aquí la conversación de Feijóo, yo no hallé nada que objetarle respecto a las ideas que él acababa de expresar y quedé sumido en pensamientos internos, meditaciones que en mi fuero íntimo seguía haciendo, al reflexionar sobre los casos psíquicos de locura religiosa, que ya hacía años había yo notado, aun en las grandes capitales; seres fenomenalmente contrahechos que vivían a la sombra de los templos.

Mis reflexiones no fueron más adelante, porque nos acercábamos al continente novísimo, punto terminal de la travesía. Nos pusimos curiosos a mirar al horizonte; se descortinaba, envuelta en la neblina, una línea de montañas que poco a poco iba dibujándose con más nitidez, y luego apareció el puerto, que se encontraba a espaldas de las montañas, frente al Naciente.

Cuando hubimos llegado a la estación, descendimos a la calle e inmediatamente nos dirigimos a una hospedería que nos habían recomendado los compañeros de a bordo. Cenamos entre diecinueve y veinte; a los postres charlamos un rato, y luego, sintiéndonos cansados nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente paseamos por la ciudad, fuimos a la agencia con nuestra carta de crédito para sacar el dinero necesario para viajar en aquel continente. Luego de haber

comido nos pusimos en camino en el auto que partía para la población próxima, y cuya dirección era la parte más angosta del continente.

En cuanto caminábamos iba notando ciertas particularidades; veía que las poblaciones se sucedían unas a otras en distancias regulares; las aldeas rodeaban a las mismas en puntos equidistantes entre ellas y las ciudades de que dependían. Hice mis observaciones a este respecto a Feijóo, él me suministró explicaciones que me pusieron al tanto de acontecimientos geológicos operados en Marte y de los que hasta aquel momento no había habido oportunidad de hablar.

—El territorio que estamos atravesando —me dijo— es el continente más nuevo del planeta; emergió unos doscientos mil años después de establecido el régimen de la razón y la inteligencia. La aparición no se hizo rápidamente; primero emergieron algunas islas nuevas, que estuvieron algunos siglos sin mostrar otros accidentes; después unas se fueron agrandando, aparecieron otras que se ligaron a las primeras; luego surgieron grandes territorios que dejaron la mayoría de las islas en tierra firme, acabando, al fin, por formar el sistema de montañas y cordilleras que adquirió definitivamente este continente.

Llamáronle el continente misterioso; en este estado estuvo durante muchos siglos sin que nadie se ocupase de él. Únicamente en las

estaciones propicias, los excursionistas penetraban por el litoral adentro en busca de caza, que cuentan había en abundancia. Algunas partes del litoral que eran lugares propios para hacer escala la navegación, fueron las primeras que se utilizaron y no tardaron en ser pobladas.

Como las islas que primitivamente había y las que después emergieron, quedaron en tierra firme separadas del resto del mundo, los animales antes domésticos se desarrollaron extraordinariamente, muchos volvieron al estado salvaje y algunas especies se convirtieron en animales feroces. Los habitantes, lejos del convivio social, pasados muchos siglos de aislamiento al extenderse por las tierras emergidas, retrocedieron al estado semi-salvaje. Su carácter tendió a la ferocidad, los hombres adquirieron instintos perversos y crueles, siendo sus mujeres las víctimas; como lo habían sido antes en los primeros tiempos del mundo.

Estos territorios pasaron muchos siglos en estado de completo desamparo, cuando se inventó la navegación aérea. Entonces muchos aviadores atravesaron en diversas direcciones el continente e hicieron conocer la feracidad de su suelo, en su mayoría cubierto de una vegetación exuberante. Adquirido este conocimiento, el Congreso del planeta decidió poblar estos territorios que Madre Naturaleza ofrecía con tanta liberalidad a los marcianos. En cargaron al Ejército Agrícola de sanearlo, y

poner en estado de prestar servicios a la humanidad. Mandáronse aquí misiones a estudiar estos territorios y ver lo que se podría hacer de más conveniente para ponerlos en estado de ser habitados. Estudiaron las canalizaciones que se podrían hacer, idearon también la red de caminos racionalmente dispuestos para ligar y servir a las futuras comarcas. Luego hicieron un mapa con la red de villas y ciudades que sería conveniente fundar. Después de bien estudiado todo, marcaron con estacas el emplazamiento de las villas y señalaron de idéntico modo las aldeas, siendo éstas las primeras en ser pobladas. En fin—añadió Feijóo—este fué el país que se pobló de acuerdo con un proyecto anteriormente establecido.

La disposición de las moradas está hecha de manera que en la distancia de una aldea a otra y de cualquiera de éstas al municipio, no se emplea más de hora y media andando a paso normal. Esto fué calculado para que en caso de un incendio u otro cualquier accidente puedan socorrerse mutuamente y además, para que los labradores se encuentren cerca de sus labores y puedan fácilmente ir a la villa a sus negocios y a vender sus productos. Estos territorios ya hemos dicho fueron planeados de antemano, y su ejecución proseguida pacientemente a fin de obtenerse un país modelo.

Nuestro vehículo se aproximaba a una aldea; percibí en una almáciga cercana unas

cuantas mujeres que con sus hijuelos arrancaban la maleza del pie de los tiernos árboles, otras sosteniéndolos en sus brazos, los levantaban para que los limpiasen de los parásitos y musgos que los cubrían, y todos estaban atareados en libertar los árboles de las hierbas que podrían perjudicar su desarrollo.

Feijóo fué explicando, que las madres llevaban a sus hijos a aquellos lugares para habitarlos desde pequeños al trabajo y al mismo tiempo rendir culto a la Naturaleza, extirpando las plantas inútiles y malignas y conservando las benéficas y medicinales. En este punto mi amigo me hizo un parangón entre la moral de los marcianos y la de los terrestres, añadiendo muy juiciosamente, que en la Tierra, todo cuanto se refería a la Divinidad consistía en palabras; preces, misas, procesiones, actos en suma de los cuales no se obtenía provecho alguno; en cuanto que allí honraban a la Naturaleza, cuidando de los productos que ella proporcionaba para sustento y alegría del pueblo marciano. —Créame, en la Tierra sólo hay lengua; todo se hace con discursos, informes, reuniones, conferencias y congresos, y acaban por no resolver nada que aproveche a la colectividad. ¿Qué dirían en la Tierra si viesen a esas madres con sus tiernos hijos arrancar las hierbas de una propiedad colectiva y que a ellas poco o nada aprovechará? Seguro que con el egoísmo que caracteriza a aquella humanidad, hallarían el acto estúpi-

do. Pero eso que se hace aquí todos los días, los habitúa desde temprano al trabajo, y llegados a hombres no se encuentran bien en la ociosidad.

Hacia poco que habíamos dejado atrás una villa con sus aldeas, el camino entraba por un país montañoso; vimos varios muchachos de unos 20 años, tipos inteligentes que salían de trabajar en las minas, y pregunté a Feijóo qué gente era, pues por sus trajes no me parecían soldados.

Respondióme que aquellos jóvenes eran estudiantes que se dedicaban a las ciencias y, como el trabajo de las minas equivalía a tres tantos del de soldado, iban a trabajar cuatro meses, quedándoles los ocho restantes libres para emplear en sus estudios universitarios. Algunos hasta trabajaban cierto número de horas más por día para terminar más pronto su servicio y otros se asociaban a fin de extraer la cantidad de mineral que equivaliese a los cuatro meses de trabajo obligatorio. Aquellos puestos eran tan apetecidos, que algunos años excedían a las necesidades y se hacía necesario darlos por sorteo.

Pasado el terreno montañoso entramos en planicies perfectamente cultivadas; todo a lo largo de los caminos y a través de los campos sucedíanse los frutales ligados entre sí por guirnaldas que parecían puestas para adorno, esto en leguas y leguas de extensión; pregunté a Feijóo si aquellas guirnaldas fueron pues-

tas para dar más belleza al paisaje.

Feijóo respondió a mi observación diciendo que yo lo miraba todo bajo el punto de vista artístico, pero que los marcianos, sin descuidar la parte artística, trataban antes de lo útil, conciliando ambas aspiraciones. —Lo que a usted parece adorno, no es ni más ni menos que la viña, que, en lugar de correr sobre estacas formando emparrado, se enrolla sobre sí misma formando esas ondas de tan bello efecto. Cultivada de esta manera no ocupa lugar y los campos quedan libres para producir mayor cantidad de cereales, base de nuestra alimentación. Ahora vamos a encontrar, más adelante, unos terrenos artificiales curiosísimos y después de verlos usted mismo dará la explicación.

Efectivamente, algún tiempo después de haber dejado a nuestra espalda las guirnaldas, entramos en un terreno desigual en el que la carretera mostraba, en diferentes cortes, una calidad de tierra oscura en los que, por veces, aparecían francos residuos calcinados de carbón fósil. Comprendí sin esfuerzo que aquellos terrenos habían sido formados por los despojos de la navegación a vapor lanzados al mar antes de emerger aquel continente, en el espacio de mil quinientos años, período de duración del carbón fósil. Y pensé para mis adentros que a la Tierra le esperaba otro tanto de lo que allí había acontecido, y dado el enorme consumo que en ella se hace del car-

bón, los yacimientos, por extensos que sean, algún día tendrán que agotarse, y probablemente no alcanzarán los años que allá tuvieron de duración.

Volvimos a encontrar, más adelante, las planicies como anteriormente con los viñedos enguinaldados, y luego reapareció la misma calidad de terrenos formados de residuos de carbón fósil. Feijóo explicó que los primeros terrenos que habíamos atravesado iban en dirección Sudoeste, en cuanto que los que actualmente atravesábamos se dirigían al Sudeste; los primeros tomaban la dirección del país que el habitaba, en cuanto que los segundos iban en dirección del continente al que llegaríamos dentro de pocos días.

Después de caminar en auto unos tres días y no ofreciendo mayor interés el resto de aquel continente, tomamos en una estación el primer aéreo que seguía para el continente vecino, haciendo la travesía en un día, aterrizando en el puerto de Siul poco antes de la noche. Allí compramos los billetes de pasaje para la gran travesía que nos llevaría a la ciudad de Zenút, al Norte de aquel continente.

Tuvimos que esperar dos días por la salida del expreso, que hacía la travesía directamente, pues los otros sólo viajaban de sol a sol. Cuando hubieron transcurrido los dos, días emprendimos el viaje llevando los pasajeros sus meriendas para alimentarse en la travesía, porque en la nave no suministraban más

que agua.

La nave, pasadas las primeras horas, entró a navegar sobre un suelo arenoso en uno que otro punto cultivado; Feijóo fué explicando que aquél era un suelo permeable formado por arenales en su mayor parte desiertos. Que en aquel suelo se había llevado canalizada el agua de un gran río cercano, pero que había sido penosísimo porque no bastaba trazar el lecho, había que macadamizar el fondo y los bordes para que las aguas no se sumieran. Con todo, no se había conseguido más que mejorar las márgenes de los canales, plantando en ellas una planta que se alastraba sobre la arena y con el riego iba a la larga modificando la naturaleza del suelo, ganándose incesantemente sobre el desierto algún terreno cultivable. Como la nave hacía el viaje directo y por tanto no paraba en ningún lugar, pudimos hacer aquel gran trayecto en un día y poco más de una noche, volando la mitad del tiempo sobre desiertos de arena interminables, pocas veces interrumpidos por algún oasis. A nuestra izquierda percibimos una extensa cordillera que se adivinaba a lo lejos, luego entramos en un país montañoso y antes de mediodía arribábamos a la ciudad de Zenút, puerto famoso en la alta antigüedad, mas que ahora quedaba algo lejos del litoral.

Como las compañías de navegación aérea no expidiesen billete para ir directamente a la antigua capital de las artes, tuvimos que

contentarnos con una que partía para Selopán, dos horas distante de aquélla. Había por los alrededores de Zenút muchas ruínas visitadas por los viajeros, pero nosotros teníamos prisa de llegar a nuestro destino y no nos detuvimos más que el tiempo preciso para comer. Tomamos, pues, sin más tardanza, el aéreo que partía aquella tarde para la tal ciudad.

El viaje no ofreció particularidades dignas de mención. Luego de transcurrida la primera hora hicimos escala en un lugar para tomar y dejar pasajeros y una hora más tarde aterrizábamos en la ciudad, punto terminal del viaje aéreo.

Feijóo, durante la travesía, me había hecho una descripción de Selopán, ciudad famosa en la antigüedad y cuyos orígenes se perdían en la fábula. Había sido en todos los tiempos una villa de placer, voluptuosa y un tanto corrompida. Ahora, como todas las ciudades grandes del mundo, había decaído, reducida a municipio cabeza de grupo y de región, pero esto no la salvaba de su decadencia. Hoy las diversiones no son crapulosas e inmorales como en los antiguos tiempos, y al acto carnal, como no está prohibido, nadie le da importancia. En este particular era en lo que antiguamente la ciudad se distinguía, y atraía a los hombres fatigados y viciosos.

Luego que hubimos descendido de la nave nos dirigimos a uno de los albergues más co-

nocidos, en el auto de la casa que había ido en busca de pasajeros a la estación. El albergue estaba situado frente a la planicie, y cenamos a la vista del antiguo puerto. El panorama que se disfrutaba desde el terrado era de lo más curioso; al frente veíanse campos y viñedos a perder de vista, limitados allá en el fondo por una montaña baja y como interrumpida al medio. En los remotos tiempos toda la planicie era mar, y la montaña que se veía al fondo era una estación a donde iban a veranear los pintores. A nuestra derecha aparecían unas colinas bajas y las ruínas de un palacio sepultadas. A la izquierda había una montaña enteramente aislada; Feijóo me explicó haber sido en los tiempos bárbaros un volcán que se había apagado y reencendido varias veces; pero, desde tiempo inmemorial, había quedado extinguido. Aquélla había sido una de las bahías más bellas del mundo, el puerto se había cegado y actualmente el litoral quedaba a unas treinta leguas de distancia. La ciudad aquella era en la actualidad una de las más visitadas del mundo, por las curiosidades que había en sus contornos; tres ciudades que el volcán en una erupción había sepultado. Propuse a Feijóo visitarlas, mas él contuvo mis deseos, prometiéndome al regreso de nuestra excursión volver por allí para tomar el aéreo de retorno, y entonces tendríamos ocasión de visitarlas.

Al día siguiente visitamos un notable mu-

seo de antigüedades y después de comer tomamos el auto que nos condujo con otros pasajeros a la antigua capital de las artes, llegando antes de la noche. Cuando íbamos acercándonos aparecían por todos lados ruínas emergiendo del suelo; torres, restos de murallas, arcadas de acueductos, restos de templos y casas en ruínas y abandonadas. La ciudad se hallaba situada en una hondonada y el camino que conducía a ella descendía cada vez más a medida que nos acercábamos a sus vetustas murallas.

CAPITULO XV

VISITA A LOS MUSEOS

La arquitectura del gran templo. - Religiones que se exhibían en la nave central. - Las diversas trinidades. - La capilla de las reliquias. - Piedra con la impresión dejada por los pies del Civilizador. - El museo arqueológico y geográfico. - Comparación entre el mapa mundi antiguo y el moderno.

Era una ciudad muerta, en la que se encontraban los museos; a la entrada, dentro de las antiguas murallas, había un albergue más caro y lujoso; en las afueras, cerca de un gran templo, había otro más modesto, pero frecuentado por los artistas, al cual Feijóo dió preferencia.

Al día siguiente, muy de mañana, nos diri-

gimos al museo de religiones, poco distante del albergue, y que podríamos visitar a gusto hasta la hora de comer. Por el camino, Feijóo me fué explicando que aquel templo guardaba los recuerdos de las religiones del pasado y había sido el mayor y más famoso de la antigüedad. En sus buenos tiempos, el templo terminaba en una alta cúpula de bellissimo contorno, que había caído poco tiempo después de haber desaparecido la religión que en él se practicaba. La ciudad había sido la más célebre de la alta antigüedad, habiendo decaído y prosperado por diversas veces, hasta establecerse la unidad planetaria en que quedó reducida a simple municipio. Como su vida dependía de la religión que en ella se practicaba y de la cual aquel edificio era el centro, cuando vino la incredulidad su influencia cesó por completo y la ciudad poco a poco fué quedando desierta.

Muchos años, y aun siglos, continuó en este estado de completo abandono, visitada sólo por los artistas y estudiosos, que iban a admirar sus ruinas y monumentos, hasta que el Congreso decidió reunir en ella todo lo referente a las tradiciones religiosas, fundando el museo. Más tarde, como aquella ciudad reunía las diversas épocas más florecientes de la arquitectura, con el intento de desenvolver estos estudios, restauraron las ruinas que podían servir de modelos, y los fragmentos restantes los llevaron para uno de sus grandes edificios

abandonados, estableciendo allí el museo arqueológico. Tiempos después, este museo fué aumentado con restos encontrados en excavaciones practicadas en aquellos lugares y formaron al lado del primero el museo geográfico, constituyendo estos dos museos un centro como no se encuentra en parte alguna del mundo. Andando los tiempos y para completarlos trajeron vaciados de las antigüedades que en ellos faltaban, y siempre que aparecía algún resto antiguo, sea en arquitectura o estatuaría, la Dirección mandaba sacar una copia para aquellos museos. Así que ellos están repartidos en tres órdenes: el museo de reliquias, el museo arqueológico y geográfico y los de escultura esparcidos por varios grandes edificios.

Un vacío se hacía sentir: no haber museo de pintura; ésta adolecía del grave defecto de ser frágil; si alguna cosa existía eran copias de copias; algunos frescos se habían conservado de las pinturas primitivas, pero de la gran época de la pintura hecha sobre tela y al óleo todas habían desaparecido. Sólo los retablos del gran templo que íbamos a visitar, como fueran hechos en mosaico, habían resistido a los innumerables siglos que pasaran sobre ellos. Estos retablos eran los únicos documentos que les legaran aquellas edades y sin ellos en la actualidad no podrían formarse idea de la pintura de aquellos tiempos. No cabe duda que las Bellas Artes llegaron al

mayor esplendor cuando la humanidad tenía desenvueltos los sentimientos poéticos y religiosos con las ilusiones del adolescente. Los marcianos han trabajado constantemente para sobrepujarlos; pero si consiguieron serles superiores en la acción y el sentimiento, en la forma les han quedado inferiores.

Feijóo había estado allí de joven; al casarse hizo su viaje de nupcias a la capital de las artes y conocía perfectamente lo que era más digno de atención y que más podría interesarme. El edificio que se presentaba a nuestras miradas era altísimo, a lo que contribuía el ático por ser demasiado alto. Por su tamaño aspiraba a grandioso; pero la serie de tribunas que tenía en los intercolumnios le daban aspecto de palacio más que de templo. Feijóo llamó mi atención para la planicie que rodeaba el edificio; en el centro había un resto de obelisco que surgía del suelo, y la tradición decía que a los lados habían existido dos monumentales fuentes que al caer el Sol reproducían los colores del arco iris. En derredor, cerraba la plaza una columnata cuya línea se adivinaba por los restos de columnas y cornisas que salían del suelo. Al llegar al templo nos pusimos a contemplar el paisaje; descubriense a nuestra derecha montículos de casas destruidas y apareciendo en uno que otro punto grupos de árboles vetustos y copudos; al fondo, limitaba la vista una fortaleza de forma circular, poco elevada, y a la izquierda

las viejas murallas se ligaban con la fortaleza.

Comprados nuestros billetes de entrada, nos dirigimos a la puerta principal; al entrar bajamos dos escalones y nos encontramos en un amplio peristilo; a uno y otro extremo había dos estatuas ecuestres de mármol bastante malas, sin cabeza ni brazos, tanto los jinetes como los caballos; por el suelo, alrededor de las paredes, habían colocado sepulcros de bienaventurados, algunos de interés artístico, que pertenecían a las diversas religiones que figuraban dentro. Entramos luego en la gran nave central: si exteriormente su arquitectura me había impresionado mal, el aspecto del interior me fué más desagradable. Las proporciones de unas partes con las otras se anulaban, y añádase a esto los detalles colosales que despertaban la idea de que aquella obra no había sido hecha para hombres y si para gigantes. La nave central servía para exhibir los restos de las dos religiones hermanas más esparcidas por el mundo: la del *Sabio* y la del *Civilizador*.

Desde la entrada hasta el centro de la nave en que se cruzaba la transversal, estaba ocupada por imágenes y objetos pertenecientes a la religión del Sabio, que se había difundido por el Oriente y cuyos principios tolerantes no dieron ocasión a guerras entre sus adeptos. Las estatuas de santos y vírgenes alineadas en avenidas longitudinales y transversa-

les, de todos tamaños y en materias variadas (piedra, mármol, bronce y madera); unas esculpidas, otras rechonchas, de hombres y mujeres, daban la idea de una floresta. Como en todas las religiones, el culto de la mujer se impuso a ésta como una necesidad moral para los fieles; su constitución no la mencionaba, pero el culto de la belleza femenina tuvo que entrar para que la religión fuese más del agrado del pueblo. Las estatuas del Sabio, sentado sobre sí mismo, algunas en metales preciosos y otras cubiertas de pedrerías de un gran precio, eran las más abundantes. En el centro del gran redondel, a la intemperie, antiguamente cubierto por la cúpula, se hallaba la estatua del Sabio, de más de veinte pies de altura, esculpida en piedra, pintada y dorada; su actitud era la de un hombre pensativo, sentado sobre sí mismo; una de las manos descansando y con la derecha haciendo ademán de esperar. La rodeaban una porción de Sabios más pequeños, estatuas repitiendo enteramente los trazos de la mayor. Al Sabio le cabía de justicia presidir allí las otras religiones, y bien lo merecía, pues las principales habían sido sus hijas, o por lo menos sus morales habían sido extraídas de las suyas y precisaban imitarla para conservar su prestigio.

Todas las religiones—fué explicando Feijóo — tuvieron su nacimiento en Oriente, en donde por efecto del clima cálido las razas son de naturaleza indolentes y emplean sus

energías en la contemplación. Razas en extremo imaginativas, el estro poético desenvuelto hasta la exageración; de aquí a la alucinación no hay más que un paso. Algunos de estos espíritus exaltados dedicaron todas sus energías a la contemplación del cielo y de las cosas divinas, produciendo en ellos esa fiebre, esa obsesión que termina por la locura. Y fueron esos visionarios convencidos de su misión divina y pretendiéndose enviados de Dios los fundadores de religiones.

La del Sabio había precedido seis siglos a la del Civilizador; éste había pasado toda su juventud viviendo entre ellos y aprendió su moral y sus artes, desconocidas en el Occidente. Su permanencia entre pueblos de costumbres suaves y fraternales, lo fué iniciando en la doctrina de que los hombres debían ser todos hermanos y no esclavos, como eran la mayor parte en Occidente. Vuelto a su patria, trató de mejorar la religión de su pueblo, introduciendo las nuevas ideas de amor, caridad y fraternidad, predicando sobre todo la igualdad entre los hombres, contribuyendo al mismo tiempo a civilizarlos y a quitarles su rudeza nativa; pero fué asesinado. Lo representaban en pie, con los brazos abiertos, como convidando a todos a ponerse bajo su protección, o bien en actitud menos ostentosa, con una mano indicando en su pecho la herida que lo había privado de la vida.

La religión del Civilizador empezaba pa-

sado el redondel; se había difundido por el Occidente y llegó a adquirir tantos adeptos como aquélla. En el fondo era la misma, con su gran sacerdote, sus conventos, su confesión y penitencias, sus procesiones, sus ritos y su moral tomadas de la otra. Su exhibición era una repetición de la anterior: estatuas de santos, de santas y multitud de vírgenes se repetían y tenían todas las advocaciones: era la madre para los afligidos, para los desamparados, para los que se encontrasen en peligro de muerte, para las mujeres encinta, para los enamorados, etc.; con esto satisfacían todos los casos en que las criaturas pudieran encontrarse.

En el fondo de la nave encontré una representación parecida con nuestra Trinidad: uno de los Credos queriendo ensalzar más al Civilizador e imitando la apoteosis que se hacía con algunos reyes y emperadores de elevarlos a dioses después de muertos, lo proclamaron hijo de Dios. Pero, como la religión era monoteísta y no se podía admitir a la Divinidad representada por dos personas, tuvieron que formar una trinidad; concepción que la mayoría de las religiones anteriores habían tenido. Construyeron, pues, una trinidad con el Dios padre, el Dios hijo y disfrazaron al Dios madre, representándola por una paloma; que era el simbolo de la diosa de la belleza en una religión anterior y cercana y haciendo de ella una abstracción, que tanto podía pertenecer

al género masculino como al femenino.

Habiendo terminado de ver la nave central, nos dirigimos por la lateral de la izquierda; encontramos allí una serie de estatuas de reyes, coronadas y con cuerpos de toro (con aquéllas simbolizaban el poder y con éstos la fuerza), a las que sus súbditos habían adorado como dioses. Cerca de ellas se encontraban varias estatuas representando la belleza femenina; algunas acariciaban una paloma, que era su símbolo y que pertenecían a la religión de los reyes con cuerpos de toro divinizados. Estas estatuas de toros eran numerosas, de diversos tamaños y materias, dando a entender que tanto allí como en la Tierra, el poder personal había llegado a la mayor culminancia y exageración. Los reyes, no contentándose con el dominio material de los pueblos, trataron de dominarlos espiritualmente para acabar de aherrojarlos. A estas representaciones seguíanles las de dioses con cabezas de animal y cuerpo humano; éstas, decía Feijóo, eran las más antiguas. Seguían en el mismo alineamiento la serie de triadas o trinidadas; la más antigua estaba representada por una figura con tres cabezas: la del centro, con lengua barba, pendíale de una mano la cadena de los seres y en la otra sostenía la urna que contenía el agua fecundante; éste era el dios creador; a su izquierda una figura joven y de aspecto amable representaba el dios conservador; y a su derecha, otra con cabeza de ex-

presión cruel y horrible, era el dios destructor. Otras trinidades le seguían, pero representadas por figuras separadas: la primera representaba la materia informe, era una piedra apenas desbastada; la segunda representaba la fuerza que organiza, ésta ya mostraba trazos de figura mejor tallada; y la tercera representaba la inteligencia, era una figura mucho más acabada. Otra triada era representada por tres figuras: la principal el Sol, estaba simbolizado por una gran estatua de hombre en pie, con el disco solar sobre la cabeza; la segunda era de mujer, del mismo tamaño e idéntica posición que la primera, con dos cuadrantes lunares sobre los cabellos, representaba la Luna; y la tercera, igual en tamaño y disposición que las otras, surgiéndole del alto de la cabeza una especie de embudo, representaba la Atmósfera. Había otras representaciones de trinidades, cuyas simbolizaciones Feijóo no me sabía explicar; pero decía que todas, más o menos, sintetizaban unas la Sustancia de que estaban formados los cuerpos celestes; otras el Alma universal o la vida que hacía mover los mundos; y otras la Inteligencia creadora que gobernaba el Universo; mas estas abstracciones eran sólo conocidas de los sacerdotes y sus iniciados; el pueblo no veía allí más que ídolos materiales que ciegamente adoraba. Por último se veía una trinidad más moderna con representaciones figuradas que eran verdaderas obras de arte; la

figura principal, sentada sobre un trono, magníficamente vestida, representada por un hombre de 36 a 40 años, barba cerrada, cabellos abundantes, espesas cejas, el brazo derecho levantado, teniendo en la mano un manojo de rayos, de aspecto sereno, y a sus pies un águila, representaba el reino del cielo; la otra estatua, a su derecha, con un tridente en la mano, representaba el reino de las aguas; y la tercera figura a su izquierda, de siniestro aspecto, representaba el reino del infierno o del fuego.

Luego, a estas trinidades le sucedían unas figuras de mujer vestida, de una talla grosera y desproporcionadas, pero otras de época más reciente, esculpidas admirablemente, eran verdaderas maravillas y representaban la inteligencia. A esta misma religión pertenecía la diosa de la hermosura, representada por una mujer desnuda; había varias, y algunas descollaban por la belleza de sus formas corpóreas. Estas figuras formaban parte de la religión a que pertenecía la trinidad del cielo, el agua y el fuego o el infierno, que tuvo por principal objetivo el culto de la belleza física. Las dos religiones que ocupaban la nave central, con sus figuras escuálidas, de aire triston y lloroso, tuvieron por principal objetivo adorar la belleza moral. La religión de la ciencia, cuyos restos se encontraban en la nave de la derecha, tuvo por culto la belleza intelectual.

Quise ir a visitar aquella religión más mo-

derna, pero Feijóo me aconsejó pasar por ella si nos sobraba tiempo, pues no ofrecía gran interés, por ser todos monumentos erigidos a los sabios; reducciones en su mayor parte, que ocupaban toda la nave y la capilla que le quedaba de aquel lado.

Habiendo terminado de recorrer la nave lateral izquierda, dejamos de ver la transversal por exhibirse en ella las mismas imágenes que en la central; y sin más tardanza, entramos en la capilla, donde se guardaban las reliquias de las religiones, y que por ser lo más interesante, merecía le diésemos la preferencia.

Entramos en la capilla de las reliquias, comenzando por la derecha, viendo los escaparates llenos de recuerdos, cuyas inscripciones explicaban para qué habían servido, los lugares de procedencia y los milagros que tenían operados. Había muchísimas cosas en exhibición; noté al paso un busto de santo momificado; debía estar petrificado, pues no se comprendía cómo pasados tantos millares de años se pudiese conservar sin preparación alguna que atendiese a su conservación. Más adelante, Feijóo hizo parar mi atención sobre un armario que guardaba una cabellera, pero tan abundante que lo llenaba todo; había pertenecido a una diosa; cuando su religión terminó reunieron los cabellos que se encontraban esparcidos por todo el país y que se le atribuían, llenando con ellos una habitación. Tam-

bién otro armario guardaba un gran vaso de cristal, lleno de dientes; habían pertenecido a una mártir, que padeció por la religión del Civilizador; cuando se reunieron los recuerdos, mandaron de tantas partes dientes de la tal santa, que llenaron aquel recipiente, con cuyo contenido podrían hacerse un centenar de dentaduras. Vimos más adelante, en un escaparate, con entalladuras y dorados, el puñal con el cual los malos discípulos habían asesinado al Civilizador: estaba bien al centro del escaparate, le faltaba una lasca; de ésta, los sacerdotes habían hecho tantos amuletos que si se reunieran todos cuantos había esparcidos por el mundo darían metal para fabricarse unas dos docenas de puñales. En el armario inmediato se exhibía un pedazo de la túnica de la madre del Civilizador; su presentación era tan sugestiva que me convenció de haber sido los sacerdotes los mayores artistas; cualquiera juzgaría que fuese un pedazo de túnica; pero no, así no haría tanta impresión. La reliquia consistía en un nada de tejido, del tamaño de una cabeza de alfiler, colocado sobre una piedra preciosa; aquel punto blanco en medio de un gran rubí era de un soberbio efecto; la piedra por sí sola representaba una fortuna para el espectador pobre de bolsillo y de espíritu; la imaginación de los creyentes quedaba impresionada ante aquel tejido, casi incomprensible por lo minúsculo, y el espectador veía allí una cosa divina.

Un escaparate ofrecía a la vista una de las originalidades que más despertaban la curiosidad del visitante; exhibíase en once relicarios, otros tantos prepucios del Civilizador. En el mismo había tres ombligos pertenecientes al mismo. Y en otro escaparate, se encerraba una colección de ampollas con leche de diversas vírgenes, por haber sido todos los enviados del Cielo engendrados, según las leyendas, por una virgen.

Pasamos revista a las estatuas de dioses que habían hecho milagros; entre estas había la de un pastor (pertenecía a la religión de la belleza física) que el presentarse en medio de una batalla, hizo huir al enemigo y dió origen al término vulgar de *terror pánico*. Otra reliquia, un fragmento del puñal que había dado muerte al Civilizador, puesto sobre la ventana de un convento por una monja, su vista puso en fuga a un ejército invasor. De estos objetos milagrosos los había en todas las religiones, pues parecía que ninguna quería quedarse atrás respecto a milagros. Todas las religiones habían hecho milagros, todas habían invocado los milagros para probar sus orígenes divinos y todas, a pesar de estos subterfugios, fueron muriendo, y desaparecieron cuando su misión había terminado.

Después de revisar la innumerable série de objetos milagrosos, pasamos a ocuparnos de los fetiches; los había de todo género, desde la piedra tosca y el aerólito, hasta lo más in-

sensato y estúpido por su forma y representación. Lo que más atrajo mi atención fué la exhibición del divino hígado del Civilizador, su forma asemejaba a la de una mariposa rodeada de una corona formada de puñales. Pregunté a Feijóo lo que significaba aquel hígado, la respuesta fué concluyente: en aquellos tiempos los hombres juzgaban que en el hígado residía el centro de la vida.

Pasamos luego a ver otra série de reliquias: había figuras que en sus tiempos les crecían las barbas, a otras los cabellos, una estatua de la diosa de la belleza, en marmol colorido, que se sonrojaba al mirarla. Entre las estatuas de dioses y santos, la más curiosa era una de madera con un gran falo articulado, que había hecho el milagro de hacer concebir a las mujeres estériles; no tenían más que tirar de la cuerda para levantar el falo. Luego de haber visto todo cuanto allí se exhibía, salíase persuadido de que todas las religiones fueron animadas del mismo espíritu: impresionar y seducir a la ignorancia humana.

Antes de retirarnos, Feijóo, me hizo reparar en una piedra cuadrada que, rodeada de una verja, estaba en el centro de la capilla como una de las reliquias más notables; en ella había esculpida la huella de dos piés, la tradición decía que eran las señales que el Civilizador había dejado impresas cuando se apareció a sus discípulos para exhortarlos a la propaganda de sus doctrinas.

Al examinar las huellas tan groseramente esculpidas sobre aquella piedra, asaltaron a mi imaginación una série de pensamientos en que comparaba las dos humanidades y me decía, que tanto una como otra estaban compuestas de la misma materia; pues me convencí de que los unos y los otros teníamos iguales flaquezas y defectos. Me vino entonces el recuerdo de la capillita que, al borde de la via Apia en Roma, veía siempre abierta cuando por allí paseaba; su título era "Quo Vadis". Tenía en el medio de la capilla una especie de mesa rodeada de una verja y en el centro una piedra mostrando la impresión de los pies del Salvador cuando se le apareció a San Pedro y San Pablo; pero con la particularidad de que la huella se hallaba esculpida y no representada la planta sino el dorso de los pies, dentro de la piedra en bajo relieve con la correa de la sandalia que la cubría, también en bajo relieve. Yo me reí en aquel tiempo de la mixtificación y de la falta — no diré del gusto artístico de los curas, pero sí de la verdad—. Diez años más tarde volví a Roma, se había publicado un romance con el título "Quo Vadis" que puso en moda la leyenda, y todas las veces que fuí de paseo por la vía Apia, en dos años y medio de permanencia, vi siempre la capilla cerrada. Pensé que la curia eclesiástica para modificar la tal piedra, habría mandado cerrar la capilla para hacer olvidar la primera, y sustituirla

por otra con la planta de las sandalias o de los piés, y no con el dorso de ellos como estaba en un principio.

Como ya fuese cerca del mediodía, nos dirigimos al albergue para comer; había en las mismas condiciones que nosotros, algunos huéspedes que habían ido allí para visitar los museos. Unos veinte minutos antes de las catorce, el auto del albergue nos llevó al museo geográfico y de antigüedades, llegando antes de abrirse el portón.

Mientras no habrían, nos entretuvimos en examinar los innumerables fragmentos que se encontraban esparcidos fuera del edificio. A la derecha de la puerta estaban los restos pertenecientes a un pueblo antiquísimo en que la serpiente figuraba como principal en sus concepciones, había juntamente con las estatuas, partes ornamentadas de un trabajo grosero y primitivo como ellas. Estos restos provenían de un pueblo que fuera próspero en sus tiempos, pero que después abatió el suelo y sus edificios quedaron debajo del agua, siendo abandonados por sus naturales. Vea ahora —me dijo Feijóo— los restos del otro lado de la puerta; pertenecen a un pueblo que había alcanzado un cierto grado de civilización, mas que por un cataclismo quedó separado del resto del mundo, y en su mayoría retrocedió al estado salvaje primitivo. ¿Nó les encuentra semejanza con los anteriores?

—Mucha, y hasta me atrevería a decir que

por el carácter de las esculturas y de los ornatos son pueblos del mismo origen; precisarían verse los caracteres de la escritura de ambos países para obtenerse una conclusión.

—Luego que entremos en el museo, usted podrá verificar en el gran mapa-mundi donde se encuentran esos dos pueblos, y aun cuando hoy se hallen separados por el Gran Océano, puede presumirse que antiguamente estuvieron ligados ambos continentes. El uno quedó estacionado en su civilización pasada; en cambio el otro que quedó separado del resto del mundo, sus artes decayeron y la gran mayoría volvió al salvajismo.

—Es curioso lo que dice a propósito de esos pueblos, y tiene mucho parecido con lo que en la Tierra pasó en Méjico; del que sólo se ocuparon los arqueólogos como nomencladores, y aun ninguno trató de hacer un estudio comparativo de sus artes con las primitivas de los pueblos asiáticos para averiguarles el origen.

En esto estábamos, cuando abrieron el gran portón; nos introdujimos en un amplísimo portal hacinado de fragmentos arquitectónicos y vaciados. Veíanse restos de monumentos de pueblos antiquísimos que según Feijóo habían dominado a sus vecinos; pueblo cruel y vengativo y que hubiera medio de descifrar sus inscripciones. El museo estaba admirablemente organizado; todo allí tenía su traducción en lengua vulgar, por ejemplo: una columnita

cubierta de inscripciones, tenía al lado otra hecha en marmol con la misma inscripción en lengua vulgar, de manera que los estudiosos podían apreciar el contenido. Todas las inscripciones lapidares tenían al lado la traducción grabada en marmol en lenguaje marciano, de manera que aquel museo no precisaba de catálogo ilustrativo.

—Vea esta inscripción en diorita—dice Feijóo—es una piedra durísima, al lado está la misma inscripción hecha en marmol, más fácil de trabajar. Así nuestros sabios no precisan estudiar las lenguas muertas como en la Tierra; todo aquí está traducido y vertido a la lengua universal.

Continuamos recorriendo las salas unas después de otras, examinando las edades pasadas, todas con sus letreros explicativos al pie. Luego estatuas colosales de reyes y de animales, unas y otras con sus letreros grabados y con las inscripciones al lado en piedra blanda o marmol. Al fondo de la mayor sala ocupaba casi la pared entera una gran carta geográfica en relieve.

—Llegamos ahora a la parte más importante del museo; estos restos, los más interesantes que nos legó la antigüedad, fueron encontrados al hacerse unas excavaciones cerca del gran templo. Los geógrafos suponen haya sido hecha unos cuatro siglos después del gran templo, para el servicio de la curia pontificia y lo dicen con algún fundamento, por haberse

encontrado en las excavaciones del antiguo palacio pontifical. Puede muy bien calcularse su antigüedad en cerca de un millón de años. Esa otra carta, un poco más pequeña, que está al lado, es más reciente; tiene la friolera de unos diez mil años y fué puesta ahí para el estudio comparativo.

Me puse con calma a estudiar la carta comparando sus partes con las recientes y encontré grandes transformaciones. En la primera los continentes, con relación a los mares, estaban en la misma proporción que se hallan en la Tierra, y en el segundo era lo inverso, las islas del Grande Océano formaban un nuevo continente y aquél se había reducido mucho. Los continentes antiguos, en el mapa moderno, en muchos lugares estaban desconocidos; por unos lados se habían extendido por los mares adentro y, por otros, continuaban como estaban, en cuanto que algunos litorales se habían reducido.

—Ahora repare—dice Feijóo—en el segundo Gran Océano, entre esos tres continentes, vea las corrientes marinas y compare con el moderno; las corrientes, unas se han desviado formando mares mediterráneos y otras quedaron reducidas a simples canales, en cuanto a lo restante, quedó transformado en tierra firme. Pues bien, fijese en aquel punto en el hemisferio meridional, allí es donde yo vivo, era antiguamente un puerto y ahora se encuentra lejos del litoral, vea el recorrido que hicimos;

en el mapa antiguo era todo mar, en el moderno es todo tierra, las corrientes se desvían; la corriente Norte Ecuatorial y la Sud Ecuatorial, se corrieron, formando ese continente entre las dos, por donde hicimos el viaje en auto. Ahora vea, tanto al Norte como al Sud del continente recorrido, se formaron otros grandes continentes; el uno al Norte, limitado por la gran corriente Ecuatorial que se dirige al polo y el otro por la corriente que viene del polo Sud.

Feijóo me hizo reparar en el mapa el lugar en que actualmente nos encontrábamos; era un mediterráneo. Vea, me dice, ese gran río que viene del Sud, la desembocadura, en el antiguo, forma una curva saliente, en el moderno es entrante y se fué a unir con aquella isla que le queda al Norte, tapando todo el litoral de la derecha.

Corriendo la vista para la izquierda y subiendo un poco al Norte, había en el antiguo una porción de islas y, más arriba, dentro de las tierras, un mar interior; en el moderno aquel mar había quedado reducido a la tercera parte de su largura y el estrecho por donde desaguaba se había alargado considerablemente; el grupo de islas que le quedaban al Sud era todo tierra y el canal extendíase por entre ellas. Más a Occidente, en la parte opuesta al territorio en que nos encontrábamos, había un mar estrecho en el antiguo y en el moderno se había cegado, quedando un pe-

queño golfo a su entrada. La ciudad donde nos encontrábamos, situada cerca del mar, se hallaba al presente dentro de las tierras y su litoral estaba destinado a unirse con las islas que le quedaban en frente. En la misma latitud, más a Occidente, se dibujaba un territorio en forma de piel de buey, con una línea de islas que le quedaban al Este; en el moderno, las islas y el territorio formaban uno sólo, y la parte Norte de este mar interior estaba destinado a desaparecer.

Del estudio hecho en aquellos dos mapas saqué una consecuencia, que, en mi imaginación podría aplicarse a la Tierra; andando los años los grandes mares serán continentes y las corrientes marinas formarán mares mediterráneos o simples canales; debido a que las aguas, en el transcurso del tiempo, están hadadas a disminuir de volumen.

También hallé curioso y llamé respecto a ello la atención de Feijóo, ver algunos ríos caudalosos en el mapa moderno haber hecho mudanzas importantes en sus cursos, en cuanto que los canales marítimos, con poquísimas diferencias, habían conservado la dirección de las antiguas corrientes. A esta observación él me respondió:

—Eso es debido a que los cursos de los ríos sobre el suelo del planeta son superficiales y pueden cambiar de dirección por cualquier accidente, en tanto que en los mares no se da el mismo caso, porque las corrientes ma-

rinas corren a una gran profundidad y obedecen a la configuración de la misma costra del planeta.

No me detuve más tiempo a estudiar las transformaciones que se habían operado en la superficie del planeta. Feijóo, al que no interesaban estos estudios, me llevó para otra sala; en el camino fué diciendo, que el planeta respiraba como los individuos, sólo que en éstos, la inspiración y espiración se hacía en cinco segundos, mientras que en el planeta podría llevar muchos años.

Entramos en la sala de las cerámicas, repleta de vasos de todos los países y razas y de todos gustos y tamaños, unos colocados en el suelo, otros sobre anaqueles a lo largo de las paredes, todas curiosas e interesantes por la gran variedad de formas y riqueza de decoraciones que las ornamentaban. Después entramos en otra sala en donde se encontraban toda especie de cerámicas primitivas, desde el vaso de barro simple sin ornato alguno, hasta los vasos ornados de dibujos rectilíneos y los de curvas ya más graciosas mostrando los primeros albores del arte.

—Vea—me dice Feijóo—esa colección de vasos de la derecha al extremo de la sala y los otros que le quedan en frente del otro lado, mire bien y dígame si les encuentra alguna diferencia.

—Confieso—respondí—que tanto los unos como los otros, me hacen el efecto de proceder

del mismo origen.

—Pues bien—replicó—desde la mitad de la sala hasta el fin de ella, son vasos primitivos de un pueblo que llegó al más alto grado de cultura artística y los que están del otro lado son del pueblo cuyos restos hemos visto a la entrada del museo, de aquel pueblo que por un cataclismo quedó separado del resto del mundo y cuyo aislamiento le hizo perder su civilización.

Acabé entonces por convencerme, de que el hombre primitivo—excluyendo las razas inferiores—era igual en todas las partes del mundo; en su infancia jugaba como los niños, sus ideas eran inocentes, sus procesos rudimentarios, sólo andando los tiempos por la evolución se perfeccionaba, mejoraba sus procesos pacientemente, y con el correr de los siglos, iba subiendo la montaña de los humanos conocimientos.

CAPITULO XVI

PASEO POR LA ANTIGUA CAPITAL DE LAS ARTES

Historia de la ciudad contada de los tiempos presentes para los pasados. - Llegada al antiguo municipio. - Vista de la vieja plaza pública y fin.

Como nos hubiesen fatigado las visitas hechas a los museos el día anterior, resolvió Feijóo, antes de ir a ver los museos de escultura, que se hallaban esparcidos por diversos edificios, dar en aquella mañana un paseo por la ciudad, en dirección al antiguo municipio. El camino que tomamos era el más ancho de los que atravesaban la ciudad, por ser el antiguo lecho del río. Este había sido desviado por el Sur a fin de sanear una región pantanosa, dirigiendo las aguas por entre los pantanos, para llevarlas al mar. Al mismo tiempo había permitido excavar el fondo del antiguo río, donde esperaban encontrar algunos objetos de valor, que la tradición decía habían sido arrojados con ocasión de las grandes invasiones que asolaran la ciudad. Las excavaciones se hicieron, pero los objetos de valor no fueron encontrados. Por donde caminábamos se descubrían a derecha e izquierda, las márgenes cubiertas de ruínas. A medida que íbamos avanzando, Feijóo explicaba lo que eran para satisfacer mi curiosidad. Veá, me dice, el montículo que aparece a nuestra izquierda; ahí ya existieron varios teatros, varios circos y

primitivamente fué el mausoleo del primer emperador. Luego, un poco más adelante, a nuestra derecha, encontrábanse otras que daban idea de antigua fortaleza. Aquéllas, dijo, son los restos del mausoleo del emperador artista. Sintiéndome intrigado y curioso por conocer la historia de aquel pueblo, roguéle me la contase. El accedió, como siempre, a mi deseo, advirtiéndome que lo haría partiendo de los tiempos presentes para los pasados. Antes quiso hacer un juicio general sobre la historia privada bajo el punto de vista psíquico, que hallé de veras interesante.

—La historia, caro amigo, ha sido siempre el reflejo de las pasiones, vicios y flaquezas de la humanidad, y dejaría de ser humana si no cayera en los mismos defectos que ella. Tanto la una como la otra, pueden sintetizarse en la vida particular de las familias: El padre trabaja, se afana, economiza para acumular fortuna, que, naturalmente, deja a sus hijos. Estos ya no tienen las buenas cualidades del padre; son gastadores, viciosos, derrochan y malgastan la fortuna del padre, dejando por patrimonio a sus herederos la miseria, el hambre y la falta de hábito del trabajo. Los nietos se ven, pues, en la necesidad de vivir de expedientes o van a implorar la protección de algún amigo de su padre. En la vida de todos los pueblos, ha habido los tres estados típicos, parecidos a los que pasan separadamente en las familias. Primeramente, los pue-

blos que colonizaban un país, trabajaban pasablemente luchando con los elementos naturales y cuando éstos fueron dominados y alcanzaron el bienestar ambicionado, viene el segundo estado, la riqueza. Hallan la casa de sus mayores pequeña y elevan palacios, quintas de recreo y todos los refinamientos que la riqueza puede procurar. En este estado social las ambiciones crecen, la envidia y el deseo de poseer fortuna se generaliza, la mayoría vive disgustada y a la menor ocasión, por el más leve motivo, estallan las guerras civiles que consumen en poco tiempo la fortuna acumulada, dejando a todos empobrecidos. Representa esto, el segundo estado de la familia que llevo puesto como ejemplo. Luego llega el tercer estado de miseria, en el que los hombres, cansados de luchar, se entregan en brazos del más osado y astuto, que se apodera del mando y mete a todos en cintura. Estos tres estados sociales se han repetido desde que el mundo es mundo y se repetirían entre nosotros si no hubiéramos establecido el régimen anormal de cinco años, que calma a unos, descontenta a otros y cansa a todos, volviendo los pueblos a entrar alegremente en la normalidad.

Esta ciudad fué fundada por una colonia de labradores de carácter altanero y reñidor que, en los primeros tiempos, cultivaron la campiña que los rodeaba, hoy casi en su totalidad desierta. Después, no contentándose con

lo que tenían, guerrearon hasta conseguir dominar los países vecinos. Y cuando se consideraron fuertes saltaron por las fronteras y fueron a conquistar las naciones, muchas de ellas lejanas, acabando por dominar el mundo conocido. Sus conquistas no produjeron buenos resultados, pues las riquezas arrancadas a las naciones vencidas sirvieron para pervertir sus costumbres, antes patriarcales, las ambiciones desencadenadas produjeron una serie de guerras civiles que terminaron por horrendas dictaduras, viniendo por último el Imperio.

Ya he dicho a usted cómo esta ciudad fué un centro religioso importante, antes había sido el centro y capital del mundo, y en los tiempos precursores de las grandes reformas que nos trajeron la unidad nacional, fué un país republicano con un monarca en la presidencia. La historia de esta antiquísima ciudad, contemporánea de las más famosas del mundo, desaparecidas mucho antes que ella, puede ser dividida en tres grandes períodos: El Democrático, que duró cerca de tres siglos; el Teocrático, que tuvo de duración trece siglos; y el Aristocrático, que duró otros tantos.

Sobre los tiempos modernos no me detendré; ya ayer le indiqué alguna cosa a ese respecto, sin embargo, será bueno decir, para mejor entendimiento, que cuando el mundo marciano realizó su unidad política, continuó esta ciudad siendo capital de esta nación. Pero

sucedió que, como este país estaba compuesto de pueblos de diversos orígenes que se habían unido para ser una nación fuerte y poder hacer frente a las otras, cuando se constituyó la unidad marciana dejó de existir aquel peligro. No se contentaron con ser constelaciones, pretendiendo ser naciones separadas. Además, las cuatro o cinco naciones que dependían de este centro, tenían capitales tan importantes como lo era ésta y se disgregaron para no depender de ella. Esta ciudad, cuyo territorio era el menor de todos, quedó reducida a simple municipio y su decadencia no se hizo esperar; viviendo reducida a sus propios recursos. Por otra parte, la campiña que la rodea era malsana y el Ejército Agrícola, por más que se ha esforzado, no pudo destruir el subsuelo constituido por una capa bituminosa que impide la evaporación de las aguas, produciendo fiebres que atacan a los moradores y a todos los que se retarden en entrar después de ponerse el Sol. Esto y el dejar de existir el centro religioso que aquí funcionaba, fueron los motivos por los cuales esta ciudad fué poco a poco abandonada. La campiña quedó destinada a pastorías y sus habitantes huyeron a lugares más altos para conservar la salud.

Durante el período Democrático, fué esta ciudad la capital de todas las regiones actuales reunidas bajo la dirección de una familia reinante. Por aquel entonces intentaron agran-

dar esta capital para ver si la restablecían a su antiguo esplendor; desenvolvieron las construcciones edilicias a fin de atraer a los forasteros de las provincias, para que se establecieran en ella. Pero, por más que se esforzaron, no consiguieron pasar del medio millón de habitantes; continuando en esta proporción, tanto en los primeros como en los últimos tiempos de la unidad nacional.

Antes del periodo Democrático, estos países estaban constituídos por siete Estados gobernados por el poder absoluto. Uno de ellos, situado al Norte, tuvo primero la idea de unirlos a todos en uno solo, realizando con esto una aspiración secular de estos pueblos, cuya flaqueza provenía de su misma división. Para empezar la obra dió una constitución liberal a su pueblo, que poco después los otros Estados se vieron en la necesidad de secundar. Los patriotas de las otras naciones se volvieron hacia aquel rey que se había mostrado liberal y patriota, e hicieron una campaña secreta, pero activa, para ayudarlo.

No se consiguió sin efusión de sangre la unión de estos pueblos. Al principio, el rey promotor de la idea se midió con un gran imperio que poseía parte del Norte del país en calidad de feudo; pero de las dos tentativas se salió mal y tuvo que abdicar en favor de su hijo. Este, más astuto y político, se ligó en la primera ocasión a otro imperio y, once años más tarde, ayudado por el imperio atai-

go, vengó las derrotas que el otro había infligido anteriormente a su padre.

Con las victorias obtenidas, el rey iniciador de la unión, aumentó otro tanto sus posesiones; poco tiempo más tarde pudo anexionar un reino, el mayor de todos, situado al Sur, que virtualmente completaba la unión de estos pueblos. Faltaban aun los territorios dependientes de esta capital, centro del poder teocrático. Como la diplomacia veía con malos ojos esta unión, por englobar en sus aspiraciones los Estados pertenecientes a la religión del Civilizador, los patriotas burlaron aquélla, dejando a la iniciativa popular el encargo de realizarla. A este fin los pueblos se fueron sublevando unos tras otros y por medio de plebiscitos fueron confirmando su voluntad de pertenecer a la unión; quedando, por último, confinado el poder temporal del Sumo Sacerdote, a esta ciudad.

Faltaba para completarse la unión un Estado al Norte, dependiente del imperio antes derrotado, y esta ciudad que todos ambicionaban fuese la capital del nuevo reino. Una guerra surgida inopinadamente siete años más tarde, preparada por medio de una alianza con una nación fuertísima para combatir al enemigo secular, en poco más de un mes de lucha dió a esta nación el territorio que faltaba. La capital no podía conquistarse porque las naciones que obedecían a la religión del Civilizador, habían puesto en ella una guar-

nición para contener los desmanes del pueblo. Pero circunstancias imprevistas, permitieron cuatro años más tarde, proclamarla capital de la nación.

El Sumo Sacerdote, cuando se vió desposeído del poder temporal, vivió fingiéndose a la faz del mundo prisionero martir; los pueblos lejanos, en un principio, le dieron crédito, pero luego se convencieron de la mistificación. Su poder espiritual quedó con las honras, inmunidades y garantías de un soberano. El cuerpo diplomático acreditado cerca de él, gozaba de las mismas regalías que el cuerpo diplomático que estaba cerca del jefe del Estado. Mas él no se conformó, como tampoco sus sucesores; la pérdida del poder temporal era su golpe de muerte.

Durante muchos años, el rey patriota que había realizado la unión y a quien el pueblo, por amor y agradecimiento le apellidó *el Grande*, gobernó democráticamente. Su administración fué benéfica, el país próspero, desenvolviéndose la industria y el comercio. Sus sucesores lo imitaron; gobernaron con sabiduría y justicia, estudiando las causas de los clamores del pueblo, haciéndose más de una vez los paladines de la causa popular. Fueron tan demócratas y amantes de su pueblo, que se les llegó a llamar los presidentes de una república que no tenía de reino más que el nombre. Y aquella familia se conservó en el poder, hasta que las reformas sociales y po-

líticas surgidas en este continente, dieron fin a las instituciones, arrastrando a estos pueblos en el oleaje de la revolución que nos ha traído al estado actual.

El período Teocrático ha tenido de duración once siglos, y durante ese tiempo los jefes de la religión del Civilizador desempeñaron el poder temporal como soberanos. Este período puede ser dividido en tres épocas: La primera, desde la pérdida del poder temporal hasta la construcción del gran templo; la segunda, desde la construcción del gran templo hasta la lucha del sacerdocio con los poderes políticos, y la tercera, desde estas luchas hasta el establecimiento del poder temporal y corrupción del clero.

La primera época que sigue inmediatamente al período democrático fué la más brillante que tuvo la Iglesia. Convencidos los pontífices de que no les era permitido luchar más con los poderes temporales del mundo, emplearon sus energías en el desenvolvimiento del culto, cuidar de sus intereses personales y hacer la vida intelectualmente más bella. Empezaron por su casa, construyendo un ámplio palacio para morada propia y llamaron a los mejores artistas de su tiempo para decorarlo. Al mismo tiempo, emprendieron la construcción del gran templo, que debería reunir cualidades superiores a todos cuantos hasta allí se habían fabricado: Que tuviera la cualidad de excederlos a todos en tamaño, que por sus mate-

riales, mármoles y alabastros, fuese el más fastuoso. Llamaron a los más célebres arquitectos y los encargaron de dibujar las plantas, y una vez dibujadas, discutidas y mejoradas éstas, empezaron la edificación. Después encargaron a los escultores más notables el esculpir las estatuas que habían de ornamentar el templo.

Como para llevar a término estos trabajos con tanta suntuosidad, no llegasen las rentas de la Iglesia, echaron mano de un recurso: la venta de indulgencias y la remisión de los pecados por dinero. Encargaron de aquella misión a una orden de frailes que iba por el mundo adelante predicando y recogiendo los donativos. Pero sucedió que otra orden, celosa de que no le hubiesen dado aquel encargo, atacó la eficacia de las indulgencias y el modo de venderlas. Los ánimos se exaltaron y de uno en otro argumento llegaron a poner en duda algunos misterios de la religión, imponiéndose, como consecuencia, su reforma.

El jefe de las ideas reformistas proponía una solución, la cual decía que para reformar la iglesia y traerla a su forma primitiva, se hacía necesario despojarla de las riquezas que poseía, apoderarse de los dominios eclesiásticos y secularizarlos.

Esta doctrina fué abrazada con entusiasmo por los soberanos del Norte, que vieron en esto un medio de enriquecerse y de aumentar su autoridad teniendo al clero bajo su depen-

dencia.

El poder espiritual de la Iglesia se estremeció algo con aquellas querellas, mas no impidieron estas disensiones continuar la edificación del templo. La época era propicia para los descubrimientos, tanto geográficos, como literarios y artísticos. Los hombres vivían preocupados con el deseo de saber. Las excavaciones que aquí se hacían ponían diariamente al descubierto nuevas obras de arte de las pasadas edades, que causaban admiración a profanos y artistas. Las formas esculturales, tan perfectas, despertaban en todas las clases el gusto del desnudo y el culto apasionado de la forma, expresada por la escultura antigua (la que luego iremos a visitar).

Este mismo espíritu de lo bello escultural penetró en la Iglesia; la escultura de las imágenes que servían al culto, hasta allí escuálidas y enjutas de forma, que daban idea de espíritus vestidos, trocóse en una escultura robusta y bella. El paganismo, o sea la religión anterior, invadió los campos artístico y religioso. Uno de los mayores artistas que había trabajado en la construcción del templo, encargado de pintar en la capilla del palacio el último día del mundo, pintó al Civilizador cual un dios del Olimpo pagano, totalmente desnudo, amenazador y terrible, rodeado de la corte de santos, santas y profetas, también desnudos. Fué la más típica expresión de aquellos tiempos, el atrevimiento más grande

que artista alguno había hecho; resucitar dentro del palacio del jefe de la Iglesia el culto del desnudo, tenido por aquella religión como indecente.

Pasada aquella época de arte, construcciones y resurgimiento de las pasadas civilizaciones, la Iglesia vegetó, envolviéndose en sus tradiciones y nada notable aconteció. Sólo poco antes de perder el poder temporal, pensaron en hacer la unidad nacional poniendo el Pontífice a la cabeza; pero no supo o no quiso aprovechar la ocasión. Además, precisaba abrazar las ideas democráticas y desprenderse del absolutismo, lo que era demasiado exigir para quien representaba los poderes temporales del mundo como siendo una emanación del mismo Dios.

Continuó Feijóo describiéndome la época segunda, la más borrascosa que había tenido la Iglesia, por intentar reformar las costumbres corrompidas del clero y pretender el predominio del poder espiritual sobre los temporales del mundo. En estas luchas, dijo, sufrió la Iglesia alternativas que unas veces la elevaron y otras rebajaron su poder. Los soberanos, por su parte, hicieron oposición a las exigencias de los pontífices, acabando por reducir sus poderes a los límites de sus Estados. En medio de estas disensiones se produjo un cisma que dividió la Iglesia en dos: una en Occidente, cuya capital fué ésta, y otra en

Oriente, que se estableció en la capital de un Imperio. En los últimos tiempos de esta época se eligieron dos pontífices que dividieron el poder espiritual, gobernando uno aquí y otro en una nación vecina. Esta separación duró tres cuartos de siglo, y durante ese tiempo los pueblos gozaron de más libertad y algunos espíritus esclarecidos pudieron desenvolver ideas nuevas, contrarias a las que dominaban en aquel entonces.

Poco se detuvo en la tercera época; de paso, me dijo, que al propio tiempo de adquirir la Iglesia el poder temporal, la corrupción llegó al extremo de nombrar un papa de doce años. Siguió hablando de aquellos tiempos de corrupción en que los beneficios se vendían; y luego pasó a hablar del período Aristocrático, que dividió en otras tres épocas: Imperial, Republicano y Real.

Entró a hablar de la época Imperial, haciéndome una descripción de los buenos y malos emperadores, deteniéndose más extensamente sobre el fundador del imperio. Este, dijo, había tenido el particular tino de mostrar poco apego al poder y de haberse servido, en todas las ocasiones difíciles, de amenazar retirarse a la vida privada; lo que siempre producía una reacción en su favor; esta subterfugio ha sido imitado tiempos después por la mayoría de los políticos, en todas las antiguas naciones.

Extendióse después sobre la época Republicana, que había tenido períodos ilustres, pero en los últimos tiempos, debido al exceso de riquezas aportadas por las conquistas se ocasionara la corrupción en las costumbres del pueblo, y por más esfuerzos que intentaran algunos patriotas influyentes, las perversas tendencias del pueblo no pudieron ser corregidas, cayendo en la Dictadura y como fatal consecuencia viniera el Imperio.

Antes del Imperio y de la República había existido la época de los Reyes, cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos, y cuyos pormenores iba a relatarme cuando se apercibió que llegábamos a la vieja colina donde estaba asentado el antiguo municipio. Nos detuvimos unos instantes en la contemplación de aquellas cercanías; Feijóo llamó mi atención para unas grandes ruínas que se veían a alguna distancia delante de nosotros.

—Ese, me dijo, fué el monumento conmemorativo del gran rey que inauguró el período Democrático y realizó la unión de estos pueblos.

Ahora, añadió, ya estamos caminando sobre la vieja colina; por este lado el terreno ha crecido tanto que casi está al nivel del suelo, en ella estaba situado el municipio, actualmente museo. La estatua ecuestre que aparece en medio de aquellos edificios es del emperador filósofo; aun se conserva intacta, gra-

cias a la cubierta que le pusieron para preservarla de la intemperie, cuando se han apercibido de que el bronce se iba gastando. Estas pocas escaleras que conducen a la plaza o explanada, descendían antiguamente al pie de la colina, hoy casi desaparecida. Por ahí pasaban los triunfadores trayendo en procesión el botín robado a los pueblos vencidos, con los prisioneros y jefes que venían ligados delante del carro del vencedor. Los prisioneros, después de figurar en la ceremonia del triunfo, eran llevados al mercado, que se encuentra al otro lado (que luego veremos) para ser vendidos como esclavos; a los jefes los decapitaban al llegar al pie de la escalera, en cuanto el general victorioso subía al templo a dar gracias a los dioses.

Entramos momentos después en la plaza; vi la estatua ya bastante gastada, en algunas partes de la barriga del caballo mostraba indicios de haber sido en sus tiempos dorada. Luego, a nuestra derecha, se encontraba uno de los museos de escultura; apercibimos a su entrada los fragmentos de un pie y un brazo colosales de gran perfección. Sin detenernos, dirigímonos al palacio del municipio, subimos la escalinata y, sin reparar en los restos que yacían a uno y otro lado del vestíbulo, nos encaminamos al fondo del edificio para apreciar el mercado, teatro de tantos acontecimientos que habían conmovido al mundo. Desde allí veíanse ruinas de templos, basílicas, arcos

triunfales, etc.; trepé a la base de la columna-
ta para apreciar mejor; me acometió un vér-
tigo, perdí el equilibrio y...

FIN